

Editorial Cuadernos de Sofía

HISTORIANDO A **JUAN RULFO**



RAYMUNDO PADILLA LOZOYA
ENRIQUE CEBALLOS RAMOS
COORDINADORES

COLECCIÓN LAS LECTURAS DE AMANDAMARÍA

Editorial Cuadernos de Sofía

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

HISTORIANDO A JUAN RULFO

**RAYMUNDO PADILLA LOZOYA
ENRIQUE CEBALLOS RAMOS
COORDINADORES**

**Colección
Las lecturas de Amandamaria
2018**

Historiando a Juan Rulfo
Raymundo Padilla Lozoya y Enrique Ceballos Ramos (Coordinadores)
ISBN: 978-956-9817-20-5
Primera Edición Octubre de 2018

Portada y Contraportada
Griselda Gonsen Urraca.
Fotografía de Juan Rulfo tomada por Martín Medina, publicada en el periódico *Diario de Colima*, 23 de diciembre de 1983
Editorial Cuadernos de Sofía en Alianza con Editorial Tierra de Letras
www.cuadernosdesofia.com

Referencia del libro: Padilla Lozoya, Raymundo y Ceballos Ramos, Enrique (Coordinadores). (2018). Historiando a Juan Rulfo. Cuadernos de Sofía, Santiago, Chile.

HISTORIANDO A JUAN RULFO

RAYMUNDO PADILLA LOZOYA
ENRIQUE CEBALLOS RAMOS
Coordinadores

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	
Enrique Ceballos Ramos	08
PRÓLOGO	
José Fernando González Castolo	10
INTRODUCCIÓN	
Raymundo Padilla Lozoya	12
CAPÍTULO PRIMERO: ENTRE RAÍCES Y EL TERRUÑO	
Un típico niño ranchero	16
Luis González y González	
Juan Rulfo habla de la Cristiada	19
Jean Meyer	
Sayula: Federico Munguía Cárdenas	25
Salvador Encarnación	
Comala en la literatura y en el cine	30
Víctor Manuel Cárdenas	
Me van a perdonar, pero a Juan Rulfo	34
Dante Medina	
Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo	41
Federico Munguía Cárdenas	
CAPÍTULO SEGUNDO: INTERÉS DE RULFO POR LA HISTORIA	
Unos recuerdos caseros y el milagro de Juan Rulfo	60
José Luis Martínez	
Juan y la revolufia	63
Álvaro Ochoa Serrano	
Juan Rulfo y las crónicas coloniales	67
Elías Trabulse	
Juan Rulfo, entre la novela y la historia	71
Mirtea Elizabeth Acuña Cepeda	
La revolución en la obra de Juan Rulfo	78
Dante Medina	
CAPÍTULO TERCERO: ALREDEDOR DE UNA CONFERENCIA EN COLIMA	
Como queriendo explicar algo	110
Gonzalo Villa Chávez	
El Llano Páramo	112
José Miguel Romero de Solís	
“Antonio, dínos de qué se trata”. “Lo mentiroso que era Rulfo, Juan José”	115
Juan José Arreola y Antonio Alatorre	
Algunos antecedentes	129
Gonzalo Villa Chávez	
Los inventos de Rulfo: “ahora que me acuerdo...”	131
Antonio Alatorre	
Rulfo es un hombre del sur	136
Emmanuel Carballo	

CAPÍTULO CUARTO: OBRAS DE RULFO A TRAVÉS DEL TIEMPO	
“El Llano en llamas”, cincuenta años después	140
José J. Fajardo Villalvazo	
A cincuenta años de <i>Pedro Páramo</i>	146
Federico Munguía Cárdenas	
Obstáculos en la escritura de Juan Rulfo	153
Servando Ortoll	
CAPÍTULO QUINTO: ÚLTIMA CONFERENCIA DE RULFO	
¿Dónde quedó nuestra historia? Hipótesis sobre historia regional	189
Juan Rulfo	
FOTOGRAFÍAS DE JUAN RULFO EN COLIMA	200

PRESENTACIÓN

Enrique Ceballos Ramos

Soy admirador de la obra de Juan Rulfo, específicamente, de sus dos joyas literarias: *El Llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). Por eso, cuando me enteré de que, invitado por la Universidad de Colima, Juan Rulfo vendría a Colima, a impartir una conferencia, el 22 de diciembre de 1983, no dudé ni un instante en asistir y estuve ahí con el ansia de conocer a tan admirado escritor.

Lo que me causó extrañeza fue que su presencia no fuera para hablar de literatura, sino para abordar el tema “Dónde quedó nuestra historia. Hipótesis sobre historia regional”. Soy contador público, aficionado a la historia, y ese tema le añadía mayor interés a la citada conferencia.

Con posterioridad, la Universidad de Colima dejó constancia de dicho evento con la publicación, en 1984, de un texto en la revista *Palapa* de la escuela de arquitectura que dirigía Gonzalo Villa Chávez quien, además, era el impulsor de la invitación de Rulfo a Colima.

Rulfo falleció un poco más de dos años después, el 7 de enero de 1986, por lo que la conferencia en Colima fue la última que impartió en su vida. Meses después, la Universidad de Colima republicó la conferencia como homenaje a Rulfo, añadiéndole otros textos y algunas fotografías.

Años después, en el 2009, con motivo de su 92 aniversario, estuve en San Gabriel, Jalisco en un homenaje que se le dedicó dentro del “XII Festival Cultural San Gabriel”. Hubo una mesa de diálogo en torno a su vida y obra y participaron en él seis connotados especialistas en historia regional. Me llamó la atención la participación de José de Jesús Guzmán Mora que apasionadamente aseveró que la Comala de Pedro Páramo era en realidad el pueblo de San Gabriel, y que, además, enfatizó que de la lectura de sus dos libros se desprendía la conclusión de que a Rulfo le gustaba mucho la historia. Otro historiador tapatío, José María Muriá Rouret, alabó la expresión viva de la síntesis que hacía Rulfo al decir tanto con tan pocas palabras; pero lo que me causó mayor impresión fue su afirmación, coincidente con la de Guzmán Mora, de que Rulfo tenía pasión por la historia ya que sus dos obras *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo* eran en realidad una historia del Sur de Jalisco. A mayor abundamiento, señaló que *El Llano en llamas* enriquece a los historiadores y citó como ejemplos el cuento “Diles que no me maten”, que es un reflejo del medio rural mexicano y “Talpa”, la descripción de la Virgen del Rosario.

Con esos antecedentes, como se iban a cumplir cien años de su natalicio en 2017, pensé en rendirle mi homenaje personal mediante un libro que reuniera textos de autores de Jalisco -de donde era nativo- y de Colima, ya que nos había hecho famosos al haber adoptado el nombre de nuestro pueblo "Comala" para su célebre *Pedro Páramo*. Dicho proyecto culminó exitosamente con la publicación del libro *Comalas de Jalisco y Colima. Centenario de Juan Rulfo (1917-2017)*, que coordinamos José Fernando González Castolo y Enrique Ceballos Ramos y que fue una coedición del H Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, Jalisco, y de mi Editorial Tierra de Letras, aquí en Colima, en el presente año.

En un principio se pensó en organizar el contenido del libro por temas, por lo que propuse un capítulo sobre la afición de Rulfo a la historia; finalmente, se tomó la decisión de hacer una edición libre mediante la separación de los autores por su origen, como lo sugiere el título, y así quedó.

En lo personal me quedé con la espinita de destacar la afición de Rulfo a la historia y entonces me di a la tarea de publicar un libro específicamente sobre ese tema. Con el fin de asegurar la calidad académica, invité al Doctor en Antropología Raymundo Padilla Lozoya, que además es Maestro en Historia Regional. El doctor Padilla Lozoya amablemente aceptó coordinar el libro, seleccionando los textos que lo integran y procurando su adecuada presentación.

Estoy seguro de que la selección y presentación de los textos será bien recibida y logrará hacer resaltar la idea de que, aunque finalmente practicó la literatura, Juan Rulfo fue también un gran aficionado al estudio de la historia.

PRÓLOGO

FASCINACIÓN POR LA HISTORIA: LA OTRA CARA DE RULFO

Arq. José Fernando González Castolo

Lo que pasa es que uno se conmueve mucho más con algunos ensayos y eso es muy doloroso, porque existe un sufrimiento compartido entre el escritor y el lector; y no es que unos sean mejores que otros, simplemente despiertan una emoción particular, porque uno no puede ser tan imparcial, porque finalmente se es un simple mortal nutrido de singulares sensaciones.

Todas las lecturas son ávidas y vitales, sí, porque vitalizan la dimensión que se tiene sobre un personaje que se reinventa a sí mismo y se actualiza con cada estudio que se practique en torno a su persona y a su obra. Pero también son vitales porque cada una de ellas aporta un enfoque diferente sobre un mismo tópico: la faceta de Rulfo en el plano de amante y promotor de la historia, acaso una situación frustrada que le permitió encumbrarse en el plano de literato, por el que es solemnizado universalmente.

Fascinación, esa sería la palabra que le viene a este libro, la fascinación por lo que se lee y se descubre en cada colaboración que enriquece este volumen; para mí eso sería lo más extraordinario que debemos de destacar de este ejercicio editorial, producto del sensible y profesional trabajo selectivo de Raymundo Padilla Lozoya y Enrique Ceballos Ramos.

Juan Rulfo es el prototipo de hombre intelectual en la escritura, más no en la oralidad, coinciden varios eruditos que han abordado su estatura literaria, de ahí que sus intervenciones en el campo de la historia sean consideradas metamórficas, porque en ellas se logra apropiarse su propia magia inventiva, generando un sincretismo milagroso entre los sucesos reales y su gran creatividad; y, sin embargo, no estamos dudando de su enorme bagaje cultural, solamente nos interesa destacar su fantástica capacidad de recrear la realidad. A esa complejidad nos invita la vida y la obra del escritor, que adquiere mucho más fascinación en su faceta de historiador. “No es un renovador, sino el más sutil de los tradicionalistas;... en eso radica su fuerza”, coincidimos con Harss.

La historia que imagina es real, pero no deja de estar dentro de una maravillosa y prodigiosa mente imaginaria, donde todo es posible y por ello sostiene con verdadero estoicismo sus aseveraciones: “una mentira que dice la verdad”. Eso es lo permanente de su novedad como historiador.

Al final, él mismo se explica, y nos ofrece la clave de sus aportaciones en el campo de la historia, como todo prudente interesado: "... simplemente son divagaciones, más bien, hipótesis, porque en realidad eso fue lo que me encontré. Todo es hipotético, todo es un supuesto..." Y, con ese halo de honestidad, estamos totalmente de acuerdo; porque finalmente Rulfo, ante todo, fue un ser humano (con un sentido de pertenencia plena en su *jaliscolimán* o en su *colisco*, como prefiera llamársele a esta enigmática región) y, en esa verdad, radica la trascendencia de este universal escritor. Lo demás, en todo caso, es lo de menos.

La invitación queda abierta, pues, a descubrir una faceta escasamente abordada en torno a Juan, y los trabajos aquí incluidos cumplen con ese cometido.

Otoño de 2017 en Zapotlán, México

INTRODUCCIÓN

Raymundo Padilla Lozoya

Durante nuestra vida seguimos la estela del ejemplo que nos inspiran ciertos personajes por sus hazañas o porque conocemos su trayectoria. Yo admiro a tres hombres, primero a mi padre Secundino Padilla Cuevas (+), a quien dedico este libro; el segundo, Juan Rulfo, desde que mi padre me trajo como regalo el libro *Pedro Páramo* en una noche cuando regresó de la Ciudad de México; y el tercero, don Miguel Hidalgo y Costilla. Seguir la ruta del libertador me ha llevado a visitar los lugares más representativos, donde aún quedan vestigios de su historia, como Guadalajara, Morelia, Zacatecas, Colima, Dolores Hidalgo, Celaya, Irapuato, Guanajuato, San Miguel de Allende y Chihuahua. Esos viajes han sido la mejor manera de construir una imagen más fiel del personaje, la otra opción fue leer a sus historiadores. Desde el génesis de la idea, coincidimos en la pertinencia de integrar en una misma obra los documentos elaborados por los historiadores que han escrito acerca de Rulfo y de su obra. Nos propusimos aportarle al lector los elementos para que construya en su mente una idea sustentada en la historia acerca del “hombre mítico” y del hombre creador de la obra literaria mexicana y contemporánea más reconocida en el mundo. De ese impulso surgió el título de este libro que sin lugar a dudas será de su agrado.

Esta compilación se produjo en una dinámica relación metodológica entre ambos coordinadores con el mismo objetivo de comprender ¿cómo fue la trayectoria de vida de Juan Rulfo? El editor de libros Enrique Ceballos contaba con la mayoría de los textos aquí reunidos y luego se comprometió con éxito a localizar los demás documentos que en conjunto componen el corpus. Después nos dedicamos a la tarea técnica de leer, marcar, analizar y discutir el aporte de cada documento para justificar su inserción. El principal criterio fue que el autor fuera historiador, empírico o académico. Finalmente acordamos el orden de los cuatro capítulos, donde se puede disfrutar del arte de cronistas, historiadores locales y figuras internacionales. De esta manera se logra que el lector encuentre en cada historiador distintas perspectivas, temas y etapas de la vida de Rulfo.

En el primer capítulo el lector podrá comprender, a través de los historiadores, aspectos de la infancia de Juan Rulfo, el contexto cristero y ranchero que marcó sus primeros años, también la formación académica adquirida en Guadalajara y en la Ciudad de México, así como las características socio-históricas del contexto local que influyó en la obra rulfiana.

En el segundo capítulo se observa que el interés de Rulfo por la historia regional inició desde la juventud y lo llevó a consultar fuentes primarias tales como todos los cronistas coloniales que habitaron o escribieron acerca de las tierras jaliscienses y

colimenses, porque en ellos encontró las primeras referencias a los elementos que han construido y heredado una identidad peculiar.

El propósito del tercer capítulo fue exponer el origen de la conferencia que dictó Rulfo en 1983, en Colima, acerca de la historia regional. Fue una ponencia expuesta con base en notas que él consideró “malas” y hasta se negó a leer la transcripción, sin embargo los historiadores rulfianos la valoramos distinto. También es notable en este apartado la resonancia de esa ponencia entre los historiadores y literatos, para quienes adquirió una relevancia especial porque con esa conferencia abrió un diálogo transdisciplinario de manera muy crítica hacia la historiografía regional, con determinación, pero impregnada del estilo rulfiano que podemos apreciar aplicado a la historia, como lo advierten Antonio Alatorre y Emmanuel Carballo. Si el publicar dos obras literarias generó mucha especulación, la conferencia rulfiana también produjo un intenso debate, como el lector lo podrá advertir.

Ante los historiadores, como se muestra en el capítulo cuarto, la obra rulfiana es evidentemente literaria, pero tiene como base un contexto histórico compuesto de múltiples problemas y desgracias que han sucedido en la región, desde hace décadas y hasta nuestros días. Por ello algunos estudiosos han encontrado similitudes en los personajes locales, sobre todo en los caciques que se siguen perpetuando en cada generación, teniendo como esencia la injusticia, pero también en los más vulnerables que la padecen, como ocurre con los personajes. Por ello es posible encontrar frecuentes similitudes entre el mítico Comala de Rulfo y los pueblos de la región del sur de Jalisco y el norte del estado de Colima.

A través de los lentes de los historiadores Juan Rulfo es un hombre inmerso en un contexto regional violento de donde surge como cualquiera que se abre paso en la vida, con problemas comunes, vicios, dificultades familiares, en medio de envidias y juicios de los disque “amigos” y también de sus leales amigos, como lo evidencia Ortoll. Igual que otros creadores extraordinarios, el entonces considerado “talento literario más importante en emerger en México durante la última década” se encontraba en la coyuntura entre mantener una familia y producir, más por presión del gremio intelectual, que por ánimo de aportar a las letras universales. Pero sin beca, trabajaba como burócrata hasta en cuatro empleos y por ello solicitó una beca con financiamiento extranjero, para escribir una segunda novela que nunca llegó a la imprenta.

Finalmente, el capítulo quinto incluye la última conferencia que dictó Juan Rulfo con sus opiniones acerca de la historia regional. Esta conferencia, como lo podrá advertir el lector, fue audiograbada y luego transcrita por universitarios que la juzgaron importante, aunque Rulfo opinaba lo contrario. Su lectura es pertinente para los rulfianos porque permite conocer el interés transdisciplinario del literato y su afición por las crónicas regionales antiguas que consultó para saciar su interés, sin embargo, para los

historiadores suscitó algunas polémicas desde los instantes en que Rulfo compartió sus reflexiones. Destaca también en la conferencia el impulso del literato a la historia académica de Colima.

Es preciso destacar que ocho textos incluidos en esta obra forman parte del libro *Homenaje a Juan Rulfo*, editado por el reconocido literato Dante Medina (2002), quien amablemente concedió autorizar la reproducción en beneficio de esta recopilación en la que aparecen solamente historiadores.

Después de leer completo el documento, percibo que la infancia de Rulfo fue marcada profundamente por el asesinato de su padre y la muerte de su progenitora. En esa circunstancia tuvo la fortuna de refugiarse en la biblioteca y en la lectura de los libros censurados por el sacerdote de San Gabriel, Jalisco. Así comprendió el valor de las letras, luego se formó académicamente, y cuando se decidió a escribir la novela lo hizo en cuatro meses porque la confeccionó por años en su cabeza, pero lo efectuó como parte de su introvertida catarsis y ansiedad, no porque deseara aportar algo a las letras universales, lo cual ocurrió después, casi como ironía de su vida. Por ello evadía los halagos de los seguidores e incluso procuraba dar pocas explicaciones de su obra, la cual por su calidad y originalidad emotiva ha sido de enorme influencia para escritores y millones de lectores.

Colima, México, octubre de 2018

CAPÍTULO PRIMERO

ENTRE RAÍCES Y EL TERRUÑO

Un típico niño ranchero

Luis González y González*

Realmente yo agradezco mucho esta invitación a este homenaje tan merecido a nuestro amigo Juan Rulfo. Pero soy el que menos tengo que decir acerca de él, en gran medida porque yo hablé pocas veces con Juan y además casi todas las veces que hablé con él fue de cosas llanas. Ahora que quise empezar a recordar conversaciones con él o intercambios a veces de libros de carácter histórico, encontré que no tenía nada especial acerca de su persona, pero entonces traté de explicarme el por qué nosotros podíamos hablar tan sencillamente de temas que no tenían absolutamente ninguna profundidad, de temas que parecían cotidianos, absolutamente cotidianos. Y encontré que quizá esto se deba a que tanto Juan Rulfo como yo pertenecemos a un tipo, a un segmento –como dirían los antropólogos– de la sociedad mexicana, muy parecido entre sí, con características muy especiales. Probablemente también pertenecemos a la misma generación histórica; Rulfo, como todo mundo sabe, nació en 1918, y yo unos siete años después; pero nació en un pequeño pueblito que al parecer fue Apulco y se trasladó después a otro pueblo que a él ya le parecía muy grande, San Gabriel, porque tenía unos seis mil habitantes. Como ustedes saben perfectamente, hay dos fechas en Rulfo que tienen una enorme importancia antes de que saliera de ese ambiente ranchero al que perteneció: una, la muerte a balazos de Juan Pérez Rulfo en 1923, y otra, la muerte de su madre María Vizcaíno en 1927... Después otra cosa que también parece que se le quedó grabada fue la matanza mayor que fue el movimiento cristero. Después de eso se trasladó a la ciudad de Guadalajara y posteriormente a la ciudad de México, siguió viviendo en aquella infancia –o la mayor parte de su tiempo vivía en aquella infancia– de San Gabriel y de Apulco. Es decir, que en alguna forma él escogió como sociedad a la cual pertenecer, a esa sociedad ranchera, y cuando nos topamos en distintas ocasiones, casi siempre platicábamos de cosas ligadas con esa vida cotidiana de los pueblos.

Me contaba aquí Eraclio Zepeda que a Juan Rulfo no se le podía hablar de tú, que siempre se le tenía que hablar con respeto, sería porque –en fin, yo lo notaba– era tan de la misma caballada que con mucha naturalidad yo le decía de tú y a él no le quedaba otro remedio más que hablarme de la misma manera. En definitiva, creo que a Juan Rulfo para entenderlo mejor no hay que verlo en sus posteriores actividades, como burócrata, como fotógrafo, como escritor que llegó a tener un gran prestigio que quizá a él le pesaba bastante, sino como un típico niño ranchero, como un típico niño de esta sociedad ranchera, que en términos generales se podría definir de la siguiente manera. Como todos ustedes saben, sobre todo en esta zona occidental del país, en el siglo XVI empezaron a llegar, algunos años después de la conquista militar, gentes que venían a caballo y que

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, 2002, pp. 139-142, (primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

arriaban multitud de vacas; estas gentes al principio se establecieron en el centro del país, pero allá estaban causando grandes daños en las milpas de las poblaciones indígenas y entonces tuvieron que trasladarse a acá donde, en fin, los terrenos eran más apropiados para la ganadería, y donde había menos población indígena que tuviera sus cultivos de maíz.

Entonces Rulfo pertenece o es descendiente de esa sociedad de antiguos ganaderos que se establece principalmente en el occidente del país, en el siglo XVI, es por lo tanto descendiente de tal o cual imperio prehispánico. Por otra parte, esta sociedad ranchera también se caracteriza por haber sido la autora de ese movimiento muy importante que fue la guerra de independencia, sobre todo en el occidente del país. La independencia fue un levantamiento de rancheros a veces capitaneados por algunos sacerdotes que a su vez tenían un poco esa condición; pero probablemente la guerra más propia, más tónica, el episodio mayor de este tipo de sociedad ranchera, de este segmento sociocultural de los rancheros, sea la cristiada, y la cristiada indudablemente ha afectado en diversas formas, en pro o en contra, a todas las gentes nacidas en este ambiente. La sociedad ranchera, así en términos muy generales, se caracterizaría porque tiene una vida material basada principalmente en la ganadería, basada también en las industrias agropecuarias y en buena medida también en el uso del caballo, sobre todo en la arriería; pero más importante que esa caracterización de su infraestructura sería lo de su vida social. Creo que algo que le da una nota muy especial a este tipo de rancheros del occidente de México es la enorme importancia que se le da a la familia, la familia de hecho es el asidero de todo, todo individuo en esta parte más que nada es miembro de una familia. Por otra parte, creo que también tiene mucha importancia referirse a la propiedad que viene a ser como la plataforma sobre la que descansa esta familia; y por último, siempre los hombres de esta sociedad ranchera del occidente del país, han tenido como retechos lo que se podría llamar las dos majestades: por una parte la autoridad civil, y por otra parte la autoridad eclesiástica. Pero quizá más importante que todo esto sean los valores culturales que en alguna forma definen a este tipo de hombres del occidente y que viven en poblaciones pequeñas, en pueblos y en ranchos. Por una parte, el sentir la vida como aventura, el no haber ninguna forma de seguridad en el modo de vivir. Por otra parte, algo también muy característico y que actualmente por supuesto se critica muchísimo en ésta y en todas las demás sociedades, es el machismo exacerbado, entre otras cosas la idea de que lo que distinguía a un ser humano frente a los demás era el poder ser padre de muchísimas criaturas, sobre todo si tenían distintas mamás. Por otro lado, algo que también está íntimamente ligado a este tipo de sociedad son sentimientos que, en fin, se les llama comúnmente, en el lenguaje de la misma gente de acá, el honor y la vergüenza. A esto, para citar y no entretenerlos mucho, había que agregar el apego de todas estas gentes a la tierra, sobre todo a su propio terruño. En el caso de Juan Rulfo ésta es la característica; hablaba precisamente de la importancia que para él tenía la geografía, en general: creo que para todo ranchero tiene, más que nada, importancia la tierra donde pisa. Otra cosa es que quizás en ninguna otra sociedad se manifiesta con tal fuerza la

historia recordada, la necesidad de vivir junto a los muertos, a los muertos de la familia y a los muertos del pueblo. Y por último, creo que es muy importante este segmento sociocultural al que perteneció Rulfo y que pertenecieron otros muchos: los valores religiosos, que en buena medida son como la guía de la vida social.

Ahora bien, al volver a releer las obras de Rulfo, me he encontrado con que él en buena medida no sólo es hijo de este tipo de organización al que me he referido tan rápidamente, sino que sus obras la reflejan con mucha más profundidad que, por ejemplo, las de López Portillo o tantos otros que han escrito sobre este tipo de gente; las obras de Rulfo reflejan con mucha mayor fidelidad lo que es la vida ranchera. Ahora, lo que pasa es que este reflejo o esta fotografía que hace de la vida ranchera y que presenta en sus obras, no presenta lo positivo, sino generalmente lo negativo, por ejemplo, critica a la reforma agraria. En él se ve que, como buen ranchero, tenía un sentimiento de adición a la propiedad absoluta y precisamente, entre otras cosas, la crítica que se hace de la reforma agraria en “Luvina” es por esta falta de posesión de la tierra que tienen los campesinos después de esta reforma. Por otro lado, en “El día del derrumbe” hay una crítica a la autoridad por omisa, pero al mismo tiempo un gran respeto frente a la autoridad. En *El Llano en llamas* creo que se muestra la característica esta religiosa de cruzado que tienen los rancheros del occidente del país... en fin, me parece un intérprete muy lúcido de la sociedad ranchera, y en *Pedro Páramo*, algo que también se presenta en negativo no en positivo es el problema de la familia, pero él lo presenta más bien como orfandad, como se ve en *Pedro Páramo*.

En definitiva, simple y sencillamente pues, más que contar cosas en relación con Juan Rulfo, contar anécdotas en las que yo haya participado o le haya oído, he querido lanzar como una modesta teoría la idea de que Rulfo es producto de la sociedad más típica del oeste de México, la sociedad precisamente que ha dado lugar a las malas películas de charros, pero también a estas excelentes obras como son las de Juan Rulfo.

Juan Rulfo habla de la Cristiada

Jean Meyer*

La prodigiosa memoria de Rulfo, y su voz, descuellan en estas páginas transcritas por Jean Meyer años después de su conversación con el autor de *Pedro Páramo*. A 75 años del pacto de paz entre el Estado y la Iglesia, presentamos el relato microhistórico que hizo Rulfo de la Guerra Cristera.

El 15 de enero de 1969 tuve la suerte de escuchar durante varias horas a Juan Rulfo hablarme sobre la Cristiada. Luis González (q.e.p.d.) me había presentado con él en el Centro Mexicano de Escritores donde, demasiado intimidado, me había limitado a balbucear que hacía mi tesis sobre los cristeros. En aquella ocasión Juan Rulfo me había aconsejado fuertemente buscar a un tal Antonio Estrada, autor, según él, de la mejor novela sobre el tema, Rescoldo.¹ Así, gracias a Juan Rulfo, pude conocer al hijo del coronel cristero Florencio Estrada, muerto en la sierra de Durango durante la Segunda Cristiada, la “albérchiga”.

Sin embargo, eso no fue todo. Poco después, Juan Rulfo me citó a la salida de una sesión del Centro Mexicano de Escritores, el día 15 de enero de 1969, una tarde en la que habló, habló y habló, absorbiendo una cantidad impresionante de café con leche, invitándome a imitarlo. No hice preguntas, tomé apuntes. Hace poco, a la hora de tirar viejos papeles, encontré, bajo la rúbrica “Arreglos de 1929”, mis fichitas, y me pareció que una buena manera de celebrar los “mentados” arreglos, en su 75 aniversario, podría ser transcribirlas 35 años más tarde. Desde luego, no se trata de la transcripción fiel de una cinta grabada. La forma no es de Juan Rulfo, pero el fondo sí.

En junio de 1929, los cristeros tenían la impresión de que estaban a punto de ganar, así que cuando llegó la noticia de los arreglos,² a fines de junio o principios de julio, se sintieron defraudados. A un país arruinado por tres años de terrible guerra, a la dificultad de encontrar trabajo y a una readaptación a todas luces difícil –volver a la vida normal– se añadió, para muchos, el peligro real de ser asesinados. Unos pocos formaron unas gavillas de bandoleros, al estilo de Pedro Zamora, por rencor, por la inercia de la costumbre adquirida y por la falta de trabajo; otros, más numerosos volvieron a levantarse en armas.

A la hora de los arreglos los cristeros tuvieron la oportunidad de presentarse a las autoridades militares para recibir un salvoconducto; a cambio tenían que entregar el

* Revista *Letras Libres*, México, D. F., año VI, No. 65, mayo de 2004, pp. 54-56.

¹ Libro publicado y reeditado por Editorial Jus.

² El 21 de junio de 1929 el Estado y la Iglesia hicieron la paz, después de cinco años de un conflicto radical y de tres años de suspensión de los cultos y guerra civil.

caballo y el rifle, instrumentos de guerra, contra diez pesos que se les ofrecían para regresar a casa, en un estado mucho peor que en 1926, con una mano adelante y otra atrás. Las cosas se pusieron color de hormiga para ellos, porque los arreglos fueron a medias y a ellos los hicieron a un lado, abandonados completamente a su propia suerte.

Algunos generales federales se portaron bien, muy bien, como Charis, Cedillo y Figueroa. Charis en Colima y en el sur de Jalisco; Andrés Figueroa tan bien que le mandó al jefe cristero de San Gabriel [el pueblo de Juan Rulfo] una larga carta por conducto de la señora Amalia Díaz, ofreciéndole todo su apoyo, facilidades y garantías, para él y sus hombres.³

En julio, el general Charis recibió con honores, en Comala, a las importantes fuerzas cristeras del general Salazar, con todo y escenas de fraternización. El general cristero Manuel Michel, persona honorablemente conocida por mi familia, excelente y honesto administrador de hacienda antes de la Cristiada, se puso de acuerdo con la Federación para presentar su tropa y hacer entrega de sus armas, en San Gabriel. Pidió que fuese en viernes, porque quería rendir sus armas al Señor de Amula en su día. Pero la mayoría de sus soldados no quisieron amnistiarse, “amistar” decían ellos, y no querían ninguna amistad con el Gobierno; mucho menos rendir armas y caballos contra un pedazo de papel y unos pesos que no les servirían de nada. Se reservaban así la posibilidad de empuñar las armas de nuevo.

Como si supieran lo que iba a pasar. Parece que Charis le dijo a Salazar: “Váyase muy lejos... aquí lo matarían pronto. No nosotros los federales; de nosotros no tienen nada que temer, pero estos politiquillos locales no los perdonarán”. Y el odio entre cristeros y agraristas era muy grande y los agraristas buscaron venganza. Y así redobló el odio entre agraristas y los que no habían recibido, o más bien no habían querido recibir, la tierra del Gobierno. El odio contra el agrarista, “el agrio”, “el agarrista”, “el gorrión”, amigo y protegido, y por lo tanto, sirviente del Gobierno. Con el reparto agrario los pueblos se quedaron sin carpinteros, ni albañiles, ni panaderos: el pan se volvió muy malo. Curioso fenómeno aquel de la destrucción de los oficios, de las artesanías por el agrarismo. Dieron la tierra a los artesanos porque muchos campesinos no la querían recibir de esa manera. Esos beneficiados eran pésimos agricultores –no era su culpa, no era su oficio– y muchos se fueron de braceros al norte o a Guadalajara y rentaron su parcela. Antes de la Cristiada en cada pueblo había un peluquero, uno o dos herreros, un zapatero, un panadero, un carpintero, varios albañiles, tejedores de sarapes, curtidores. Hoy cada quien se las arregla en familia. Es un fenómeno de todo el Occidente de México, no sólo de mi sur de Jalisco; se dio y se sigue dando un fenómeno de concentración urbana selectiva. Los primeros en salir de los pueblos fueron lo obrajeros. Las pieles se venden hoy “en crudo”, ya que no

³ Ver documento anexo.

hay quien las trabaje. La novedad, a consecuencia de lo mismo, fueron las cantinas y los billares; antes, uno compraba el alcohol en las tiendas, no había ni cerveza, ni refrescos.

De mi pueblo de San Gabriel salieron unos seiscientos hombres para la Cristiada, casi todos los que tenían edad de pelear. Regresaron para quedarse solamente unos cien. Los otros habían muerto durante los tres años de la guerra, o se escondieron en Guadalajara y Los Ángeles. Después de los arreglos fue cuando Los Ángeles se llenó de mexicanos; la gente se agrupaba por pueblo, tal calle pura gente de San Gabriel, la calle siguiente, pura gente de Etzatlán. Fue un sálvese quien pueda, una dispersión general. Muchas rancherías quedaron despobladas y varios pueblos se convirtieron en pueblos fantasma. Mi pueblo nunca se repuso. Y es que no tardó en empezar la cacería contra los antiguos cristeros. Eran muy buenos para correr y esconderse.

No hubo mucho agrarismo antes de Cárdenas. Los agraristas que combatieron a los cristeros de mi región venían de Michoacán. Apulco fue repartido en 1936 y los agraristas que solicitaron el reparto no eran de Apulco sino de Tonaya, del municipio de Tuxcacuesco. Los de Apulco tuvieron que salir como braceros hacia la costa y en Estados Unidos. En los Altos, vieja zona de pequeñas propiedades, el agrarismo entró muy poco; en el sur había grandes comunidades indígenas que empezaron a sufrir después de las Leyes de Reforma; algunos individuos empezaron a introducirse como comerciantes, luego prestan y cuando la gente no puede pagar obtienen la tierra. Un abuelo mío, un licenciado, compró la hacienda de San Pedro a una mujer de Zapotlán, dueña de casi todo el sur. Así se formaron las haciendas que luego entraron en el ciclo de arrendamiento, medieros, pequeños propietarios, rancheros, lo que cuenta Luis [González] de su pueblo San José de Gracia. Esos comuneros indígenas casi todos fueron cristeros; por ejemplo, los indios del Volcán de Colima, que los de la ciudad llamaban "indios mecos". Jiquilpan era indio y comunero, y fue despojado por los Pinzón de la hacienda de Buenavista; San Gabriel y Tonaya eran criollos.

Dionisio Ramírez, de San Gabriel, era hijo del administrador de Buenavista; después de 1929 se fue a México, llegó a ser comandante de policía; tenía el deseo de comprar lo que quedaba de la hacienda y finalmente lo logró. Fue la obsesión de toda su vida. Había sido cristero.

Mexicali, Tijuana y toda California están pobladas de descendientes de cristeros. Del sur de Jalisco los cristeros se fueron a Tijuana. La mitad de la población de San Gabriel vive en Tijuana con sus hijos y nietos, lo mismo para Tolimán, Zapotitlán, Tuxcacuesco, etcétera. La ola de emigración cristera, proveniente de Jalisco, Colima y Nayarit, representó en aquel entonces el ochenta por ciento de los mexicanos de California.

Otros cristeros, para sobrevivir, se remontaron en el viejo cráter del Nevado [de Colima] a vivir en cuevas y grutas, como trogloditas. Eran cazadores. Con sus 30-30

mataban animales que venían a comer sal y a beber “agua de leoncillo” [agua de nieve derretida]; era un ganado remontado, cimarrón. Hacían cecina y bajaban a Zapotlán [Ciudad Guzmán] a venderla junto con las pieles. Les decían los “salitreros”. Entre el Nevado y el Volcán hay un enorme arenal, sin agua, y una barranca muy estrecha, a la que le dicen la “barranca del muerto”; es un pasaje natural que deja pasar apenas un hombre. Los cazadores cuidaban ese paso para venear a los animales.

Conocí a un capitán [federal] Castillo, “el Pelón”, del 38º. Regimiento de caballería del general Manuel Ávila Camacho, acuartelado en Sayula; y mi tío, el capitán Pérez Rulfo. De los jefes cristeros, a Michel, Bouquet y Degollado. Viví el levantamiento cristero. Los cristeros tomaron San Gabriel y todos los pueblos que no tenían una fuerte guarnición del ejército. Soplaban en sus cuernos. El saqueo era muy común. San Gabriel fue tomado la primera vez, cuando ni se sabía que la guerra había empezado. Carlos Bouquet era un general cristero muy audaz y muy hábil. Una vez fracasó en el sitio de Tapalpa, frente a Sayula, y se retiró a San Gabriel, pero “el Pelón” Castillo lo hizo correr. Después de los arreglos, volvió a levantarse a favor de Vasconcelos y lo mataron.

En aquel entonces la riqueza de una tienda se medía por sus puertas. En San Gabriel había tiendas hasta de ocho puertas; cada una tenía su especialidad. Ese comercio murió con la Cristiada y nunca se recuperó. Sayula era la bodega de todo el sur, la cabeza de cordillera de todos los arrieros. Controlaba hasta Autlán y más allá, toda la costa de Cihuatlán. Hoy Sayula ha sido dejada a un lado por la nueva carretera y está en decadencia. El regimiento ahí sigue, vestigio de la grandeza pasada.

Parece que Cárdenas quiso destruir la propiedad en esa región tan cristera. Dio la tierra a quien se presentaba; los verdaderos agricultores, medieros, arrendatarios, peones, se quedaron como campesinos sin tierra y engendraron el bracerismo. Ahora, treinta, 35 años después, la situación ha cambiado en el sur con el surgimiento de grandes propiedades en una zona recién colonizada por la gente venida de los Altos de Jalisco.

Zapotitlán quedó arrasada por mi pariente el capitán Pérez Rulfo, por el cuartel general de los cristeros. El general cristero Manuel Michel era el administrador de la hacienda de la viuda [Rulfo], administrador y arrendatario de parte de esa hacienda de San Pedro, con límites con Colima, cerca de Tolimán, al sur de San Gabriel. Cuando se levantó en armas, todos los peones, absolutamente todos, lo siguieron. La situación de mi familia fue muy difícil en esos años, atrapada entre la Iglesia y el ejército, sin contar a los cristeros. El curato de San Gabriel era el cuartel de los federales.”

Aquí terminan mis apuntes con fecha del 15 de enero de 1969, tomados sobre la mesita redonda de un café. Luego caminamos juntos –ya de noche– hasta Insurgentes, para tomar cada quien su camioncito verde.

Primero llegó el camión de Juan Rulfo, quien se despidió con estas palabras (había muchísima gente en la calle, en la banquetta, en el camión): “México tiene dos industrias pesadas: la fábrica de desiertos y la de niños”.

En esta transcripción respeté escrupulosamente el desarrollo de aquella conversación.

– Marzo de 2004

Encontré este documento en el archivo de Manuel Michel, que confirma lo dicho por Juan Rulfo en aquella conversación.

General de División
Andrés Figueroa
Particular
Guadalajara, Jal. a 24 de Julio de 1929.
Señor
MANUEL MICHEL
San Gabriel, Jal.

Muy señor mío:

Por la señora Amalia Díaz, portadora de la presente tengo conocimiento que usted se presentará en esa plaza de San Gabriel, acogiéndose a la amnistía concedida por el C. Presidente de la República, y por cuyo motivo he ordenado que pase nuevamente a dicha población en unión del señor General Brigadier Ervey González y Capitán José U. Figueroa, que llevan la representación Oficial el primero y el segundo la mía personal, lamentando no haber podido atender los deseos de usted de ir personalmente por razón de que igual petición hicieron los señores Gabino Flores, Bouquet, Degollado, Morfín y otros, y como usted comprenderá me he visto en la necesidad de nombrar comisiones, ya que me sería punto menos que imposible obsequiar a todos en sus deseos.

El citado señor General González y Capitán Figueroa llevan instrucciones para lograr que no surja ninguna dificultad con usted ni con sus elementos en la entrega de sus pertrechos, y así tengan toda clase de facilidades y garantías para el mejor término de ese asunto.

La citada señora Díaz me hizo partícipe de la petición que hace usted para obtener en arrendamiento, como antes lo tenía de la Hacienda San Pedro, y aún cuando este asunto no lo pone usted como condición para su amnistía y dándole la interpretación debida, creo que de momento no sería bien vista una petición en dicho sentido; pero ya

indico a la señora recoja de usted una carta sobre el particular para enviarla directa y original al señor Presidente de la República, junto con una mía, para que la propia señora Díaz como lo ha ofrecido haga las gestiones necesarias para lograr lo que usted desea.

Mis representantes llevan a usted mis saludos y atenta invitación para que pase a esta Capital, en donde estoy seguro pasará usted algunos días contento.

Sin más de momento quedo como su atento, afectísimo y seguro servidor.

(Rúbrica)

N.B. Obsequiando los deseos de usted queda a su distribución el señor Isafás R. Villa que se encontraba prisionero en esta capital.

Sayula: Federico Munguía Cárdenas

Salvador Encarnación*

Federico Munguía Cárdenas es autor de *La Provincia de Ávalos*, libro fundamental en la historia del sur de Jalisco. Ha sido corresponsal de periódicos estatales y nacionales. En Sayula, su pueblo natal, es fundador y principal colaborador del semanario *Tzaulan*. Es miembro de la Benemérito Sociedad de Geografía y Estadística. Su nombre se encuentra inscrito en la estela de los hombres ilustres de Sayula.

Presento parte de una larga conversación con Munguía Cárdenas. El tema: su libro *La Provincia de Ávalos*.

“El periodismo me llevó a la historia. Yo nací conociendo lo que era el periodismo. Mi papá, Federico Munguía López, fue corresponsal de todos los periódicos de Guadalajara desde 1912 y de *El Informador* desde 1917. Yo oía: Que mandaba esta correspondencia; que escribía a máquina; que ya apareció el artículo... La máquina de escribir fue un sonido consuetudinario en mi casa. Muere mi papá en 1937 y se viene —a súplica de él— Conrado Sánchez, primo hermano de mi mamá, para ayudarnos con la tiendita. Conrado, un hombre muy bueno —está considerado entre los benefactores de Sayula—, estuvo siete años con nosotros: de 1937 a 1944. Él me decía: “Fíjate cómo escribo, fíjate. Para que te enseñes”. Él sabía escribir con tino, con tacto, muy ajeno al periodismo actual de ofensas y cosas por el estilo. Él no ofendía. Decía lo que tenía que decir. A veces ni se le enojaba la gente a pesar de que les decía cosas que no les gustaban. Luego llegaron solicitudes de más corresponsalías: de *La Prensa*, de *El Occidental*,... Entonces Conrado me dijo: “Ándale, agárralas tú.” Y las agarraba yo. En 1942 comencé a mandar correspondencias a los periódicos de Guadalajara y de México. Al *Esto* fue el primero que le mandé. A mí me chiflaba el deporte, el fútbol. Entonces apareció el *Esto* y me hice lector de él. Les escribí. Les dije que acá había mucho movimiento. “Sí cómo no”. Me contestaron. Me mandaron mi credencial luego luego. En 1942, oficialmente, comencé en la cuestión periodística. En 1944, Conrado se salió de la tienda y en 1945, yo ya solo, comencé a mandar artículos a *El Informador*.

La historia fue larga: de 1945 al 2000 fueron 55 años de corresponsal de *El Informador*.

Conrado quería mucho a Sayula y me decía: “Qué bonito saber de lo que pasó antes. Tantas cosas que uno no sabe”. Me fue metiendo la idea, seguro. Un día tuve la idea de escribir un folletito sobre las cosas antiguas de Sayula. Comencé a entrevistar gente anciana, gente del Ejército Constitucionalista que vivía aquí. Me dieron muchas cosas y

* Periódico *El Informador*, suplemento **Tapatío** Cultural, Guadalajara, Jal., 12 de marzo de 2006, pp. 14-15.

datos. Comencé a buscar papeles viejos, a reunirlos... Me iba cada ocho días a la Biblioteca Pública del Estado a trabajar de nueve de la mañana a nueve de la noche. De dos a tres salía a comer. Llegaba el profesor Cornejo Franco como a las cuatro de la tarde, y me decía:

- Camellando amigo, camellando.
- Sí profesor. –Le contestaba yo–.

Él y el licenciado Razo Zaragoza se portaron bien conmigo. Me dieron algunos consejos... Un día le dije al profesor Cornejo Franco:

- Oiga profesor, cuándo será bueno acabar mi libro de historia de Sayula.
- Cuántas cuartillas lleva, amigo.
- Doscientas cuarenta.
- Ya párele amigo. Ya párele. Es muchísimo eso. Quién se lo va a editar... Quién lo va a leer. Ya párele...
- Pero me quedan muchos archivos por investigar.
- No, no, no. A este ya párele.

En eso salieron los Juegos Florales del Ayuntamiento de Guadalajara en 1971 y me saqué el primer premio, cosa que jamás esperaba. El ensayo se llamaba *Datos históricos de Sayula. Antigua capital de Ávalos*. Un título larguísimo que a la hora de la hora no son funcionales. El jurado fue Don Antonio Pompa y Pompa, él era el presidente de la Academia de Historia en México. Otro fue el Lic. Razo Zaragoza, que nunca había leído mi trabajo y otros. Después le pregunté al licenciado:

- ¿Sabía que era mío?
- Mire –me contestó–. Cuando lo leí, vi que era de usted porque en el ensayo dice: “Mi padre Federico Munguía López fue...” Entonces deduje que era de usted.

Después de la premiación en el teatro Degollado, llegaron los del Ayuntamiento y los de la Universidad de Guadalajara diciéndome que se interesaban en publicar la obra. A la hora de la hora nunca se aparecieron. Lo guardé como cinco o seis años hasta que me habló por teléfono Juan Rulfo, un 25 de diciembre.

Contesté y era Eva Pérez viuda de De la Fuente, la hermana de Juan.

- Oye, te quiero preguntar una cosa. ¿Conoces a Juan mi hermano?
- Pues quién no lo conoce.
- No, no ¿Has platicado con él?
- No... No he tenido el gusto.
- Te quiere hablar.

–(¡A caramba! Pues échamelo. Pensé.)...

–Oiga maestro –me dijo–. Yo sé que está escribiendo un libro sobre la Provincia de Ávalos. Ese libro es muy importante porque de aquel rumbo hay un vacío. No hay datos históricos de dónde tomar. Yo le quiero preguntar a usted si ya lo va a editar.

–Mire –le contesté–. El libro es gruesecito. Lo tengo hecho desde hace cinco o seis años pero hasta la fecha nadie se ha interesado en editarlo. Lo tengo guardado.

–Le interesaría que se editara.

–Pero cómo no...

–Mire. El Departamento de Bellas Artes está haciendo labor editorial. Si usted gusta que nos veamos, si puede venir a Guadalajara, podemos hablar con el licenciado Juan Francisco González para ver si ellos pueden editarlo.

Al poco rato me habló Eva y me dijo que la reunión iba a ser en el café Mayorga, a las cinco. Este café estaba donde estuvo por unos años el Banco Refaccionario de Jalisco, por la calle López Cotilla casi esquina con Corona. Mi hijo Federico y yo llegamos media hora antes. Dieron las cinco, las cinco y media y yo me desesperé. Rulfo no llegó. Me dio coraje. Le dije a mi hijo: Vámonos... Estos consagrados... Me vine a Sayula molesto. Al llegar a casa estaba Eva apenadísima.

“Oye Federico –me dijo–. Fíjate que yo me equivoqué. La reunión era en el café Madoka y yo te dije en el Mayorga. ¿Puedes asistir mañana?” Sí cómo no, le contesté. Y ahí vamos de vuelta.

Rulfo era muy conocedor de historia regional. Empezamos a platicar y vi que sí las podía.

–Oiga –me dijo Rulfo–, lo quiero llevar a Cuernavaca con un gringo que está haciendo labor histórica. Ha escrito por ahí un libro.

–Ah, ¿y quién es?

–Gerhard.

–Peter Gerhard. Ya lo tengo...

–Ah, entonces está muy adelantado...

Juan Rulfo se portó muy gente conmigo. Me preguntó por el título, dijo:

–Ese título es muy largo. Usted necesita ponerle un título corto. Ese título no vende. Póngale *La Provincia de Ávalos*.

–No. –Le contesté–. El libro es la historia de Sayula. La Provincia de Ávalos es un capítulo de La Colonia dentro del libro.

–Usted póngale *La Provincia de Ávalos* –insistió Rulfo–. La Provincia tuvo mucha tradición en la Nueva España. Póngale *La Provincia de Ávalos*.

No me convenció. Juan Francisco, el editor, oyó la plática. Cuando sacó el libro –que por cierto me dio coraje, pero luego caí que tenía razón– en la portada le puso *La Provincia de Ávalos* y adentro, en la hoja le puso el título que yo tenía. Trató de quedar bien con Dios y con el diablo.

Como todas las cosas del Gobierno caminan despacito, duró dos años para sacarlo. Fue una edición un tanto rara, en formato italiano, fuera de lo común... Un poco descuidada. A un título en vez de Bandolerismo le pusieron “bandolismo”. Yo pensé: Qué, ¿tocan la bandolina? O qué... Pero salió el libro. Fueron mil ejemplares que en seis meses se acabaron.

Don José Ramírez Flores fue conmigo una bellísima persona. Era tío de mi esposa, pariente de mi suegra. Un día lo visité y me dijo:

–“Oiga, amigo –así hablaba también–. Oiga amigo. Este libro es muy importante. Esta es la primera edición pero va a tener muchas ediciones. Tiene, como todos los libros, algunas cositas que sería bueno corregirle, para que ya, si hay otra edición, salga con esas cosas corregidas. Sería posible, que cuando viniera usted a Guadalajara, viniera usted aquí conmigo. Usted va leyendo y yo le voy diciendo los errorcitos que vaya teniendo”.

–Ah, eso es oro molido don José –le contesté–. Pero cómo no.

Cómo le agradecí. Quién hace eso. Cada vez que iba a Guadalajara lo visitaba y me ponía a leer. “A ver, a ver a ver –me detenía don José en la lectura–. Usted dice que de la laguna de Zapotlán traían hortalizas y a cambio se llevaban sal y los productos de la laguna. A ver, a ver. En el tiempo prehispánico, ¿había hortalizas?” ¡A qué caray! Pues no –le contesté–. Esas cosas se corrigieron. Pequeños detalles que hacen que una obra sea buena o regularcita. Esas cosas estuvimos corrigiendo.

Cada año, don José hacía una fiesta a los historiadores en Techaluta. Una vez me invitó y no fui. Y me reclamó. “Oiga –me dijo–. Yo quería presentarlo con mi amigo Don Luis González y González...” Y yo, por pura cortedad, no fui.

Las otras ediciones

Un día noté que me estaban pidiendo mucho el libro; los maestros sobre todo. Fui al Departamento de Bellas Artes y estaba doña Martita González, muy fina persona, muy bella. Con ella no había antesalas. Muy amable. Le comenté: Mire señora, en tal fecha me imprimieron este libro, ya está agotado y lo están buscando mucho. Quisiera saber si es posible una segunda edición aquí con ustedes. “Cómo no, don Federico. Inmediatamente.” Le hablé a Carlos Gutiérrez Arce que ahí mismo lo conocí. El libro salió de fábula. A mí me gustó mucho. Muy bien cuidado por Gutiérrez Arce. Iba a ser de mil ejemplares pero con el conque del papel, salió de quinientos.

Para la tercera edición Carlos Gutiérrez Arce ya era el encargado. Hizo una edición de lujo. Una edición muy bien hecha. De primera. Yo le vivo agradecido a este excelente editor”.

Comala en la literatura y en el cine: Una película para Alberto Isaac y en memoria de Jaime Estrada

Víctor Manuel Cárdenas*

Aunque nací en Colima, la mitad de mi infancia pertenece a Comala. Nieto del trashumante boticario don Gabriel Morales Hinojosa y de Santa María Micaela Valencia Bravo; hijo de la hermosa comalteca Bertha Morales Valencia –mujer ejemplar, por cierto, y llamada aquí, capital mundial del apodo, la “bicicleta”, por sus perpetuas prisas–, sobrino de juglares tan memorables como el tío Agustín Valencia, piroperos como el tío Salvador, juguetones como el tío Arturo, alegres como la tía Adelita y la tía Regina (catadora de los mejores pozoles), emprendedores como el tío Eduardo, solemnes como el tío Gabriel, festivos como la tía Astrid –llamada “Tichi” sin yo saber por qué–...

Comala con dos tíos niños que murieron de disentería antes de la sulfadiacina. Comala sin luz o con luz de naranjita de quince watts. Comala con catecismo en sábado y misa de ocho de niños los domingos. Comala con sus ríos Tigris-Barragana y Éufrates-San Juan, donde uno podía bañarse, espiar, perder ropa y zapatos en prisa hacia el “Bucaramángara”. Comala que huele a pan, a queso, a los tamales más sabrosos de la tamalidad. Comala precoz montado en una chiva de la cual “nacerá un chivo con tu cara”. Comala con incendio de pajar el año nuevo de aquel perdido 1961 ó 1962. Comala con nubes emborregadas porque hará frío o porque va a temblar. Comala luna llena donde descubrí el verdadero calor, el verdadero sudor, el verdadero frío. Comala de fiesta porque Alberto Isaac –hijo predilecto de Comala– filma en Comala lo que en Comala vio. Comala de Rulfo comal, Comala verde y fértil de Susana Sanjuán, adolescencia de Pedro Páramo, rencor del viejo cacique. Comala de “Los Aguajes” rumbo a la maicera. Comala del misterio y de la soledad.

Comala, paraíso terrenal

Yo nací en Comala porque uno nace a partir del recuerdo. Yo vi a Simón, crudo como todos, echarse la mula encima y ponerse a trabajar. Yo vi los cuajos de las vacas en los tejados y conocí los quesillos que ya no existen. Yo vi los ríos de suero y de ponche transformarse en requesón, en embriaguez, vi a los mariachis cantar las canciones preferidas del difunto y aquí contemplé –bruto de mí, mirón sin luz en el velorio– el rostro amarillo de la muerte. Yo no vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, vine porque yo comencé la vida en Comala, lugar de encuentros, paraíso terrenal en la añoranza de Juan Rulfo y mundo a construir, humana, gozosamente, por Alberto Isaac,

* Periódico *Siglo 21*, suplemento cultural “Nostromo”, Guadalajara, Jal., 7 de noviembre de 1993, p. 3, reproducido en el libro *Comala. Memorias de un encuentro*, Servando Ortoll (Coordinador), Colima, Col., Gobierno del Estado de Colima/Instituto Colimense de Cultura, 1994, pp. 29-33.

segundo fundador de la universal Comala. ¿No es el billar que hubo aquí en la esquina el billar de *En este pueblo no hay ladrones*?

Roberto Huerta descubrió, frente al pelotón del periodismo colimense, una nota que me gusta recordar: “La Flecha Colimense abandona la natación que tanta fama ha dado a nuestro terruño y al país para transformarse en director de cine. Comenzará con una película basada en el guion de un desconocido escritor colombiano llamado Gabriel García Márquez”. Macondo y Comala, dos rostros de una misma altura, dos paradigmas de la vida y de la literatura, de la realidad, dos sombras tan concretas como las múltiples determinantes que nos definen, Comala que detenía hasta las mismas películas en proyección a las nueve de la noche en punto, hora de la bendición con El Santísimo. Comala en viernesanto, a las tres de la tarde con “Credo” y “Yo pecador”. Comala a escondidas porque es sábado de gloria con chocolates a cintarazos. Comala arriba de la torre de la parroquia de San Miguel para ver –sin ninguna autorización– cómo se filmaban, nocturnamente, los amores de *Los días de Gabriel*. Comala con Juan Rulfo platicando en el jardín en que su tío, el padre Vizcaíno, lo refugió en Comala después de la muerte-asesinato de su padre. Comala con leche en polvo enviada por “Alianza para el Progreso” y triste a llorar y llorar y llorar por el crimen del presidente Kennedy –el presidente que supo joder tanto y tan suave, que aún lo extrañamos–. Comala que tiembla como virgencita a desflorar, como adolescente que inicia su primer batalla de la larga y amorosa contienda.

El Comala de Rulfo

Pero no es cierto que Comala sea idilio, es falso confundir Comala con el edén. Comala es una población como todas y cada vez más se acerca al recuerdo y a la modernidad. Diré, por ejemplo, que el Comala de Rulfo sí fue este Comala pero ya no es. Diré que el Comala de Alberto Isaac es una evidencia geográfica y un ojo en constante movimiento. Diré que Comala no es una entelequia como la Santamaría de Onetti sino este colectivo transformable que recibe la imagen que le damos. Comala es la de Rulfo y la de Isaac, pero también es la comunidad que hacemos.

Si fuéramos fieles a Rulfo, perdón, a Pedro Páramo, Comala sería eso, un páramo. Pero Rulfo, aunque sí, no hablaba de Comala, sino de los deseos personales de un cacique por destruir lo que no pudo realizar. Comala en la célebre novela es la negada realización de un deseo personal, el abismo al que conduce el poder, la negación del amor porque el amor no se teje –no se construye– con obsesiones sino con transparencias. La acumulación asfixia. Y eso nunca lo comprendió el ilustre –por cabrón– Pedro Páramo.

Juan Rulfo no convierte –como siempre se pregona– a Comala en pueblo de muertos hablantes. Juan Rulfo exhibe las muertes a que conduce el poder, el platillo principal del rencor vivo. Casi cuarenta años después de la publicación de la novela *Pedro Páramo*

seguimos con preguntas extrañas a la novela. La verdad es que el Comala de la realidad también se encuentra en la novela y es el Comala de Susana Sanjuán, la adolescente que vio en “Los Chorritos” o en “Las Peñitas” del río de “La Barragana” el también adolescente Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. ¿No serán esas aguas el germen de una novela del tamaño de nuestra comunidad? Comala da para eso y para más.

El Comala de Isaac

Y llegó con su forma de ver (¿otra cosa es el cine?) don Alberto Isaac. Traía en su cabeza lo que sabía y todavía estamos por descubrir, por él, lo que es ver. Nacido allá, nació aquí. Y tan nació, que aún podemos verlo comprando huaraches, platicando, con nieve de limón y de la mano de su mujer, atinadamente, por cierto, apellidada Comala, como Susana Sanjuán. Y está aquí con su cámara y no sufre como Rulfo, sino que goza – también como Rulfo– platicando y conversando.

Si Rulfo, como expresan algunos lectores y críticos, convirtió a Comala en un desierto habitado por muertos, Alberto Isaac se ha encargado de darle imagen al otro Rulfo, al otro Comala, al que no terminó cadáver con la revolución y con la cristiada; Isaac le da vida a la Comala sobreviviente, al México que se desmoronó en los años diez y veinte del siglo que agoniza. Rulfo vio las piedras caer sobre el paraíso; Isaac, con las propias historias rulfianas y otras más, infunde soplo a las cenizas y vigoriza la historia popular, da imagen, voto y desmadre a un pueblo tan rico y festivo como el comalteco.

Rulfo padeció en su intimidad la sensación de un pueblo que se derrumba. Alberto Isaac vive el renacimiento de algo que aún no sabemos a dónde va, pero del cual conocemos lo que más nos une: la esperanza. No venimos a sobrevivir con el sudor de nuestra frente ni somos responsables de las alianzas truculentas que nos dominan casi irremediabilmente, estamos en el mundo para vivir y ser felices, no para regodearnos en las trampas del poder que divide núcleos tan concretos como el amor.

Todo el país es Comala

Bien hace Alberto Isaac en reflejar en su obra este tránsito que hoy padecemos sin saber exactamente el objeto de nuestra entidad manipulada desde muy arriba. Juan Rulfo nos marcó no sólo a nosotros sino a todo el país, todo el país es Comala, toda Nuestra América es Comala. Afortunadamente, las películas de Alberto Isaac, nacidas por asuntos comunes como los nuestros, nos ayudan a contemplar no solamente la mirada de un autor, sino las transformaciones de la comunidad a la cual pertenece. Alberto Isaac nos ayuda a sobrellevar la historia, a redescubirla, a calmarla.

Fiel a las circunstancias, registra la novedad de la patria comalteca y, sabio, a buena distancia del poder, reivindica la historia de su colectividad. Isaac ha sabido ir y venir, Isaac

sabe que la vida no se circunscribe al ombligo original sino a la voz que rompe las fronteras.

Un hombre como Alberto Isaac está consciente: aquí, en el terruño, no debe crecer la chinchilla de la inmoralidad. Por algo ha construido su bellísima casa y de vez en cuando manifiesta en su obra, sin adjetivar, lo peor y lo mejor que somos. Gracias, don Alberto, por reflexionar sobre quiénes somos, por amar nuestra fresca, verde, rica amoralidad (conste que no dije “inmoralidad”, para nada), gracias por recordarnos que Rulfo es menos solemne de lo que han creído otros cineastas y muchos críticos literarios, gracias por reconocer que Comala son muchas historias, es decir, lo que podemos hacer si deseamos que siga existiendo Comala. De nadie más, de nosotros dependerá. Por algo sigue aquí el espíritu de mi abuelo Gabriel y la vida de Santa María Micaela Valencia Bravo. Vivo aquí, en el amoroso espacio que heredaron para nosotros.

Me van a perdonar, pero a Juan Rulfo

Dante Medina*

Me van a perdonar, pero a Juan Rulfo —y disculpen la intromisión— le gustaba el lunes, el lunes era su día preferido, y él no me lo dijo sino que lo estoy adivinando: el lunes con su paz apagada y meditadora de Día Después de la Fiesta, cuando ya todos se fueron y uno puede mirar, detenidamente, con alegría, de nuevo, las cosas.

Juan Rulfo inventó el mundo que le hacía falta para vivir. La noche, el recuerdo, la fiesta, el sol, los gatos, la plática, el cielo, el paisaje, las muchachas, la tierra, los pájaros, la voz, la muerte, el dolor, la tristeza, la luna, el amor, el silencio, los reinventó Juan Rulfo, porque le hacían falta para vivir.

La noche: *Entonces el cielo se adueñó de la noche.*

El recuerdo: *¿Por qué ese recordar inmenso de tantas cosas.*

La fiesta: *Bonita fiesta le va a armar.*

Suelen los hombres, después de un largo periplo, regresar a su tierra. Juan Rulfo dejó Jalisco, su casa, hace ya bastantes años. Anduvo recogiendo, por múltiples países, los elogios y la admiración de sus contemporáneos, discreta y sobriamente, como acostumbran hacerlo algunos campesinos del sur de nuestro Estado. Que la Feria Internacional del Libro 1988 haya decidido consagrarle el Homenaje Central a don Juan Rulfo, es una manera de testimoniar el respeto y la admiración que sus paisanos sentimos por su obra y su persona. Con este Acto Central FIL'88 y con el Reconocimiento que aquí se le entrega a la Señora Clara Aparicio de Rulfo, le queremos decir: Juan Rulfo, bienvenido a casa, al Jalisco donde naciste, para gloria de los tiempos futuros, un 16 de mayo de 1917, sin saber que iban a llamarte, contra tu opinión —que no te pidieron—, Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. Tú por eso dijiste, con tu tantal de humor sutil: “Me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos, como si yo fuera un racimo de plátanos”, y te agarraste los dos nombres más bonitos de ese montón de nombres.

Me van a perdonar, pero a Juan Rulfo —y disculpen la intromisión— le gustaba Comala, ese pueblo *lleno de ecos* al que se llega *buscando a alguien que no existe*, por un camino que sube o baja: *sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja.* Allí vive un hombre que *se llama de este modo y de este otro*, y que, *según yo sé, es la pura maldad. Eso es Pedro Páramo.*

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión de textos y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Segunda edición 2002, pp. 349-356, (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

Juan Rulfo inventó el mundo que le hacía falta para vivir. El sol, los gatos, la plática, el cielo, el paisaje, las muchachas, la tierra, los pájaros, la voz, la muerte, el dolor, la tristeza, la luna, el amor, el silencio, los reinventó Juan Rulfo, porque le hacían falta para vivir.

El sol: *Al recorrerse las nubes, el sol sacaba luz a las piedras, jugaba con el aire dándole brillo a las hojas con que jugaba el aire.*

Los gatos: *Los gatos se despertaban con el olor de la lumbre.*

La plática: *Platicaban, como se platica en todas partes, antes de ir a dormir.*

Juan Rulfo es, para sin excepción de ninguno, un misterio ejemplar de maestría literaria. Desde que en 1953 sorprendió al mundo con su libro de cuentos *El Llano en llamas*, y en 1955 lo volvió a asombrar con su novela *Pedro Páramo*, Juan Rulfo no ha dejado de ser un mito vivo: ya nunca se detuvieron las ediciones y reimpresiones (con tirajes incluso de cien mil ejemplares) de las escasas doscientas páginas que componen las Obras Completas de la más enigmática perfección que registra la literatura del siglo XX. No únicamente lo inusitado de las sucesivas y elogiosas traducciones a lenguas tan alejadas del español (del jalisciense, deberíamos decir), como el ucraniano, el chino, el servo-croata, o el búlgaro, hasta acabar setenta lenguas extranjeras, sino también las versiones de la obra de Rulfo a lenguas que habitan el territorio mexicano, como el náhuatl, purépecha, mixteco, tarahumara, chontal, triqui, maya o tepehuán... Toda una clase pensante, en múltiples idiomas, se ha volcado sobre los escritos de este ilustre jalisciense: podemos contar más de cuatrocientos estudios en diversos países; y sólo en los Estados Unidos, más de cuarenta tesis doctorales. Y mientras las universidades del mundo entero se disputaban a Juan Rulfo, sus coterráneos veíamos con orgullosa incredulidad publicarse, desde 1956 hasta la fecha, cuando menos un libro anual sobre su obra o su persona.

Me van a personar, pero a Juan Rulfo —y disculpen la intromisión— le gustaba Susana San Juan, porque *de ese modo se le fue formando un mundo alrededor de la esperanza, o a poco no “¿sabías, Fulgor, que ésa es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra?”*

Juan Rulfo inventó el mundo que le hacía falta para vivir. El cielo, el paisaje, las muchachas, la tierra, los pájaros, la voz, la muerte, el dolor, la tristeza, la luna, el amor, el silencio, los reinventó Juan Rulfo, porque le hacían falta para vivir.

El cielo: *Había estrellas fugaces. Caían como si el cielo estuviera llovisnando lumbre.*

El paisaje: *Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por crepúsculo ensangrentado del cielo.*

Las muchachas: *No quiso maltratar el alma medio quebrada de aquella muchacha.*

Pero, ¿quién fue Juan Rulfo? La historiografía, el cómputo y la gloria, recensarían, cuando menos, estos reconocimientos que nuestro planeta le otorgó —y no es un exceso decir “planeta”:

- en 1956, el Premio Xavier Villaurrutia,
- en 1970, el Premio Nacional de Literatura,
- en 1977, es nombrado Miembro Honorario de la Asociación de Escritores Mongoles,
- en 1977, Medalla de Oro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana,
- en 1979, es condecorado por la Alcaldía de Cali, Colombia,
- en 1979, Premio Jalisco de Literatura,
- en 1979, el Premio Chimal de Plata, por la Universidad Juárez, de Villahermosa, Tabasco,
- en 1980, Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua,
- en 1980, Condecoración Francisco de Miranda, en Venezuela,
- en 1980, Homenaje Nacional del INBA,
- en 1983, el Premio Príncipe de Asturias, de España,
- en 1984, Homenaje en el Centro George Pompidou, de París, Francia,
- en 1985, Doctor *Honoris causa* por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Un martes 7 de enero, ya cercano a los 70 años de edad, murió, en 1986, un jalisciense admirado por todo el mundo, que quiso llamarse, sencillamente, Juan Rulfo.

Me van a perdonar, pero a Juan Rulfo —y disculpen la intromisión— le gustaba Jalisco. “Yo viví en un pueblo que se llama San Gabriel. En realidad yo me considero de ese lugar. Allí pasé los años de mi infancia”. Y aunque Rulfo diga que “el tiempo lo saca a uno de cualquier parte”, a él no ha logrado sacarlo de Jalisco. Tiene Rulfo la virtud de muchos jaliscienses: se van de aquí pero continúan quedándose. “Mi cariño por Jalisco —dice Juan Rulfo—, que nunca he olvidado, que tengo profundamente arraigado”; y ese cariño no permitió jamás que la ciudad de México lo hiciera, a él, a Juan Rulfo, suyo: “He vivido cuarenta y cinco años en la ciudad de México y a mí no me dice nada.” Y agrega: “Para mí la capital es completamente extraña”.

Juan Rulfo inventó el mundo que le hacía falta para vivir. La tierra, los pájaros, la voz, la muerte, el dolor, la tristeza, la luna, el amor, el silencio, los reinventó Juan Rulfo, porque le hacían falta para vivir.

La tierra: *Mejor no hubieras salido de tu tierra.*

Los pájaros: *Pájaros que vuelan al atardecer antes de que la oscuridad les cierre los caminos.*

La voz: *Su voz parecía abarcarlo todo.*

¿Quién fue, pues, Juan Rulfo? ¿Quién fue este genial escritor a quien la miopía de la Academia Sueca le negó, testarudamente, un Premio Nobel inferior a su obra, que los miembros del jurado juzgaron siempre pequeña por su volumen, como si el valor de una producción literaria estuviera en relación directa con el palabrerío, olvidándose de que por acá, por el sur de Jalisco, *fuerte es el silencio*, o como decía un memorable periódico tapatío del siglo XIX, *El telegrama*, somos “poca paja y mucho grano”?

¿Quién fue, más allá del curriculum, Juan Rulfo? ¿Quién fue, quién será, este hombre que, según palabras de Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura, escribió la novela más bella de la lengua castellana? Hubiera habido de ser bueno preguntarle a Juan Rulfo: Oiga, Don Juan, ¿quién es usted? ¿Quién es usted, Señor Don Juan, que se ha puesto a escribirle, tan callando, páginas magistrales a la lengua española, misma ésa que, queriendo o no, tuvo que dejarse hablar a la manera de un sitio que se llama Jalisco?, ¿o qué, no?

Entonces, ¿quién fue este hombre al que ni el agudo e inquisidor Juan José Arreola pudo descifrar? Dice Arreola: “Yo nunca supe bien a bien, Clara, y te lo digo con toda sinceridad de que soy capaz, si Juan era tímido o desdeñoso, pero luego todos se pusieron de acuerdo y lo declararon tímido, y me sometí a la autoridad del pueblo”. ¿Quién era este hombre a quien Fernando Benítez declara “uno de los hombres más humildes, más sencillos y más generosos”, y de quien Alí Chumacero dice que “no creía mucho en su obra. Le parecía que no tenía el valor que luego enseguida le dio todo el mundo”. ¿Quién era este hombre a quien el pueblo declaró tímido y las Academias sabio? Edmundo Valadés piensa que “es el escritor más grande de la literatura mexicana”; Eduardo Galeano lo considera el autor del libro latinoamericano más importante de todos los tiempos; Jorge Luis Borges incluye “*Pedro Páramo* entre las cien obras más importantes de la literatura universal”.

Y hay todavía una lista de elogios que se acumulan: “La máxima expresión que ha logrado hasta ahora la novela mexicana”, dice Carlos Fuentes; “Apenas lo leí, lo admiré”, dice Octavio Paz; Miguel Ángel Asturias opinó que el Premio Nobel debieron habérselo dado a Rulfo, y no a él. Y luego una serie de especialistas que sería imposible citar, haciendo un monumental coro de elogios: “Era el Premio Nacional el que se honraba con tu nombre”, le dice Nancy Cárdenas; “otorgarle el Premio Cervantes y darle las gracias por aceptarlo”, dice Juan Carlos Onetti; “La frente de la Academia se engalana con los lauros”, dice Andrés Henestrosa; “*Pedro Páramo* es una de las mejores novelas de las literaturas en lengua hispánica, y aún de la literatura”, dice Borges... Y elogian también a Juan Rulfo: Alfonso Reyes, Jorge Enrique Adoum, Ariel Dorfman, Emir Rodríguez Monegal, Mariana Frenk, Jorge Ruffinelli, Helmy F. Giacomani, Joseph Sommers, Felipe Garrido, Antonio Alatorre, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, José Luis Martínez, y etcétera y etcétera, o, para decirlo de otra manera: ¿quién no elogia, quién no admira, a Juan Rulfo?

Me van a perdonar, pero a Juan Rulfo —y disculpen la intromisión—, aunque dijera “no tengo nada que reprocharles a mis críticos”, no le gustaba la crítica literaria. Y menos la de su obra, digo yo. Para él el cuento y la novela eran maneras de contar. Óiganlo: “Novela, su nombre lo dice: Señores, yo les traigo a contar algo”.

Rulfo declara: “Yo creo que es la insatisfacción la que lanza al escritor hacia algo”. Y se ríe de los profesores que andan buscando, por tierras de Jalisco, las ficciones que sólo están en su escritura, en *Pedro Páramo* y en *El Llano en llamas*: “Y buscan en los pueblos que menciono en mis cuentos y no existen. Van a ver a mis hermanos que viven por allá y les preguntan ¿dónde queda este pueblo?, ¿quién era este personaje?, y ellos les responden: ‘mi hermano es un mentiroso, no hay nada de eso’”.

Juan Rulfo inventó el mundo que le hacía falta para vivir. La muerte, el dolor, la tristeza, la luna, el amor, el silencio, los reinventó Juan Rulfo, porque le hacían falta para vivir.

La muerte: *Ahora que estoy muerta me he dado tiempo para pensar y enterarme de todo.*

El dolor: *Yo tengo guardado mi dolor en un lugar seguro.*

La tristeza: *Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre.*

Nada de lo que se ha escrito sobre la obra de Rulfo es superior a la obra de Rulfo. Y aunque a Rulfo no le gustara hablar de su obra, ni leerla, “para qué —decía— leo otras cosas”, los especialistas de varios continentes se han atareado en su análisis. Nadie ignora que uno de los méritos sorprendentes de Rulfo es haber acertado a re-elaborar una prosa que actúa en el centro de los mitos universales, desde los mitos griegos hasta los escandinavos, desde los orientales hasta los de la América Prehispánica. Y porque es cierto que la literatura es una forma de la alegría, y que seguiremos hablando, incansable e ininterrumpidamente sobre la obra de Rulfo, permítaseme rastrear, rápido, una huella que nos lleva, con *Pedro Páramo*, hasta los rincones más remotos y ricos de la Cultura de Occidente.

Siempre ha sorprendido y desasosegado el mundo hecho de espacio y de tiempo que la materia prima de la palabra ficcionaliza en *Pedro Páramo*. ¿Están vivos o muertos los personajes?, se pregunta el lector; ¿cómo analizar esta categoría lingüística, con los parámetros de qué teoría de la novela, con qué nociones operativas, estudiar a esos vivos que parecen muertos, a esos muertos que parecen vivos?, se pregunta el especialista.

Si Rulfo le quitó más de 150 páginas a *Pedro Páramo* no era, estrictamente, para quitarle, sino para dejar más al desnudo una profundidad redescubierta por él, una idea quizá, que atraviesa un brillante sector de la cultura en una cadena Sócrates-Swedenborg-Rulfo: Grecia-Suecia-México. Rulfo lo dijo sencillamente: “Es un pueblo donde no viven más

que ánimas, donde todos los personajes están muertos, y aún quien narra está muerto”. Sócrates, 25 siglos antes, propuso que el cuerpo es un estorbo para el alma que quiere llegar a la verdad. Cito: “Si queremos saber verdaderamente alguna cosa, es preciso que abandonemos el cuerpo, y que el alma sola examine los objetos que quiere conocer. Sólo entonces gozaremos de la sabiduría, de que nos mostramos tan celosos; es decir, después de la muerte y no durante la vida.” (“Fedón o del alma”). En *Pedro Páramo*, el alma sola de Juan Preciado examina los objetos y las personas que quiere conocer.

Y Emanuel Swedenborg, el místico sueco del siglo XVIII, piensa que cuando uno muere *tarda* en percatarse de que ha muerto, parece seguir en el mismo sitio; su casa, su pueblo, sus familiares y amigos, siguen ahí: uno camina por las calles, habla con los vivos. Sólo que, en lugar del mundo oscuro del más allá que todos nos imaginamos, el mundo nuestro visto desde la perspectiva del que ha muerto es más claro, más luminoso. Se descubren, en su nueva claridad, las cosas que antes aparecían a nuestra conciencia y percepción como confusas.

Me van a perdonar, y disculpen la intromisión, pero Juan Rulfo supo que no hay sabiduría sin modestia. Y a pesar de todo lo que de su poca cultura él dijo, Juan Rulfo no sacó su obra de la nada. La gestó en la inteligencia y el estudio de los clásicos. “No creo en la inspiración, el asunto de escribir es un asunto de trabajo”, aclaró.

Juan Rulfo inventó el mundo que le hacía falta para vivir. La luna, el amor, el silencio, los reinventó Juan Rulfo, porque le hacían falta para vivir.

La luna: *Había una luna grande en medio del mundo.*
 El amor: *Pedro Páramo se había olvidado del sueño y del tiempo.*
 El silencio: *El silencio volvió a cerrar la noche sobre el pueblo.*

Creo que no hace falta insistir en las hondas raíces del pensamiento universal que se arraigan en la obra jalisciense de Juan Rulfo, como en tierra fértil, de las que he mostrado, a manera de ejemplo, una: la fruta híbrida de la teoría pre-cristiana de Sócrates; el reformismo católico de ascendencia luterana de Swedenborg; y la imaginería de ánimas, espantos, infiernos macarianos, condenaciones susanjuanescas, de la emergencia de la invención verbal del sur de Jalisco. Es, créanme ustedes, un auténtico trabajo de alquimista; es como si a un niño le dieran una sandía, un trompo, y un recuerdo, y con esos elementos construyera: un lugar, Comala; un personaje, Pedro Páramo; y una mujer, “la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra”.

Y aunque no lo ví, es cierto, puedo apostar que Juan Rulfo jugaba, de niño, a inventar un libro, y no sabía cuál. Nosotros hemos tenido la suerte de nacer cuando *Pedro Páramo* ya existía, ¿cómo fue la vida de aquellos que nacieron antes de *Pedro Páramo*? Cito: “Yo quería leer algo diferente, algo que no estaba escrito y no lo encontraba. Desde

luego no porque no existía una inmensa literatura, sino porque para mí sólo existía esa obra inexistente y pensé que tal vez la única manera de leerla era que yo mismo la escribiera”.

Así como hay insectos que se disfrazan de hoja para escapar a la furia de los depredadores, así Juan Rulfo se camufló de timidez para huir de las insolencias de la fama. Su modestia fue tal que, refiriéndose a sus obras maestras, dijo: “Nunca me imaginé el destino de esos libros. Los hice para que los leyeran dos o tres amigos”. La crónica de la escritura y publicación de *Pedro Páramo*, la hace en estas sencillas palabras: “Ignoro todavía de dónde salieron las intuiciones a las que debo *Pedro Páramo*. Fue como si alguien me lo dictara, (...) De pronto, a media calle, se me ocurría una idea y la anotaba en papelitos verdes y azules. (...) En mayo de 1954 compré un cuaderno escolar y apunté el primer capítulo de una novela. (...) En cuatro meses... reunía trescientas páginas. (...) Llegué a hacer otras tres versiones que consistieron en reducir a la mitad aquellas trescientas páginas. (...) El manuscrito se llamó sucesivamente *Los murmullos* y *Una estrella junto a la luna*. (...). En septiembre de 1954, fue entregado al Fondo de Cultura Económica; se tituló *Pedro Páramo*.

(...) En marzo de 1955 apareció una edición de 2000 ejemplares”.

Esta “intrascendencia” que Rulfo le otorga a su obra, se ve contrastada por un dato que aporta Alí Chumacero: “él fue uno de los escritores que han llegado en vida a conocer un millón de ejemplares de su obra.

Me van a perdonar, pero Juan Rulfo era el mejor de sus contemporáneos; y él no me lo dijo, nunca me lo quiso decir. Pero no estoy adivinando.

Él nunca habría aceptado, palabra que no, que Juan Rulfo fue un modesto jalisciense que gracias a la técnica de “aprender a tachar más que aprender a escribir”, como él declaraba, acabó escribiendo de un golpe dos obras maestras de la literatura mundial.

Los hombres de la talla de Rulfo, aunque hayan tenido que alejarse, nunca olvidan su tierra: la obra de Juan Rulfo es, en sí misma, temática y lingüísticamente, el canto de un doloroso amor por esta tierra donde, para honra nuestra, él nació.

Gracias a la obra de Juan Rulfo, vamos a heredar a nuestros hijos, y a nuestros nietos, un habla que los enorgullecerá, porque así como envanece a los castellanos decir que “hablan la lengua de Cervantes”, así llenará a los jaliscienses de orgullo afirmar que “hablamos la lengua de Rulfo”.

Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo⁴

Federico Munguía Cárdenas*

Antecedentes

Juan Rulfo, uno de los más celebrados escritores mexicanos, falleció el 7 de enero de 1986, en la ciudad de México.

Con este motivo fueron numerosos quienes, deseando rendirle merecido homenaje, relataron vivencias, analizaron obras, descubrieron facetas y episodios inéditos de su vida, piezas todas valiosas para integrar el rompecabezas que representaba en ese momento, la personalidad, sencilla y complicada, de Juan Rulfo.

Quien esto escribió, algunos años antes de la desaparición física de Rulfo, sacó a luz algunas investigaciones sobre él y sus antepasados, otras verificadas, a su muerte, tomadas de fuentes documentales inéditas testimonios familiares recogidos en Sayula, San Gabriel (hoy Ciudad Venustiano Carranza), Tonaya, etc., las cuales intentaremos vaciar aquí, esperando contribuir a dar luz sobre algunos aspectos de la vida del escritor.

El principal objetivo es buscar antecedentes familiares, residencias y visitas a Jalisco, así como datos infantiles.

Sus ascendientes arrancan, hasta donde tenemos conocimiento, de la colonial ciudad de Querétaro, donde nació en 1784 Juan Manuel de Rulfo,⁵ primero de ese apellido, que tenemos registrado, que arribó a la región sureña de la Intendencia de Guadalajara, casado, probablemente en la segunda década del siglo pasado, con la dama Mariana Pérez, contando entre sus hijos a José María e Ignacio, originarios de Zapotlán el Grande; María de Jesús, de Tepic, y Josefa Rulfo Pérez, probablemente de Sayula.

En plena Guerra de Independencia vemos a Juan Manuel ejerciendo la autoridad en Zapotlán el Grande, donde dice el historiador Niceto Zamacois en su *Historia de México*, se desempeñó con gran rigor fusilando buen número de insurgentes. En 1813 es mencionado como capitán de la Compañía de Indios Patriotas, cuerpos de ejército formados en las

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión de textos y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Segunda edición 2002, pp. 323-341 (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

4 Por modestia, el autor no quiso leer un trabajo ya editado, pero aceptó con interés que se incluyera en esta memoria. Damos la referencia: Federico Munguía Cárdenas, *Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo*, Guadalajara, UNED, 1987. Véase también el interesante libro de Ramiro Villaseñor Villaseñor: *Biobibliografía, Juan Rulfo*, Guadalajara, UNED, 1986 (Con apéndice de Ricardo Serrano Ríos).

5 El libro Parroquial de Entierros, Sayula, 1834.

poblaciones para luchar contra los insurgentes si se presentaren; y en el propio año, consta desempeñaba el puesto de “cuarto elector” del Ayuntamiento. Por 1821 parece haber residido en Tepic, dado que allá nació una de sus hijas y en 1825 reaparece en Zapotlán como maestro de la escuela, solicitando una licencia por dos meses, ofreciendo dejar a su hijo “en el desempeño de la escuela”, proposición rechazada por el Ayuntamiento.⁶

En 1830 ya reside en Sayula desempeñando el importante cargo de escribano público o nacional, que detentó hasta 1834, en que falleció.⁷

El hijo mayor de Juan Manuel, llamado José María de Rulfo Pérez, heredó la escribanía de su padre, requiriendo para su ratificación que el Congreso Estatal dispensara, en 1835, el tiempo que le faltaba para cumplir su mayoría de edad.⁸ Continuando todavía en 1853 con tal cargo, pero, en 1866 aparece encuadrado en el gobierno imperialista como Secretario del Subprefecto de Sayula, Francisco Macías,⁹ aunque en 1870, perdonada o disimulada su infidencia por el gobierno republicano, desempeña nuevamente la escribanía pública hasta su fallecimiento en 1885.

Casó con María Navarro, de Tepatitlán, procreando a sus hijos María, Mercedes, Emilia, Ignacia, Carmen, Julia y José María G. de Rulfo Navarro, nacidos todos en Sayula. Al fallecer soltero y sin descendencia el único varón de la familia, finalizó como línea primordial el apellido Rulfo en la región. Las mujeres, casi todas ellas fueron base para fundación de distinguidas familias en Guadalajara, en otros lugares del país y el extranjero.

La hija mayor, María Rulfo Navarro, de diecisiete años, el 8 de octubre de 1883¹⁰ se casó con su pariente en cuarto grado, el abogado de veintisiete años de edad, oriundo de San Juan de los Lagos, Severiano Pérez Jiménez, residente en Sayula desde seis años antes y desempeñante de diversos cargos judiciales, hijo de Juan Nepomuceno Pérez Franco, primero de esos nombres que tenemos registrados con esos nombres en la familia, y Mónica Jiménez, matrimonio alteño.

Así se integró la familia Pérez Rulfo, cuyo primer vástago, como reminiscencia del abuelo alteño, llevó el nombre de Juan Nepomuceno, conocido familiarmente como “Cheno”, seguido de otros trece o catorce hermanos.

⁶ Juan S. Vizcaíno, *Crónicas de Zapotlán 1813-1828* Ciudad Guzmán, 1986, pp. 2, 6, 7 y 183.

⁷ Libro Parroquial de Entierros, Sayula, 1934.

⁸ Colección de Decretos, Circulares y Ordenes de los Poderes Legislativo y Ejecutivo del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1876, t. VII, p. 88.

⁹ Libro Parroquial de Gobierno, núm. 6, Sayula, p. 353.

¹⁰ Libro Parroquial de Presentaciones Matrimoniales, núm. 16, Sayula, p. 123 y ss.

Familia de sino trágico que se manifestó a través de los años, falleciendo violentamente el propio Juan Nepomuceno, David, José Raúl, Rubén, Jesús, siendo Luis el único que escapó a tal destino. Entre las mujeres se contaron Victoria Esperanza, María Dolores, Julia, Mónica, Rosa y otras más, fallecidas pequeñas.

Por el lado materno, desde la llegada de los españoles a la región, abundaron los originarios de Vizcaya que, entrando por Sayula, subieron a la sierra de Tapalpa donde proliferaron, pasando luego hacia la región de “el bajo”, asiento de pueblos como San Gabriel, Tonaya, Tuxcacuesco, Tolimán, etcétera.

Aquellos españoles traían sus propios, diversos apellidos, pero dado el lugar de su origen, eran popularmente conocidos como “vizcaínos”, y en 1607, coincidiendo con el arribo a la zona del gran navegante y cartógrafo general Sebastián Vizcaíno, explorador de las Californias, descubridor de la Bahía de San Francisco y otros sitios del entonces desconocido litoral, que recibió elogios del propio Barón de Humboldt al considerarlo “uno de los mayores navegantes de su tiempo”, arribante a Sayula para sustituir a los herederos del primer encomendero Alonso de Ávalos en la encomienda de la Provincia de Ávalos, los vizcaínos comenzaron a anteponer legalmente a sus propios apellidos el gentilicio mencionado, iniciándose así regionalmente el patronímico hoy tan extendido.

El primer ascendiente de Rulfo por esa rama, del cual tenemos noticia, fue el hacendado Lucas Vizcaíno, originario de la Sierra de Tapalpa y bisabuelo materno del escritor. Las consejas ingenuas del pueblo, muy en boga por aquellas regiones y épocas, aseguraban que Lucas debía su riqueza a un pacto que tenía con el diablo; el periodista Felipe Cobián Rosales relata que una mujer del pueblo platicaba:

El que sí tenía pacto con el diablo era don Lucas... él tenía mucho dinero y muchísimo ganado. Hoy estaban vacíos sus corrales y mañana en la mañana aquello era una preciosidad de animales bien gordos y relucientes. Todo era cuestión de ponerse de acuerdo con el “ñaco” y el señor era servido...¹¹

También sobre su hijo Carlos Vizcaíno, se decía “que era tan rico porque tenía pacto con el diablo y que en todas partes donde su mula pisaba, se encontraba entierros de monedas de oro puro”.¹²

Estas consejas populares centrábanse sobre personajes ricos o déspotas como José María Manzano, residente en Ciudad Guzmán, dueño de la hacienda El Jazmín, cercana a San Gabriel, hombre de horca y cuchillo, sobornador de funcionarios, detentador ilegal de tierras y de negra memoria, señalado como una de las figuras de que tomó Rulfo caracteres para su personaje Pedro Páramo y del cual se decía que, teniendo pacto con el

¹¹ Felipe Cobián Rosales. *El Informador*, sección cultural, Guadalajara, enero 26 de 1986.

¹² *Ibid.*

diablo, éste le había proporcionado un animalito de los llamados “cuyos” que, en vez de excremento le arrojaba pepitas de oro; mientras, los indígenas de Tolimán, que habían sido cruel e injustamente expulsados de sus propias tierras por el hacendado y sentido los rigores de que los hacía víctimas, se vengaban inventando la leyenda de que Manzano estaba condenado en vida y que, en la oscuridad de una cueva del “Cerro del Petacal”, caprichosa formación que emerge sobre la inmensidad del llano, vivía luchando furiosamente por separarse de una grande cadena que ataba su llagoso pie a la dura roca, lo rodeaban sus fabulosas riquezas y lo atormentaban horribles culebras, según relata el historiador Pbro. Crescenciano Brambila.¹³

Lucas Vizcaíno casó con una señora Vargas y su hijo fue Carlos Vizcaíno y Vargas, llegado también de la Sierra de Tapalpa y residente en el rancho de La Piña, muy cercano a la zona de Apulco. Carlos casó con Tiburcia Arias que, si hemos de creer al escritor que biografamos, procedía “de unos Arias que habían venido aquí en el siglo XVI, posiblemente andaluces”,¹⁴ hija del también hacendado Juan Arias y de su esposa Feliciano Vargas, propietarios de las haciendas Zenzontla, Estancia de Piedra y otras. Fueron estas dos parejas los abuelos maternos de Juan Rulfo.

En 1885, Carlos Vizcaíno adquirió una fracción de la hacienda denominada La Guadalupe, fundando en ella la de Apulco, en la jurisdicción tuxcacuesqueña, fincando ahí su patrimonio familiar.¹⁵ En 1892 inició a gran costo su colaboración para la construcción del templo de la hacienda, de airosa figura y hermoso altar marmóreo, hasta dejarlo terminado y bendecido en 1910; dicese que fue tan grande el gasto de la finca, aunado a la compra de adornos y paramentos, que Vizcaíno resintió grandemente en su economía. No debe haber quedado en la calle, ya que enseguida pretendió construir indispensable puente para vadear el río, junto a la hacienda, y expedir el camino a regiones vecinas. El inicio de la revolución determinó la suspensión de aquel proyecto, no siendo hasta hace relativamente pocos años, al construirse la carretera Ciudad Guzmán-Autlán, que tan importante paso se constituyó en realidad.

Pasó a la posteridad como benefactor, atendiendo al pobre, al enfermo, emprendiendo trabajos para ocupar a la gente, pagando jornal íntegro a quienes por enfermedad, accidente, ancianidad, ya no podían trabajar, ayudando a viudas y huérfanos, manteniendo siempre una vaca en tales casas y donde había enfermos para que tuvieran alimento indispensable, ello antes de que entraran en vigor las actuales leyes laborales. Falleció en San Gabriel, el 13 de septiembre de 1921.¹⁶

¹³ Crescenciano Brambila. *El Obispado de Colima*, Guadalajara, 1986, p. 210.

¹⁴ Reina Roffe, *Juan Rulfo, autobiografía armada*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1973, p. 46.

¹⁵ Brambila, *Op. cit.*, p. 203.

¹⁶ Brambila, *Op. cit.*, p. 206.

Su joven hija, María Vizcaíno y Arias, heredó Apulco, con ella casó el 31 de enero de 1914, en el propio templo de la hacienda, Juan Nepomuceno Pérez Rulfo que, procedente de Sayula, residía por aquellos lugares administrando la hacienda de San Pedro Toxín, adquirida por su padre el licenciado Pérez Jiménez, continuando al frente también de la de Apulco, mientras la familia radicaba en San Gabriel.

La época era álgida, los bandidos sedicentes revolucionarios asolaban aquellas apartadas regiones. Su objetivo favorito eran los pequeños pueblos y haciendas que con frecuencia eran asaltadas, saqueadas, incendiadas y plagiados o muertos sus habitantes. En Apulco nació en 1914 Severiano, el hijo mayor de la familia; los lugares de advenimiento de los restantes vástagos marcan el itinerario seguido por el matrimonio Pérez Vizcaíno al huir del desastre de su patrimonio y buscar otros lugares a donde continuar su vida y la de sus hijos.

Por el año 1916 diversas familias de las zonas del “bajo” y sierra de Tapalpa, pasaron a Sayula en busca de garantías, una de ellas la de Juan Nepomuceno Pérez Rulfo. Salieron de San Gabriel a Ciudad Guzmán donde residieron pocos meses. En el propio 1916 ya vivían en Sayula, en el domicilio de la abuela paterna María Rulfo, naciendo aquí la niña María de los Ángeles en 1916 y falleciendo; y el 16 de mayo de 1917 vino al mundo un niño al que, por tradición familiar, así como por haber nacido el día en que el santoral católico celebra a San Juan Nepomuceno, recibió el nombre Juan Nepomuceno Carlos Pérez Vizcaíno, después conocido como Juan Rulfo, de acuerdo al texto de las siguientes actas:

Al margen: Número 109 ciento nueve, JUAN NEPOMUCENO CARLOS PÉREZ VIZCAÍNO.¹⁷

En Sayula a 11 1/2 once y media de la mañana del día 24 veinticuatro de mayo de 1917 mil novecientos diecisiete, ante mi Teniente Coronel Francisco Valdes, Presidente Municipal y Encargado del Registro Civil, compareció el Ciudadano J. Nepomuceno Pérez Rulfo, casado, agricultor de 28 veintiocho años de edad, originario y vecino de esta ciudad expuso: que en la casa número 32 treinta y dos de la calle de Francisco y Madero nació en 3er tercer lugar y a las 5 de la mañana del día 16 dieciséis del actual el niño que presenta vivo a quien puso por nombre Juan Nepomuceno Pérez Vizcaíno, e hijo legítimo del exponente y de su esposa María Vizcaíno Arias de 20 veinte años de edad. Son abuelos paternos: Severiano Pérez Jiménez y María Rulfo y maternos Carlos Vizcaíno y Tiburcia Arias. Fueron testigos de este acto los ciudadanos Gerónimo Celis, casado de 41 cuarenta y un años y Luis Ochoa Rodríguez, Soltero ambos empleados y vecinos de aquí sin parentesco con el

¹⁷ Registro Civil, Sayula. [Las actas de los diferentes registros que utiliza Federico Munguía, han sido transcritas fielmente respetando la ortografía de los originales. N. del E.]

nacido. Leída que les fue la presente manifestaron su conformidad y firmaron:- G. Celis.- F. Valdez.- Juan N. Pérez Rulfo.- L. Ochoa (FIRMAS).

A continuación reproducimos también su acta de bautismo, contenida en la página 45 reverso del libro número 69 de bautismos de la parroquia de Sayula:

Al margen: Acta Núm. 166. Carlos Juan Nepomuceno Pérez nacido en esta ciudad.- En la Yglesia parroquial de Sayula, a los (sic) once días del mes de junio de mil novecientos diecisiete, el Presbítero Ramón Aguilar Cura interino de esta parroquia, bauticé solemnemente y puso el Santo óleo y Sagrado Crisma a un niño nacido en esta ciudad, el día dieciséis del próximo pasado a las cinco de la mañana, a quien puse por nombre CARLOS JUAN NEPOMUCENO, hijo legítimo de Juan Nepomuceno Pérez Rulfo y de María Vizcaíno Arias de Pérez Rulfo. Abuelos paternos Licenciado don Severiano Pérez Jiménez y doña María Rulfo de Pérez Jiménez. Abuelos maternos don Carlos Vizcaíno y doña Tiburcia Arias. Fueron padrinos José de Jesús Pérez Rulfo y María Dolores Rulfo a quienes advertí su obligación y parentesco espiritual. Para constancia lo firmé ROMAN AGUILAR.

Tres o cuatro meses después, asegura su hermano mayor Severiano, la familia partió para Guadalajara donde radicó en el barrio del Santuario tres años aproximadamente; allí nació Paco en 1919. Regresaron a San Gabriel una vez que el máximo depredador de la región abajeña, Pedro Zamora, que después habría de ser retomado por Rulfo en “El llano en llamas”, en noviembre de 1920, había partido a Canutillo para reunirse con Francisco Villa,¹⁸ ocurriendo el retorno de los Pérez Vizcaíno a fines del propio año o principios de 1921.

En San Gabriel rentaban una casa por la calle de entrada al pueblo, acera frontera a la parte posterior del templo parroquial, naciendo ahí en 1923, Eva, último vástago de la familia.

El 9 de junio de 1923, por motivo sin importancia, fue asesinado Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, por el joven J. Guadalupe Nava Palacios, y un año después muere en Guadalajara el abuelo paterno Lic. Pérez Jiménez de tristeza por la muerte de su hijo mayor que era el más querido, según comenta el propio novelista.

Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, era –manifiesta su hijo mayor– muy querido, ya que pugnaba siempre por ayudar a las gentes que vivían en los desperdigados ranchos y poblaciones, llevándoles quinina para combatir el paludismo, mal endémico regional, sustancia que él mismo les inyectaba, y así recorría una gran parte de la zona.

¹⁸ Federico Munguía López, “Correspondencia de Sayula, Jal.”, *El Informador*, Guadalajara, noviembre 13 de 1920.

La noche de su muerte, sigue diciendo Severiano, el llano se llenó de luces, debido a que de todos los ranchos y poblaciones concurrió la gente a San Gabriel para participar en el velorio y funerales.

Sobre la estancia infantil de Juan en San Gabriel, el periodista Luis Sandoval Godoy entrevistó a la señorita Clementina Trujillo, de aquel lugar, que entre otras cosas manifestó que:

De chiquillo... tenía la carita redondita redondita y blanquísima. Le veía uno y sabía de quién era, pero hasta ahí. En la doctrina, me acuerdo, yo ya grandecita y él muy chico todavía. En las entradas de rodillas de los viernes al Señor de Amula, también entonces... Todo esto fue en San Gabriel: porque su infancia la vivió en San Gabriel, no que naciera aquí, Juan nació en Sayula, aunque él ha mostrado una como indiferencia hacia Sayula, no sé por qué... Eva su hermana se acuerda de Juanito, dizque sentado en una silla con los pies sobre el asiento, las rodillas levantadas para sostener el libro y ahí está todo el día lee y lee... Y ¿qué había en la casa? Pues casa de ricos: una de aquellas grafonolas de manivela, no sé de dónde, pero tenían discos, aquellos discos enormes, gruesos con la voz de Caruso, arias de ópera, alguna cuestión de orquestas europeas, ah, bueno, pues esa era otra diversión de Juan...¹⁹

Severiano y Juan fueron inscritos en un colegio de religiosas de la Orden Francesa de las Josefinas, establecido en San Gabriel, que cerró en 1925 debido a las álgidas circunstancias precedentes a la revolución cristera.

Una constancia dice que estudió también con la maestra María de Jesús Ayala,²⁰ probablemente en 1926, ya que en 1927, junto con su hermano mayor, pasó al orfanatorio Luis Silva de Guadalajara, colegio con internado, regido con mano dura y al cual iban muchos jóvenes provincianos de medianos recursos, ingresando Juan a tercero de primaria, contándose entre sus maestros don J. Trinidad Núñez Guzmán y doña Mercedes Esparza.

De sus vivencias en aquel instituto nos habla su compañero y vecino de cama en el internado, el ahora doctor Luis Gómez Pimienta.

“Había ahí muchachos descalzos, de huarache y de zapatos, nosotros –continúa Gómez Pimienta refiriéndose a Juan y a él– éramos de zapatos”.

¹⁹ Luis Sandoval Godoy, “Díceres de la gente sobre Rulfo”, *El Informador*, sección cultural, diciembre 23 de 1980.

²⁰ Virginio Villalvazo Blas. “Editorial”, *La voz del llano*, núm. 67, enero 18 de 1986.

Dada la mala y escasa alimentación que ahí les proporcionaban, sus respectivos familiares pagaban una sobrecuota para que tuvieran un vaso de leche extra.

Juan era pulcro en su modo de ser, ropa sencilla pero aseada; a la hora del recreo no jugaba como los demás niños que corrían al patio central, él se separaba haciendo gala de introversión y timidez.

Como una anécdota, recuerda que la maestra Mercedes Esparza, a quien por su rigidez y seriedad llamaban sus alumnos “la señora doña”, tenía una regla como de un metro de largo y cuando se trataba de castigar a algún alumno, llamaba a otro al que encomendaba le diera tres reglazos fuertes: si no eran aplicados con la potencia requerida, el castigador a su vez tenía que recibir el mismo castigo, aplicado por el primero. Una vez a Rulfo tocó golpear a Gómez Pimenta, le dio fuerte y ahí acabó todo.

Rulfo cursó ahí hasta sexto de primaria y luego un año más de materias comerciales, que denominaban en el colegio “sexto año doble”.

En 1932 egresó del Luis Silva y pasó al Seminario Conciliar del Señor San José, en Guadalajara. Los datos de su ingreso fueron: Número de colegio 32.- Alumno: Pérez V. Juan.- Parroquia de origen: Sayula.- Fecha de nacimiento, 16 de mayo de 1917.- Fecha de ingreso, 20 de noviembre de 1932.²¹ Tres años estuvo ahí, contándose entre sus maestros en métrica latina y literatura los Pbros. Rafael Dávalos Mora, Manuel de la Cueva y José de Jesús Navarro, calificado este último como extraordinario cervantista.

Serrano Ríos manifiesta que entre sus estudios de tercer año, se encontraba el de “Espíritu eclesiástico”, con el tema “Vía purgativa e iluminativa”, Juan asimiló muy bien esta clase y, por eso, afirma, pudo describir tan genialmente al mundo fantasmal de Comala.²²

Por su parte, el poeta y escritor Adalberto Navarro Sánchez,²³ amigo y compañero de andanzas literarias de Rulfo desde los años cuarenta en Guadalajara, manifiesta:

Uno de sus maestros, en el seminario, lo fue Manuel de la Cueva, el padre que lo casó inclusive, en el Templo del Carmen... en los (estudios) menores hay dos o tres textos que lo van interiorizando a uno con la noción de la eternidad. Recuerdo unos versículos del Antiguo Testamento que se nos leen en el Seminario referentes a la eternidad: “Cuando digo hoy, ya era ayer y es mañana”. Es en esa eternidad, sin

²¹ Ricardo Serrano Ríos, “El seminarista Juan Rulfo”, *Excelsior*, enero 29 de 1986.

²² *Ibid.*

²³ Salvador Velasco. “Entrevista con Adalberto Navarro Sánchez”, *El Informador*, sección cultural, Guadalajara, febrero 16 de 1986.

tiempo ni espacio, donde sufren los personajes rulfianos. Vea usted qué lejana tradición.

Al dejar el seminario en 1936, regresó a San Gabriel que dos años antes había cambiado nombre por el de Ciudad Venustiano Carranza, residiendo algunos meses con su abuela materna. Después fue a Apulco donde, según testimonios familiares, se amanecía leyendo y tomando café a la luz de una vela ya que en la hacienda no había luz eléctrica; volvió a ejercer sus largas caminatas escalando las principales emigencias regionales, sin excluir el Nevado y el Volcán de Colima, tomando artísticas fotos con las cuales participaba en concursos, llegando a obtener premios en los certámenes patrocinados por la revista *Jueves de Excelsior*, complementando su tiempo escuchando música clásica.

En el propio 1936 pasó a México, a casa de su tío el Cap. David Pérez Rulfo, ingresando al servicio federal, en el cual desempeñó diversos destinos, laborando también en algunas empresas privadas después, hasta arribar al Instituto Nacional Indigenista, donde trabajó hasta su muerte.

En 1943 vuelve a Guadalajara como agente de migración, y a fines de año o principios del siguiente conoce a Juan José Arreola, Antonio Alatorre, Alfonso de Alba y Adalberto Navarro Sánchez, quienes publicaban la revista *Pan*, donde Juan da a la imprenta sus primeros cuentos en 1945: “Nos han dado la tierra” y “Macario”.

Vivía en casa de una tía, más allá de los Arcos, por la calle Morelos, donde se une ésta con la de Pedro Moreno. Gustaba ir al Parque de la Revolución, lugar de reunión en aquella época, de la juventud, acompañándose de su hermana Eva.

Después regresó a México para inscribirse en el Centro Mexicano de Escritores y publicar sus dos obras maestras.

Víctima de los nervios y de una dipsomanía, estuvo en plan de descanso y recuperación en el tranquilo pueblo de Tonaya, lugar de residencia de su hermano mayor; sobre su estancia ahí el periodista Felipe Cobián Rosales recogió algunas impresiones tales como “Era muy retraído, casi no se juntaba con la palomilla, venía de Apulco y se sentaba como a platicar a solas, como a meditar, como a pensar mucho rato en el jardín, por ahí en esas bancas”.²⁴

Como se puede apreciar, los antepasados de Juan Rulfo, por el lado paterno, pertenecieron a la burocracia, fenómeno que continúan los Pérez Rulfo, la mayor parte de los cuales cumplieron cargos en el ejército, administración pública y elección popular, pudiendo mencionarse a David que, habiendo ingresado al ejército en 1928 cuando el

²⁴ Felipe Cobián. Artículo citado.

general Manuel Ávila Camacho, al frente del 38 Regimiento de Caballería, estuvo en Sayula combatiendo a los cristeros; logró encumbrarse a medida que su jefe lo fue haciendo, llegando a ser diputado federal en dos ocasiones: Director de la Penitenciaría del Distrito Federal, Jefe de Policía y Tránsito de la metrópoli, y a punto estuvo de lograr la gubernatura de Jalisco, candidatura que fue obligado a ceder en último momento al Lic. J. Jesús González Gallo.

Luis Pérez Rulfo fue diputado local, y Delegado de Hacienda del Estado en Sayula hasta su jubilación. Desempeñaron también empleos gubernamentales José Raúl, Rubén y Jesús o sea todos los Pérez Rulfo, excepto el padre de Juan Rulfo.

Los Vizcaíno fueron primordialmente gente de campo, hacendados que dilataron sus latifundios por las zonas de el bajo y costera de Jalisco, cuya actividad se vio frenada por los bandoleros pseudorrevolucionarios y finalizó con el reparto de tierras que propició la revolución.

Al Lic. Pérez Jiménez le quitaron toda la hacienda de San Pedro Toxín, cercana a Tolimán, sin que los ejidatarios dejaran siquiera el casco,²⁵ la de Apulco no fue afectada en su totalidad, y buena parte de sus tierras continúan en poder de Severiano Pérez Vizcaíno.

Características personales

El silencio, la angustia, el tema de la muerte, fueron características de Rulfo. Su vida presenta episodios adecuados para buscar a su luz cómo incidieron en la formación de su personalidad.

En la tradición familiar y vida infantil del escritor el bandolero Pedro Zamora asolaba, desde antes del nacimiento de nuestro personaje, aquellas abandonadas regiones: robaba, plagiaba, quemaba haciendas y pueblos, violaba mujeres, mataba sin compasión ni continencia.

Para obtener de él cincuenta mil pesos que el hacendado no tenía disponibles, colgó de los dedos pulgares al abuelo de Rulfo, Carlos Vizcaíno, ocasionándole la pérdida de ambos dedos, aunque lo anterior es desmentido por el hermano mayor de Rulfo. La hacienda de Cheno Pérez Rulfo fue quemada cuatro veces, según relata el propio Rulfo.²⁶

El abuelo Carlos Vizcaíno falleció en 1921, y en 1923 fue asesinado el padre de Rulfo, lo cual dejó profunda huella en el ánimo de éste, como lo confirma el escrito aparecido un año después de su muerte.²⁷ La revolución cristera con su cauda de fusilamientos,

²⁵ Brambila, *op. cit.*, p. 216.

²⁶ Elena Poniatowska. "A mi padre", *La Jornada*, núm. 69, México, D. F., enero 12 de 1986.

²⁷ Juan Rulfo. *La Jornada*, Enero 6 de 1987, México.

ahorcados y demás hechos violentos, aterró a los habitantes de aquella zona, campo propicio para correrías revolucionarias, cuyos actores se refugiaban en lugares casi inaccesibles como el Cerro Grande, enorme y extensa mole situada en el límite de Jalisco con Colima. Se dice que Rulfo presenció “los monigotes con el rostro ennegrecido meciéndose al viento, con la soga al cuello”.

No pararon ahí las desventuras familiares; en 1927, cuando los hermanos Pérez Vizcaíno estudiaban en Guadalajara, llega la orfandad total, al fallecer su madre en San Gabriel, sin que los hijos tuvieran oportunidad de concurrir siquiera a los funerales, debido a la distancia y pésimas comunicaciones.

Otro importante antecedente fue el sino trágico de la familia Pérez Rulfo, convirtiéndose ello en obsesión familiar, como quien escribe lo pudo comprobar personalmente con David y Luis Pérez Rulfo. Luis tenía por la muerte una obsesión notoria, compulsiva y avasalladora, que incluso le atraía bromas sangrientas de sus amigos. Siempre creía que alguien lo vigilaba o amenazaba, y a pesar de tener un carácter bromista y dicharachero, su vida transcurrió en continua e inacabable angustia. Igualmente existen episodios ilustrativos en la vida de David.

Al parecer, esta característica se reflejó en el sobrino, según lo manifestó a la muerte de Rulfo su hijo Juan Pablo Rulfo Aparicio, quien asevera que su padre vivía aterrorizado de que sus palabras pudieran causarle una agresión. Una vez, en marzo de 1981, a las tres de la mañana, Juan Rulfo habló por teléfono a Vicente Leñero: “Vicente —le dijo—, te he estado buscando por todas partes. Mira, Vicente, estoy preocupado por ese libro que van a publicar en *Proceso*. No puedo ni dormir, de veras. Mi hijo vio que lo estaban imprimiendo... no lo van a publicar, por favor”.²⁸

Se refería a la recopilación de artículos que, sobre él, había publicado la revista *Proceso*, entre noviembre de 1979 y diciembre de 1980, especialmente los concernientes a sus declaraciones sobre los militares y que, como libro, se tituló *Rulfo en Proceso*.

El silencio, la introversión, pueden encontrar sentido a la luz de valiosas aportaciones de personas que le conocieron desde su infancia, y así la mencionada señorita Clementina Trujillo, de San Gabriel; dice textualmente:

“...María, la madre de Juan, a pesar de su altísima posición (económica), se veía una mujer humilde en apariencia, hasta retraída. No le gustaba hablar con la gente, cuestión de algún complejo, no sabría decir qué... nunca veía uno que don Cheno, como le decían a don Juan Nepomuceno Pérez Rulfo se acompañara de su esposa, de María. Cada uno por su lado. Y María, como ensimismada. No hablaba con la

²⁸ Armando Ponce, *Proceso*, núm. 480, México, enero 13 de 1986.

gente extraña... algo de esto debió quedar en Juan igualito a su madre: póngale que fuera cuestión de herencia. O también de esas cuestiones de inseguridad, de desconfianza que quedan en los muchachos cuando los padres no se llevan bien... y siempre encerrado en las cuatro paredes de su silencio, sin hablar con nadie. Igual, la misma estampa de María... La conversación ha continuado relatando los momentos difíciles que vivieron sus padres, que vivieron todas las gentes de San Gabriel al principio de siglo, cuando la gente de Villa. Cuando Pedro Zamora... Clementina está segura de que aquellas zozobras, aquel mundo de temores y amenazas estremeció el alma de Juan en su primera infancia... Ana María (hermana de Clementina) también cree que todo esto dejó una marca en el espíritu del niño, por el tono sombrío, por el sabor amargo de sus escritos”.²⁹

Hasta aquí los testimonios sobre la tragedia en la vida de Rulfo.

Su afición a la historia

Juan Rulfo dice haber leído desde los diez años de edad un gran número de libros depositados en su casa, por el cura de San Gabriel que se había unido a los cristeros, entre ellos debió haber no sólo novelas, sino también libros de historia y bien recordado tenemos cómo esa ciencia, cuando la estudiamos de niños, motiva nuestra imaginación y en ocasiones supera al más excitante relato de ficción.

Significativamente, en el Seminario obtuvo examen de honor con diploma de primera clase en historia patria³⁰.

Después, en el tranquilo Archivo de Gobernación donde desempeñó su primer trabajo, empezó a leer “mucho historia”, según propia expresión, “a todos los cronistas, a Torquemada, las relaciones históricas del siglo XVI”.

En Guadalajara, en la década de los cuarenta, desarrolló, a la par de sus primeros cuentos, esa afición y existen colaboraciones en revistas, donde se manifiesta analítico e inclusive utiliza su imaginación realizando suposiciones bien aclaradas como tales y sin contraponerse a los cánones históricos. Amante de recurrir a los documentos textuales, base de la verdad histórica, escribió interesante prólogo a la edición facsimilar del libro *Noticias históricas de la vida y hechos de Nuño de Guzmán*, que se imprimió en 1963, originalmente escrito en el siglo XIX por el erudito José Fernando Ramírez. En dicho prólogo publica una carta del intérprete nahuatlaco García del Pilar, de la hueste conquistadora de Nuño y causante directo del tormento y muerte del Caltzonzin michoacano, dirigida al rey de España, donde le pide escudo de armas. Extiende su estudio

²⁹ Sandoval Godoy. Artículo citado.

³⁰ Serrano Ríos. Artículo citado.

a otros autores, de los cuales da a conocer imparcialmente su opinión, brindando al final la suya propia.

El haber tenido oportunidad de conocerlo, se debió precisamente a un libro de historia regional que elaboré. A fines de 1972, por gentileza de su hermana Eva, Rulfo llamó por teléfono porque, dijo, “es importante porque existe un vacío sobre esa zona en la historia de Jalisco, ya que hasta la fecha nada se ha escrito sobre ella”. Ofrecí relacionarme con el Jefe del Departamento de Bellas Artes del Estado de Jalisco que estaba realizando labor editorial, y de ahí nació la edición de *La Provincia de Ávalos*, título sugerido, por razones prácticas e históricas, por el propio Rulfo.

La primera vez que tuve el gusto de hablar con él, comenzó a abordar tópicos históricos del sur y del suroeste de Jalisco, mencionando con gran conocimiento a cronistas, historiadores, relaciones, etcétera.

En otras ocasiones retomó el tema, aunque pude observar que a veces mezclaba partes en que su imaginación distorsionaba la verdad histórica, y cuando pretendí aclarar algún aspecto, él insistía en su punto de vista, lo cual hizo ver que, para entonces, el novelista había dominado al historiador.

El 22 de diciembre de 1983, Juan Rulfo sostiene en la Universidad de Colima, invitado por el Arq. Gonzalo Villa Chávez, una conferencia titulada “Hipótesis Sobre Historia Regional”, en la que busca adentrarse en el periodo precortesiano de las regiones de Colima, Amula y lo que fue la Provincia de Ávalos, citando a diversos autores como apoyo a sus afirmaciones y desautorizando a algunos otros cuyos textos, inciertos —afirma— se enseñan en la historia regional.³¹

De lo anterior puede sacarse por consecuencia que Rulfo no sólo intentó, sino que se alistó en determinado momento en el quehacer histórico, sólo que su innata vocación de novelista lo llevó definitivamente por este último camino, no dejando nunca de guardar inquietud y aprecio por la actividad histórica.

Los tabúes en la vida de Rulfo

En su afán de mantener oculta su personalidad, Juan Rulfo creó un sistema consistente en desorientar a quienes trataban de penetrar en ella. En momentos decía una cosa, otros lo contrario, hasta que su vida llegó a ser un enigma indescifrable.

Cuando recibió el homenaje del Gobierno de Jalisco, su amigo el también escritor y entonces Secretario General de Gobierno, Lic. Alfonso de Alba Martín, dijo: “Trazar una fiel

³¹ Juan Rulfo. “Hipótesis sobre la historia regional”, *El Periódico*, núms. 1 y 2, Ciudad Guzmán, enero 18 y 25 de 1987.

semblanza de Juan Rulfo lo impide lo mucho que ignoramos de su vida y lo poco que él cuenta –tendenciosa e intencionalmente– para que no podamos acercarnos a ella... hay vacíos en su pasado que se pierden en las brumas y en los rumores...”.

Su vida fue en buena parte tabú y dentro de ella hubo aspectos sobre los cuales tendió una impenetrable cortina de silencio y duda.

Al referirse a su tatarabuelo Juan Manuel de Rulfo; dice que junto con el Gral. Brizuela combatió a los franceses, cosa imposible, ya que aquél falleció en 1834. No sabemos si su bisabuelo José María de Rulfo haya luchado por la República, pero sí consta todo lo contrario, que se identificó con las autoridades imperialistas de Sayula.

Asevera que en 1933, a su salida del orfanatorio Luis Silva, se fue a México con propósitos de estudio o trabajo, eludiendo ostensiblemente el hecho de que desde fines de 1932 había ingresado al Seminario de Guadalajara donde permaneció hasta 1936 en que, efectivamente, pasó a la capital del país.

La ocultación de ese episodio puede interpretarse en el sentido de que su tío, el entonces capitán David Pérez Rulfo, excombatiente anticristero y persona de gran influencia sobre él, observando que, como resabio de aquella lucha existía declarada hostilidad gubernamental a todo lo católico, le haya aconsejado ocultar su estancia en la casa de estudios eclesiástica; lo cual aceptándolo Rulfo y no haciendo nunca la menor referencia a ella, la cosa vino a ser conocida hasta después de su fallecimiento, cuando su compañero de seminario, ahora periodista y publicista, Ricardo Serrano Ríos, en ilustrativo artículo aparecido en *Excelsior*, relata el hecho con una foto grupal en la que aparece el joven Rulfo rodeado de sacerdotes y seminaristas.³²

La influencia de David se manifestó además en su cambio de apellido, sugerido por él al escritor, restándole los dos patronímicos iniciales para revivir, como primero, el tercero de ellos, que era el menos común y lograr así el nombre que lo hiciera famoso.

Sobre su lugar de origen, lo mantuvo siempre en el misterio, tan pronto afirmaba haber nacido en Apulco, como luego decía ser oriundo de San Gabriel, y no fue sino hasta una entrevista que le hizo Elena Poniatowska que aclaró la verdad: que había nacido en Sayula, aunque para entonces nadie sabía a ciencia cierta su verdadero lugar de advenimiento al mundo.

Juan José Arreola afirma que Rulfo nunca quiso decir que había nacido en Sayula, debido al sanbenito que se colgaba a los sayulenses a propósito de los versos de “El ánimo de Sayula”. Afirma además que Juan practicaba la mentira como forma literaria, mentía

³² Serrano Ríos. Artículo citado.

con la más cristalina y nítida intención de que estaba haciendo algo que le interesaba a él como literatura y lo ponía a prueba. “Yo no sé —sigue diciendo Arreola— por qué le gustaba a él eso, despistarlo a uno...”³³

El escenario rulfiano

La región donde tuvo su origen la familia de Juan Rulfo, dejando atrás la ciudad de Querétaro, cuna de su tatarabuelo y la alteña San Juan de los Lagos, está situada al sur y suroeste de Guadalajara, a 105 kilómetros de la cual se encuentra la antigua población de Sayula que da nombre a una casi extinta laguna salada. Está situada a 1360 metros sobre el nivel del mar. En la época colonial fue población importante, con buen comercio y artesanía; productora de sal, jabón y tejidos de lana y algodón, aunque de mediana agricultura temporalera por la irregularidad de las lluvias. Calles rectas, bien trazadas, abundancia de portales y amplias casonas. Cuenta hoy con cerca de cuarenta mil habitantes. Los mantos acuíferos del subsuelo la han constituido como zona de regadío y es fuerte productora de alfalfa. Su clima es semiseco, con promedio aproximado de 23C. El significado de su nombre náhuatl es *Lugar de moscas*.

En *Pedro Páramo*, el escritor hace decir a Juan Preciado, cuando llega a Comala:

Era la hora en que los niños juegan en las calles de todos los pueblos, llenando con sus gritos la tarde. Cuando aún las paredes negras reflejan la luz amarilla del sol. Al menos eso había visto en Sayula, todavía ayer, a esta misma hora. Y había visto también el vuelo de las palomas rompiendo el aire quieto, sacudiendo sus alas como si se desprendieran del día. Volaban y caían sobre los tejados, mientras los gritos de los niños revoloteaban y parecían teñirse de azul en el cielo del atardecer.

Perfecta descripción de los atardeceres en la Plaza de Armas de Sayula, donde, poco antes de oscurecer, arriban miles de pájaros a cobijarse en las ramas de los frondosos árboles, y las palomas de la vecina torre parroquial ensayan su último vuelo del día.

De Sayula, hay que subir la Sierra de Tapalpa, para a 1950 metros arribar a la risueña población de ese nombre, lugar de asiento y desarrollo de los Vizcaíno y de donde emigraron algunas de sus ramas para establecerse en la región del bajo. Pueblo pintoresco de calles retorcidas, que suben y bajan, polo de desarrollo turístico en Jalisco, con seis mil habitantes aproximadamente. Su nombre náhuatl quiere decir *Lugar de tierra de color*.

Bajando la sierra, rumbo sureste, se llega a la región abajeña, conocida geográficamente como “de los declives”, unión entre el altiplano y la costa de Jalisco. Zona árida en su mayor parte por la escasez crónica de lluvias, donde el llano grande a que

³³ *Proceso*, núm. 482, enero 27 de 1986.

alude Rulfo en su obra, se extiende por varios municipios y da carácter a la región. A propósito de él dice Rulfo en “Nos han dado la tierra”:

Vuelvo hacia todos lados y miro el llano. Tanta y tamaña tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga. Sólo unas cuantas lagartijas salen a asomar la cabeza por encima de sus agujeros, y luego que sienten la tatemá del sol, corren a esconderse en la sombríta de una piedra.

El primer pueblo que se encuentra es el antiguo Jiquilpan, a la salida de una cañada rica para la agricultura, regada por las vertientes de la Presa del Nogal, situada en lo alto de la sierra. Su nombre significa *en o sobre añil*, hierba ésta de que se valían los indígenas para producir el color azul.

A cinco kilómetros de Jiquilpan está la antigua San Gabriel, desde 1934 conocida oficialmente como Ciudad Venustiano Carranza, de cierta importancia en el siglo pasado, con buen comercio y agricultura en las haciendas circundantes. Venida a menos económicamente con el reparto agrario y el cambio de los caminos comerciales. Cuenta actualmente con 8750 habitantes.

Rulfo vivió ahí su infancia, conservando gran cariño por esa población. Poco antes de morir, obsequió buena cantidad de libros para integrar una biblioteca que, a sugerencia suya, lleva el simbólico nombre de Pedro Páramo, inaugurada en marzo de 1986.

Al inicio de su cuento “En la madrugada”, dice:

San Gabriel sale de la niebla húmedo de rocío. Las nubes de la noche durmieron sobre el pueblo buscando el calor de la gente. Ahora está por salir el sol y la niebla se levanta despacio, enrollando su sábana, dejando hebras blancas encima de los tejados. Un vapor gris, apenas visible, sube de los árboles y de la tierra mojada atraído por las nubes; pero se desvanece en seguida. Y detrás de él aparece el humo negro de las cocinas, oloroso a encino quemado, cubriendo el cielo de cenizas.

Platica, además: “la primaria la hice en San Gabriel, ese es mi mundo. Y viví allí hasta los diez años. Es uno de esos pueblos que han perdido hasta el nombre”.

Al sureste de San Gabriel, se encuentra Tolimán, que en su acepción náhuatl significa *Lugar en que se corta tule*. Situado a 750 metros sobre el nivel del mar. Cerca pasa el hermoso río que lleva su nombre. Cuenta con aproximadamente cuatro mil habitantes. Se fabrica el vino denominado Tolimán y, aparte de los mezcales, se siembra maíz, frijol, chile, etc. Al sur de la población se levanta la gigantesca mole del Cerro Grande, lugar, por infranqueable, guarida predilecta de cristeros y bandoleros. El municipio es catalogado como pobre.

Cerca están las haciendas San Pedro Toxín, que fue propiedad del Lic. Severiano Pérez Jiménez, abuelo de Rulfo, así como la de Chachahuatlán. A la entrada de uno de sus potreros, el denominado La Agüita, fue muerto el padre del escritor.

Rumbo a Autlán, siempre sobre el llano grande, se llega a Apulco, hacienda de los abuelos y padres de Rulfo, con altura de 950 metros sobre el mar y poco más de mil habitantes en la actualidad. Su nombre náhuatl quiere decir *Agua mala o revolcada o Donde se ocultan las aguas*. Clima caluroso, terreno cascajoso cubierto de breñales, órganos, nopales y demás vegetación típica de zonas áridas. En el siglo pasado sus tierras pertenecían a la hacienda La Guadalupe y sus moradores vivían aislados en chozas levantadas dentro y fuera de la barranca. Por 1865 la señora Guadalupe Mourett, dueña de la mencionada hacienda, cedió el terreno necesario para fundar el actual pueblo. En 1885 adquirió esas tierras Carlos Vizcaíno y Vargas, haciendo florecer Apulco hasta alcanzar categoría de pueblo. Cuenta con los servicios indispensables y sus tierras se dividen en ejidales y particulares.

Tonaya es sitio cálido, su nombre significa *Lugar donde nace el sol*, con cerca de cinco mil habitantes. Cuenta con moderna plaza, dos portales y bien construido templo, plantaciones de mezcal en los cerros aledaños y varias fábricas de vino conocido con el nombre del pueblo.

Existen fuertes capitales y muchos pobres. Sin embargo, dice el historiador Brambila, el pobre toma muy a pecho este dicho: “A Tonaya, por mal que vaya...”.

Es Tuxcacuesco, la Comala de Pedro Páramo, cabecera del municipio de su nombre en el que están enclavados el rancho La Piña, primer lugar de residencia regional de los Vizcaíno, así como la hacienda de Apulco, hoy delegación municipal. Es la población menos integrada de la zona. Se llega por una brecha de 16 kilómetros que parte de la carretera Ciudad Guzmán-Autlán; cuenta aproximadamente con cuatro mil habitantes y una altura de 750 metros sobre el nivel del mar. Según lo manifiesta en su relación de 1570 el alcalde mayor de la Provincia de Amula, Francisco de Agüero:

...se llama Tuxcacuesco porque antiguamente estaban poblados media legua de este dicho pueblo poco más o menos y que allí tenían una piedra por ídolo en la cual adoraban y sobre la dicha piedra se puso el tustle que quiere decir pájaro y de aquí tomó el dicho pueblo el nombre de Tuxcacuesco.³⁴

Que, sintetizado, quiere decir en náhuatl *Pájaro sobre piedra*.

³⁴ *Noticias varias de Nueva Galicia*, Guadalajara, 1878, p. 303.

Actualmente se viene construyendo un moderno y funcional templo, existe una plaza de toros de buena capacidad, su placita central es moderna y atractiva. Se fabrica el afamado vino mezcal denominado Tuxca. En su valle hay mucha agua, verdor que deja a su paso el caudaloso río Tuxcacuesco, clima ardiente, tradicionalmente considerado malsano. A propósito de ello la musa popular elaboró este cuarteto:

Zapotlán, cielo escondido;
San Gabriel, el medio cielo.
Tonaya es el purgatorio
y Tuxcacuesco el infierno.

Juan Rulfo confirma lo anterior cuando hace decir al arriero Abundio:

Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que los que allí se mueren, al llegar al infierno, regresan por su cobija.

Con esta revista de la región rulfiana finalizamos esta sencilla aportación, que constituye más que nada, un homenaje al gran escritor biografiado.

El agradecimiento del autor para la señora Eva Pérez viuda de De la Fuente y para Severiano Pérez V., hermanos de Juan Rulfo, personas que me han distinguido siempre con su particular confianza y amistad.

CAPÍTULO SEGUNDO

INTERÉS DE RULFO POR LA HISTORIA

Unos recuerdos caseros y el milagro de Juan Rulfo

José Luis Martínez*

Después de ese hermoso texto que ha leído Alí Chumacero, concentrado y sabio, yo me voy a limitar a dos cosas: a unos recuerdos caseros de Juan Rulfo y a una reflexión final. Voy a comenzar con los recuerdos, arbitrarios e inconexos.

No sé cuándo conocí a Juan, no recuerdo cuando conocí a Juan Rulfo; debe haber sido allá por los cincuenta. Yo conocía, por razones familiares, a don David Pérez Rulfo, tío de Juan. Y a Juan lo conocí, trabajaba en la Goodrich Euzkadi, e hizo entonces unas guías turísticas en que describía los pueblos, los itinerarios que proponía para viajar esta compañía que vendía llantas. Juan me dio este libro y me señaló lo que había escrito ahí. Lo guardo aún. Más tarde, cuando yo estaba en ferrocarriles, Juan quería hacer fotos del mundo ferrocarrilero que existía en los antiguos patios de Nonoalco, que quizá recuerden, donde ahora es el conjunto Tlatelolco. Eso desapareció, pero había allí un mundo de vías, de carros abandonados y de familias ferrocarrileras que ahí vivían. Hizo una serie muy hermosa de fotos, yo le pregunté por ellas y nunca han aparecido. A ver si encuentran este gran sobre de fotos de este mundo ferrocarrilero que desapareció, de pequeñas casas, de humos, de nieblas, de pobreza, de ternura que Juan percibió entonces.

Nos solíamos encontrar, entre otros casos, en las giras políticas. Nos gustaba porque íbamos a nuestros antiguos rumbos. Una vez que fuimos a Zapotlán, yo fui al cementerio donde está mi madre, y Juan, mientras tanto, fue a saludar a las Arreola, las hermanas de Juan José. Al volver por la noche me dijo:

- Oyes, te mandan saludar las Arreola.
- Muchas gracias, Juanito.
- Y te mandaron unos pasteles muy buenos –me dice.
- ¡Ah, qué bueno!, mira que tengo hambre.
- Pero ya me los comí.

Luego recuerdo que nos bajábamos a veces a caminar por los caminos en las paradas del autobús y Juan, con ese pesimismo que tenía invencible, decía: “Oyes, estas piedras son de las que se acaban los zapatos enseguida; cuando uno voltea ya no tiene zapatos”.

Pues... quizá es también parte del mundo de Juan: venía a comer a casa una vez por semana, en una época en que no tenía dientes; y mi mujer le hacía una comida blanda para que pudiera comer, se la pasaba con sus “cocas”: Coca Cola y café. No hablábamos

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión de textos y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Segunda edición 2002, pp. 51-53 (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

mucho de literatura, a él le gustaba mucho la historia y era un entendido en las crónicas mexicanas, él las conocía con perfección. Juan José le aconsejaba siempre: “Juan, ya no intentes más escribir literatura. Haz apuntes de tus lecturas históricas”. Hizo algunos de ellos, pero no suficientes, y porque realmente desaprovechó una capacidad muy grande que tenía de amor y de curiosidad por esas crónicas.

De pronto tenía unas cosas extrañas. Recuerdo que una noche, ya noche, me llamó; antes de comenzar la conversación dijo:

—Oyes, José Luis, tú tienes dos ejemplares de la matrícula de tributos, y yo no tengo ninguno.

—Pues sí, así es Juan. Pero una es esto y otra es esto otro.

—No, dame una.

—Pero ésta la tengo por esto y ésta la tengo por esta otra razón.

—No importa, dame una. Yo te doy esto y esto.

...y al fin me convenció. Me mandó los libros y tuve que mandarle una de mis matrículas de tributos. Manías de gentes de libros.

Así pudiera recordar muchos otros pequeños incidentes. Quizá el más triste es éste: el día que murió Juan, yo estaba en Houston, me habían operado. Una operación fea, dolorosa, mala. Mi mujer estaba aún conmigo y me dijo al día siguiente: “Me han dado un periódico mexicano. Hay una noticia que te va a entristecer mucho”. Ya me dijo poco a poco lo de Juan, y lo sentí profundamente. Luego ella se fue también.

Pero, finalmente, para no alargarme en minucias, quiero tratar de preguntarme y tratar de contestar lo siguiente: ¿Por qué el milagro Juan Rulfo? Quizá es lo que todos nos preguntamos: ¿por qué este escritor de sólo dos libros tiene tanto aprecio? No sólo entre ustedes, sus paisanos, sino en el mundo entero, en el mundo no sólo de habla española sino de otros mundos. Acabo de estar en una universidad alemana en la que se interesaron, como siempre, muchísimo por él. Se habían hecho estudios y querían hacer más, en la Universidad de Eichstedt, un lugar cerca de Munich, en Baviera.

¿Por qué ese milagro de Juan? No es por sus temas que son los temas de otros libros, no es por su mundo fantasmal y su mundo de provincia, su mundo de los pueblos jaliscienses empobrecidos. ¿Por qué, entonces? Pues la única respuesta que puedo dar es...

La única respuesta que puedo dar es: por la intensidad y el despojamiento del estilo. En Juan todo es un desnudamiento, de los temas, de la materia que habla. Recuerdo un epígrafe que se pone en una revista muy hermosa de música que se hace en México, la revista *Pauta*, es un epígrafe que dice más o menos:

—¿Oyes esto?

—No, no oigo nada.

—Sí, óyelo: es el silencio.

Esta capacidad de Juan para hacernos oír el silencio, para hacer decir las cosas, no sólo lo trágico, recuerden que en los cuentos de Juan hay mucha ironía, mucha burla de las pasiones humanas, e imágenes también de gracia.

Entonces ¿en qué reside esto que a todos nos hace volver a los libros de Juan, a admirarlo, y por lo que no necesita haber escrito más? Pues no puedo sino repetir esto que he dicho antes: es esa magia especial del estilo desnudo, despojado, y de la intensidad que puso en eso. Lograr esto es una hazaña que muy pocos podemos conseguir... Lograr esto es algo que muy pocos podemos conseguir, lograr esas páginas perfectas y desnudas, de perfectas por desnudas. Recuerdo un verso, que no sé si venga al caso, de Rubén Darío: “De desnuda que está, brilla la estrella”, y creo que es un buen verso para terminar esta intervención descosida, con mi admiración y mi recuerdo a un amigo querido, a Juan Rulfo al que quise tanto en su persona, aparte de que esa persona escribió estos preciosos libros que recordamos y que hoy nos reúnen.

Juan y la revolufia (Mejor dicho: Juan y Pedro y la vieja revolufia en medio)

Álvaro Ochoa Serrano*

Vine a esta mesa porque me dijeron que acá se hablaría de un tal Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno; ese alguien Juan Rulfo, así de breve como su obra escrita, porque de todos modos Juan le llaman. Dicen los díceres que nació en 1918, pudiera ser que en San Juan Luvina.

Rulfo, de la camada que sobrevivió a la época de la influenza, a la mortal gripa española de ese año, vivió un decenio después los tiempos violentos de la cristeriada que le dejaron honda huella; de seguro que eso pasó.

Debo contar que mi primer acercamiento a Rulfo empezó “en la madrugada”, por *El Llano en llamas*, con el viejo Esteban, camino de Jiquilpan, creyendo que me llevaría a suelo michoacano; y no fue cierto, resultó que llegué al cercano

Ay, San Gabriel de Jalisco,
te llevo en el corazón.

“El Llano en llamas”, uno de los cuentos, da nombre al mentado libro (FCE, 1953). Ahí aparecen Pedro Zamora, el Atila del Sur de Jalisco, con su gente, “a la carrera, pegando la patada y corriendo como mulas brutas”; asaltando pueblos, quemando haciendas, robando vacas. Porque dijo Zamora:

Esta revolución la vamos a hacer con el dinero de los ricos. Ellos pagarán las armas y los gastos que cueste esta revolución que estamos haciendo. Y aunque no tenemos por ahorita ninguna bandera por qué pelear, debemos apurarnos a amontonar dinero, para que cuando vengan las tropas del gobierno vean que somos poderosos.

Pero no; Pedro Zamora entró en la facción de los vencidos, y acorralado por los federales carrancistas vino a menos. Dijo:

–Otro agarre como éste y nos acaban.

Puede que nos acordemos aquí de Francisco Villa, en la Cuesta de Sayula, frente a los carrancistas: “otro triunfo como éste y se acaba la División del Norte”.

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Recopilación, revisión de textos y notas, Dante Medina, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, segunda edición 2002, pp. 245-248 (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

Pedro y los suyos junto con el jiquilpense Melesio Contreras capitanearon más tarde la chorcha felicista –también perdedora– en la región.³⁵

Y acabamos por ser unos grupitos tan ralos que ya nadie nos tenía miedo. Ya nadie corría gritando: “¡Allí vienen los de Zamora!”

...Pensar que se levantaron de la tierra “como huizapoles maduros aventados por el viento para llenar de terror todos los alrededores del Llano”. Pero muerto Zamora, colgados los más, cambió sin remedio la suerte, “la cosa ahora sí iba de veras”.

Finalmente los abajeños de Zamora fueron perdiendo terreno. “Casi no nos quedaba ya ni el pedazo que pudiéramos necesitar para que nos enterraran”. Por eso los últimos sobrevivientes decidieron separarse, “cada quien arrendando por distinto rumbo” ..., “cada quien por su lado para repartirnos la muerte”.

En cuanto a *Pedro Páramo* (FCE, 1955) sabemos que surge también en el sur de Jalisco, entre pueblos, ranchos y diversos elementos de la tierra que Rulfo junta, como en un sueño, en Comala. El personaje cobra vida social a partir de la muerte del padre –antes de las revueltas– cuando Pedro asume el cacicazgo y por su cuenta derrumba lienzos y linderos para desparramar La Media Luna, el fuego paramiano.

–¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros. ¿Tienes trabajando en La Media Luna a algún atravesado?
[...] –Pues mándalos en comisión con el Aldrete. Le levantas un acta acusándolo de “usufructo” o de lo que a ti se te ocurra. Y recuérdale que Lucas Páramo ya murió. Que conmigo hay que hacer nuevos tratos.

Y si el tiempo rulfiano se puede medir como contando los recuerdos, diremos que su espléndida novela termina clara y oscuramente en la –que no con la– muerte de Pedro Páramo, después de la borrascosa revuelta cristera.

Precisamente queremos destacar la visión cruda y escueta de Rulfo en torno a esas revueltas en el sur: “una manada de hombres” salió al encuentro del “Tartamudo” y de Fulgor Sedano, el administrador de La Media Luna. Dijeron “que eran revolucionarios”; que venían por las tierras de los hacendados. Se han levantado en armas “porque otros lo han hecho también”.

–Nos hemos rebelado contra el gobierno y contra ustedes [los hacendados] porque ya estamos aburridos de soportarlos. Al gobierno por rastrero y a ustedes porque no son más que unos móndrigos bandidos y mantecosos ladrones.

³⁵ Liceaga, Luis. *Félix Díaz*, México, Ed. Jus. 1958, p. 488.

Sin embargo, la ayuda del hacendado a los rebeldes para que éstos hagan su revolución da un golpe seco al esquema ideal de *la* revolución oficial. Nos viene a la memoria que Madero, el señor de *la* revolución del diez, era un hacendado; Carranza, el realista rey viejo de Cuatro Ciénegas, también lo era.

–Les voy a dar cien mil pesos –dijo Pedro Páramo a los levantados–

¿Cuántos son ustedes?

–Semos trescientos.

–Bueno. Les voy a prestar otros trescientos hombres para que aumenten su contingente [...] El dinero se los regalo, a los hombres se los presto. En cuanto los desocupen mándenmelos para acá. ¿Está bien así?

–Pero cómo no.

El “Tilcuate”, sirviente de Pedro Páramo, sería el jefe de esos alzados más los agregados de la hacienda, dentro del juego de protecciones y lealtades. Un ejemplo de Puruándiro, Michoacán, donde operan Lorenzo Andrade, Mauro Pérez y Benito Canales, lejos de Comala, refleja la misma situación: el capitán de rurales comunica en abril de 1912 al gobierno del estado que los revolucionarios “exceden de cien hombres bien montados y armados pues algunos hacendados de esta comarca les imparten decidida protección, facilitándoles toda clase de elementos”.³⁶

Demasiado el “Tilcuate” cuenta a Páramo la llegada de los villistas:

–Vienen del Norte, arriando parejo con todo lo que encuentran. Parece, según se ve, que andan recorriendo la tierra, tanteando todos los terrenos. Son poderosos. Eso ni quien se los quite.

–¿Y por qué no te juntas con ellos? Ya te he dicho que hay que estar con el que vaya ganando.

–Yo estoy con ellos.

A pesar de las alianzas, la bola del “Tilcuate” necesita dinero. El patrón le aconseja:

¡Échate sobre algún pueblo! Si tú andas arriesgando el pellejo ¿por qué diablos no van a poner otros algo de su parte? Contla está que hierve de ricos. Quítales tantito de lo que tienen. ¿O acaso creen que tú eres su pilmama y que estás para cuidarles sus intereses? No, Damasio. Hazles ver que no andas jugando ni divirtiéndote. Dales un pegue y ya verás cómo sales con centavos de este mitote.

La revolufia no para. El “Tilcuate” siguió yendo a Comala. El famoso “Catrino Maravillas” encaja bien en este pasaje de *Pedro Páramo*:

³⁶ Archivo Histórico Manuel Castañeda Ramírez (Casa de Morelos), Morelia. Sección de Guerra, 1912, exp. 91.

- Ahora somos carrancistas.
- Está bien.
- Andamos con mi general Obregón.
- Está bien.
- Allá se ha hecho la paz. Andamos sueltos.

- Espera. No desarmes a tu gente. Esto no puede durar mucho.

Si bien hay un silencio del estradismo fugaz en norte del mero sur jalisciense; sobre la cristeriada, no.

- Se ha levantado en armas el padre Rentería. ¿Nos vamos con él, o contra él?
- Eso ni se discute. Ponte al lado del gobierno.
- Pero si somos irregulares. Nos consideran rebeldes.
- Entonces vete a descansar.
- ¿Con el vuelo que llevo?
- Haz lo que quieras, entonces.
- Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta como gritan. Además lleva uno ganada la salvación.
- Haz lo que quieras.

La novela y los cuentos de Rulfo, en manojos, son una historia universal lugareña del ser, estar y soñar que ha trascendido por los valores que encierra. Es una obra bien escrita; ni le falta ni le sobra. “En realidad –se ha limitado a comentar el propio Rulfo– es la historia de un pueblo que va muriendo por sí mismo. No lo mata nada. No lo mata nadie.”

Aún así, al autor de *Pedro Páramo* y de *El Llano en llamas* le debemos ese llenarnos de sueños, esa permanente convivencia familiar de vivos y muertos que, en la realidad, va muriendo por la urbanización, por la realidad del concreto.

Juan Rulfo y las crónicas coloniales

Elías Trabulse*

Conocí a Juan Rulfo en el año de 1970, en una de esas excursiones librescas sabatinas que a veces emprendía por los laberintos de aquella casona del siglo XVIII que albergaba a la Antigua Librería de Robredo, uno de los últimos vestigios vivientes de lo que debió ser una librería del siglo XIX. Una de esas tardes, platicando con don Rafael Porrúa, quien conoce como pocos la bibliografía del México colonial, entró Rulfo y –con ese salvoconducto que muy pocos poseyeron– franqueó mostrador que, como rígida frontera, separó siempre a los clientes de la librería de los amigos de la librería. Pronto se inició una charla en que don Rafael llevaba la mayor parte y Rulfo la menor, pues siempre parecía taciturno y caviloso, sobre todo con desconocidos. Pero, poco a poco, la conversación se animó y, para mi sorpresa, nos vimos enfrascados en el tema del valor histórico de las crónicas coloniales, de las que Rulfo se mostró un buen conocedor. Sin embargo sus intereses históricos no eran los de un erudito, ni tampoco los de un anticuario o de un bibliófilo. Primero con ciertas reservas y luego con más soltura, nos comentó, en las cuatro o cinco tardes sabatinas que coincidimos en Robredo, que desde mucho tiempo atrás se había interesado en ese tipo de obras históricas y que incluso las había leído asiduamente. Nos decía, convencido, que un lector cuidadoso podía encontrar en ellas cuadros de la vida, costumbres, mentalidad y hasta del modo de hablar de los mexicanos del pasado, que era inútil buscar otras fuentes.

La verdad es que frente a esas afirmaciones se despertó mi curiosidad, no sólo porque venían de un escritor como Rulfo, sino porque, de alguna manera, bajo esas palabras dejaba traslucir que su interés iba más allá de lo que él mismo se atrevía, quizás por timidez, a confesar. Años después en casa de Fernando Benitez, lo oí repetir esas mismas palabras, y asegurarnos que sólo en las crónicas se hallaba un cuadro fidedigno no sólo del mundo prehispánico, sino también de lo colonial. Incluso nos dijo que había propuesto, en la institución oficial en la que trabajaba, la publicación –bajo su dirección– de una colección de crónicas, propósito que sabemos no alcanzó a realizar. Este interés explica que haya aceptado poner un breve prólogo a una edición de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún, publicada en 1985.

De aquellas amenas conversaciones en la Librería de Robredo conservo algunas notas sueltas de lo que los tres decíamos, pues también don Rafael intervenía con eruditos y sabios comentarios. Esos recuerdos y esos apuntes son por necesidad fragmentarios, y fueron hechos para satisfacer una muy poco justificable curiosidad personal; pero he de confesar que, finalmente, alguna indicación me dieron de cuál era la

* Libro *La ficción de la memoria Juan Rulfo ante la crítica*, Selección y prólogo Federico Campbell, México, D. F.: UNAM, Ediciones Era, 2003, pp. 485-489, ISBN: 970-32-0664-6 (UNAM), ISBN: 968-411-602-0 (Ediciones Era).

verdadera razón por la que a Rulfo le atraían esos viejos libracos que muy pocos historiadores, y casi ningún literato, leen hoy en día. Ante todo debo decir que para comprender las opiniones de Rulfo respecto del pasado prehispánico y colonial, así como en general su personal concepción de la historia de México, es necesario que lo situemos en el momento histórico que le tocó vivir. Eran éstos los años terminales de la antigua, anacrónica y acre pugna entre indigenistas e hispanistas; años en los que ya estaban a la vista los frutos de esa enconada batalla donde no hubo –ni podía haber– vencedores ni vencidos. Por un lado prevalecía la visión exaltada y triunfalista de los indigenistas que veían en el pasado indígena la única y auténtica raíz de lo mexicano. Por el otro, estaban los hispanistas que ponderaban los beneficios de la incorporación del México antiguo a la civilización occidental. Unos y otros habían sacado a la luz los testimonios que apoyaban sus argumentos: códices, restos arqueológicos, crónicas, registros historiales, etcétera. La aportación doxográfica al estudio del pasado de México fue muy grande en esos años e influyó notablemente en toda una generación de intelectuales, Rulfo entre ellos. Sin embargo, esta influencia se circunscribió única y exclusivamente a la revaloración crítica de los testimonios sacados a la luz, no a los argumentos de los bandos en pugna.

En efecto, lo primero que se traslucía de las opiniones de Rulfo era que no compartía ni las teorías indigenistas progresistas de un Gamio o de un Othón de Mendizábal, ni tampoco suscribía las tesis de los panegiristas de la colonización española. Creía que la historia enseñaba algo, pero que no era, como quería Gamio, el instrumento para “acrecentar el bienestar de las sociedades contemporáneas”, ni tampoco serviría nunca para crear conciencia del valor de las razas indígenas y de su capacidad intelectual y creadora. Para Rulfo lo que la historia enseñaba era algo más complejo que eso. Sus lecciones no eran pragmáticas sino morales y psicológicas. Poseía una visión que podríamos llamar “criolla” de la historia de México, pero a diferencia de las idealizaciones, también criollas, de un Clavijero o de un Bustamante, su concepción de lo que el pasado de México había sido era de un realismo que no exagero al calificar de brutal. Era la visión desencantada, descarnada, carente de fantasía de alguien que sabe que la historia escrita de México no es más que el itinerario de las desventuras de los explotados y los desposeídos de siempre, para quienes no existe un mundo ideal ni al principio ni al final de la historia. Las crónicas coloniales eran para Rulfo la suma y el compendio de ese itinerario. Ahí también aparecían los indios del campo, los mismos indios que en sus cuentos surgían arrastrando su miseria. Su tesis era geométrica: “Mire usted cómo se repite; y si no lo cree, lea las crónicas”.

Sin embargo, esta visión del pasado no dejaba de ser como en el caso de un Clavijero, una visión externa, desde afuera, lejana de los protagonistas, sólo que, como ya dije, carecía del elemento idealizador del jesuita veracruzano. Y esta ausencia de idealización Rulfo la compartía, en sus relatos, con las crónicas coloniales. Esos viejos libros le permitieron acercarse a sus personajes, primeramente para conocerlos y comprenderlos, y después para retratarlos con mano maestra, no en una nueva crónica al

estilo del siglo XVII, sino en sus cuentos donde describió el campo mexicano. Por eso dije que para Rulfo la historia proporcionaba una enseñanza tanto moral como psicológica pero es obvio que ambas llevaban a un callejón sin salida.

Muchas veces, después de nuestras pláticas, me pregunté por qué ya no había escrito más, por qué se había detenido en esas dos obras maestras. Es probable que nunca lo sepamos con certeza, pues las razones o explicaciones que él daba a nadie le resultaron nunca demasiado convincentes. En cambio, más cercana a la verdad me pareció siempre su afirmación de que no escribía más porque no tenía nada más que decir, y ésta puede ser la única explicación válida, ya que tanto histórica como existencialmente había agotado, en esas dos obras, la imagen no heroica de sus personajes, de tal forma que después de retratarlos como paradigmas de lo que un filósofo ha llamado la “conciencia desgraciada”, no le quedaba más alternativa que la ironía o el silencio. Y yo en lo personal pienso que optó sabiamente por lo último.

Para terminar estas reminiscencias diré que el más vivo recuerdo que tengo hasta hoy de esos encuentros en la Librería de Robredo es el de aquella ocasión en que, abstraído en la lectura de un antiguo libro cuyo nombre ya olvidé, se me acercó Rulfo con un viejo texto arrugado y polvoso encuadernado en pergamino, y me pidió que leyera un fragmento. Tomé el libro que me entregaba y leí el pasaje indicado. Días después lo copié en una libreta de apuntes y hoy quisiera leerlo aquí en recuerdo del personaje que me lo mostró. El autor del texto fue Andrés de Arce y Miranda, cura de Tlatlahuqui y de Puebla, y data del año de 1766.

Dice así:

Los indios [...] aquella gente pobre y desvalida, de quien tanto mal se habla y aun se escribe [...]. Mas si a mí me habilita al poder hablar algo en esta materia la experiencia de veinte años de cura de ellos [...] no puedo menos, cuando oigo semejantes expresiones que llenarme de compasión, y exclamar... ¡Oh pobres indios, que de nada servís, más que de servir! Con más justicia y equidad proceden los que atendiendo al provecho y utilidad que de ellos nos resultan, dicen: *Estos son unos pobres que nos enriquecen, unos desnudos que nos visten, unos hambrientos que nos hartan, y unos inútiles que nos sirven*. En la realidad es así, pues si preguntamos ¿quiénes fabrican las casas que habitamos? No hay otra cosa que responder sino los indios. ¿Quiénes cultivan los campos que nos dan el sustento? [...] Los indios. ¿Quiénes cuidan de día y de noche el ganado que nos sirve de alimento? Los indios.

¿Quiénes por la mayor parte sacan la plata y oro de las minas? Los indios. ¿Quiénes proveen a la República de miniestras, versas, maniobras y utensilios para el uso de la vida? Los indios. ¿Quiénes han fabricado en ambas Américas tantas

Iglesias y Templos en el que se adora el verdadero Dios? Los indios. ¿Quiénes en esta Nueva España mantienen tantas parroquias, sin otros fondos ni fábricas para su culto que sus pobres jornales? Los indios. Es verdad que así lo lleva de suyo su naturaleza y genio, pues cuando en todas las demás gentes de esta América prevalece el espíritu dominante y el orgullo de mandar en los pobres indios no se descubre más que el del abatimiento y el de servir; de suerte que de estos miserables me parece verificarse puntualmente lo que se imaginó Aristóteles de ciertos hombres, que dijo nacer por su naturaleza esclavos o siervos, contra el derecho de la común naturaleza que a todos los hombres nos hace libres. Y dígoles porque no sólo los españoles, sino también los negros, mulatos y chinos, tan inferiores a ellos en la pureza de sangre, tienen ánimo para mandarles, y audacia para vejarlos; y ellos no tienen espíritu para resistirles, con que vienen a ser criados de nuestros criados y siervos de nuestros mismos siervos [...]. No es negable que tienen los indios varios vicios y nulidades, como la embriaguez, la mentira, hurtillos y otros, pero si se leen bien las historias de su gentilidad, se hallará que casi todos vienen de nuestro mal ejemplo: el trato de la gente que se llama de razón los ha contagiado. Y así es observación que los indios cuanto más distantes de México y Puebla, y otros lugares populosos, tienen menos malicia y conservan mucha parte de su nativa inocencia. A estos vicios por mucho que exageren, preponderará con exceso un gran cúmulo de virtudes, su pobreza es extremada, y codicia de bienes ninguna; su humildad es suma y el aprecio de sí mismos muy poco.

Hasta aquí este texto colonial. Acaso el silencio de Rulfo cuando me lo mostró, sea, al fin y al cabo, su mejor comentario.

[Juan Rulfo. *Un mosaico crítico*. Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad de Guadalajara-Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1988.]

Juan Rulfo, entre la novela y la historia

Mirtea Elizabeth Acuña Cepeda*

Juan Rulfo es un historiador, una afirmación que sustentaremos a lo largo de estas líneas, antes, permitan decir que en la historia como arte, tendría cabida la subjetividad, no así cuando se la considera una ciencia; no obstante, cuando báscula hacia el arte, la historia tropieza frecuentemente con las narraciones literarias, que cruzan la línea fronteriza entre la historia y el cuento o novela, claramente diferenciadas en inglés: *History - Story*, una estudia los eventos del pasado y la otra es recreativa y narrar sucesos imaginarios o reales, pero en ambas es indispensable saber el oficio de escribir, que conocía bien, Rulfo.

Asimismo, existe una diferencia entre novela histórica e historia novelada: la novela histórica es una creación o recreación de personajes en circunstancias inventadas, pero adecuadas a la realidad, la trama parte de datos concretos y el desenlace puede no haber ocurrido, pues el autor se toma la licencia que le ofrece su imaginación; en la historia novelada, el autor tiene la libertad de utilizar la ficción para complementar la falta o carencia de información o de fuentes que la acrediten. La historia es el conocimiento de lo que sucedió en el pasado y quien lo investiga o escudriña es el historiador, el sujeto cognoscente cuyo propósito es buscar respuestas de las inquietudes del presente en el tiempo ido y para hacerlo necesita delimitar la temporalidad y territorialidad, a fin de poder analizar los hechos y procesos, que clasificó como objetos de estudio.

Desde la perspectiva histórica, al penetrar al mundo Rulfiano constatamos, que entramos a la historia de un periodo, cuyos límites se establecen entre las décadas de los años revolucionarios y posrevolucionarios en el Occidente de México, una región que varios estados de la República. Vemos la historia a través de la mirada de Juan Rulfo que recoge la tradición oral, en una mezcla de historia y mito, de una manera, que un historiador, atado por la objetividad, no se podría permitir y que en Rulfo es flexible al mismo tiempo que amorosa, como si recogiese con ternura los pedazos que se le caen de entre las manos al historiador; de igual modo, el apego a la cronología de los cronistas, desaparece en Rulfo, a quien parece no interesarle la secuencialidad, esa que se atreve a romper en sus escritos y sobre todo en *Pedro Páramo*. Igual que al historiador, el tiempo le interesa a Rulfo, pero lo deja moverse de forma caótica, tal y como ocurre en la memoria de la gente, sabiendo o adivinando que se comprenderá el significado oculto dentro de las temáticas que le tomó a la historia.

Por eso y mucho más, se puede afirmar que Juan Rulfo tenía madera de historiador y como sujeto cognoscente, al desarrollar el acto del conocimiento, pudo hacerlo a través

* Mecanoescrito inédito.

del pensamiento, orientando su obra con libertad al relacionarla con la realidad, de un modo tal, que posiblemente alguien tildaría de absurdo, pero que más bien se califica de mágica mexicanidad, al transformar el suceso más vulgar en una ficción, que siendo mágica es incluso más real.

Siguiendo los pasos de Rulfo, por las palabras de quienes lo conocieron, podemos afirmar que, a lo largo de su vida, interioriza aquellos saberes que son indispensables para quien escribe la historia, subrayando la palabra escribir, porque una cosa es narrar y otra hacer la historia, la cual va haciendo la humanidad entera, aun cuando nos llegue en segmentos, la de cada pueblo y de los encontronazos que se dan los pueblos en el choque de ideas y culturas, similares a lo que ocurre entre las personas, que trabajosamente llegan a consensos y alguna que otra vez, a los acuerdos.

La vena histórica de Rulfo se encuentra en quienes han escrito sobre este interesante personaje, como los 18 autores que citaremos en seguida; ellos dirigen sus miradas sobre la obra o la persona de un hombre difícilmente aprehensible, como no se puede asir el viento que corre por el llano, levantando a su paso el polvo de la historia, en Rulfo, de las historias de gentes que vivieron en esa región que lo vio nacer; pues como escribe Fernando Benítez,³⁷ Rulfo “ha resumido en pocas páginas el misterio, la poesía y el lenguaje de sus pueblos con la maestría de los clásicos...”

En contra del dicho: las palabras se las lleva el viento, Felipe Garrido³⁸ opina que éstas “sobreviven a las ciudades” y literariamente así sucede con el San Gabriel de Juan Rulfo, descrito en su cuento “En la madrugada”, cercano a la hacienda de “Nuestra Señora de Guadalupe del salto del agua- entre el Picacho (la Bufo), el cerro del Comal y hasta cerca de Las Juntas de los ríos” (Trujillo, 1976: 144);³⁹ ese San Gabriel, “estrechamente vinculado [...] ‘El Llano en llamas’, donde aparecen personajes y lugares ampliamente conocidos”; que se plasman gracias a la memoria histórica de Rulfo por “haber leído ‘casi todas las crónicas de los frailes y de los viajeros, los epistolarios, las relaciones de Nueva España (Garrido cita a Benítez, 1980), muchas veces me dijo que le habría gustado dirigir una gran colección de crónicas”. Entonces, Rulfo escribe la crónica de la gente que hizo la historia, aunque su vestigio se haya perdido, como aquel otro Pedro Páramo, Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, asesinado por Juvencio Nava, en “¡Diles que no me maten!”

³⁷ Benítez Fernando (1980). “Conversaciones con Juan Rulfo”, en: *Sábado*, suplemento cultural de *Unomásuno*, 142; 26 de julio, pp. 3-4. México.

³⁸ Garrido Felipe (2004). *Voces de la tierra. La lección de Juan Rulfo*. UNAM, México, pp. 179-184.

³⁹ Trujillo González Enrique (1976). *San Gabriel y su historia a través del tiempo*. Talleres Kerigma. Guadalajara, Jal. México.

La frase de Rulfo: “Rescatar la historia arraiga al hombre a su tierra...” es el título del trabajo de Alfredo Montaña Hurtado,⁴⁰ reconociendo que es en el terruño, en la Matria, diría Luis González y González, donde se arraiga la identidad de un pueblo. Cuando Rulfo vino a Colima e imparte la conferencia Hipótesis sobre historia regional, se evidenció el saber histórico del escritor, así como la importancia que él daba al conocimiento histórico del Occidente mexicano. En ese mismo tenor, Manuel Delgado Castro⁴¹ retoma lo dicho por Rulfo el 22 de diciembre de 1983: Ustedes son capaces de escribir la historia de Colima; el Lic. Humberto Silva, rector de la Universidad de Colima, acepta el compromiso, con historiadores colimenses; una década después se oferta la maestría en historia regional.

La temática de la historia es múltiple y rescatarla implica una pluralidad de conocimientos que precisan de un saber interdisciplinario, como es el abordaje de las migraciones, movimiento ancestral y siempre presente, ya que la humanidad ha sido y es migrante, de ésta, Germán Pintor⁴² recuerda los migrantes que, en la voz de Rulfo, se echan “a andar con el ombligo pegado al espinazo y agarrándonos del viento con las uñas” (La fórmula secreta).

Blanca Calzada⁴³ entrevista a personas que conocieron a Rulfo⁴⁴ y plantea una duda geográfica: ¿“La Cordillera” de Juan Rulfo se refería al Camino Real de Colima? Luego repregunta, en voz de José Balsa que lo entrevista en la Universidad de Venezuela (13/03/1974), si la obra era ficción o realidad y si existió o no; en primer instancia, Juan Rulfo contesta que nunca la escribió y que, para tales cuestionamientos, tenía algunos títulos anotados; años más tarde dirá, que antes de morir, su padre le pidió a su secretaria que la destruyese hoja por hoja. Sobre la existencia de esa novela, como Blanca Calzada, especularíamos: Rulfo conocía el Camino Real de Colima y su historia, por ende es posible que haya recogido en una obra, los pasos y atajos del camino, narrado las peripecias de los arrieros con sus recuas de mulas y remudas, de los mesones y mesoneros, así como todo el cúmulo de incidencias y vivencias, que componen la historia oral, quizá ya no la podamos rescatar, salvo a través de Rulfo.

⁴⁰ Montaña Hurtado Alfredo (2009). “Rescatar la historia arraiga al hombre a su tierra: Juan Rulfo”, pp. 17-26, en: *Los designios de la palabra. Entrevistas – reportajes a escritores*. Universidad de Colima, Colección Acento. México.

⁴¹ Delgado Castro Manuel (2017). “Ustedes son capaces de escribir la historia de Colima: Juan Rulfo”, pp. 1 y 6, 2 de enero, en. *Ecos de la Costa*. Colima. México.

⁴² Pintor Germán (2001). *Migrantes (fragmentos)*. ITESO, Guadalajara, Jal. México.

⁴³ Calzada Blanca (2017). “¿‘La Cordillera’ de Juan Rulfo se refería al Camino Real de Colima?”, en: *El Noticiero de Colima*, 25 de mayo, p. 6. México.

⁴⁴ Calzada Blanca (2016). “¿Y tú, Juan, qué andas haciendo?”, en: *El Noticiero de Colima*, 5 de enero, p. 7A. México.

Moisés Rozanes⁴⁵ alude al bagaje cultural de Juan Rulfo, en un interesante análisis sobre la influencia de la figura paterna y el trauma infantil de la orfandad, una separación forzada que reviste distintas expresiones en la obra de Rulfo, cuyo padre fue asesinado siendo él un niño. La corporeidad paterna es importante, aseveración que da pie a Rozanes para, psicológicamente, examinar un duelo no resuelto, pues si es cierto que “no hay hijo sin padre”, su carencia implica su búsqueda: “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre...” Pedro Páramo ya había muerto, lo cual muestra el trauma como una disociación al mezclar las nociones de vida y muerte en el tiempo. El personaje central es un hijo sin padre y el personaje también, cuando muere don Lucas Páramo, sin saber de dónde salió la bala que lo mató, Pedro causó tremenda mortandad. La interrogante sería, si esa conducta sanguinaria y vengativa es producto del trauma infantil, que incapacita para la autorregulación; o acaso, literariamente, Rulfo venga la muerte de su padre, “un hombre bueno, vivió esa época en que todo era malo”.

Otro aspecto cultural que nutre a Juan Rulfo es el indigenismo, Yanet Aguilar Sosa⁴⁶ hace mención de su labor en el Instituto Nacional Indigenista INI, hasta su muerte en 1986, y bajo cuyo cuidado se editó una importante colección de antropología social, de las diversas culturas en territorio mexicano. Estos saberes culturales y otros conocimientos y actividades humanas que Rulfo va recogiendo, son la historia de un pueblo que va decantándose en su obra.

Alberto J. Carlos⁴⁷ recoge el conocimiento geográfico de Rulfo, quien dice: Yo viví en un pueblo que se llama San Gabriel. En realidad yo me considero de ese lugar,” luego le pregunta, la interrogante que muchos se habrán formulado, ¿por qué en la novela le llama Comala al pueblo? Recordando, que en 1954, Juan Preciado iba a Tuxcacuesco, donde, para mayor confusión, “había varias iglesias”, lo cual es cierto respecto a San Gabriel. Esta transposición de lugares demuestra que Rulfo ha excavado en bibliotecas y otros archivos que le proveyeron de lugares habitados por el “criollo huraño y lacónico” y aquellos que tomaron las armas para uno u otro bando durante los avatares de las guerras, con los cuales construye a quienes viven, literariamente, en un lugar y una época.

Es así para Laura Cortés,⁴⁸ que reproduce palabras de Juan Rulfo que refiriéndose a la cultura y la conciencia del lugar donde se vive, opina que en ese punto radica la importancia de la Historia. En el escrito, Laura nos acerca a un cuentero, el campesino Herminio Carrasco que difundió el Llano en llamas por Oaxaca, pero, más allá del

⁴⁵ Rozanes Tassler Moises (2005). “El síndrome de Pedro Páramo. El trauma infantil por el padre asesinado”, en: *Ágora*, suplemento cultural de *Diario de Colima*, 20 de marzo, pp. 8-19. Colima, México.

⁴⁶ Aguilar Sosa Yanet (2017). “Juan Rulfo, la historia del editor indigenista”, en: *El Universal*, 15 de mayo, p. E13, México.

⁴⁷ Carlos Alberto J. (1980). “Pedro Páramo y San Gabriel”, en: Centro virtual Cervantes. State University of New York at Albany, 1980. Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas, pp. 157-160.

⁴⁸ Cortés Laura (2006). “Herminio Carrasco, viviendo a Rulfo”, en: *Público*, columna *Gato Blue*, 12 de febrero, p. 6, Guadalajara, Jal. México.

cuentero, se percibe la vocación de Rulfo, de historiar la realidad con tintes mágicos. De acuerdo con su hijo Juan Francisco, asevera Fabiola Palapa Quijas,⁴⁹ a Rulfo le interesaba la cultura prehispánica, en particular.

Disgregando un tanto: ¿Importa dónde nació una persona? Para gloria del lugar o para comprender las raíces de Rulfo, habrá muchas razones, como la importancia del rastro que han dejado los queridos desaparecidos, de sus huellas en el camino. En cuanto a dónde nació Juan Rulfo, podemos aceptar su palabra, como lo hizo Gregorio Macedo López,⁵⁰ en un escrito donde rememora su visita a San Gabriel y otros pueblos de Jalisco, así como la de Juan Rulfo a Colima y la convivencia la noche del 15 de octubre de 1981, en la casa de Isaura Cárdenas en Villa de Álvarez, el profesor Macedo le plantea la cuestión: “Don Juan... ¿Dónde nació usted?” Rulfo responde de forma concisa y directa: “Nací en San Gabriel, Jalisco, en 1918.” El 16 de mayo, siguiendo a Federico Munguía Cárdenas,⁵¹ cronista de Sayula.

Salvador Encarnación⁵² cita a Munguía, para informar que aparece registrado en Sayula un año antes, en 1917, pero cuál es la influencia en su obra, quizá nula o muy escasa. Encarnación retoma datos biográficos de Rulfo, en varios autores y sigue la pista de algunos personajes, como Susana San Juan de la novela *Pedro Páramo*, que suponen encontrar en Aurora Arámbula, dando pie a una elucubración al respecto con base en el color y forma de los ojos. Una razón para saber el lugar de nacimiento es, porque de un modo u otro, el medio nos marca, pues como Rulfo mismo lo dice en una entrevista que le hiciera Juan Cruz,⁵³ “la infancia es lo que más influye en el hombre. O sea, es una de las cosas que menos se olvida, que más persiste en la memoria...”

En Las Palmas, España, a las preguntas de Juan Cruz, Rulfo va respondiendo: de sus vivencias en San Gabriel, habla del profundo sincretismo religioso en el territorio mesoamericano, de su conocimiento de la zona de Jalisco, en la región del Occidente mexicano; pero, señala la dificultad de caracterizar lo mexicano, porque lo mismo que el historiador de San José de Gracia, del “Pueblo en Vilo”, don Luis González, el jalisciense reconoce que “Lo mexicano son muchos Méxicos. No hay una cosa determinada que pueda permitirnos decir: Así es México. No, no es México. Ninguna de las cosas es México.

⁴⁹ Palapa Quijas Fabiola (2009). “La verdadera vocación de Rulfo fue la historia, dice hijo del escritor”, en: *La Jornada*, 23 de julio, p. 3, México.

⁵⁰ Macedo López Gregorio (1987). “Los nacimientos de Juan Rulfo”, en: *Ecos de la Costa*, 15 de abril, pp. 17,19 y 20. Colima, México.

⁵¹ Munguía Cárdenas Federico (2006). *Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo*. AMATE, 3ª Ed. Guadalajara, Jal. México.

⁵² Encarnación Salvador (2007). “Rulfo de frente al historiador”, en: *El Informador*, suplemento *Tapatío Cultural*, 25 de febrero, pp.10 -11. Guadalajara, México.

⁵³ Cruz Juan (1979). “Entrevista: Juan Rulfo, desde Las Palmas”, en: *El País*, suplemento “Arte y Pensamiento”, Congreso de escritores en Las Canarias, España. Reproducido en: *Thesis*, Nueva Revista de Filosofía y Letras, UNAM, núm.95, abril de 1980, p. 46-50. México.

Es una parte de México. Es uno de los tantos Méxicos.” Ante ese hecho, subraya que Rulfo es del occidente del país, una región criolla y poco mestizada, si bien, aprecia que el mestizaje “es muy poderoso en México” ya que la mezcla de catolicismo y paganismo creó la característica casi mística, “...una revoltura religiosa y mental del pueblo, hay una mitología pagana y hay un ritual cristiano, esas dos cosas se han mezclado...” Quizá por eso seamos tan arraigados a la tierra y por lo mismo, importa dónde nació Rulfo, pero también cuándo.

Son los murmullos que salían del fondo de la tierra, en ¿Te acuerdas de Rulfo, Juan José Arreola?, inquiriere Vicente Leñero,⁵⁴ a dos semanas del fallecimiento de Juan Rulfo y, entre los recuerdos de Arreola, surgen fragmentos de “Los murmullos”, título original de Pedro Páramo, nombre por el que optaría Rulfo, pero cuya obra impresa, Arreola confiesa, no haber leído, se quedó con aquellos murmullos, algunos ya no aparecieron en la obra publicada.

A través de varios autores hemos conversado con Juan Rulfo, ahora en las letras de Fernando Benítez,⁵⁵ que siendo su vecino, platicaba con él tanto formal como informalmente; Benítez comenta que en Pedro Páramo recreo el mundo de los muertos, “inventaste ese lenguaje tan realista” le dice y cuestiona, “en qué parte descubriste algo tan semejante al inframundo de los indios.” Juan Rulfo le responde, que el pueblo donde descubrió la soledad “se llama Tuxcacuesco, pero puede ser Tuxcacuesco o puede ser otro”, porque la idea, la forma, el estilo ya lo tenía, sólo le faltaba la ubicación... la explicación se encuentra en el hermetismo de la gente, que ante un extraño guarda silencio y como decía una vieja tía, hablan del clima y del ahorcado, o sea la noticia que está en boca de todos, pues como opina Rulfo de las lluvias y de la sequía, lo demás lo callan así que no van a encontrar caras ni personas, quizá el paisaje, como han dicho “mis parientes” ni existían esas gentes ni nada de eso había pasado en sus pueblos. Lugar y tiempo explican su “la obsesión de la muerte”, en la época que le tocó vivir, de gavillas revolucionarias y cristeras, del fallecimiento de su abuelo cuando tenía cuatro años, y seis cuando su padre es asesinado por gavilleros y cuatro años después muere su madre “y así, de 1922 a 1930 sólo conocí la muerte”.

Claude Fell⁵⁶ describe la obra de Rulfo como “una ruptura en la línea dominante de la literatura mexicana de los años 50, algo emparentada en ‘eternas variaciones sobre idénticos temas (cita a José Luis Martínez),’ que representa “la verdad de las mentiras”

⁵⁴ Leñero Vicente (2002): “¿Te acuerdas de Rulfo, Juan José Arreola? (Entrevista en un acto)”, fragmento pp. 218-226, en: *Arreola en voz alta*, Efrén Rodríguez (compilador y presentación). CONACULTA, colección sello Bermejo. México.

⁵⁵ Benítez Fernando (2003). “Conversaciones con Juan Rulfo”, en: *La ficción de la memoria. Juan Rulfo ante la crítica*. Selección y prólogo Federico Campbell. UNAM. ERA. México. pp. 541-550.

⁵⁶ Fell Claude, coordinador (1996). *Juan Rulfo (1918-1986). Toda la obra*. Edición Crítica. Universidad de Costa Rica; Primera reimpresión (1997). CEP de la Biblioteca Nacional. Colección Archivos. Madrid. España.

(Vargas Llosa) y, en ese sentido, la obra de Rulfo, impregnada de aparente realidad, que se manifiesta en “la ambigüedad fértil” de sus textos, de secuencias fragmentadas y rupturas entre la narración y el referente espaciotemporal; de modo que, es una “vía de entrada a la realidad histórica más real de un momento muy concreto de la historia mexicana” ; esto, opina Fell, podría explicar “la improductividad de Rulfo por un desajuste demasiado profundo entre el narrador y la evolución socio-histórico de México después de la segunda guerra mundial.” (Fell, 1996; Introducción: XXII).

Concluyendo, subrayando el hecho que se dificulta saber acerca del grado y el tipo de conocimientos que tiene una persona, diríamos que, Rulfo como todo ser humano, no podía acceder a la verdad última, pero como muchos otros, pudo acercarse al conocimiento que se desprenden de la realidad desde los saberes culturales, sociales e históricos, entre otros. Entonces, como sujeto cognoscente, Juan Rulfo supo extraer la realidad del fenómeno social que se vivió en la temporalidad que le rodeaba; lo cual no significa que él generara la realidad, sino que lograba interactuar con ella, en los lugares –saber geográfico– y las personas –saber sociocultural– que conocía físicamente o a través de otros medios.

La persona, como sujeto psíquico se compone por diferentes sistemas cognitivos, éstos le permiten acceder al conocimiento, pero es el pensamiento, la reflexión cognitiva, lo que le permitirá orientar la acción y, sea *History* o *Story*, realidad o ficción, Juan Rulfo plasma una realidad, que se mueve como las sombras de la caverna de Platón; dado que somos capaces de conocer el fenómeno, aunque no la verdad absoluta respecto al mismo. Por ende, Juan Rulfo deja la historia en el cajón y nos lleva de la mano a otra realidad, la que transcurre en un *Llano en llamas* o un *Pedro Páramo*, donde las sombras ancestrales se mueven, hablan y finalmente dicen cuál fue su realidad y cómo la vivieron ¡Eso es Historia!

La revolución en la obra de Juan Rulfo

Dante Medina*

Dedicar un curso con el tema Literatura y Revolución a Juan Rulfo pudiera parecer un poco forzado. Porque a primera vista, estrictamente hablando, Rulfo no es lo que llamaríamos un novelista de la revolución. Revisemos lo que entendemos por el concepto “novelista de la revolución”.

Lo diré de manera muy sencilla: Cuando hablamos de una *novelística*, estamos entendiendo el término a la manera de Alejo Carpentier, el escritor cubano, que nos dice que un grupo de novelas con intereses similares conforman una novelística, y que en general toda gran novela genera una novelística.

En este sentido, la novela picaresca española es una novelística. La novela romántica del siglo XIX es una novelística. En el México más reciente, tenemos a la novela urbana, que es también una novelística; la novela urbana en donde cabe desde *Ojerosa y pintada* de Agustín Yáñez, hasta la obra de José Agustín, Gustavo Sáinz, Parménides García Saldaña, Héctor Manjarrez, etc.

Para ver por qué pusimos en el curso a Rulfo —aunque, de entrada, hubiera sido grave dejarlo fuera—, tengo aquí la definición de Novela de la Revolución o Literatura de la Revolución. Es el texto clásico de Antonio Castro Leal, quien hizo una antología de novela de la revolución mexicana, muy importante y muy valiosa. Hay algunas novelas que para mi gusto faltan; pero es normal, porque una antología no puede ser exhaustiva. Dice, muy al principio:

Por novela de la Revolución Mexicana hay que entender el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución.⁵⁷

Si aplicamos *ampliamente* esta definición, nos damos cuenta de que *Pedro Páramo* es una Novela de la Revolución. No es precisamente que todo el libro nos hable de un hecho revolucionario —como sucede con *Los de abajo*, de Mariano Azuela—, sino que

* La presente versión de este ensayo está basada en la conferencia que dicté en el diplomado “Literatura, Independencia y Revolución, 1810-1910-2010”, en la Casa Taller Literario Juan José Arreola, de Ciudad Guzmán, Jalisco, el 11 de diciembre de 2010. El trabajo de transcripción de video a texto se debe a la paciente y profesional labor de Marcos Hiram Ruvalcaba Ordóñez, mi asistente del Verano de la Investigación Científica de CONACyT y SNI, en 2011.

⁵⁷ Castro Leal, A. (Comp.), "Introducción", en *La Novela de la Revolución Mexicana*, Tomo I, México, Aguilar, 1958, p. 17.

detrás de todos los acontecimientos de *Pedro Páramo* está el sustrato de la revolución. Y contiene fragmentos en los que habla directamente de ella. Con una aportación: el conflicto que se narra en *Pedro Páramo* es asumido desde una óptica diferente a la que habíamos visto antes en las novelas clásicas de la Revolución, tales como *Los de abajo*, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, *El águila y la serpiente*, y todas las demás hasta *La muerte de Artemio Cruz*.

En *Pedro Páramo* no es la óptica del revolucionario, no es la óptica de *los de abajo*, es la óptica de *los de arriba*; y ése, el de arriba, es Pedro Páramo. Así que todo está completamente justificado en el caso de esta novela si ampliamos el concepto clásico de Novela de la Revolución. Porque si no, ni siquiera en tiempo aparecería como una obra netamente vinculada a la Revolución —que sí lo está—. Del mismo modo, también tendríamos que sacar, de esa lista ampliada, *La muerte de Artemio Cruz* o *Los relámpagos de agosto*, que vienen a incrustarse en la post-revolución.

En el caso de *El Llano en llamas* tenemos el cuento que le da el título al libro, que es un texto absolutamente dedicado a la revolución; y tenemos otros que son consecuencia de la lucha: “La noche que lo dejaron solo”, “El hombre”, “Nos han dado la tierra”, obras directamente vinculadas, algunas de manera muy meticulosa, pues se trata de cuentos post-revolucionarios, y la definición clásica nos habla de elementos populares, políticos o sociales vinculados con la Revolución. En el caso del último cuento, el hecho de la repartición de la tierra es una consecuencia de la Revolución.

Finalmente, cuando hablamos de Revolución también incluimos, voluntariamente, novelas que tienen que ver con la Cristiada. Por eso incluimos a menudo, aunque sea como referencia, los libros de José Guadalupe de Anda y de Antonio Estrada.⁵⁸

Después de esta justificación, quisiera revisar la parte temática en *Pedro Páramo* y en *El Llano en llamas*. La haré coincidir con reflexiones revolucionarias de 1910. Empezaré por algo que no tiene directa implicación pero que vale la pena.

Debo aclarar que con Rulfo no tenemos problemas de establecimiento de texto. Quiero decir que hay libros clásicos, algunos muy viejos —por ejemplo *Don Quijote*, o *El Buscón*, clásico de la picaresca—, en donde tenemos dificultades para definir si es la palabra correcta, si el texto fue alterado, etc. En el caso de Rulfo, yo no tengo la primera edición de *Pedro Páramo*, aunque la he llegado a revisar, pero tengo la segunda, que me parece más fiable en cierta manera, porque es la segunda edición de 1959 revisada y corregida por Rulfo y sus amigos.

⁵⁸ José Guadalupe de Anda: *Los cristeros: La guerra santa en Los Los Altos, Los bragados, Juan del riel*. Antonio Estrada: *Rescoldo: Los últimos cristeros*.

Ustedes han oído hablar mucho de este tema y creo que no debo evitarlo: esa idea de que Rulfo escribió unas hojas desordenadas y que luego alguien las acomodó. Eso es, dicho directamente, una majadería. Los que lo han dicho son los menos serios y los menos respetuosos y respetables de la literatura mexicana. En cambio nosotros (y en ese nosotros quiero incluir a Juan José Arreola, José Luis Martínez, Antonio Alatorre, cuando menos) estamos del lado contrario diciendo que eso no es cierto.

Porque un mito —más bien una broma, y ya saben ustedes que las bromas corren mucho— hace decir que Rulfo tenía mala ortografía; lo dejo a su consideración, pero una persona que tuviera las lecturas que reunía Rulfo, un lector tan apasionado, no podía tener mala ortografía. Uno de sus compañeros de época, Juan José Arreola, nos dice en *El último juglar* que cuando Rulfo iba a arreglar asuntos en México de vez en vez, cuando trabajaba en Aduanas, siempre traía dos ejemplares de cada libro que compraba. Se reunía con sus amigos en su oficina y empezaban a hacer o venta o intercambio de libros. Un lector de ese tamaño difícilmente podría tener mala ortografía.

(Rulfo llegó a declarar, siendo generoso pero también verdadero, que a su generación —particularmente a él— la había enseñado a leer Juan José Arreola, que los había enviado a la literatura. Y esto lo declaró en París hace un montón de años en el Georges Pompidou.)

Ahora bien, la primera cosa que quiero hacer, antes de entrar de lleno en el estudio de *Pedro Páramo*, es quitar ciertos mitos inventados por algunos que se quisieron colgar del prestigio de Rulfo cuando él ya no podía contradecirlos. Hay que tener mucho cuidado con esto: no quiero defender a Rulfo diciendo fanáticamente: “es que es un gran escritor y que nadie lo toque”, no: estoy tratando de sacar la verdad histórica y la verdad literaria.

El Llano en llamas y *Pedro Páramo* no son lo único que escribió Rulfo; dejó más obra, dispersa, no necesariamente literaria o de pareja calidad. Rulfo es un prologuista de libros de Historia serios. Y tiene una característica que se puede captar en *Pedro Páramo*, que está también en otros sitios. Antonio Alatorre dice que, para él, *Pedro Páramo* es un gran poema, y que se podría leer como un gran poema. Que podría leerse como si estuviese en verso; dice Antonio Alatorre, citado en el libro de Orso Arreola: “siento a *Pedro Páramo*, más como poema que como novela”⁵⁹.

A principios de los años 90, yo armé una pequeña obra que se llama *Las mujeres de Pedro Páramo*; es una obra de teatro, inédita, cuyo fin no era la edición sino la escena.⁶⁰ Lo único que hice fue tomar a cuatro mujeres de *Pedro Páramo*, (Dolores, Damiana, Dorotea, y Susana San Juan) y ponerlas a hablar diciendo exactamente lo mismo que dicen en la novela. Suponer que *escribí* esta obra sería una exageración: yo sólo la extraje de las

⁵⁹ Arreola, Orso, *El último juglar*. “Memorias de Juan José Arreola”, México, Editorial Jus, 2004, p. 213.

⁶⁰ La versión completa de esta obra se incluye en este libro.

páginas de Rulfo; y en escena funcionaba perfectamente, porque se trata de una novela mosaico, no una novela de secuencia, como las que estábamos acostumbrados a leer.

Cuando se presentó esta pieza en el Panteón de Belén, en Guadalajara, por la noche, a la luz de velas y veladoras, el espectador se sentía como si verdaderamente estuviera en Comala.⁶¹ Además, estábamos conviviendo con los muertos: la gente estaba sentada en las tumbas, las actrices se subían a las tumbas, en la acción estábamos involucrados actrices y público, personas y personajes, vivos y muertos. Un espectáculo, actuado por mujeres, que, paradójicamente, se basaba en una novela cuyo centro es Pedro Páramo, es decir el hombre, la masculinidad máxima: Pedro, la piedra fundadora: “sobre esta piedra fundarás mi iglesia”, como al parecer dijo un señor que todavía no nos podemos quitar de encima aunque esté crucificado —y los filólogos nos preguntamos si dijo “Pedro” o dijo “piedra”, palabras tan próximas—. Pedro es piedra, piedra fundadora diría yo, y al mismo tiempo es un Páramo, es decir la sequedad, la esterilidad. Y es esa esterilidad rodeada de mujeres, en ese trasfondo, lo más entrañable de la obra de *Pedro Páramo* son las mujeres.

Cuando uno lee las intervenciones de las mujeres en la novela se queda maravillado de su sutileza y hondura humana. Las intervenciones de Pedro Páramo son, más bien, político-financieras, pragmáticas. Le dice, directamente a Fulgor Sedano: “¿A quién le debemos? No me importa cuánto sino a quién.” A las Preciados es a las que se les debe, y Dolores es la dueña de todo. No duda, ordena: “Mañana vas a pedir la mano de la Lola”.

Y para marcar su superioridad y mando, Pedro Páramo le dice a Fulgor: “Pero no se te olvide el ‘don’”. Don Pedro Páramo. En cambio, las mujeres de la novela tienen otras dificultades y preocupaciones más extraordinarias: la maternidad, la esterilidad, el casamiento, el amor perdido o encontrado, las relaciones con el Más Allá y el Más Acá. Pedro es un monolito, hierático; las mujeres son móviles: Susana San Juan va de un sitio a otro, y ve moverse gatos donde no hay gatos y resulta que salen del movimiento de su sueño... Eduviges Dyada, también da la impresión de que va y viene, inquieta. Los problemas de las mujeres son profundos, existenciales, y los problemas de los hombres — particularmente de Pedro Páramo, salvo su amor por Susana— son más del orden de lo práctico: Al padre Rentería lo que le importa es el control y, un poco, la salvación de las almas; más urgente es levantarse en armas.

Retomo lo que decía al principio: *Pedro Páramo* no es una novela *desordenada*; es una novela que sorprende, como todas las grandes novelas, porque está innovando. Trastoca el orden, diversos órdenes. Algunos hablan de la influencia de la literatura

⁶¹ Mucho se ha especulado sobre la ubicación y la identificación de Comala, el lugar de ficción de Pedro Páramo que se asocia a la Comala de Colima y a Tuxcacuesco (no olvidemos que en una de las primeras versiones de esta novela, el principio decía “Fui a Comala porque me dijeron que allá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo”. Señalo un libro colectivo con este tema, publicado en Colima (Editorial Tierra de Letras 2017): *Comalas de Jalisco*.

extranjera, y eso está bien porque toda la literatura viene de alguna parte y hacia alguna parte va; sin embargo, yo no me detendría mucho en eso en un curso como éste: buscar el rastro de William Faulkner, John Dos Passos y demás (tenemos pruebas de que lo había leído, eso nos queda muy claro). Yo he conocido a mucha gente que ha leído el *Quijote* y no ha escrito nada bueno, así que no es ninguna garantía.

Lo extraordinario aquí es que a sus verdaderos amigos —cito a estos tres siempre, Arreola, Alatorre, Martínez, y hay que incluir a Alí Chumacero, que también estaba allí— Rulfo les entregó un texto ordenado y terminado, en el *desorden* que lo conocemos hoy. Acerca de que lo tuviera en papeles, desmadejado, en desacomodo, debo decir que los que conocimos a Rulfo lo podemos acusar de todo menos de desordenado.⁶² Era incluso extremadamente meticuloso y poseía una memoria prodigiosa; yo creo que el único con el que se le podía comparar en este sentido era Juan José Arreola, y quizás con Alatorre, quien también poseía una memoria estupenda.

De la segunda edición de *Pedro Páramo*, que seguramente revisó Rulfo y de la que tuvo cuidado, lo primero que me queda claro es que la simplonada de que se puede “leer como sea” y “acomodar como sea” es también una falacia. Es cierto que es una novela que permite brincar capítulos, o ir hacia adelante y hacia atrás. Pero se trata más bien de una novela que es un mosaico. Hay un orden, otro tipo de orden.

Ahora bien, por qué hablar de orden. Estoy convencido de que todos nosotros, los usuarios de la lengua, tenemos un sentido que nunca nos falla: el sentido de qué es un principio y qué es un final. Aunque no tengamos mucha experiencia en la escritura, si uno se pone a escribir —así sea una carta— uno empieza por el principio y termina por el final. Hay un principio y un final reales, que no se refieren solamente al hecho de que la hoja empiece por un lado y termine por el otro. No, por ejemplo, hay modelos lingüísticos para los principios y los finales, algunos tan sencillos como: “Te escribo esperando que estés bien”. O: “Ya me despido, deseándote que estés bien”.

Si nosotros revisamos *Pedro Páramo*, nos encontraremos con que tiene un principio y un final. La primera página es un principio, y la última es un final: no me pueden hablar de desacomodo. Aquí hay un acomodo pensado. Probablemente en el centro sí podríamos jugar moviendo algún capítulo, y hacer una edición de juego cambiando capítulos, y un lector comprendería sin mayor problema: ésa es una magia de la combinatoria y no un defecto. Pero *Pedro Páramo* está como está, porque tiene un autor y él la quiso dejar así. Cuando a alguien no le guste una novela, lo mejor es que escriba la suya y no que se meta

⁶² El original entregado en 1954 al Fondo de Cultura Económica para la primera edición y la copia al carbón del Centro Mexicano de Escritores tienen 127 páginas, *numeradas*: ordenadas. Antes de que se publicara la novela, Rulfo reemplazó las siete páginas “originales” por siete páginas “nuevas”, de la 112 a la 118, también numeradas. (Véase más información en capítulo “Rostros, máscara y retratos de Juan Rulfo” de este libro).

en las de los otros. Pero eso de que Rulfo es genial porque lo ayudaron, pues... ¿Por qué esos que “le ayudaron” no escribieron también su propia novela genial?

Cito el principio del libro y se verá si tengo razón:

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera.⁶³

Esto es un principio; más aún, es un principio clásico: cuántas novelas empiezan así, con el principio de un viaje o con la llegada de un viajero. A veces el viaje es el nacimiento, cuando uno cuenta su vida desde el día que nace. En conclusión, se trata de un principio: con esta breve cita no se puede terminar *Pedro Páramo*, sería un adefesio. Y tiene todo el tono del principio: el hombre que va llegando al pueblo y que tiene un encuentro. Hasta las películas de vaqueros empiezan cuando el héroe viene llegando al pueblo que tiene problemas, y él es el valiente que va a resolverlos todos... y la película se acaba cuando él se va.

El libro se llama *Pedro Páramo*; por fortuna, porque el personaje se llamaba originalmente Maurilio Gutiérrez, como lo cuenta el propio Juan Rulfo en *Los cuadernos de Juan Rulfo*. Este libro, publicado póstumamente, es muy interesante, porque nos permite revisar las notas (los fondos de cajón, si se quiere) de Rulfo, y deja ver que los textos encontrados en él son inferiores a los publicados por el autor. Esto quiere decir que seleccionaba muy duramente, o que reformaba y reescribía muy duramente su obra. Alguna vez le oí decir que él se ponía a escribir, y que la primera línea buena, lo primero que consideraba ya digno de conservarse, empezaba más o menos por la página quince. Lo demás, no valía. Es decir que calentaba motores.

Sintió que unas manos le tocaban los hombros y enderezó el cuerpo, endureciéndolo.

—Soy yo, don Pedro —dijo Damiana—. ¿No quiere que le traiga su almuerzo?

Pedro Páramo respondió:

—Voy para allá. Ya voy.

Se apoyó en los brazos de Damiana Cisneros e hizo intento de caminar. Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras.⁶⁴

Es un final. Qué final más clásico: así terminan los libros, con la muerte del héroe. O la muerte o el matrimonio o la ausencia; son los tres más socorridos. El libro se llama *Pedro Páramo*, qué mejor final que terminar con la muerte de Pedro Páramo. Pero además con esa imagen mítica que se ha estudiado tanto, Pedro se desmorona como un

⁶³ Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*. México, Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas), 1959, 2da. ed., p. 7.

⁶⁴ *Op. cit., ed. cit.*, p. 152.

montón de piedras. Esto me autoriza a insistir, como dije antes, en que el nombre Pedro, sí podemos interpretarlo así: Pedro-Piedra. Pedro vuelve a ser parte de las piedras.

Ahora, abordaré otros aspectos.

—... Ese sujeto de que te estoy hablando trabajaba como “amansador” en la Media Luna; decía llamarse Inocencio Osorio. Aunque todos lo conocíamos por el mal nombre del *Saltaperico* por ser muy liviano y ágil para los brincos. Mi compadre Pedro decía que estaba que ni mandado a hacer para amansar potrillos; pero lo cierto es que él tenía otro oficio: el de “provocador”. Era provocador de sueños. Eso es lo que era verdaderamente. Y a tu madre la enredó como lo hacía con muchas. Entre otras, conmigo. Una vez que me sentí enferma se presentó y me dijo: “Te vengo a pulsear para que te alivies.” Y todo aquello consistía en que se soltaba sobándola a una, primero en las yemas de los dedos, luego restregando las manos; después los brazos, y acababa metiéndose con las piernas de una, en frío, así que aquello al cabo de un rato producía calentura. Y, mientras maniobraba, te hablaba de tu futuro, maldiciendo; llenándote de escupitajos como hacen los gitanos. A veces se quedaba en cueros porque decía que ése era nuestro deseo. Y a veces le atinaba; picaba por tantos lados que con alguno tenía que dar.⁶⁵

Este pasaje hace reír y hace sonreír. Es cierto que Rulfo es un escritor muy dramático, muy trágico, muy intenso, muy terrible, pero no es amargo. Desde luego que hay una tristeza profunda, pero no es lo mismo ser un trágico y un triste profundo a ser un amargado. Un amargado es simplemente un quejoso que siempre está refunfuñando; una persona con una tragedia interna no se permite refunfuñar de manera tan superficial. Y Rulfo, en muchos rincones de su obra, tiene sonrisas, y hasta chistes a veces. Recuerden ustedes “Paso del norte”, este cuento tiene una puntada buenísima. Sucede cuando el muchacho regresa a su pueblo, luego del intento fallido de ir al norte, y le pregunta a su padre por su mujer, a la que le dejó encargada. Su papá le contesta: “Se te fue la Tránsito con un arriero”. El muchacho vuelve a preguntar: “¿Por qué rumbo dice usted que arrendó el arriero con la Tránsito?” El padre responde: “Pos por ahí. No me fijé”. El hijo dice: “Entonces orita vengo, voy por ella”. El padre pregunta: “¿Y pa onde la vas?”. Y el hijo remata: “Pos por ahí, padre, por onde usted dice que se fue”. Éste es un chiste. Desde luego que Rulfo tiene sentido del humor.

Son significativos ciertos sustratos, que tienen que ver con la revolución. Tienen que ver con que estos escritores del sur de Jalisco, o de Jalisco en general, traían un sustrato colectivo que a veces a los historiadores nos da mucho trabajo percibir. Eso que llamamos el imaginario colectivo, esas historias que todos nosotros nos sabemos, aunque no sepamos quién nos las contó. De algún lado vienen, y uno va a diferentes pueblos de

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 23-24.

Jalisco de la misma zona, y se encuentra con que en todos lados cuentan casi la misma historia. ¿De dónde viene ese sustrato?

Curiosamente, cuando se trabaja en serio, los historiadores acaban encontrándolo. Esto que cuenta Rulfo en *Pedro Páramo* sobre el pulseador, se parece mucho a lo que, históricamente y con documentos en la mano, descubrió Antonio Alatorre. A finales del siglo XVII, existió un personaje en Autlán conocido como “El Brujo de Autlán”, Marcos de Monroy. Él, a finales del XVII y principios del XVIII, fue acusado de ser brujo. La Inquisición lo investigó y en 1709, después de más de 10 años de un largo proceso, mandaron a que arrestaran a Marcos de Monroy en Autlán.

Llegaron los enviados de la Inquisición, los alguaciles, al curato, y el sacerdote les hizo saber que Marcos de Monroy había muerto en 1706 y que, además, había sido enterrado con todos los santos óleos. Así que Autlán es el único pueblo que tiene un brujo en el cielo. Porque como no se enteró el sacerdote del proceso inquisitorio, le dio la absolución y lo enterró en sagrado. Entonces, ya no pudieron hacerle nada a Marcos de Monroy, el Brujo de Autlán. Es más, Alatorre cree que él nunca se enteró de que lo estaban procesando porque nunca lo llamaron para interrogarlo. Interpelaban a las mujeres, a todas las mujeres que estaban alrededor suyo, y queda claro por qué.

Esto lo relata Antonio Alatorre en su libro *El brujo de Autlán*, un libro altamente recomendable, cuya lectura es una delicia y que, además, está basado en datos científicos. Es decir, para escribirlo, Alatorre tomó las actas de la Inquisición, que están en el Archivo General de la Nación, y las reprodujo. Así que es una delicia porque hablaban las mujeres, y el escribano reproducía fielmente sus palabras; hoy en día, transcrito como ellas hablaban, tiene un sabor extraordinario. Por poner un ejemplo, hay una frase que me pareció fascinante, porque no la había escuchado nunca: Durante el interrogatorio de alguna de las mujeres ella dice no recordar algún hecho particular, y los sacerdotes de la Inquisición le dicen: “le vamos a dar tiempo para que recorra su memoria”. Ahí está el *rewind* del inglés. Al día siguiente, llega y le preguntan: “¿Ya recorrió su memoria?”, y de repente responde: “Ya la recorrí pero no encontré nada”. Algunas otras mujeres sí recuerdan datos al “recorrer” su memoria.

Hablaré pues de este personaje. Lo que cito a continuación está en la obra de Antonio Alatorre:

A Antonia de Ávila y a Francisca de Figueroa les ofrece enseñarles todo lo que sabe con tal que tengan cópula con él. Y cuando el comisario del Santo Oficio le pregunta a Ana de Contreras por qué Marcos le hizo grandes ofrecimientos, ella contesta con toda sencillez: “La causa fue el solicitarme para tener ilícita amistad con él”. La misma Ana cuenta cómo Marcos le limpió “muchas veces” con la lengua cierta parte secreta del cuerpo, y Micaela de Albarcar declara que, para curarla de una hinchazón

en el pescuezo, Marcos se vio precisado a “apretarle”, de la garganta abajo, todo el cuerpo (desnudo), y a “chuparle”, de paso, las orejas, los párpados y las axilas.⁶⁶

Marcos de Monroy existió; el “Saltaperico” es un personaje ficticio. ¿Oyó estos relatos en la infancia Juan Rulfo? Muy probablemente; tanto, que es un “modelo” que vuelve a usar en el cuento “Anacleto Morones”.

Las beatas que vienen a ver a Lucas Lucatero, aseguran que Anacleto Morones era muy bueno y puro, y por eso pedía —como hace actualmente el guía espiritual de La Luz del Mundo en Guadalajara— estar rodeado de mujeres vírgenes y limpias para dormir santamente. Luego, nos enteramos de que su fuerte era hacer hijos, de hecho le hace un hijo a su propia hija, la esposa de Lucas Lucatero. Una de las mujeres que le velaron el sueño confiesa que, ya con el frío de la madrugada, se arrimaban a su cuerpo porque estaba caliente. Hacia el final del cuento, Lucas Lucatero convence a una de las beatas, Pancha, de que se quede a dormir con él —así tendrá una última oportunidad de convencerlo de que vaya a declarar que Anacleto era un santo, y con ese importante testimonio canonizarlo—; a la mañana siguiente, se escucha que la mujer le dice:

—Eres una calamidad, Lucas Lucatero. No eres nada cariñoso. ¿Sabes quién sí era amoroso con una?

—¿Quién?

—El Niño Anacleto. Él sí que sabía hacer el amor.⁶⁷

La conclusión de este pequeño capítulo es que Rulfo está atento, al igual que otros escritores de Jalisco, a algo que algunos —falsamente sofisticados— no toman en serio: la cultura popular.

En Ciudad Guzmán hay un gran ejemplo de esto. Esa fama que tenía Arreola, en ciertos círculos, de sofisticado y afrancesado —Arreola hablaba un francés correcto—, no nos deja ver que era también un hombre que escuchaba la cultura popular. El caso de Rulfo es el mismo: parecía que era un hombre hermético que no escuchaba a su alrededor. No obstante, cuando se han hecho trabajos rastreando hasta los más finos detalles se descubre lo contrario. Por ejemplo: la muerte de Pedro Páramo, ese desmoronamiento; Federico Munguía, el cronista de Sayula, describe en un pequeño libro, *El asesinato de don José Bobadilla o el crimen de Sayula*, una muerte similar ocurrida en 1893 en uno de los portales. Pedro Páramo muere en su hacienda, y Bobadilla en un portal, y la verdad es que la descripción visual coincide mucho. Por ello podemos concluir que Rulfo era un hombre sensible a la cultura popular.

⁶⁶ Alatorre, Antonio, *El Brujo de Autlán*, México, Aldus / CUCSur, 2010, 2da ed., p. 100.

⁶⁷ Rulfo, Juan, “Anacleto Morones”, en *El Llano en llamas*, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas mexicanas), 1983, p. 190.

No olvidemos tampoco que, cuando fue vendedor de llantas, lo que hacía era irse con su cámara tomando fotos por ahí, viendo y escuchando a la gente. Si consideramos que para ser un vendedor de llantas como fue Rulfo había que andar en camión, nos daremos cuenta de que en los camiones iba oyendo lo que decía la gente. Ahora bien, con el paso del tiempo, en los camiones foráneos la gente habla más discretamente, pero los que nacimos hace muchos años recordamos que la gente hablaba en voz alta en el camión, y uno podía escuchar las pláticas de los demás.

Por eso estoy convencido de que Rulfo escuchaba estas voces y las incorporaba a su obra, por eso fabrica un lenguaje tan culterano, que al mismo tiempo da la impresión de ser un lenguaje como del pueblo. Si hablamos de Juan José Arreola, ¿en dónde está el culterano? Es un narrador cercano al pueblo el que escribió *La Feria*. Rulfo y Arreola “oían voces”, de alguna manera.

Paso a otro tema, antes de entrar de lleno a la Revolución.

Llega Juan Preciado a un sitio mítico, extraño, que se encuentra en Comala, y hay ahí una mujer con la que entabla un diálogo.

—¿A dónde fue su marido?

—No es mi marido. Es mi hermano; aunque él no quiere que se sepa. ¿Qué adónde fue? De seguro a buscar un becerro cimarrón que anda por ahí desbalagado. Al menos eso me dijo.

—¿Cuánto hace que están ustedes aquí?

—Desde siempre. Aquí nacimos.

—Debieron conocer a Dolores Preciado.

—Tal vez él, Donis. Yo sé tan poco de la gente. Nunca salgo. Aquí donde me ve, aquí he estado sempiternamente... Bueno, ni tan siempre. Sólo desde que él me hizo su mujer. Desde entonces me la paso encerrada, porque tengo miedo de que me vean. Él no quiere creerlo, ¿pero verdad que estoy para dar miedo? —y se acercó adonde le daba el sol—. ¡Míreme la cara!

Era una cara común y corriente.

—¿Qué es lo que quiere que le mire?

—¿No me ve el pecado? ¿No ve esas manchas moradas como de jote que me llenan de arriba abajo? Y eso es sólo por fuera; por dentro estoy hecha un mar de lodo.

—¿Y quién la puede ver si aquí no hay nadie? He recorrido el pueblo y no he visto a nadie.

—Eso cree usted; pero todavía hay algunos. ¿Dígame si Filomeno no vive, si Dorotea, si Melquiades, si Prudencio el viejo, si Sóstenes y todos éstos no viven? Lo que acontece es que se la pasan encerrados. De día no sé qué harán; pero las noches se la pasan en su encierro. Aquí esas horas están llenas de espantos. Si usted viera el

gentío de ánimas que andan sueltas por la calle. En cuanto oscurece comienzan a salir. Y a nadie le gusta verlas. Son tantas, y nosotros tan poquitos, que ni la lucha le hacemos por rezar porque salgan de sus penas. No ajustarían nuestras oraciones para todas. Si acaso les tocaría un pedazo de padrenuestro. Y eso no les puede servir de nada. Luego están nuestros pecados de por medio. Ninguno de los que todavía vivimos está en gracias de Dios. Nadie podrá alzar sus ojos sin en seguida sentirlos sucios de vergüenza. Y la vergüenza no cura. Al menos eso me dijo el obispo que pasó por aquí hace algún tiempo dando confirmaciones. Yo me le puse enfrente y le confesé todo:

“—Eso no se perdona —me dijo.

“—Estoy avergonzada.

“—No es el remedio.

“—¡Cásenos usted!

“—¡Apártense!

“Yo le quise decir que la vida nos había juntado, acorralándonos y puesto uno junto al otro. Estábamos tan solos aquí, que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar el pueblo. Tal vez tenga ya a quién confirmar cuando regrese.

“—Sepárense. Eso es todo lo que se puede hacer.

“—¿Pero cómo viviremos?

“—Como viven los hombres.

“Y se fue, montado en su macho, la cara dura, sin mirar hacia atrás, como si hubiera dejado aquí la imagen de la perdición.⁶⁸

Este fragmento tan terrible —porque es terrible asumir: “éste y no otro es mi destino”—, lo leo porque lleva impreso un sustrato popular, incluso histórico. En estas tierras del sur de Jalisco, era una costumbre casarse con la hermana, con la prima o con la que se podía, porque no había más. Y nadie lo tomaba a mal; de hecho, debe de haber todavía algunas personas mayores por esta región que estén casadas con un pariente cercano.

Otro sustrato curioso: el personaje nos da el ejemplo del *jiote* como la mancha más fea. Hay un viajero norteamericano, al que conocemos como Cincinnatus, que escribió un libro que se llama *Cartas de viaje por el occidente*, publicado por El Colegio de Jalisco hace unos quince años.⁶⁹ Lo que Cincinnatus hace notar del sur de Jalisco, es que hay mucha *jiricua*, es decir, mucho *jiote*, cultamente conocido como vitiligo. Él se asombra ante la gran cantidad de personas que padecen esto y habla de que posiblemente se deba a la insalubridad. Rulfo, al igual que Cincinnatus —quien viajó a diversas comunidades rurales de Jalisco, incluyendo a Jilotlán de los Dolores—, también escucha las voces de esas comunidades.

⁶⁸ Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*, ed. cit., pp. 64-66.

⁶⁹ Wheat, Marvin (alias Cincinnatus), *Cartas de viaje por el occidente*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1994.

Este pasaje de los hermanos se reproduce en *José Trigo* de manera muy similar. En la novela de Fernando del Paso hay una escena en donde Dulcenombre y su hermano, Guadalupe, viven juntos y tienen el mismo problema: no los quieren casar, y también se sienten en pecado. El propio nombre de ambas novelas, *José Trigo* y *Pedro Páramo*, nos da ya un guiño entre ambos autores.

En la historia de Guadalupe y Dulcenombre sucede algo muy rulfiano (más rulfiano que lo sucedido en Rulfo). Dulcenombre no se despierta cuando su hermano se cambia a su cama; se cambia todas las noches, pero ella permanece dormida. Y no solamente “no se despierta”, sino que dormida le da indicaciones eróticas a su hermano: “ahora hazme como los perros”... De día son hermanos, y ella no se entera de nada; de noche, cuando se acuesta con él, ella sueña, y se siente culpable porque sueña con su hermano. La verdad es que las mujeres son muy mañosas y más las de la literatura.

La novela de Fernando del Paso es altamente recomendable. De hecho, aunque no recuerdo exactamente cuándo ni dónde lo dijo, Juan Rulfo llegó a declarar que su única secuela era Fernando del Paso con *José Trigo*. Es decir, reconoció que en esta novela se encontraba el espíritu de su obra. Y es verdad, en *José Trigo* hay una serie de elementos que hacen pensar en Rulfo, en un Rulfo más rulfiano que Rulfo.

Ahora pasaré a los fragmentos en donde se justifica la presencia de Rulfo en este curso. Fragmentos que hablan propiamente de la Revolución y que son verdaderos clásicos; además, se trata de fragmentos que me hacen creer que Rulfo había leído la Novela de la Revolución. Aunque eso no tiene importancia, porque se hubiera enterado por otros medios. En este punto debo decir que, al menos a mí, mi madre me contó historias de la revolución y, como a todos los de esta zona, de niños nos hablaban de Pedro Zamora: o nos hablaban de él como un salvador, o como aquel que llegaba a los pueblos y se llevaba a todas las mujeres, y había que esconderlas cuando él se aproximaba.

Mi madre era una gran admiradora de Rulfo. De hecho, a ella le parecía que *El Llano en llamas* estaba escrito como hablamos acá, como si fuera su propia lengua. A veces, durante mi lectura, yo encontraba palabras para las que necesitaba recurrir al diccionario, pero ella no lo necesitaba. Por ejemplo, la palabra “abusionero”; yo no sabía lo que significaba la palabra “abusionero”; y cuando fui al diccionario me sorprendí, porque un abusionero es Anacleto Morones, y uno pensaría que un abusionero es alguien abusivo y tramposo. Pero no, un abusionero es aquel que maneja cierto tipo de palabras que nos hacen ver ilusiones, es un ilusionista, alguien que embauca con ensueños. Si buscan esta palabra en el diccionario se darán cuenta de que no tiene nada que ver con abusar.⁷⁰

⁷⁰ El Diccionario de la RAE se queda corto con la definición, es bastante parco, y no devela la completitud del significado regionalista de esta palabra: “Agorero, supersticioso”.

[Edelmiro, al Niño Anacleto] “lo acusó de abusionario y de brujo”, se leía en Rulfo, y mi madre entendía el significado de “abusionario” sin mayor problema.

A propósito, mi madre me contó algo sobre Pedro Zamora que, de momento lo tomé por histórico, pero conforme ha pasado el tiempo ya lo tengo en mi espacio del imaginario. Me contó que un día Pedro Zamora llegó con mi abuela y le dijo: “Madrecita, ahí traigo a los muchachos muy hambreados; esconda a sus muchachas y háganos algo de comer”. Y las jovencitas de la casa, silenciosas en la oscuridad, temblando escondidas en la troje. A mí me cuesta trabajo creer real esta versión. Pero el hecho de que sea verdadera no es importante, porque finalmente me dedico más a la literatura que a la Historia, y ésta es una historia muy literaria. Como ya vimos con la relación entre el cuento de “Anacleto Morones”, el pulseador de *Pedro Páramo*, y el Brujo de Autlán, la historia y la ficción se van mezclando.

He aquí un fragmento de *Pedro Páramo* ligado a la Revolución:

Pardeando la tarde, aparecieron los hombres. Venían encarabinados y terciados de carrilleras. Eran cerca de veinte. Pedro Páramo los invitó a cenar. Y ellos, sin quitarse el sombrero, se acomodaron a la mesa y esperaron callados. Sólo se les oyó sorber el chocolate cuando les trajeron el chocolate, y masticar tortilla tras tortilla cuando les arrimaron los frijoles.⁷¹

Rulfo hace estilísticamente lo que en algunos talleres literarios nos dicen que no se debe de hacer: repetir la misma palabra (chocolate – chocolate). Suele repetir en muchas ocasiones la misma palabra, o en la frase inmediata o en la misma frase, y eso le da una fuerza y una especie de contundencia: “eso fue lo que dijo, eso le dijo”.

Llegan los revolucionarios, y ¿qué es lo primero que hace Pedro Páramo? Los invita a cenar. El astuto Pedro Páramo:

Pedro Páramo los miraba. No se le hacían caras conocidas. Detrasito de él, en la sombra, aguardaba el *Tilcuate*.

—Patrones —les dijo cuando vio que acababan de comer—, ¿en qué más puedo servirlos?

—¿Usted es el dueño de esto? —preguntó uno abanicando la mano.

Pero otro lo interrumpió diciendo:

—¡Aquí yo soy el que hablo!

—Bien. ¿Qué se les ofrece? —volvió a preguntar Pedro Páramo.

—Como usted ve, nos hemos levantado en armas.

—¿Y?

⁷¹ Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*, ed. cit., p. 118.

—Y pos eso es todo. ¿Le parece poco?

—¿Pero por qué lo han hecho?

—Pos porque otros lo han hecho también. ¿No lo sabe usted? Aguárdenos tantito a que nos lleguen instrucciones y entonces le averiguaremos la causa. Por lo pronto ya estamos aquí.⁷²

Ése es el sentido del humor de Rulfo, aunque sea una tragedia hay mucho sentido del humor. Pedro Páramo maneja la situación con mucha astucia:

—Yo sé la causa —dijo otro—. Y si quiere se la entero. Nos hemos rebelado contra el gobierno y contra ustedes porque ya estamos aburridos de soportarlos. Al gobierno por rastrero y a ustedes porque no son más que unos móndrigos bandidos y mantecosos ladrones. Y del señor gobierno ya no digo nada porque le vamos a decir a balazos lo que le queremos decir.

—¿Cuánto necesitan para hacer su revolución? —preguntó Pedro Páramo—. Tal vez yo pueda ayudarlos.

—Dice bien aquí el señor, Perseverancio. No se te debía soltar la lengua. Necesitamos agenciarnos un rico pa que nos habilite, y qué mejor que el señor aquí presente. ¿A ver tú, Casildo, como cuánto nos hace falta?

—Que nos dé lo que su buena intención quiera darnos.

—Éste “no le daría agua ni al gallo de la pasión”. Aprovechemos que estamos aquí, para sacarle de una vez hasta el maíz que trai atorado en su cochino buche.

—Cálmate, Perseverancio. Por las buenas se consiguen mejor las cosas. Vamos a ponernos de acuerdo. Habla tú, Casildo.

—Pos yo ahí al cálculo diría que unos veinte mil pesos no estarían mal para el comienzo. ¿Qué les parece a ustedes? Ora que quién sabe si al señor éste se le haga poco, con eso de que tiene sobrada voluntad de ayudarnos. Pongamos entonces cincuenta mil. ¿De acuerdo?

—Les voy a dar cien mil pesos —les dijo Pedro Páramo—. ¿Cuántos son ustedes?

—Semos trescientos.

—Bueno. Les voy a prestar otros trescientos hombres para que aumenten su contingente. Dentro de una semana tendrán a su disposición tanto los hombres como el dinero. El dinero se los regalo, a los hombres nomás se los presto. En cuanto los desocupen mándenmelos para acá. ¿Está bien así?

—Pero cómo no.

—Entonces hasta dentro de ocho días, señores. Y he tenido mucho gusto en conocerlos.

—Sí —dijo el último en salir—. Acuérdesse que, si no nos cumple, oirá hablar de Perseverancio, que así es mi nombre.

Pedro Páramo se despidió de él dándole la mano.

⁷² *Ibidem*, p. 119.

- ¿Quién crees tú que sea el jefe de éstos? —le preguntó más tarde al *Tilcuate*.
- Pues a mí se me figura que es el barrigón ese que estaba en medio y que ni alzó los ojos. Me late que él es... Me equivoco pocas veces, don Pedro.
- No, Damasio, el jefe eres tú. ¿O qué, no te quieres ir a la revuelta?
- Pero si hasta se me hace tarde. Con lo que me gusta a mí la bulla.
- Ya viste pues de qué se trata, así que ni necesitas mis consejos. Júntate trescientos muchachos de tu confianza y enrólate con esos alzados. Diles que les llevas la gente que les prometí. Lo demás ya sabrás tú cómo manejarlo.
- ¿Y del dinero qué les digo? ¿También se los entriego?
- Te voy a dar diez pesos para cada uno. Ahí nomás para sus gastos más urgentes. Les dices que el resto está aquí guardado y a su disposición. No es conveniente cargar tanto dinero andando en esos trajines. Entre paréntesis: ¿te gustaría el ranchito de la Puerta de Piedra? Bueno, pues es tuyo desde ahorita. Le vas a llevar un recado al licenciado Gerardo Trujillo, de Comala, y allí mismo pondrá a tu nombre la propiedad. ¿Qué dices, Damasio?
- Eso ni se pregunta, patrón. Aunque con eso o sin eso yo haría esto por puro gusto. Como si usted no me conociera. De cualquier modo, se lo agradezco. La vieja tendrá al menos con qué entretenerse mientras yo suelto el trapo.
- Y mira, ahí de pasada arréate unas cuantas vacas. A ese rancho lo que le falta es movimiento.
- ¿No importa que sean cebuses?
- Escoge de las que quieras, y las que tantees pueda cuidar tu mujer. Y volviendo a nuestro asunto, procura no alejarte mucho de mis terrenos, por si vienen otros que vean el campo ya ocupado. Y venme a ver cada que puedas o tengas alguna novedad.
- Nos veremos, patrón.⁷³

No solamente está hablando de la Revolución. Análisis: Primero, los revolucionarios vienen bravos y él los recibe llamándolos “patrones”; el hacendado les dice “patrones” a los revolucionarios, a la plebe, a los que trataban los “señores” como menos que seres humanos. Segundo, después de comer les dice: “¿en qué más puedo servirles?”, ya les di de cenar, ahora en qué más puedo servirles. Y a cada uno lo maneja según su actitud: al bravucón de un modo, al diplomático de otro; le piden 20 y suben a 50 mil en el camino, y él, más astuto, les responde, “les doy 100 mil”. Tranquilamente. Pero no se los da; en realidad, sólo le da diez pesos a cada uno: les da tres mil, si suponemos que nada más les dio a sus 300 hombres, y si les dio a todos, les dio seis mil. Es decir, sigue siendo menos dinero que el de la primera oferta. Además, fingiendo ayudarles les envía 300 hombres, planeando ya conseguir la mayoría en el contingente, y le dice a Damasio, el *Tilcuate*: “tú eres el jefe”, porque percibió que no estaba claro quién era el jefe entre ellos. El *Tilcuate* opina: “es ese gordito”, pero no estaba claro. Uno reclama: “yo soy el que hablo”, y otro lo

⁷³ *Ibid.*, pp. 119-122.

niega, y otro dice: “por las buenas todo sale mejor”... O sea que están desorganizados, no saben ni siquiera qué quieren. Y de paso, Pedro Páramo consigue protección para su rancho, ordenándole al *Tilcuate*: “procura no alejarte mucho de mis terrenos, por si vienen otros que vean el campo ya ocupado”.

Vaya astucia. Una vez que instruye al *Tilcuate*, lo premia para tenerlo más amarrado. De una manera muy astuta le está secuestrando a la esposa: la tiene en sus terrenos, a la mano de su todopoderosa merced. Aunque la palabra “secuestrar” pudiera sonar un tanto fuerte, de una manera muy hábil lo está comprometiendo porque se lleva a la esposa a sus propiedades, para tenerla como garantía y que así el *Tilcuate* no lo traicione. Pedro Páramo controla a su gente, supone que el *Tilcuate* no lo va a traicionar, pero de todas maneras se asegura. Y lo deja tan agradecido, que los pobres serán los otros, pero él estará bien acomodado: ya tiene rancho propio y vaquitas. Y además, Pedro Páramo puede mandar a que le “den unas vueltitas” a su mujer, para ver cómo está. Miren la astucia de la negociación, Pedro Páramo es terrible.

Voy a hacer un par de citas breves, para terminar con *Pedro Páramo*, antes de ir a *El Llano en llamas*.

—Supe que te habían derrotado, Damasio. ¿Por qué te dejas hacer eso?

—Le informaron mal, patrón. A mí no me ha pasado nada. Tengo mi gente enterita. Ahi traigo setecientos hombres y otros cuantos arrimados. Lo que pasó es que unos pocos de los “viejos”, aburridos por estar ociosos, se pusieron a disparar contra un pelotón de pelones, que resultó ser todo un ejército. Villistas, ¿sabe usted?

—¿Y de dónde salieron éstos?

—Vienen del Norte, arriando parejo con todo lo que encuentran. Parece, según se ve, que andan recorriendo la tierra, tanteando todos los terrenos. Son poderosos. Eso ni quien se los quite.

—¿Y por qué no te juntas con ellos? Ya te he dicho que hay que estar con el que vaya ganando.

—Ya estoy con ellos.

—¿Entonces para qué vienes a verme?

—Necesitamos dinero, patrón. Ya estamos cansados de comer carne. Ya ni se nos antoja. Y nadie nos quiere fiar. Por eso venimos, para que usted nos provea y no nos veamos urgidos de robarle a nadie. Si anduviéramos remotos no nos importaría darle un éntre a los vecinos; pero aquí todos estamos emparentados y nos remuerde robar. Total, es dinero lo que necesitamos para mercar aunque sea una gorda con chile. Estamos hartos de comer carne.

—¿Ahora te me vas a poner exigente, Damasio?

—De ningún modo, patrón. Estoy abogando por los muchachos; por mí, ni me apuro.

—Está bien que te acomidas por tu gente; pero sonsácales a otros lo que necesitas. Yo ya te di. Confórmate con lo que te di. Y éste no es un consejo ni mucho menos, ¿pero no se te ha ocurrido asaltar Contla? ¿Para qué crees que andas en la revolución? Si vas a pedir limosna estás atrasado. Valía más que mejor te fueras con tu mujer a cuidar gallinas. ¡Échate sobre algún pueblo! Si tú andas arriesgando el pellejo, ¿por qué diablos no van a poner otros algo de su parte? Contla está que hierve de ricos. Quítales tantito de lo que tienen. ¿O acaso creen que tú eres su pilmama y que estás para cuidarles sus intereses? No, Damasio. Hazles ver que no andas jugando ni divirtiéndote. Dales un pegue y ya verás cómo sales con centavos de este mitote.⁷⁴

Es clara la actitud de Pedro Páramo: a mí protégeme y que los otros paguen.
—Lo que sea, patrón. De usted siempre saco algo de provecho.
—Pues que te aproveche.⁷⁵

En este fragmento también se hace presente el sentido del humor, pero llama más la atención la astucia del personaje. Yo repaso textos de muchos autores, entre ellos de Rulfo, para decirles a los más jóvenes una verdad sobre los escritores que la sociedad nos ha empañado con mentiras: no hay escritores tontos. No se puede, a menos que sea un escritor que escriba tonterías; pero para escribir esto hay que ser muy listo. No es solamente la inspiración, sino que intervienen la cultura y la inteligencia. Eso que llamamos inteligencia en física o en matemáticas, hace falta para escribir estos textos. Porque de dónde podría ser inteligente Pedro Páramo si Juan Rulfo no lo fuera. Él es un tipo muy inteligente.

Estos discursos, vistos desde una perspectiva externa, supondrían una formación en el seminario. Porque nos enfrentamos a una retórica clásica muy bien armada. Rulfo nunca estuvo en el seminario, pero sí estuvo en el colegio Luis Silva, que era de monjas. De eso hablaremos un poco más adelante.

El *Tilcuate* siguió viniendo:

- Ahora somos carrancistas.
- Está bien.
- Andamos con mi general Obregón.
- Está bien.
- Allá se ha hecho la paz. Andamos sueltos.
- Espera. No desarmes a tu gente. Esto no puede durar mucho.
- Se ha levantado en armas el padre Rentería. ¿Nos vamos con él, o contra él?
- Eso ni se discute. Ponte al lado del gobierno.
- Pero si somos irregulares. Nos consideran rebeldes.

⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 131-132.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 132.

- Entonces vete a descansar.
- ¿Con el vuelo que llevo?
- Haz lo que quieras, entonces.
- Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta cómo gritan. Además lleva uno ganada la salvación.
- Haz lo que quieras.⁷⁶

Es extraordinario el hecho de que en Rulfo haya una sola línea que guíe de la Revolución a la Cristiada. Son los mismos que se levantaron en la Revolución, incluso suponemos que fue relativamente al principio; después sigue Villa, luego Carranza, Obregón, y finalmente el padre Rentería, la Cristiada. Hay un panel de tiempo que Rulfo junta, porque no pudieron haber pasado tantos años con ellos levantados. Pero bueno, así es la ficción, afortunadamente.

No obstante, lo extraordinario es que, para este último tiempo, a Pedro Páramo no le interesa en lo más mínimo la lucha. “Haz lo que quieras”, él presiente que ya no hay mucho peligro, se trata de otra cosa, ¿o será que a él, personalmente, ya no le interesa nada, sino Susana San Juan? El *Tilcuate* se une al sacerdote porque con él lleva ganada la salvación, y porque “le gusta cómo gritan”; le gusta el grito de “Viva Cristo Rey”, que es el grito de los Cristeros, al que hace referencia.

Esto es lo que yo encuentro de la Revolución en *Pedro Páramo*. La otra parte, es la parte mítica de ese personaje hacendado, el que no fue cayendo con las reformas de Lázaro Cárdenas, a la hora de hacer la repartición y la expropiación de las haciendas. Pedro Páramo murió, pero su hacienda, en vida suya, al menos en la novela, nunca fue expropiada. Se le respetó porque estaba bien salvaguardado, evidentemente. Y de tener un ejército irregular que lo protegía durante la Revolución, pasó a tener un ejército irregular que lo defendía durante la Cristiada.

Hace muchos años hice un coloquio en homenaje a Juan Rulfo. Sucedió en 1988, participaron varios autores y amigos de Juan Rulfo y se publicó un libro llamado, precisamente, *Homenaje a Juan Rulfo*, que para los interesados en este autor es un libro de base. Puedo asegurar que no se puede escribir una tesis completa sobre Rulfo sin haber leído este libro. En un rápido e incompleto listado de las personas que participaron en él se puede citar a: Ramón Rubín, Alí Chumacero, José Luis Martínez, Edmundo Valadés, Juan Antonio Ascensio, Alejandro Toledo, Felipe Garrido, Vicente Leñero, Juan José Arreola, Luis González y González, Antonio Alatorre, John Upton, Gonzalo Villa Chávez, Rogelio Cuéllar, Federico Munguía... La magnífica obra biográfica de Juan Rulfo, la de Federico Munguía, está incluida de manera íntegra en este libro.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 143-144.

Es realmente un homenaje porque organizamos el coloquio para hablar de Rulfo el fotógrafo, Rulfo en el cine, Rulfo en la vida familiar, Rulfo con los amigos, la infancia de Rulfo. Todo eso tratamos en el homenaje. Leeré un fragmento de un señor que me dijo: “Pero ¿yo qué voy a decir de Juan Rulfo? Sí lo conocí, pero yo no soy de ese mundo de la literatura”; su nombre era Luis Gómez Pimienta, un hombre ya muy viejo en aquel entonces, que improvisó su intervención. Con unos pequeños arreglos, resultó un texto precioso.

Cito un fragmento porque considero que vale la pena en la biografía de Rulfo:

Muy apreciable auditorio:

Me tocó en suerte ser compañero y amigo de Juan Rulfo. Digo mal, de Juan Pérez Vizcaíno, porque yo lo conocí de 1927 a 1931, en que cursamos juntos cuarto, quinto y sexto de primaria en el colegio “Luis Silva”. Me acuerdo perfectamente bien de Juan, siempre pulcro en el vestir, siempre comedido con los amigos, pero un tanto cuanto reservado en los juegos comunales que teníamos en el colegio. Él se apartaba por allá en un rincón, yo creo que ya meditando los temas que posteriormente lo harían famoso.

El colegio “Luis Silva” —que a principios del año cumplió el primer centenario de fundado— es un colegio humilde, pero sí con una disciplina y una educación a carta cabal. Recuerdo perfectamente bien a la directora doña Juanita García, que en paz descansa; nos manejaba con mano dura. Pasábamos toda la semana entre los estudios en clases, el solfeo y orfeón. Teníamos que barrer en primer lugar, a las 5 a.m., el colegio, barrerlo y trapearlo. Los sábados como premio nos llevaban a los internos de paseo a las barranquitas —lo que es ahora Alcalde Barranquitas—, pero para esto teníamos que pagar algo. En la mañana teníamos que limpiar nuestras camas, espulgarlas de chinches, y había, al terminar la escalera de la planta alta donde estaba el dormitorio, otro compañero que tenía un balde con agua en la cual estaba contando las chinches con las que teníamos que pagar la salida al paseo, tenían que ser treinta chinches por cada alumno. Como afortunadamente mi cama era nueva, porque yo únicamente estuve de interno el último año, nunca llegué a reunir las treinta chinches, tenía que comprárselas a un compañero y así llegar a la cantidad que necesitaba para comprar mi boleto para ir a las barranquitas. Regresábamos al colegio ya anocheciendo y ese día o esa noche de sábado, era día de banquete, era día de banquete porque la comida habitual en el colegio por la mañana, desayuno o almuerzo (llámenle como quieran), eran dos tortillas que les llamábamos lanchas, un plato de frijoles de la olla, lleno de gorgojos y un jarro de atole blanco con un pedazo de panocha. A mediodía, un caldo aguado de res, que tenía uno que otro ojo de grasa o de cebo, cuatro tortillas, una sopa de arroz que más bien parecía engrudo y el consabido plato de frijoles de la olla gorgojientos; es por eso que les decía que la noche del sábado era banquete porque, caritativamente, el hotel Fénix le regalaba al colegio desperdicios de pan o pan viejo,

duro; pero Jacoba, que era la cocinera, se las ingeniaba para mezclarlo con agua y otra vez con panocha o piloncillo y para nosotros era un banquete.⁷⁷

Gómez Pimienta narra encuentro posterior con Rulfo y le habla de *Pedro Páramo*:

—Mira, Juan, te soy franco, no lo entendí.

—Mira, Luis, yo no me explico qué pasa con mis paisanos, yo creo que tú has de haber comprado la quinta o sexta edición.

—Sí, así es.

—Desde que mis libros... y sobre todo *Pedro Páramo*, se dio a conocer en el extranjero, he recibido múltiples felicitaciones, de Alemania, Holanda...⁷⁸

En ese mismo coloquio, pensativo e intrigado, Juan José Arreola le preguntaba a Antonio Alatorre por “la clave” del enigma Juan Rulfo: “Antonio, dinos de qué se trata”, y le respondía Alatorre, “Lo mentiroso que era Rulfo, Juan José”.⁷⁹ Cuando hablaba Rulfo de sus paisanos, se quejaba a menudo de que cuando venían los investigadores extranjeros, los ingenuos norteamericanos, en busca de Comala, en busca de la realidad, los parientes de Rulfo les decían: “era bien mentiroso, no le crean; todo eso se lo inventó él”. Y quedaban muy avergonzados los pobres investigadores extranjeros, porque querían encontrar, sobre todo, la geografía de Juan Rulfo. Y la familia de inmediato los desalentaba.

Sobre Rulfo yo alguna vez escribí una breve glosa, la publiqué en un libro titulado *Los placeres de la lengua*. Se trata de un volumen que habla sobre curiosidades de la cocina, la antropología de la cocina, etnología de la cocina; reflexiones sobre la cocina mexicana. En la parte final del libro escribí una glosa sobre los personajes que cito, y de Juan Rulfo escribí:

Juan Rulfo: fotógrafo mexicano que negaba haber nacido en Sayula, por prejuicios contra “El Ánima de Sayula”, que escribió dos libros y acuñó esta frase: “No se puede contra lo que no se puede”.⁸⁰

Mientras preparaba este curso, encontré esta frase en *Pedro Páramo*. Yo creía que solamente la había dicho cuando hubo aquellos conflictos de 1968, y él habló mal del ejército, y le pusieron tal susto que cuando le preguntaron que por qué se había retractado, él respondió: “No se puede contra lo que no se puede”. No recordaba yo que ya había dicho esta frase en *Pedro Páramo*.

⁷⁷ Gómez Pimienta, Luis, “Era un gran conversador”, en *Homenaje a Juan Rulfo*, Medina, Dante (Comp.), Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1989, pp. 35-36.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 37.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 143.

⁸⁰ Medina, Dante, *Los placeres de la lengua*, Guadalajara, Editorial Ágata, 2001, p. 204.

Y para los realmente interesados en Juan Rulfo, les recomiendo un libro titulado *Un tiempo suspendido*, sumamente interesante: es una cronología, de la vida y obra de Rulfo, recensada detalle por detalle, mes por mes, año por año. Todo lo que se dijo de él en los periódicos, en los libros, en las películas. El autor es Roberto García Bonilla. Es un libro muy bueno, un trabajo muy meticuloso que no sólo sirve como lectura, sino como consulta.

Cuando leí este libro me comuniqué inmediatamente con el autor para decirle que le faltaba una referencia a la obra de Juan Rulfo. Él se sorprendió mucho y prácticamente me dijo: “no puede ser”. Le respondí que le faltaba mencionar una novela mía que se llama *Doktor psiquiatra*,⁸¹ que habla sobre los sucesos que rodearon al clan Gloria Trevi-Sergio Andrade. En esta novela, el narrador se llama, por pura coincidencia, Pedro Páramo. Y hay una escena al final en la que su mujer lo regaña por su obsesión con el personaje de la cantante Gloria Trevi, y le reprocha: “primero estabas con Susana San Juan, y ahora con ella”. Se trata, pues, de un homenaje.

Hay una cita en la que Rulfo parece sentirse afín en su obra con la saga de la Revolución.

—Los novelistas de la Revolución no sólo son relatores de un acontecimiento histórico, del que fueron testigos, sino los descubridores de una literatura que nace y muere con ellos.⁸²

En otra parte tiene un texto que se llama “Después de la muerte”, y dice:

Yo morí hace poco. Morí ayer. Ayer quiere decir hace diez años para ustedes. Para mí, unas cuantas horas. La muerte es inalterable en el espacio y el tiempo.⁸³

Prácticamente en toda la obra de Rulfo está la muerte, y la muerte intemporal. “Yo morí hoy”, en el caso de *Pedro Páramo*; pero dice también: “lo que es para mí hoy, es hace diez años para ustedes”. El tiempo de la muerte es personal, y no tiene que ver con los demás. Diez años es por decir una cifra.

Este tema aparece de manera muy interesante en un libro que se llama *Retales*, que reúne textos extraños, cuentos raros, de los cuales, en algunos casos, desconocemos la fuente. A menudo, el recopilador de estos retales, que aparecían en la revista *El cuento*, de Edmundo Valadés, dice en el pie de página “No se encontró la fuente original”; o sea que o Rulfo encontraba cosas muy perdidas en la literatura universal o, quizás, inventaba él mismo algunos detalles de los relatos, adaptaba, o los re-escribía parcialmente.

⁸¹ Medina, Dante, *Doktor psiquiatra*, México, Ediciones B, 2003.

⁸² Rulfo, Juan, “Apuntes para conferencias”, en *Los cuadernos de Juan Rulfo*, México, 1994, p. 171.

⁸³ Rulfo, Juan, “Después de la muerte”, en *Los cuadernos de Juan Rulfo*, México, 1994, p. 30.

En este libro se encuentra la siguiente frase: “Ningún hombre hace otra cosa que marchar al encuentro de su muerte”.⁸⁴ Es impresionante cómo en toda la obra de Rulfo está la muerte. Él llegó a declarar muchas veces que sólo hay dos temas en la historia de la literatura: el amor y la muerte. Esta frase, “Ningún hombre hace otra cosa que marchar al encuentro de su muerte”, abarca toda su obra. Creo que su obra se explica si uno coloca esa frase como epígrafe: “éste es un resumen de la obra de Rulfo: ‘Ningún hombre hace otra cosa que marchar al encuentro de su muerte’”.

Pedro Páramo es una marcha hacia la muerte de Juan Preciado. Pero es hacia la muerte propia y hacia la muerte de los otros. Y finalmente, hacia ser “testigo” de la muerte de su padre. El gen, el origen, el antecedente, el imaginario colectivo que hay detrás del cuento “Diles que no me maten”, lo han estudiado varios especialistas en Rulfo. En una de las primeras páginas de la biografía escrita por Nuria Amat, llamada *Juan Rulfo*, la autora cuenta cómo Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, alias “don Cheno”, fue muerto el 2 de julio de 1923. Lo mató Guadalupe Nava.⁸⁵ Desde luego, Rulfo no lo vio, pues tenía 6 años, pero se enteró. Rulfo opera un trastocamiento de la historia: en el cuento parece que se pone del lado del asesino, cuando en realidad, el sentimiento —diría yo— del niño Rulfo, está de parte del coronel que reclama la venganza de su padre.

Cómo re-elabora la ficción de ese relato ¿oído en la infancia?, y que tanto marcó a Rulfo; en él nos deja ver a un niño que se queda huérfano a los 6 años —precisamente a los 6 años— porque le mataron al padre: ¡cómo permea este evento en su imaginario! Además, el padre de Rulfo fue asesinado por la misma razón que el padre del coronel: no dejaba que el ganado de otro se pasara hacia su parcela. Y regañó muy feo a Guadalupe Nava, quien era un jovencuelo precipitado y además hijo de un presidente municipal. Nava, fingiendo acompañarlo de regreso a su casa por la noche, aprovechó un descuido, lo tiró de su caballo en algún lugar escondido en el campo, y le disparó por la espalda todos los tiros que pudo. Curiosamente, le dio tantos tiros en la cabeza ya caído, que de ahí surgió el final del cuento de Rulfo, lo dejó irreconocible “de tanto tiro de gracia”:

—Tu nuera y los nietos te extrañarán —iba diciéndole—. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote, cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.⁸⁶

Eso es lo que ocurrió en la parte histórica.

⁸⁴ Rulfo, Juan (Comp.), von Rezzori, Gregor, “Retales [6]”, en *Retales*, México, Editorial Terracota, 2008, p. 50.

⁸⁵ Amat, Nuria, *Juan Rulfo*, Barcelona, Ediciones Omega (Col. Vidas Literarias), 2003, p. 17.

⁸⁶ Rulfo, Juan, “¡Diles que no me maten!”, en *El llano en llamas*, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas Mexicanas), 1983, p. 111.

Nuria Amat habla de la orfandad de Rulfo porque se quedó huérfano de padre a los seis años, y a los nueve se queda también huérfano de madre. Este hecho histórico ha sido muy estudiado como el origen del imaginario de la obra de Rulfo.

Escogí este cuento para comentarlo, primero, por la enorme fuerza que tiene; segundo, porque me parece que pertenece al tema de la Revolución, porque el que está buscando una venganza personal es un coronel, y se puede permitir matar a quien él quiera sin juzgarlo por un asunto suyo. Aquí encontramos una transposición del sentimiento de Rulfo hacia el asesino de su padre, en la biografía; sin embargo, lo extraordinario es que podemos ver que tiene dos gestos de piedad.

El primero es cuando el coronel les pide que le den alcohol al hombre para que se emborrache y no le duelan los tiros, y el otro es que no quiere verlo, no quiere enfrentar al asesino de su padre. Las frases que emplea son percutientes: “qué terrible es crecer, enterarse de que no se tiene padre, y saber que no tiene uno de dónde enraizarse”. Rulfo se tiene que ir al Colegio Luis Silva en calidad de huérfano.

En este punto cabe aclarar que no pretendo hacer una interpretación directamente biográfica del cuento. Pero sí es verdad que hay elementos que permean en el imaginario, y que ayudan a la reubicación de la creación de invenciones lingüísticas. Eso nos queda claro. Lo que me impresiona mucho, viendo esta fuente histórica en la vida de Rulfo, es cómo el narrador cuenta la historia sin tomar el partido —aunque lo menciona— del coronel, que es al que dejaron huérfano, sino situándose al lado del hijo del que van a matar para vengar la muerte de su compadre. Es decir, hace hablar al hijo del asesino. En el imaginario álgido, diríamos que hace hablar al hijo del asesino de su padre, y pone en su voz tal frialdad, que parecería que al personaje no le importa en lo absoluto la muerte de su padre. No hay un solo momento de ternura de parte del hijo del que van a matar. El que está sufriendo dice: “me van a matar, ya de viejo”, pero lo que hay detrás es un: “sí, pero tú sí viviste. En cambio mi padre nos dejó huérfanos desde pequeños”. En algún fragmento dice el asesino: “vi que no había ningún pendiente”, porque nada más tenía dos niños y la mamá se murió muy pronto, dicen que de pena, entonces no hay ningún problema. Y el que ha sufrido la tragedia, la muerte de su padre, no es el hijo adulto del que van a matar, es el hijo al que le mataron a su padre siendo él niño. El hijo del padre que privó de la vida al padre del coronel vengativo, no le quiere ni hacer un favor tan sencillo como ir a decirles que no lo maten. No irá porque “a lo mejor” lo fusilan a él también “porque según eso soy tu hijo, y si lo saben me van a matar a mí también”.

Cualquier hijo común, o normal, diría: “voy a defender a mi padre aunque me maten a mí también”. Éste todavía le dice, como disculpándose, “no quiero que me maten porque quién va a cuidar de mi mujer y mis hijos”. Y el padre, en un gesto terrible, egoísta, duro, aunque no lo parezca, le dice: “la Providencia, Justino”. Es decir, él quiere vivir, a como dé lugar. Es la puesta en valor de la vida de una persona la que le da la oportunidad

de saber que va a morir. En cambio, al asesinado no le dieron ni siquiera la oportunidad de defenderse o de saber que iba a morir. Y murió en una agonía lenta, porque estuvo agonizando, con la pica de buey en el estómago, durante un día y medio o dos días, por lo menos.

El vengador, que es el hijo del asesinado, dice: “denle para que se emborrache y no le duelan los tiros”; qué gesto de piedad. El verdadero amante del padre es el que viene a vengarlo. El hijo del que van a matar, Justino, está más preocupado por el asunto social, pragmático, que por el cariño de haber perdido al padre. Lo que le preocupa es que no lo vean con la cara tan destrozada por los balazos, y lo otro es que les dé tiempo de arreglar el entierro. Está preocupado por eso, no por el dolor de la muerte del padre.

Después de este ejemplo que demuestra la extraordinaria calidad del libro, y entrando a la recta final, hace falta decir que en *El Llano en llamas* hay una comunicación directa con los clásicos de la literatura de la revolución de la primera etapa. Voy a leer un fragmento del libro, donde se verá en emparentamiento con la literatura de la revolución. Simplificando: esta región pertenecía a Pedro Zamora; Chihuahua, y a veces el centro, eran región de Pancho Villa; el sur, en una primera época, era de Zapata. Citaré un fragmento de “El Llano en llamas”:

Quemamos el Cuastecomate y jugamos allí a los toros. A Pedro Zamora le gustaba mucho este juego del toro.

Los federales se habían ido por el rumbo de Autlán, en busca de un lugar que le dicen La Purificación, donde según ellos estaba la nidada de bandidos de donde habíamos salido nosotros. Se fueron y nos dejaron solos en el Cuastecomate.

Allí hubo modo de jugar al toro. Se les habían quedado olvidados ocho soldados, además del administrador y el caporal de la hacienda. Fueron dos días de toros.

Tuvimos que hacer un corralito redondo, como esos que se usan para encerrar chivas, para que sirviera de plaza. Y nosotros nos sentamos sobre las trancas para no dejar salir a los toreros, que corrían muy fuerte en cuanto veían el verduguillo con que los quería cornear Pedro Zamora.

Los ocho soldaditos sirvieron para una tarde. Los otros dos para la otra. Y el que costó más trabajo fue aquel caporal flaco y largo como garrocha de otate, que escurría el bulto sólo con ladearse un poquito. En cambio, el administrador se murió luego luego. Estaba chaparrito y hobachón y no usó ninguna maña para sacarle el cuerpo al verduguillo. Se murió muy callado, casi sin moverse y como si él mismo hubiera querido ensartarse. Pero el caporal sí costó trabajo.

Pedro Zamora les había prestado una cobija a cada uno, y ésa fue la causa de que al menos el caporal se haya defendido tan bien de los verduguillos con aquella pesada y gruesa cobija; pues en cuanto supo a qué atenerse, se dedicó a zangolotear la cobija contra el verduguillo que se le dejaba ir derecho, y así lo capoteó hasta cansar a Pedro Zamora. Se veía a las claras lo cansado que ya estaba de andar correteando

al caporal, sin poder darle sino unos cuantos pespuntos. Y perdió la paciencia. Dejó las cosas como estaban y, de repente, en lugar de tirar derecho como lo hacen los toros, le buscó al del Cuastecomate las costillas con el verduguillo, haciéndole a un lado la cobija con la otra mano. El caporal pareció no darse cuenta de lo que había pasado, porque todavía anduvo un buen rato sacudiendo la frazada de arriba abajo como si se anduviera espantando las avispas. Sólo cuando vio su sangre dándole vueltas por la cintura dejó de moverse. Se asustó y trató de taparse con sus dedos el agujero que se le había hecho en las costillas, por donde le salía en un solo chorro la cosa aquella colorada que lo hacía ponerse más descolorido. Luego se quedó tirado en medio del corral mirándonos a todos. Y allí se estuvo hasta que lo colgamos, porque de otra manera hubiera tardado mucho en morir.

Desde entonces, Pedro Zamora jugó al toro más seguido, mientras hubo modo.⁸⁷

Terrible. Un clásico de la literatura de la Revolución retrata un pasaje similar a éste. Me refiero a un cuento que tiene Martín Luis Guzmán en su libro *El águila y la serpiente*, y que se titula “La fiesta de las balas”. Se habla de Fierro, “el sanguinario villista”, como dice el corrido. Fierro hace este mismo juego: a los prisioneros les da la opción tan clásica de “o se unen a nosotros o los mato”. Y según este cuento de Martín Luis Guzmán, lo que hacía era apostarse con dos pistolas —tenía un ayudante a un lado que le cargaba los revólveres y se los cambiaba—, y soltaba a los prisioneros para que atravesaran el lienzo corriendo, y el que consiguiera brincar la barda del corral se salvaba. Aventaba la pistola caliente de tanto disparar, y le daban la otra.

Repite el proceso una y otra vez, hasta que llega la madrugada. Uno solo consigue brincar el lienzo y echar a correr por el monte. Aún así, Fierro no es fiel a su palabra y le dispara, aunque no consigue pegarle. Se salva. Todavía en la noche, Fierro, para probar lo sanguinario que era, decide dormir en el corral en donde están los muertos. Ya muy tarde escucha que alguno se queja y le dice a su ayudante: “Ve y dale un balazo, que no me deja dormir, ya mátalos de una vez”. Que es lo que pasa en el cuento de Rulfo: se iba a tardar tanto en morir, que mejor lo colgaron.

Así que, como se puede ver, la obra de Rulfo tiene una comunicación directa con la literatura de la Revolución.

Tengo algunos comentarios al respecto, pero procederé con unas cuantas citas de *El Llano en llamas* para exhibir directamente la historia de la Revolución.

Tomaré “La cuesta de las comadres”. En este cuento, los Torrico dicen que son dueños de toda la cuesta, y cuando preguntan “¿qué pasó?”, la respuesta es: “No sé, nos la repartieron y era de cada quien, pero poco a poco ellos dijeron que era nomás de ellos”,

⁸⁷ Rulfo, Juan, “El Llano en llamas”, en *El Llano en llamas*, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas Mexicanas), 1983, pp. 91-93.

contesta uno. Y no hay quien se los discuta porque son muy peligrosos. Ése es el resultado de la repartición de las tierras, un ejemplo que nos da “La cuesta de las comadres”.

En otro de los cuentos, “En la madrugada”, Rulfo vuelve sobre el tema del incesto. ¿Recuerdan a Margarita? Ella comete incesto con su hermano.

Otro ejemplo más. *El Llano en llamas*, además de que habla del corrido popular de “ya mataron a la perra pero quedan los perritos” —algunos historiadores dicen que *la perra* era Pedro Zamora—, habla también de Petronilo Flores. En fin, hay muchos ejemplos de épica y contra-épica. Quizás lo que conviene ir concluyendo es que, tal como dije hace un momento y tal como lo dijo Rulfo, el amor y la muerte son los únicos dos grandes temas de la literatura. En todos estos cuentos se encuentra la muerte, permanentemente.

En algunos casos, como en “El día del derrumbe”, Rulfo se burla no solamente de las autoridades, como en los ejemplos que ya vimos, sino del idealismo revolucionario. Acontece el derrumbe y hay múltiples emergencias; viene el gobernador con toda su gente y lo único que hace —después de que le preparan una gran fiesta en donde se emborrachan y lo pasan bien y se comen lo poco que les quedó de la catástrofe— es pronunciar un discurso, en donde también se hace patente la gracia de la narrativa de Rulfo. Porque el gobernador da un discurso como los que se hacían en los tiempos del PRI, emitidos para que no se entienda nada. Y nadie comprende pero todos aplauden:

—Conciudadanos —dijo—. Rememorando mi trayectoria, vivificando el único proceder de mis promesas. Ante esta tierra que visité como anónimo compañero de un candidato a la Presidencia, cooperador omnímodo de un hombre representativo, cuya honradez no ha estado nunca desligada del contexto de sus manifestaciones políticas y que sí, en cambio, es firme glosa de principios democráticos en el supremo vínculo de unión con el pueblo, aunando a la austeridad de que ha dado muestras la síntesis evidente de idealismo revolucionario nunca hasta ahora pleno de realizaciones y de certidumbre.⁸⁸

Ante esta emulación tan buena de Rulfo, si uno fuera maloso y extranjero, podría decirse “Pero qué mal escribe, Rulfo”. Desde luego no se trata de Rulfo, sino de su personaje.

Hay otro libro interesante de Juan Rulfo. Se trata de una conferencia que dio hace muchos años en la Universidad de Colima, en donde habla de Historia.

⁸⁸ Rulfo, Juan, “El día del derrumbe”, en *El Llano en llamas*, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas Mexicanas), 1983, p. 156.

Entonces, el que no conoce su historia, su pasado, no tiene identidad alguna. Es un hombre que está volando en las nubes, está navegando en el vacío, está simplemente fuera del mundo y de la sociedad en que vive.⁸⁹

Qué maravillosa lección de Historia. Le preguntan: ¿Por qué es importante estudiar Historia?

Es importantísimo, no solamente importante. Es lo que arraiga al hombre a su tierra, es lo que hace que el hombre permanezca y le tenga cariño al lugar donde vive.⁹⁰

Está claro que esta conferencia de Rulfo vale la pena revisarla.

Concluyo diciendo que esta charla que he estado preparando en torno a la obra de Rulfo, me produce una sensación de cariño. Porque, dejando de lado la presunción, aun tratándolo poco me sentí siempre muy cercano a él como persona. Como escritor, es evidente que mi admiración es inmensa. Desde luego fui más cercano y traté más a Juan José Arreola, hasta el punto que nos hacíamos corteses bromas y juegos de palabras, con mucha admiración y respeto.

En el caso de Rulfo también existió esa gran admiración, y también siento orgullo porque el primer libro que yo publiqué (*Léerére*) tiene un prólogo de Juan Rulfo. Por eso me siento muy orgulloso. No es común que haya palabras de Rulfo publicadas para una obra. También porque el día que lo vi por segunda vez —pues la primera vez que lo vi yo era muy joven y apenas intercambiamos un breve saludo—, compartimos mesa en espacio público tapatío que se llamaba “Juan Rulfo”, en 1984, y como era una librería, él fue a comprar la segunda edición de *El Llano en llamas*, aunque estoy seguro de que sabía que yo ya lo había leído. Pero él fue a comprarlo y es una edición que yo quiero mucho porque me la regaló y me la dedicó: “Para el gran cuentista Dante Medina, con toda la admiración y el sincero afecto de Juan Rulfo”. Estas cosas se guardan, éste es un libro que no suelto porque si se roban algún otro no importa, lo puedo volver a comprar, y éste libro no lo encontraré en ningún lado, además de que no puedo falsificar ni la letra ni la firma de Rulfo.

La otra cosa que me da orgullo y me une a él, es que en la obra completa de Rulfo publicada por la UNESCO, hay un artículo que se llama “Dante Medina”. Por supuesto, me da un enorme gusto que Rulfo haya escrito sobre mí, y estar en sus obras completas. Se trata de un texto corto, de menos de una página, pero es más de lo que yo hubiera soñado.

⁸⁹ Rulfo, Juan, *Dónde quedó nuestra historia*, Colima, Universidad de Colima, 1986, p. 23.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 15.

Dante Medina está usando un lenguaje muy nuevo, completamente original y poco, poco frecuente en la literatura mexicana. Y lo mismo se puede decir de la literatura latinoamericana. Creo yo que el mérito consiste no sólo en los neologismos, sino en la transposición de los sueños. Me da la impresión de que éstos son sueños difícilmente llevados a la escritura.

Son cuentos para ser leídos, no para ser hablados, puesto que al transcribirse, por medio de la palabra, se trastoca un poco ese sonambulismo, esa cosa casi sonámbula en que concuerdan casi todos.

Textos muy novedosos realmente, poco —por no decir casi no— utilizados en la lengua castellana.

Ahora, él nos da la clave: si algunos cuentos de él resultan confusos, es porque nuestros pensamientos lo son; nuestras ideas no van en secuencia, sino caminan a saltos. El lector va a tener que trabajar mucho.⁹¹

Lo último que dice en el texto es una clave, involuntaria, para entender *Pedro Páramo*. Así concebía Rulfo los textos: “nuestras ideas no van en secuencia, sino caminan a saltos”.

Yo lo felicito muy cordialmente porque nos está entregando algo original, algo no hecho hasta la fecha, y eso ya es un gran mérito. La literatura que vale es aquella que abre caminos, que revoluciona a la literatura pasada. Y aquí hay, aunque aparentemente no lo exprese el autor, una literatura revolucionaria. Está revolucionando el lenguaje. Está revolucionando las ideas y al mismo tiempo el concepto que tienen de la vida.

Presenta un ejemplo de lo que debe hacerse actualmente. Aquí no hay, propiamente, lo que es originalmente el cuento en sí. Hay una mezcla de ideas, en donde esas ideas se están trastocando, o esos sueños se están trastocando en ideas más bien.

El continente latinoamericano ya necesitaba la realización de algo que sale las barreras del convencionalismo ya un poco estereotipado a que estamos acostumbrados. La literatura de América Latina es una sola, ya no está dividida en parcelas ni en naciones, es una sola cultura, es una sola literatura, y Dante Medina pertenece a esa gran literatura latinoamericana.⁹²

He aquí que Rulfo está hablando de su propia obra, del mismo Rulfo: eso es lo que hizo él con *Pedro Páramo*. La literatura que vale es aquella que abre caminos, que revoluciona a la literatura pasada.

Con esto concluyo esta conferencia. Les agradezco a todos por su paciencia.

⁹¹ Rulfo, Juan, “Dante Medina”, en *Toda la obra*, Paris, UNESCO (Colección Archivos, 17), 1996, p. 447.

⁹² *Ibidem*.

Apéndice: Preguntas

Pregunta: ¿Cuántos años de diferencia de edad existían entre usted y Rulfo?

Respuesta: Rulfo nació en 1917, y yo nací en 1954, así que había una considerable diferencia de edad. Pero la admiración que siento por él se debe a su obra literaria, que yo leí desde edad temprana. Tiempo después era común admirar a Rulfo. Pero hubo un periodo en el que sólo ciertos —yo diría exquisitos— estudiosos de la literatura en México, estábamos cautivados por la literatura de Rulfo. No éramos pocos, pero no es lo mismo a cuando llegó a los cien mil ejemplares vendidos, cuando empezó a recibir homenajes o se hicieron estudios sobre su obra. Es decir, cuando ya Rulfo fue famoso. Que son cosas que pasaron después de 1970, y los libros de Rulfo son de 1953 y 1955: no es que haya sido fácil. Se trata de una obra, y esto lo dice Rulfo en *El último juglar*, que no es para las multitudes ni para la simplificación.

Es una literatura que, asombrosamente, se convirtió en literatura para las mayorías. Porque Rulfo es leído tanto en México como en China o Mongolia. Además, varios cuentos suyos, en pequeñas *plaquettes*, han sido traducidos a lenguas indígenas: zapoteco, huichol, náhuatl, otomí. Cuentos que llegan a los campesinos indígenas, como los libros en chino llegan a los campesinos chinos.

Lo extraordinario es que si Rulfo trabaja sobre el amor y la muerte, está trabajando sobre el corazón de las preocupaciones humanas. Aunque se quitara la anécdota y las pistolas y los caballos, el problema humano es el mismo. Es decir, alguien que mató a mi padre: ése es un problema humano. Y en lugar de perdonar, que es una opción, mato al asesino de mi padre. A mí me dejaron huérfano, yo dejaré huérfano a alguien. Ésos son problemas universales.

Por ejemplo está el problema de “Talpa”. Cuando llega Tanilo a Talpa porque tiene unas llagas en la piel, y su hermano y su esposa se van de amantes, y lo empujan por el camino hasta que se muere de cansancio y luego lo entierran: es un problema humano. El incesto que está en ambas obras de Rulfo es un problema humano.

La madre que se siente abandonada en *Pedro Páramo*, Dolores Preciado; la que suspiraba cuando veía una parvada de pájaros porque tenía ganas de ver a su hermana, y que así se lo hace saber a Pedro Páramo, quien la manda con su hermana y no la recoge nunca. Cuando le dicen que vaya por ella, contesta, “quería más a su hermana”. Y Dolores Preciado dice, “no me voy, tiene que mandar por mí”. A pesar de que su hermana le dice que ya va siendo tiempo de que regrese a su casa.

La madre que muere y le hace prometer al hijo que irá a buscar a Pedro Páramo, a su padre. Y le dice “cóbrale lo que te debe, no le pidas limosna”. También son problemas

humanos y universales. Hay quienes han comparado *Pedro Páramo* y la búsqueda del padre con los problemas de la literatura griega, con Orestes para ser concreto. Y desde luego, se podría comparar con la ciencia ficción, en donde toda fabricación —a la manera de *Frankenstein*, por cierto— busca a su padre. Recuerden ustedes que en la versión original de este libro, el ser estaba molesto porque su padre lo hizo y le dio vida pero no le dio una compañera. Y recuerden que en la ciencia ficción abundan los cuentos y las novelas en donde el robot, o cualquier otra máquina, está en busca de su padre, que es la búsqueda de Dios, la búsqueda del creador, la búsqueda del origen.

Eso hace que la obra de Rulfo, siendo profundamente jalisciense, pueda ser universal. Eso hacen las grandes obras de la literatura: afincándose en lo regional, en lo particular y hasta en lo casero, se convierten en símbolos de la cultura universal. Porque finalmente, lo particular siempre se convierte en un problema universal cuando uno lo trata a nivel humano.

Yo creo que el gran mérito de Rulfo es que sabe tratar las cosas a nivel humano, y con el mínimo de palabras. Su parquedad es increíble. Sus libros son delgados. Cualquier escritor menos rígido y exigente consigo mismo, a la edad que murió Rulfo ya hubiera escrito cinco mil páginas. Y la obra de Rulfo son escasas 400 páginas. Incluso un conocedor como Juan José Arreola, a pesar de que siempre hablaba de sí mismo, rara vez dejaba de hablar de Rulfo en una conferencia, y de mencionarlo como un referente. A pesar de que Rulfo decía que a él lo había enseñado a leer Juan José Arreola.

Por eso podemos decir que no es poca cosa haber nacido, vivido, o estar agenciados, en un estado que da escritores de este tamaño. Respecto a esto, hay un chiste que le adjudican a José María Muriá, cuando le preguntaron “¿Por qué nunca habías dicho que eres de Jalisco?”, y él respondió “Porque no me gusta presumir”. Yo me sentiría mal de haber nacido en Coahuila o Tamaulipas, porque allá no se tiene a dónde voltear en literatura. Porque en Jalisco no sólo hemos dado grandes escritores, sino que hemos dado los campeones: eso es lo extraordinario.

El hombre que escribió la más hermosa novela en lengua castellana del siglo XX, *Pedro Páramo*, es de Jalisco. El gran cuentista del siglo XX, Juan José Arreola, es de Jalisco. El más grande presidente de la Academia de la Lengua, José Luis Martínez, es de Jalisco. El autor de la más grande historia de la lengua española, *1001 años de lengua española*, Antonio Alatorre, es de Jalisco. Y todavía hace falta mencionar a algunos. Y lo curioso es que los que no están en la lista de los grandes escritores de Jalisco, es que se escaparon por un pelo. José Agustín, de las nuevas generaciones, por un pelo no nació en Guadalajara; José Emilio Pacheco, por un pelo no nació en Guadalajara; los ancestros de Octavio Paz son de Guadalajara; Alfonso Reyes, por otro pelo.

No es para echárselo en cara a nadie, sino para reconocer lo que sí tenemos. Y si alguien nos dijera: “¡Qué presumidos!”, podríamos admitir que tenemos algunos defectos, por ejemplo, nuestra cocina es muy pobre. Tenemos algunos inventos y casi todo son robos de algunos estados vecinos. Nuestro mayor invento es la torta ahogada, y la cuachala. Pero bueno, la cocina mexicana es un producto del mestizaje, y aquí mataban a los indígenas. Es tan sencillo como eso: no se pudo generar una cocina porque nos quedamos sin el ingrediente indígena, además de que no somos una zona para el paso de las especias. Ni modo.

CAPÍTULO TERCERO

ALREDEDOR DE UNA CONFERENCIA EN COLIMA

Como queriendo explicar algo

Gonzalo Villa Chávez*

En los días últimos de agosto del año pasado, se nos convocó a una reunión especial con el propósito de definir el o los contenidos del segundo número de la “Colección Rajuela”, que publican conjuntamente la Escuela de Arquitectura y la Coordinación General de Comunicación Social de la Universidad de Colima. La decisión fue entonces rápida y unitaria: se analizaría y transcribiría la cinta magnetofónica que se grabó en aquella incomparable noche de diciembre de 1983 y que leyera el Maestro JUAN RULFO. Con ella, y con la promesa de una presentación que nos haría el poeta José Emilio Pacheco, estaba pues decidido el material de ese número de “Rajuela”.

Luego de la junta se telefoneó al maestro pidiéndole autorización para la publicación de sus notas, se rehusó al principio alegando que eran muy malas, claro, y a nuestra propuesta de enviarle el texto mecanografiado para que lo “peinara” se negó en redondo, pidiendo al suscrito que hiciese las correcciones que considerara necesarias. (¡Figúrense un sacristán, enmendándole la plana a San Agustín de Hipona!) e insistiendo en que por ningún motivo le fuéramos a enviar la transcripción, ya para entonces ha de haber estado oyendo los murmullos de Comala. Al día siguiente tenía cita en el “Humana” para hacerse análisis porque no se sentía nada bien.

Hablé de nuevo y hasta en dos ocasiones con Claudia, insistiendo en que le pidiera a su papá una notita, capaz manuscrita, con la autorización que queríamos adjuntar en la publicación, ya no fue posible.

En Felipe Villanueva, RULFO vivía en el piso de arriba, donde estaba el teléfono, a él y a Claudia los médicos los habían confinado en el estudio que está en la planta baja y sin extensión.

Después, Raúl Aparicio, Fernando Benítez y Juan Francisco González confirmaron nuestros temores. Todavía, el que esto escribe, tenía la esperanza de encontrar al maestro en la cena de Nochebuena con Doña Consuelo Reyes Vda. de Aparicio, o si no en el pozole de Chela Huevo al que nos convocaba año con año Benítez allá en Guadalajara, y en esta ocasión no vinieron ni Clara ni los muchachos, ni siquiera Fernando, y el temor se nos hizo pánico. Luego el epílogo absurdo, inaceptable, México, como si no hubiera perdido tantas cosas a últimas fechas, pierde la única voz capaz de enseñarnos la hondura de nuestras esencias.

* Libro *Donde quedó nuestra historia. Hipótesis sobre historia regional*, Colima, Col., Universidad de Colima/Escuela de Arquitectura, Colección Rajuela No. 2, 1986, pp. 12-14.

Van pues los apuntes para una historia regional tal cual los leyera el MAESTRO aquella noche de hace dos años, como un sencillísimo homenaje de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Colima, a su luminosa traza.

El Llano Páramo

José Miguel Romero de Solís*

Poco más de dos años han corrido. Dos años, apenas, que Juan Rulfo meditó en alta voz sobre la historia de esta región, invitado por Gonzalo Villa Chávez. Dos años. Y ya nos visitó la muerte en la carne de Rulfo. Recuerdo aquella noche de diciembre de 1983. Debo confesar que no le oí. Sí, estuve allí. Lo veía, pero no le escuchaba. Estuve contemplándole. Tuve que leer más tarde el texto, porque no supe qué había platicado. Le miré mucho, más allá de él mismo. Él, entretanto, hablaba y hablaba, lentamente, a veces con tropiezos, a veces con ironía, con humor, con furia. Yo, mientras, intentaba descifrarlo desde una común experiencia: la tierra que le vio nacer. Rulfo le dio mucha importancia a la tierra. Sí, era geógrafo. Escritura de la tierra, hallarle su sentido, quizá eso hizo siempre: buscarle sentido y significado. Por ello, tal vez, su afición a las toponimias y a la historia.

Estoy convencido. Juan Rulfo pudo escribir *El Llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955) –los dos títulos tienen sabor a tierra: “llano” y “páramo” –, porque nació y vivió en las orillas o en el mismo fuego del Llano Grande, como allí le dicen. “El Llano Páramo”.



El Llano Páramo está donde los caminos de Tonaya, Tuxcacuesco, Tolimán, Zapotitlán, El Jazmín y San Gabriel se encuentran. Ahí, ni más lejos, ni más cerca, como iguana al sol, rodeado de cerros azules, rojizos, cenizos. Apenas desciende el viajero de las vertientes boscosas de los Volcanes de Colima, el polvo del camino cubre hasta media pierna. El polvo es la puerta del llano. Dentro de uno, en las entrañas, revienta la sensación de no hallar salida alguna. De la propia sombra, brotan los remolinos que culebrean luego por las tierras yermas y, enroscándose, suben por los primeros cerros o se desnucan en las barrancas. Eso sí, todo es un subir y bajar barrancas. Nunca sabe uno dónde comienzan y dónde acaban. A cada trecho, el horizonte desaparece. Te lo llevas contigo, barranca abajo. Arriba, sigue el llano, erosionado, agarrado como puede de los bordes de estas grietas, para no morir.

A un lado del Llano, o enfrente, siempre, referencia constante para el viajero, el cerro de El Petacal, como un viejo castillo telúrico, con sus arraigados antecedentes de zona sagrada para los primeros pobladores del Llano.

–“Está enhechizado” –. Es el decir.

* Libro *Donde quedó nuestra historia. Hipótesis sobre historia regional*, Colima, Col., Universidad de Colima/Escuela de Arquitectura, Colección Rajuela No. 2, 1986, pp. 18-22.

Encaramadas en El Petacal, aún están las losas que hizo estallar el diablo. Aún hoy, unos enanitos, juguetones y asesinos, cortan las sogas de quienes buscan en sus paredones verticales cuevas de tesoros. El cerro, en ciertas madrugadas de aquellarre, abre de par en par a los iniciados un tianguis de sombras. Vendimias de cintos de buen cuero que, luego, se convierten en correosas culebras; ricos filetes de carne que, luego, se engusanan en las manos profanas; succulentos panes dulces, redondos y calentitos que, luego, son simples boñigas de bueyes.

Recuerdo una tarde, cuando fuimos a sepultar a Crescencio, el niño que mató un rayo. Al abrir el ataúd gris, lleno de flores, estalló el tormentón. Todos corrimos a refugiarnos en un ranchito de adobe y zacate. Encimados, sudando. De la caja del muerto, abierta y a la intemperie, nacían las nubes. De pronto, en las consejas de aquellos vecinos del Llano, tomó figura el diablo.

—Yo lo vide la otra noche. Al oír al perro ladrar, me asomé. Allá andaba el diablo vestido de mujer. De colorado.

—¿Cuándo fue? ¿A poco el jueves?

—Ese mero día.

—También lo vide yo, llegando a Alista. Iba a caballo.

En los límites de la realidad, sigue la vida cotidiana. Los espantos, los aparecidos. Las campanas que oía en las noches, que no eran de ninguna parte. Las hechicerías y el mal de ojo. Las gentes. Catarino, aquel viejito aislado, viviendo junto al charco —dizque el agua no tenía fondo—. Jugaba a ser sepulturero de pájaros. El mongólico Víctor, compartiendo pacíficamente con mi tejón, su taco. Los rostros famélicos de los menso —¡muchos, en esos recodos del Llano!—, babeantes, con su triste herencia a cuevas de alcohol e incestos. Las familias enlutadas por generaciones, que vienen matándose —uno a uno, venganza a venganza, año tras año—, desde antes del tiempo.

En Apulco, Los Chivos, Huisichi, Canoas, Telcampana, Totolimispa, Copala, San Isidro, Alista, vibran todos los sentidos, los dramas y las ternuras, los odios y las venganzas, la dura y rebelde realidad, y el encanto y los encantamientos. Como hallas a la vera del camino viejas casi fosilizadas osamentas, topas con gentes de corazón marchito y carcomido. Otros tienen la tristeza encarnada. Por la piel les brota el llanto de siglos, de dolor y desesperación.

—Siento mucho la muerte de tu hijito.

—No me da pena, señor. Ya Dios le dio su libertad.

Hace años, metieron a un pueblo del Llano el agua entubada. Hasta entonces, diario, recorrían con sus castañas, horas y horas, el terregal, para apurar un agua sucia y enlodada. Los vecinos, en una bacanal de agua, bajo el chorro, tomaron, amaron,

mataron. Quién más quién menos, tiene algún hijo regado por esta tierra de tuxca, de nopaleras, órganos y huizaches, de novias robadas, de salto de bardas. Nada te sorprenda, amigo. A plena canícula, parados en círculo, solos en medio del Llano, unos músicos – violín, trompeta, bajo, tambor, guitarra– tocan al silencio.

Pueblos de dos caras: el día, una; de noche, otra. En las noches, hasta los perros se asustan y, tras ladrar y aullar, terminan silenciosos, mirando muy fijos al miedo y a las sombras. Los que diario andan recelosos y callados, apenas apunta la noche, con luna o sin ella, echan sus huacos de rebeldía y rabia; pero, al escucharse, vuelven a recelar hasta de sí mismo.



Juan Rulfo nació en las orillas o en el mismo fuego del Llano Grande, de El Llano Páramo. Por ello fue todo esto.

Sí. Dos años han corrido desde entonces, cuando Rulfo salió para siempre de El Llano Páramo, le siguieron los murmullos. Donde iba, allí estaban. A Rulfo, lo mataron sus murmullos. Murmullos que venían de muy lejos. Del polvo y los remolinos, de los perros y de “El Petacal”, de las sombras y el silencio, de las barrancas que se comen seguido el horizonte, de las generaciones que van heredando el llanto. Quizá, de lo que nos habló aquella noche, fue de uno de esos murmullos, que están más allá de la Revolución, de la Reforma, de la Independencia. Más allá de la Alcaldía Mayor de Colima, y de los caminos reales, y de la guerra del salitre. Más allá, incluso, de los perritos cebados, y de la extraordinaria cerámica del Occidente mexicano. Más allá de todo. De cuando los murmullos fueron palabras y cantos y risas. Cuando el tiempo en “El Llano Páramo” todavía no nacía.

“Antonio, dinos de qué se trata” “Lo mentiroso que era Rulfo, Juan José”

Juan José Arreola
Antonio Alatorre*

Yo le voy a pedir ahora a Antonio Alatorre, por razones muy especiales y particulares, que venga aquí a sentarse junto a mí porque llevamos dos años, bueno más de dos años, toda una vida, de platicar, pero últimamente hicimos una larga serie de televisión que se basó en eso, en conversaciones a propósito de un soneto.

Hace poco Alatorre me contó que estaba leyendo o acababa de leer un texto inédito de Rulfo que apareció creo que en esta feria, y ahí me despertó una gran curiosidad y el interés de platicar con Antonio acerca de eso, hagan de cuenta ustedes... yo soy ahora, estoy, y se lo digo a Antonio como explicación de esta invasión de su tiempo y de este arrebató que, como dice Claudel: “no me siento bien, pero nada bien”, y sé que hablando con Antonio podemos redondear entre los dos un aspecto de Juan que nos interesa muchísimo que es el aspecto de la fabulación, a veces continua, que Rulfo hacía de la realidad. Antonio, ¿te acuerdas del texto?

Antonio Alatorre: Le digo a Juan José que ya que hace esa petición tan descaradamente en público, daré mi respuesta también descaradamente en público, y mi respuesta es: curioso, yo estaba pensando lo mismo, porque yo pienso que lo que ha hecho Eraclio y lo que ha hecho Luis González y González es lo verdaderamente sustancioso y que tú y yo podemos tener una especie de conversación como “ensalada” rodeando estos sustanciosos platillos que nos han dado Eraclio y Luis, y me parece muy bien que nuestra intervención sea una conversación.

J. J. A. Bueno, ven aquí. Perdonen ustedes pero como Antonio no aparecía por aquí, yo estaba en la angustia, teniendo amigos excelentes a mi lado, como Luis, como Eraclio, yo me sentía angustiado porque en cierto modo sabía que mi salvación estaba en Alatorre puesto que mutuamente hemos desarrollado, a partir de conversaciones, a veces tan sencillas y simples, que la cámara nos empezaba a tomar antes de que nosotros hubiéramos elegido el tema de la plática —esto del soneto—; ahora yo les pido perdón a todos ustedes, yo tenía una obligación muy clara, muy precisa que no puedo cumplir, pero el platicar delante de ustedes, en primer lugar para mí representa un interés inmediato y creo que para ustedes también, lo que dice Rulfo en esa publicación que ahora nos va a contar Antonio en qué consiste y por qué existe, quién la guardó. Antonio, dinos de qué se trata esa publicación.

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión de textos y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Segunda edición 2002, pp. 143-158 (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

A. A. Aquí lo siento mucho, ocurre lo siguiente. Yo he venido aquí para dos actos: el presente y uno de mañana, que es la presentación de este libro. Entonces hago mal en adelantar lo que yo pienso comentar mañana. Se trata, en efecto, de una conferencia que dio Juan Rulfo en Colima hacia el final de su vida, y que imprimió la Universidad de Colima y se va a presentar al público después de, creo que hace dos años que se imprimió, y además es segunda edición, pero la primera edición yo la siento como una especie de fantasma, espero que la segunda edición no sea tan fantasmal y el texto, según espero decir mañana, es digno de leerse. Yo siento que la presencia de Luis sería ideal en esa conversación de mañana, porque es una conferencia sobre historia de occidente, es una historia sobre Colima y la parte sur de Jalisco en relación con Michoacán, o sea que el tema de ese escrito... Yo diría que es un escrito que llama la atención; cómo Rulfo es el Rulfo, sí es ese Rulfo, porque es realmente un *shock*: en este momento hay en el mundo, en todo el mundo, en Japón incluso, muchos estudiantes haciendo tesis sobre Rulfo, y constantemente me piden que les explique esta palabra, a esos interesados en Rulfo, o añadamos, a los muchos que conocen la grandeza de Rulfo; lo que ha hecho Eraclio Zepeda es resumir en unas cuantas líneas el hecho evidente en que cualquier lector, los libros de Rulfo son libros que se destacan, son libros que van a durar, eso es evidente... el llamar la atención, el subrayar es tarea suplementaria, a veces es tarea tediosamente obligatoria en una universidad para subir un escalón en esa difícil escalera; a todos ellos les va a sorprender ese texto que vamos a presentar mañana, por eso no hablaré de eso, hablaré de otra cosa para comenzar.

J. J. A. Para comenzar sí, nomás mira, quería señalar en Eraclio y en Luis que avisaron cosas muy importantes: Luis por ejemplo, y ya lo había dicho Eraclio, creo, el hecho de que juzgamos a veces instantáneamente a Rulfo como un hombre del campo, en muchos aspectos como un auténtico campirano y cuando nos damos cuenta de que su vida real abarcó muy pocos años –y ya lo dijo muy bien Luis: no fue un hombre del campo, pero sí fue un niño ranchero, un niño del campo, un niño de la barranca de Apulco; ahora, lo notable de él que explica al mundo, es el hecho de que fue un niño memorioso. Rulfo fue memorioso toda su vida, pero en unos cuantos años pueriles e infantiles, Rulfo captó una atmósfera, que también aquí se ha destacado. El hecho de que es un hombre de familia, de una familia... Si ustedes hubieran conocido de cerca a los Pérez Rulfo y a los Vizcaíno, a la señora y al tío don Librado Vizcaíno, se darían cuenta de que estuvo en medio de una familia poderosamente animada por el genio de la lengua castellana; y naturalmente, hablando en provincia, en el campo, entonces él percibió ese genio y oyó a verdaderos talentos de la expresión oral... Los que pudimos hablar con los tíos, con David o con Luis Pérez Rulfo o con uno de los hermanos de la señora, nos damos cuenta de que perteneció a una de esas familias tan característicamente occidentales de Jalisco, del sur, de nuestro sur, y qué bueno que mentaron aquí al lago Tuxcacuesco que es la verdadera fuente de la atmósfera de Comala... Entonces lo que nos va a decir Antonio Alatorre yo tengo la seguridad que va a dar lugar a que podamos explicarnos la aparición del genio en un niño campesino, en un muchacho, en un adolescente y luego en un joven lector de novelas.

Hace poco –se va a acordar también Antonio Alatorre– recordamos ciertos cuentistas que tanto fomentaron el arranque, el impulso primero en los primeros relatos de Juan; pero ahora yo quiero que tú emprendas lo que vas a decir para que haya más conversación.

A. A. Bueno, tú dices que estoy seguro que yo voy a arrojar no sé qué luces sobre el auditorio y yo no estoy muy seguro, yo ando... digamos que cuando oí a Eraclio dije: ¡Ah! Sí, claro, tiene razón, me gustaría añadir esto, y luego en otro momento me gustaría añadir esto a otra cosa, ahora ya se me olvidó qué cosas quería añadir, pues estaba yo concentrándome en esto. El punto de partida podría ser esa cosa, esa escena del subterráneo de Tuxcacuesco. Sucedió en Tuxcacuesco y le cuenta a Eraclio, y un poco después dice “no es cierto, yo no te conté eso”, es de donde me voy a agarrar.

Lo mentiroso que era Rulfo, dice, es en efecto la otra frase, se conecta, como no tuvo quién le contara cuentos, “como no tuve quién me contara cuentos los tuve que hacer yo”, tiene una carga patética muy fuerte, es el corazón de uno de sus cuentos, ¿en cuál cuento? El hijo necesita agarrarse del padre, el hijo necesita un padre, es bueno saber que Rulfo fue un huérfano para captar todo el patetismo, toda la sustancia de esa frase. Entonces esos cuentos –y aquí viene lo que dice Juan José, el niño memorioso, pero hay que añadir esto, esas memorias estuvieron en metamorfosis– fueron alambiques y alambiques, de tal manera que al producto final no hay que buscarle un correspondiente con la realidad: ha sido muy metamorfoseado, por eso lo llamo yo mentiroso; los cuentos de Rulfo son mentirosos, no busquemos allí un espejo de la realidad en ese sentido pleno, chato, directo, es una realidad supertransformada y entonces las mentiras son curiosas, por eso una serie de anécdotas sobre mentiras es útil. Por ejemplo esto, esto que de alguna manera me ardió un poco, un poco.... ¡bueno!, ¡ya ni modo!, hay que hacer una brevísima autobiografía.

Yo tuve una formación normal, estuve en una orden religiosa hasta los veinte años, salí hecho un bruto y gracias a Juan José, a quien conocí aquí en 1944, mi vida cambió de rumbo, sí, yo me encontré gracias a Juan José Arreola: Arreola me sacó de Egipto. En una entrevista, de esas muchas entrevistas que le hicieron al Rulfo famoso... ¡Ah no!, eso me lo contó un amigo, me dijo “Estuve hablando con Rulfo y con un grupo de amigos y recordando a Guadalajara y yo le pregunté: ‘¿y Antonio Alatorre?’” Y el comentario de Rulfo fue el siguiente: “Sí, Antonio Alatorre fue seminarista, ahora es ateo –moviendo la cabeza en tono de reprobación, en un ademán de gran reprobación–, era seminarista y ahora es ateo”. Le dio risa, pero al mismo tiempo como una pequeña rabia, no tenía otra cosa qué decir más que esa vulgaridad; ¡cuántas gentes han ido a un seminario!

Sí, y aquí entra la segunda parte. El año pasado en la feria de Guadalajara me encuentro a un viejo conocido que se llama Ricardo Serrano de aquí de Guadalajara: “¿Cómo, no has leído mis cosas?” “No”, le dije. Y lo que ha escrito sobre Rulfo, y que fue

compañero de Rulfo en el Seminario Conciliar de Guadalajara, y en el libro está una foto con el cura de rigor, con su sotana llena de botones, a la antigüita, una foto de 1930 o algo así será. Rulfo tiene, creo, unos quince años en esa foto. No tienen ustedes idea de la cantidad de gente que se ha metido en la biografía de Rulfo. Y allí está de paso otra mentira, una pequeña mentira subsidiaria, ¿dónde nació? Pues que en Sayula, que en San Gabriel, que en Apulco. Apulco ha entrado tardíamente en escena, era más bien San Gabriel, o sea, San Gabriel y Sayula como lugares más presentables. Yo conocí Sayula y San Gabriel en 1933, los comparaba con Autlán y decía: "Autlán está mejor", pero Sayula... Por ejemplo, el tranvía; Sayula tiene tranvía, Autlán qué esperanzas que tenga tranvía y en San Gabriel había una iglesia que me parecía graciosa; probablemente porque supe que en esa iglesia se habían casado mis padres, entonces le agarré cariño a San Gabriel.

J. J. A. Oye, Antonio, nosotros siempre supimos... cuando el trato más intenso con Juan, él siempre dijo que era de San Gabriel... bueno, había una variante que se nos iba a ir: El Jazmín, de pronto le parecía muy adecuado nacer ahí, muy cerquita de la Media Luna, en El Jazmín, que está muy cerca de San Gabriel. Efectivamente cuando empezó a él no le gustó nunca la averiguación de Sayula (el nacimiento), y aquí no voy a hacer alusiones de ningún género, pero él ocultaba en cierto modo Sayula como lugar de su bautizo, de su inscripción en el registro civil; entonces por orden, en el recuerdo que tengo de los años de Guadalajara cuando al mismo tiempo, el mismo día Antonio y yo conocimos a Juan, ya no me acuerdo si él me lo presentó o me lo presentó Arturo Rivas Sáinz, pero desde ese día nos vimos diario, entonces era de San Gabriel. Luego hubo las variantes de El Jazmín y luego le llegó, ya de cerca, en años posteriores, el hecho de que había nacido en Sayula, pero entonces se refugió en Apulco porque, Apulco cumple con mayor perfección el ideal del nacimiento de un niño ranchero, de un niño de campo. La barranca, la sola calle, la iglesita y demás. Y entonces ya se formalizó el nacimiento en Apulco.

A. A. Sí, esto que ha dicho Juan José me permite volver mi ironía ahora contra él: hay una entrevista, muy hermosa, que le hicieron a Juan José, muy poco después de la muerte de Juan. El entrevistador era Vicente Leñero y Vicente Leñero encontró un material muy jugoso, muy agradable, fácil de convertir en una pieza teatral. Los personajes son Vicente Leñero que va a hacer la entrevista, está Eduardo Lizalde, está el hermano de Juan José y Juan José. La entrevista corre paralelamente a un juego de ajedrez, todo entra en la pieza: moveremos la torre... moveremos la torre. ¿Qué dice usted? –No, Rulfo... Y volvía y atendía al asesor. O sea que sale realmente muy teatral. Eso es presentable. ¡Ay de aquel al que le toque hacer el papel de Juan José!

J. J. A. Mañana se pone aquí.

A. A. ¡Ah!, lo van a hacer.

J. J. A. Mañana, sí.

A. A. ¡Qué sensacional! Vayan.

J. J. A. Mañana a las seis.

A. A. Porque es una delicia

J. J. A. Vayan, vengan, porque va a ser aquí.

A. A. Bueno, y allí dice... yo leo eso por interés, me río, me acuerdo y de pronto digo: "Pero cómo, Juan José, estás mal". O sea las que yo he llamado metamorfosis. Propongo que ya no digamos la fea palabra llamada mentira, llamémosla metamorfosis de la verdad. La mentira es un cierto estado de la verdad en su metamorfosis. Juan José sale allí con que la casa de los parientes de Rulfo, donde lo conocimos, estaba ¡uuh! más allá del arco de Vallarta. No es cierto.

J. J. A. Estaba en las orillas y entonces...

A. A. No es cierto, estaba entre el arco y Tolsá, que he oído que dicen... en mis tiempos se llamaba Tolsá.

J. J. A. Como debe y suele decirse.

A. A. ¿Cómo es? Bueno, y me lo han confirmado hoy que Rulfo no vivía, o sea que allí ya transformaste la realidad.

J. J. A. Bueno.

A. A. Y dices que yo te presenté a Rulfo. Absolutamente la has transformado. Tú me lo presentaste. Cuando yo te conocí, tú ya eras visitante de Rulfo en ese lúgubre cuarto (J.J.A. –Despacho) o despacho que tenía que ver con aduanas (J.J.A. –Cinista) o con migración (J.J.A. –Era migración), haciendo un trabajo (J.J.A. –Que estaba en Ramón Corona, esquina Maestranza), edificio feo, la oficina fea, el escritorio feo y tenía sus novelas ahí. Porque no hacía nada. O sea, tú fuiste el que me lo presentó.

J. J. A. Bueno, mira, está bien. Ahora que...

A. A. Una última cosa...

J. J. A. Sí, ándale, porque vas a seguir después, ¿verdad?

A. A. Ya que estamos en eso, la *petite histoire*, la microhistoria, aunque sea en otro sentido que el que lo emplea Luis, pero las anécdotas son útiles para entender al personaje. Por qué ésta, o sea la mentira, está al servicio de algo, y esta imagen del niño desamparado y del niño ranchero y del niño memorioso y del niño que da vueltas, y del niño que se cuenta cuentos, es un todo. El chiste es integrar la pequeña anécdota en ese todo que es Rulfo y es la siguiente: una alumna mía que prepara algo sobre Rulfo (es decir, de hecho vamos a hacer entre los dos una edición, llamémosle completa, con las variantes, porque es muy interesante: en pocos escritores como Rulfo es tan ilustrativo ver los cambios que fue haciendo, y se ha metido mucho en el asunto Rulfo y fue a la Secretaría de Gobernación. Su permanencia en Guadalajara fue parte de este trabajo, lo mandaron, lo nombraron delegado o algo, en Guadalajara. Hasta eso no delegado, fue siempre un empleado muy subalterno, ganaba una miseria, además. Fue cuando lo conocimos. Y en esos momentos, algo especialmente hermoso, porque el intendente de la secretaría hace un memorándum al jefe de la oficina –ya saben esos nombres que tienen los escalones de una secretaría de Estado– donde acusa al ciudadano Juan Pérez Vizcaíno –en esa época todavía no se llamaba Rulfo– de que al salir del trabajo a las seis de la tarde cortó una rosa en presencia del policía, lo que comunico a usted para la sanción a que haya lugar. Es un documento realmente muy hermoso esta amenaza de castigo. Solían rebajar un día de sueldo por llegadas tarde, pero parece que lo de la acusación de la rosa no impresionó mucho al jefe de la oficina, no hay en el expediente señales de sanción. Y uno de los documentos, el primer documento es su... ¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama lo que llena uno, nombre, padre, lugar de nacimiento...?

J. J. A. Sus generales.

A. A. Sus generales, sí. Viene su fecha de nacimiento, nació en 1917. Todas las biografías de Rulfo dicen que en el 18.

J. J. A. Porque lo decía él.

A. A. La explicación, la explicación la va a dar Juan José, la explicación de esa mentira.

J. J. A. No, no. El hecho es de que hubo un momento en que nos dimos cuenta, de que un grupo, José Luis Martínez, Manuel Caldillo, María Teresa Rivas, toda una serie de personalidades.

A. A. Alí Chumacero.

J. J. A. Alí Chumacero, nacimos en el 18 y Rulfo, no por quitarse un año sino por compañerismo, decía que él había nacido también en el 18, y además, le dio un brillo a 1918 que no le hemos dado nadie. En 1918 no hay que decir, ya que nació en 17, pero la

gloria del 18 mexicano es Juan Rulfo, los demás estamos allí como una especie de pléyade más o menos minoritaria, pero por ahí anda el asunto. Ahora, mira, quería decirle algo a la concurrencia que me emocionó, cuando al contar esto que tú has citado también, de la niña en el fondo del pozo. Es decir, una mujer en una profundidad, en esa oficina de Maestranza y Ramón Corona, un edificio antiguo, no es el Genoveva, por ejemplo, pero un edificio de ese estilo y de esa época como es, no, bueno, estoy diciendo un disparate... bueno, en eso estamos, hablando de Rulfo se admiten toda clase de disparates.

E. Z. Es lo que yo oí.

J. J. A. Natural. Mira, yo estoy haciendo esquina con dos calles paralelas, pero a mí ahí me llevó Juan –antes de darnos el cuento de “Nos han dado la tierra” y de “Macario”, me leyó allí el primer principio de *Pedro Páramo*. Me tocó verlo y seguirlo a lo largo de... podía contar los años, desde la primera hasta la víspera de irse el libro a la imprenta, y allí estaba Susana San Juan enterrada, hablando desde el fondo de la tierra, un monólogo completamente característico que ha quedado en partes diferentes de *Pedro Páramo*. Pero había esa mujer en el fondo de un pozo. Al hablar Laco de ese pozo y de esa niña que estaba adentro es esa figura tan fantasmagórica, tan nocturna, tan romántica, vino a dar al libro por los recuerdos de este hombre. Ha habido quien –no voy a mencionar su nombre porque me toca muy de cerca– había buscado en ciertas tradiciones, en ciertas publicaciones periódicas, anteriores o contemporáneas a la niñez de Rulfo, que trataron algunos temas a propósito de personas hacendadas de la región del sur de Jalisco. Yo hasta voy a decir por primera vez el nombre aquí. No de la persona que me ha participado estas cosas. Hubo un señor que se llamaba Nicolás Pelayo que fue tanto amigo de mi padre, asistió a la boda de mi padre como a las de los tíos –porque el padre ya murió muy temprano–, de los tíos de Juan; y don Nicolás Pelayo era muy famoso que hacía, contaba cuentos, hacía versos durante mucho tiempo. Una etapa se le atribuye el célebre y tan depresivo poema que se desarrolla en una noche en Sayula. Hace unos cuarenta años o cincuenta se decía que don Nicolás. Conocí a uno de sus descendientes; –yo no quiero, de ninguna manera, decir nada ni verificar nada, sino saber nomás que don Nicolás era un gran contador de cuentos y los tíos de Rulfo también. Entonces él nació, como dijo un poco antes, entre personas que poseían el genio de la lengua vernácula y el niño inscribió, recibió toda esa suerte de mensajes porque se iba a llamar *Los murmullos*. ¿*Pedro Páramo*? Porque él oyó los murmullos y se le quedaron muy bien, no sólo en las orejas sino que se le quedaron mucho en el corazón. Él oyó (y eso sí es cuento y referencia suya) los famosos cuentos de espantos, las anécdotas de revolución y luego las cristiadas alrededor de una hoguera. En las noches campesinas que lo mismo se están calentando ollas de café que asando unos tasajos de carne, de diezmillo... Y en esas lumbradas yo me acuerdo que un cambio de viento le quemó las barbas a toda una docena de apóstoles que fueron viejísimos tíos maternos. Porque estaban descuidadamente sentados junto a la gran hoguera, y el fuego sencillamente la hizo de rapabarbas ahí y estas personas contaban interminablemente historias. Cuando yo conocí los primeros cuentos de Juan

tuvo la forma de que varios de ellos los vi todavía manuscritos y ya con intercalaciones de máquina de escribir y todo esto... tienen mucho el todo de estas cosas que escuchaba uno de niño atemorizado. También hay que recordar aquí sirvientas maravillosas de aquellos tiempos. No es momento, pero si evocar a dos o tres figuras como la Francisca y Marcel Proust, había una serie de sirvientes en la casa que nos formaban tanto o más que nuestras madres y tías y nos contaban cuentos por las noches. Entonces esto hace algo –y lo que digo públicamente porque para mí sigue resultando inexplicable, misterioso–, toda esa capacidad de hablar por tantos, de percibir los murmullos y calibrarlos en voces autónomas, en donde Fulgor Sedano, en el padre Rentería, en el propio Pedro Páramo, en los personajes se calibran los rumores, se reducen a personas y esos rumores son sencillamente el alma universal del pueblo, el animismo. Yo estoy seguro que Rulfo leyó una de las piezas del animismo. Una pieza de teatro. Entonces, me hace pensar el libro del Lévy-Bruhl en el alma primitiva, y como decir: “hay un silencio lleno de alma que nos rodea en todas partes”; esto es de un poema chino, pero a Juan le llegaba ese rumor, ese rumor múltiple y múltiple que se vuelve unánime en cada personaje. Ese es, pues, el milagro de la creación artística y otra vez, el inconsciente colectivo; pero yo quiero que Antonio nos siga contando anécdotas de...

A. A. Mira, es que tú has puesto un broche allí.

J. J. A. No, no, no. Vamos otra vez a lo natural, pero es que hacía falta que plantearas lo que dijiste para...

A. A. Tú dices que, bueno, muy bien... lecturas. No sé si estás sugiriendo que Rulfo leyó a Lévy-Bruhl. ¿Esto es lo que estás sugiriendo?

J. J. A. Yo creo que sí; si no ¿sabes a quién?, a Jules Romains, que estuvo en la primera línea hace cuarenta, treinta, veinticinco años, él tiene una de esas novelas, porque hubo un movimiento que se llamó así: unanimismo, que es tratar de descubrir el alma colectiva.

A. A. Yo no sé si hay influencias tan importantes en la obra de alguien, que si no se conoce el origen de la influencia la lectura resulta difícil, y una vez conocida la fuente esto se ilumina. Yo no creo que haya en Rulfo nada que se explique por sus lecturas, de sus lecturas de Leli Bleu o algo así, lo que sí se puede encontrar es digamos la pertenencia de Rulfo a la literatura moderna. La obra de Rulfo está en serie con cosas que se escriben y allí entran naturalmente; sus lecturas, yo no sé si la experiencia de Arreola es distinta de la mía pero yo no recuerdo ninguna conversación –y ya lo he dicho en la presentación que hice de la reimpresión facsimilar de la revista que hicimos, la que hicimos Juan José Arreola, Rulfo y yo en Guadalajara en 45– no tengo ningún recuerdo en que estemos Rulfo, Arreola y yo hablando de lecturas, no recuerdo. Rulfo, Arreola y yo leíamos a Jean Cocteau y leíamos a Claudel y... eran las conversaciones entre nosotros. Arreola me

introdujo a Freud, pero Freud era la bestia negra ¿verdad? Yo supe de Freud por conversaciones con Juan José. Pero no me imagino a Rulfo tomando parte en una conversación sobre el sueño y el inconsciente; su mundo era otro, además de que tenía en su casa gran cantidad de libros, yo diría que cuanta novela inglesa, norteamericana, francesa y alemana llegaba en traducciones. Allí el papel de Argentina y de Chile fue extraordinario en esos años de la guerra. Fueron nuestros proveedores: editorial Ercilla, Seix Barral, Losada y todas esas. Benditas sean porque realmente nutrieron a la juventud aficionada a la literatura durante muchos años. Y Rulfo no se perdía una traducción de las novelas de Faulkner, por ejemplo. Rulfo –y es una de las mentiras que más me han impresionado– en una de esas entrevistas le preguntaron: “Maestro, y dicen que Faulkner ha influido...” “¿Faulkner? ¡Jamás lo leí!” Y dentro de mí digo: “Juan, ¿por qué lo niegas, qué tiene...?” Negando aquellas cosas que yo había visto. Son misteriosas las mentiras de Rulfo, por qué razón íntima hace eso. Habría que acudir a su infancia, por esto es que Rulfo me parece un personaje altamente psicoanalizable a través de sus escritos.

J. J. A. No, sí. En realidad es entre nosotros todos los que le hemos tratado –y no sé qué dirá Edmundo Valadés– una auténtica leyenda. Yo tengo que decirles a ustedes algo. Se trata de algo muy breve, pero no sé si Antonio Alatorre lo recuerda. Él me regaló –ya en México, unos cuantos años después, cuando estaba de vuelta de París– una copia de un poema de Juan y yo, siendo tan amigos como somos –y esto es la verdad pura– le voy a preguntar a Antonio cómo se hizo de ese poema y si tiene una copia aparte de la que a mí me regaló y que tengo trasapelada desde hace años, no perdida, porque no ha salido de mi casa. Está en un pedacito de papel muy chico con tinta roja, y cuando yo te lo enseñé me dijiste: “no es letra de Juan, Juan me dejó copiarlo y esta es letra mía”. Un poema muy breve y muy bello de Juan Rulfo. ¿No te acuerdas?

A. A. Podría haber una respuesta dramática que fuera: no, no tenía copia, era el original, pero la respuesta verdadera es aún más dramática: no recordaba yo ese incidente.

J. J. A. Está en tinta roja. Yo tengo de Juan pocos manuscritos: una carta, dos tarjetas, dos, tres dedicatorias; pero la letra de ese poema la tomé por letra autógrafa de Juan, pero hasta que encuentre el poema puedo hacer los cotejos. Porque yo me acuerdo que un día –eso se le olvida a Antonio– yo se lo enseñé. ¿Te acuerdas del poema de Rulfo? Mira, es autógrafa, y entonces me dice Antonio: “No, yo lo copié, me gustó y Juan me dejó copiarlo y me lo regaló a mí antes de hacer un viaje a París”. Ese poema quiero encontrarlo, desde luego, para que se conozca porque es muy bello y tiene una línea Miguel Hernández, pero muy a lo Rulfo; porque también Miguel Hernández era una de las lecturas predilectas de Juan; y yo le quisiera preguntar a Edmundo Valadés. La *Revista de Occidente* también nos ayudó muchísimo a los cuentistas, publicó algunos tomos; me acuerdo de uno de Lidia Sinfulina que se llama *Caminantes*. ¿Tú tienes ese libro?

A. A. Lo tuve.

J. J. A. Bueno, allí me encontré un cuento que es sorprendente y es natural, como es el caso de José Revueltas; la lectura de Andreiev que hicieron apasionadamente, de Chéjov, de Kuprin, y luego, Antonio me va revelando otra de las fuentes nuestras, que a mí por eso me ayudaron a entender mi propio pueblo y los pueblos pequeños de los alrededores: *La aldea* de Iván Bunin.

A. A. Y el otro.

J. J. A. ¿Cuál? Sujovó.

A. A. Sí, ése, Sujovó. Sí eso yo iba a decir. Cuando hablaba de una cierta manera de novelar, una cierta manera de transmitirle al lector lo que es la vida humana en la sociedad, en un grupo, es decir, esta simpatía, esta fuerza que hace de la novela del siglo XX algo distinto de lo que es la novela del siglo XIX. Yo tenía las novelas de Iván Bunin, Premio Nobel en 1933, pero de esos premios Nobel que luego pasan a la historia. Pregunto, he preguntado por ahí, por curiosidad: ¿Iván Bunin, te suena?... No, no... siento que Iván Bunin es un autor de esos olvidados que pasan. Después de tantos años de tener esos libros, dije voy a ver qué jais. No había leído nada. Caigo sobre ellos y es sorpresa tras sorpresa y digo: “éste es grande”. De pronto sentir eso, indescriptible, que es la conciencia del lector. Decir de pronto: ¡qué ganas de darle un abrazo, éste si está diciendo! ¡Qué Rulfo es, pero qué Rulfo! No creo que ahora sea necesario difundir a un Rulfo lector de Sujovó, de Bunin, que ya han llegado a la cima.

J. J. A. Han llegado, sí.

A. A. Es la misma.

J. J. A. Unánimes.

A. A. Yo diría la misma calidad de ternura, de lágrimas en la comprensión de la vida en los dos, ¿verdad? Esto es, yo no sé, pero lo grande siempre coincide, ¿verdad?

J. J. A. Y hay esto, Antonio. Es realidad, los capaces de percibir eso, de percibir lo que es un alma que está más allá de los individuos, que está como flotando entre todos y los envuelve y al mismo tiempo esa alma se aloja en cada uno de ellos y se matiza con la índole botellita del promontorio. Bueno, yo les voy a contar a ustedes que hace cincuenta años que leí *La aldea* de Bunin, y a Sujovó. Nunca hablé con Juan de estos autores ni de Lidia Sinfulina, pero en ese momento se da uno cuenta de que el mundo campesino, el mundo de México cuando llega a niveles de misticismo natural, antiguo, elaborado alrededor del mundo cristiano-católico, pero vivido en aldeas, produce ejemplares humanos

que tienen una correspondencia estricta; y nos encontramos con personajes que nacieron lo mismo en la santa tierra rusa que en la barranca de Apulco, porque tienen esa pureza y ese apego a la tierra, y esa sabiduría junto a la tierra. Entonces el “don” de Juan Rulfo, lo incluye en el número prodigioso de esos seres humanos capaces de hablar como lo hacen los poetas verdaderos, hablar por muchos y, en algunos casos, sencillamente por todos. Yo debo confesar que, aparte de ese poema que me remuerde la conciencia no encontrar, no haberme dedicado tres días a buscarlo, tengo además que recuperar otro inédito de Juan Rulfo que he prometido. Debo confesar que una noche, volvimos a convidar a Juan a cenar a la casa, que le gustaba un género de frijoles que sólo mi mujer –a quien Rulfo quiso y admiró– preparaba. Bueno, no voy a decir nada más pero los frijoles, los frijoles de Sara, tenían un precio tan alto para Juan Rulfo que en mi hogar no pasó nada, pero en el hogar de Juan a veces había molestia porque esos frijoles no se le podían olvidar nunca: calducos, con chile güero y uno cosa así. Entonces, esa noche, Juan nos ha contado una historia que la tengo grabada como si la hubiera hecho en cinta magnética. En otra ocasión, a los ocho días más o menos, volví a invitar a Juan y preparé el escenario: la misma mesa, todo, los mismos frijolitos, ¡ah!, no nomás había frijoles, había otra cosa más, pero esos eran su predilección, y entonces, puse yo una grabadora y llegó Juan y la encendí. Me dije: aquí se necesita hacer esto. Le digo: “oye, Juan, ¿te acuerdas del cuento que nos contaste a propósito de tu viaje a Talpa?” No era cuento, era el relato de ese viaje que hizo acompañado de un equipo de filmación de película y, realmente, nos ha contado una pesadilla prodigiosa. Yo varias veces, al aludirla, he tenido el deseo de incurrir en el acto de relatar lo que nos contó esa noche, pero quiero escribirlo diciendo exactamente que es una especie de grabación en mi espíritu de escenas nocturnas terribles en Talpa, de llegar al anochecer y alimentarse de una manera absurda; iban un grupo de amigos, cenaron allí en la plaza, bebieron, y estaba Talpa como lo vieron personas todavía de hace treinta años, que se llenaba el pueblo, que no había un lugar donde estar: había personas que tenían ya que dormir en las afueras, en el campo, porque no cabían ya en las calles ni en las placitas de Talpa.

Tengo la intención alguna vez de apuntar eso y también de reconstruir algunos de los dichos.

Cuando decíamos de cómo Rulfo deformaba la realidad, de pronto uno no entendía por qué recomendaba una película, un libro, y nos íbamos a meter al cine y nos íbamos a buscar el libro y de pronto tenía unas cosas muy curiosas que uno se quedaba pensando ¿es cierto que de veras le gustó tanto? Yo me acuerdo que él tenía pasión por un libro y yo no quedé en paz hasta que lo pude conseguir, un libro de un escritor muy notable y dramaturgo: Gerard Gablem, que se llama *El hereje de Soana*, y Juan hablaba de *El hereje de Soana*. Nadie podía tener el libro, ni podía darse cuenta, realmente, cómo era el tal *hereje de Soana*. Yo no sé... por cómo lo contaba Rulfo... resultó después un libro insípido, imposible. O de pronto descubrió a un amigo de Rainer María Rilke que se llama Hans Karosa. Y a todos nos pone a buscar por todas partes el libro de Karosa, que era casi

inhallable. Y luego la película del cine París o del Del Prado. Ahí va uno a ver la película y resulta que era otra cosa de lo que él había contado. Y no era mentiroso, sino como bien dice Antonio: no hay que decir mentiroso sino que utilizaba esa metamorfosis de la verdad que a veces la transforma en lo contrario del hecho real.

Miren, voy a contarles algo que conté creo que aquí en Guadalajara, pero no importa porque no lo voy a contar todo, nomás voy a decirlo. Una vez, en Buenos Aires, Rulfo cuenta que de nuestra región de Jalisco están desenterrando a los muertos y lo dice tranquilamente. Dice que él sabe que se ha declarado una epidemia de desenterrar muertos. Yo le dije: “no, Rulfo, lo que va a pasar es que si desentierran muertos va a haber muchas epidemias”. Y otra vez en el Palacio de Bellas Artes, Juan dijo que había siete pueblos de Jalisco mandados destruir por un presidente –de no hace mucho tiempo, yo tampoco lo puedo mencionar– y entonces le dije: “Oye, Juan, pero yo soy de por allá, y del bajo y Tuxcacuesco hasta Tonaya, y El Limón, El Grullo, ¿Dónde están esos pueblos?” “Dónde estaban? –dice–. ¿Cómo lo vamos a saber si no dejaron piedra sobre piedra?” Bueno, a ver, maestro, tú.

A. A. No, creo que está bien, creo que está bien, muchas gracias.

J. J. A. ¡Ah!, mira nomás.

A. A. Lo que podríamos hacer es que Luis y Eraclio comentaran...

J. J. A. Mira, aquí está ya el ejemplar, miren lo que son las cosas, me lo acaban de dar ahorita que me lo manda Armando Ponce. Míralo tú y léelo, ¿cómo se llama?

A. A. Además tiene un título muy bonito, de un cuento. Hay un cuento de Rulfo que se llama “¿Te acuerdas?”, que nació en casa de Juan José. Y todo comenzó con esas historias de: “¿Te acuerdas de Fulana?” “Sí, hombre, la sobrina de aquella, aquella señora la que cojeaba”, y, en fin, todos aquellos detalles de la vida de pueblo, “No, lo que pasa es que tú confundes. Por cierto, ¿te acuerdas cuando mataron al tío de ése que...? qué drama, ¿verdad?” “Sí, hombre, la mujer esa se quería echar por la ventana”, en fin, todas esas. Y eran Rulfo, Juan José y su hermano los que estaban hablando y recordando todo eso y Rulfo estaba atento, y de ahí salió ese cuento. Claro está que hay una metamorfosis, pero es un cuento muy bonito. Parece poca cosa, pero retrata muy bien una vida de pueblo. Y el libro de Vicente Leñero se llama *¿Te acuerdas de Rulfo, Juan José Arreola?* Hermoso título.

J. J. A. Mira nomás, acaba de salir ahorita. Yo tenía la idea de que Vicente no creyó que lo iba a imprimir: es la entrevista que mencionaba Antonio. Me duele mucho no poder hablar como lo hicieron Luis y Eraclio, de una manera lógica y puntual. Tenía que atreverme a la conversación. Nos quedamos apenas llegando un poco a ese ser que,

bueno, Eraclio dijo. No esa persona triste. Además hay esto: una cosa es Juan Rulfo a los veinticinco años y otra cosa es Rulfo a los sesenta y cinco y sesenta y ocho... Perdón... Está la emoción que a todos nos trae la presencia física de Juan. Eraclio dijo: “Por aquí ha de andar, ya no lo vemos tanto como antes, pero por aquí ha de andar”. A mí me ocurre a cada momento lo que en cierto modo me ha ocurrido esta misma noche: que hablo de Juan como si no estuviera muerto. Y a veces me acuerdo de cosas que no debería recordar o decir y a veces las digo, porque fueron tan reales y tan tuyas. Un día contaré otro inédito de Juan.

Entre el Indio Fernández, Juan Rulfo y yo, escribimos una película. Cada quien hizo un pasaje y entre todos hacíamos las uniones de los episodios. La película se iba llamar *Río arriba*, y era una barca de puros hombres terribles: un gallero, pura gente desalmada, un seminarista y una muchacha. Iban a traer –y de hecho la trajeron de Italia– a Rosana Podestá, para que hiciera el papel de la monja que canjea sus hábitos monjiles en una taberna de puerto fluvial en la desembocadura del Pánuco. Salen del convento las demás hermanas y le dicen: “tú sálvate, eres joven y bella y la mejor manera de que te salves es que te quites esa ropa”. Entonces ella se va a la taberna y canjea con una mujer, con una moza su vestido. Canjea su hábito por un vestido estampado terrible, en donde se ve su belleza y su semidesnudez y ella aborda la barcaza que va a remontar río arriba el Pánuco haciendo escalas, en los bochornos del mediodía y de distintas horas. Cada uno de los siete individuos tiene una pesadilla, un sueño de posesión de aquella mujer que entre todos defienden uno del otro. La mujer va defendida por la avidez de todos, pero cada uno sueña la posesión en sueño gozoso o pesadilla, mientras va haciendo escalas. Juan escribió la escala en la que el capitán del barco se bajaba y se hallaba a su hijito muerto, hallaba el velorio. Otro, llega a un lugar a donde su novia se está casando, naturalmente, con otro. Era una película muy desigual. Yo hice la escena del gallero basada en la riña de gallos como experiencia erótica.

Pero les voy a contar de años después, donde Rulfo emprendió una vida que fue muy importante, muy dura y muy dolorosa, en casa del Indio. Porque él –en ese tiempo– y yo por ejemplo, no tomábamos nada de nada; y el Indio era de una cada rato: la botella de tequila o de lo que fuera, y esto, aquello, y a beber. Y hay anécdotas de ese tiempo muy extraordinarias.

Pasaron años, y una vez, me encuentro al Indio en Los Pinos bajo el régimen de Echeverría, que nos invitaron a no sé qué, a no sé cuántos; y hablando con él le dije... – ¡Ah!, porque la película la hicieron finalmente, y se llamó *La paloma herida* y nada tenía que ver con *Río arriba*. Entonces, no, no, una cosa: esto lo cuento porque es para mí motivo de alta satisfacción. Aunque el asunto fue un fracaso. Cuando el Indio llamó a Juan Rulfo, después de *El Llano en llamas*, Rulfo le dijo: “Sí, yo trabajo, pero con la condición de que llames a Arreola, si Arreola viene con nosotros, yo le entro”. Así, Juan me llevó y me presentó al Indio, y entonces íbamos a diario, todas las mañanas y trabajábamos a la orilla

de una cama gigantesca, la primera *king size*, pero *super king size*, que había en la casa del Indio. Era una cama tan vasta que después de estar trabajando ahí unas horas, sentados a la orilla de la cama y el Indio diciéndonos y nosotros como evangelistas allí, taquígrafos Juan y yo, el Indio decía: “Aparece el título de la película y tres rayos rompen el título”; era una cosa de rayos y centellas. Y de pronto nosotros a media mañana advertíamos que el Indio estaba acostado ahí. Y de pronto veíamos que algo se removía por acá. Pero no voy a seguir con el cuento, aunque era realmente increíble. Pero en esa visita a Los Pinos le dije: “Óyeme, tú conservaste aquel manuscrito que yo puse en limpio” –porque además tuve el trabajo extra de poner las versiones de todos en limpio, corregirlas y armar en general el guión. Me dijo: “Sí lo tengo y te lo regalo porque tú lo pusiste en limpio y todo. Anda a mi casa y te lo doy”. Fui allí y resulta que se ha perdido. Yo he querido hablar con su hija, con su viuda, porque allí hay un inédito de Juan. Y hay trabajo de Juan a través de toda la película desde el principio. Pero son de esas cosas que uno cree que con el tiempo pasan, qué va ir uno hasta la calle de Olivia Linda, ¿cómo se llamaba? ¿Dónde vivía el Indio?

Bueno, miren ustedes, yo quiero pedirle perdón a Eraclio y a Luis, pero finalmente creo que hacía falta que sintiéramos a Juan perfectamente vivo y entre nosotros; que recordáramos no esas cosas tristes y oscuras... A mí me encanta ese respeto, y yo, es la primera vez que oigo mencionar a Juan Rulfo como don Juan Rulfo...

A. A. Yo también.

J. J. A. Ya me acordé de su bisabuelo, sí, don Juan de Rulfo, que junto con don Juan de Arreola, fueron munícipes en Zapotlán el Grande, y eso consta en actas. Consta en actas. Muy buenas noches a ustedes.

Algunos antecedentes

Gonzalo Villa Chávez*

—¿Por qué es importante estudiar historia?

—Es importantísimo. No sólo importante. Es lo que arraiga al hombre a su tierra. Es lo que hace que el hombre permanezca y que le tenga cariño al lugar donde vive. Es precisamente la razón por la cual muchos se han ido de braceros: el hecho de no tener conocimiento de su pasado ni del lugar donde habitan. El día que conozcan a sus antepasados, el día que sepan que en esos lugares donde habitan vivieron hombres valiosos, el día que sepan que esa tierra ha dado grandes muestras de una cultura viva, el hombre se arraiga más, confía más en su trabajo y tiene conciencia del lugar donde vive y tiene el valor suficiente para saber defenderlo y poder trabajar con entusiasmo, y con amor al lugar donde nació. Ésa es la importancia de la historia. Señor, no me venga usted con cuentos.

Juan Rulfo

Me parece justo hacer antecedentes, incluso algunos demasiado remotos, para tratar de entender este libro y por qué nació la idea de convocar al maestro Rulfo a una escuela de arquitectura.⁹³ Todos ustedes se preguntarán qué hace la voz de Rulfo en una naciente Facultad de Arquitectura. Los antecedentes que me resultan más remotos, serán aquellos a partir de mi primer reencuentro con Juan, después de que yo —desde San Gabriel— lo veía llegar a las fiestas de enero; un hombre del cual tenía un recuerdo vago porque era el hombre que llevaba una cámara de fotografiar diferente a la que tenía el fotógrafo oficial de San Gabriel.

Allí hay una gran laguna; reaparece en mi mente Rulfo cuando precisamente con el maestro Alatorre —aquí en Guadalajara— estaban en aquella aventura de *Pan*, la revista. Pero de esto el contacto era fugaz. Para Juan, yo era el hermano de Ernesto Villa, su amigo.

Pasaron los años y en 1961 me lo encontré casualmente en un pesero. Lo que se pudo hablar en ese trayecto fue brevísimo. Pero ahí quedamos de acuerdo en encontrarnos en la casa de Rubén Vizcaíno, un primo hermano de Juan también ya fallecido, el cual nos convocaba a menudo a estar con él. Allá empezamos Juan y yo, por selección natural, a aislarnos un poco del bullicio. Él me preguntaba sobre la fauna gabrielense, puesto que yo casi año con año regresaba obligadamente a San Gabriel y

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión de textos y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Segunda edición 2002, pp. 251-252 (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

⁹³ Este libro fue editado por la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Colima.

mantenía contactos con la gente que le era a él cara conocida. Yo sentí que era una preferencia muy especial, porque me cuestionaba un poco, como lo haría Luis González y González cuando iba a hablar con la gente de San José de Gracia.

Creo que Juan ya tenía ese interés vivísimo por la historia. Y es evidente, porque me hablaba con mucho entusiasmo de un muchacho Trujillo que estaba intentando hacer la crónica de San Gabriel, y me pedía que lo apoyara. Ésa fue otra de las ideas sobre la historia que Juan estaba trabajando –y me estoy refiriendo al año de 1962, cuando seguramente todavía no aparecía *Pueblo en vilo*. Misteriosamente, al leer *Pueblo en vilo*, encontré que Juan había manejado antecedentes de esa técnica de la tradición oral, de la historia mínima, de la historia de los pobladores, de “los protagonistas de la historia”, como decía él.

Cuando pasé yo a fundar la Escuela de Arquitectura en la Universidad de Colima, en el Departamento de Historia estuvimos haciendo una búsqueda de los textos vernáculos sobre historia de la región, que tiene tanto que condivider con toda la historia de los pueblos de Ávalos, incluso con la remota historia prehispánica. Juan fue el primer nombre que nos vino a la mente y él maravillosamente accedió. En una noche incomparable nos dijo una serie de cosas, desde un *Cuaderno de..... Perteneciente a.....* donde había escrito unas notas tupidas y mil veces corregidas, llenas de flechas. Esto se transcribió, se captó en una cinta magnetofónica. De ahí se elaboró este material. Y el resto queda dicho en un intento de presentación que hizo el de la voz.

Los inventos de Rulfo: “Ahora que me acuerdo...”

Antonio Alatorre*

¿Qué fue lo último que escribió Rulfo? Tratándose de un escritor como Rulfo, lo último que escribió adquiere un sentido muy particular. ¿Cuál fue el último poema de Byron? ¿Cuál fue el último poema de González Martínez? Como que adquiere –gracias a esa proximidad tan solemne de la muerte– una categoría especial.

Y me encuentro una cosa, algo sumamente extraño: Rulfo metido a historiador de Colima –no sólo a historiador, sino a crítico de los que han hecho historia de Colima– sin saber lo que debe ser la historia de Colima, porque él, Rulfo, sabe la verdad acerca de la historia de Colima.

Y entonces, una parte de mí comienza a decir: “Pero ¿qué tan especialista es Rulfo en la historia de Colima?” Rulfo fue un historiador muy indiscriminado de historia en general. Rulfo estuvo constantemente traspasando las fronteras del estado de Jalisco y sintiendo la nación mexicana. Rulfo tuvo la misma simpatía que tiene por Tuxcacuesco o por San Gabriel, la tiene por lugares de Oaxaca y Puebla y de Hidalgo. Sobre todo de esa época en que Rulfo era agente viajero, vendiendo llantas. Eso que hacía para ganarse la vida, él lo completaba con la vivencia, con la exploración de los pueblos de México. Rulfo fotógrafo no es un fotógrafo de Jalisco. Es un fotógrafo de ese conjunto que es nuestra nación.

Para mí –y supongo que era exactamente lo mismo para Rulfo– en Jalisco no estamos acostumbrados a esas comunidades, a esos pueblos habitados por compatriotas nuestros, que no hablan español (los indios, los chamulas, los mixes...). Rulfo tiene una enorme simpatía y está con su cámara como una especie de símbolo de acercamiento a la gente.

En esta ocasión se acerca a Colima.

El libro éste tiene ideas muy curiosas. La idea que me parece central es la siguiente, –y ahí está el Rulfo interesado, se podría decir, por las raíces–: “¿De dónde vengo yo?”

Hay que tener en cuenta que Rulfo quedó huérfano de padre a una tierna edad; me parece que tenía cinco años cuando perdió a su padre –muerto a balazos en esos momentos siniestros de revolución y de caos por los que pasó nuestra patria en los años veinte. Y a los nueve años perdió a su madre. Rulfo es un huérfano. Las raíces quedan

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión de textos y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Segunda edición 2002, pp. 253-258 (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

entonces en el dominio de la muerte; sigue teniendo raíces, pero esas raíces se hunden en el territorio de la muerte.

En este pequeño prefacio tiene un fuerte sentido el hecho de que una vez me dijo Rulfo: “Estuve en Tuxcacuesco. Me asomé a la parroquia y vi los libros del archivo parroquial”. Él vio los libros de Tuxcacuesco y se asombró de la antigüedad de ese archivo, porque en esos momentos de agitación social muchos archivos fueron quemados. La furia revolucionaria muchas veces es ciega, no considera. Por definición, el revolucionario no es el que piensa sino el que hace. Y muchas veces se sacrifican –en aras de la revolución, de un cambio– esos monumentos del pasado. Y encuentra en Tuxcacuesco un caso de preservación de archivos.

Y me sorprende que Rulfo –que es todo lo contrario de un académico– me llame la atención sobre la integridad de los archivos de Tuxcacuesco, un pueblo muy vecino de Colima.

Y aquí entra otro elemento. A mí siempre me ha llamado la atención por qué, en qué momento alguien decidió trazar una frontera: hasta aquí es Jalisco y aquí es Colima. Si comemos las mismas cosas y hablamos el mismo lenguaje, si somos hermanos...

La primera vez que yo estuve en Colima dije: “¡Claro!, es Autlán. Un poco más grande, pero es Autlán. Somos los mismos”. Las barreras entre estados son infinitamente más ridículas que las fronteras entre naciones. Un guatemalteco es hermano mío; Tito Monterroso es de Guatemala, pero es cuate, es más hermano mío que muchos mexicanos, por la sencilla razón que lo he tratado mucho. Cardoza y Aragón es guatemalteco, pero es mexicano. Julio Cortázar es mexicano puesto que gozo leyéndolo. Las fronteras nacionales verdaderamente no significan nada.

¿Significa que los sentimientos nacionales no valen nada? No. Es otra cosa. Los sentimientos regionales están aspirando a contagiarse de otros sentimientos regionales, y a vivir en conjunto la variedad de nuestra patria. Y nuestra patria no sería México entonces, sino sería, por lo pronto, todos los países de habla española. Y con unos pasitos más, todo el mundo. Realmente el sueño de que todos los humanos somos hermanos está al alcance de la mano. Basta que queramos convertir en realidad ese sueño.

Pero Rulfo trabaja la pequeña zona del sentimiento regional de Colima. Y entonces se encuentra –desde mi punto de vista de lector– un poco lejano, no conocedor de una historia muy misteriosa. Yo no hago mucha diferencia entre la historia de mi pueblo, la historia de Autlán de la Grana, y la historia de Colima. Eran regiones que no tenían grandeza arquitectónica, no había monumentos, no había una estructura social, ni ecos de monarcas como en Tenochtitlán, Oaxaca, o Yucatán. Son regiones de vida oscura. De tal manera que los testimonios más sólidos son unas esculturas sensacionales en barro. Unos

monos, unos perros, admirables. Mucho más bonitas, mucho más elegantes, por ejemplo, que las esculturas aztecas. Pero ¿cómo eran, cómo vivían, cuál era la organización social? Estamos en las tinieblas.

En vista de que la civilización tarasca era más fuerte, tenía más prominencia, es lógico pensar que (los historiadores se encuentran en estas tinieblas de la historia) puesto que nada les estorbaba a los tarascos para pasar a Colima, influyeran de algún modo en eso. Y ahí está un Rulfo que se pone en el pellejo de un colimote y dice: “¡De ninguna manera! Colima tiene una cultura muy individual y muy fuerte. Rechazamos completamente la idea que perversamente se ha metido en ciertos manuales”. Y de pronto, con gran sorpresa mía, mete allí a las únicas autoridades que tenemos para saber cuál fue la historia tenebrosa anterior a la conquista. Dice, por ejemplo: “Hasta 1523, Colima fue independiente”. Como diciendo: “Se mantuvo heroicamente”. Y la verdad es que los españoles llegaron dos años después de la conquista de Tenochtitlán, llegan a Colima, a Autlán y a muchos otros lugares, y no hay la organización social que hubo en Tenochtitlán. De manera que una derrota como la de Hernán Cortés en la Noche Triste es absolutamente inimaginable. Entran los españoles en todas esas tierras como cuchillo en mantequilla. No hay historia, no hay historia heroica, no hay ningún Cuauhtémoc.

Entonces, eso de sacar un carácter colimote y heroico de la ignorancia es una obra de fantasía. Para mí, esta última obra de Rulfo no es una historia de Colima, es una fantasía sobre la historia de Colima, llena de trampas. Rulfo era muy mentiroso.

Yo he propuesto la siguiente idea: no llamar mentiras a las mentiras de Rulfo, o a las mentiras de muchos de nosotros, incluyéndome a mí: se llaman estados de metamorfosis de la verdad. Hay una verdad que muchas veces es inasequible. La verdad de la historia de Colima en el siglo XIV, qué sucedía en Colima en el año 1320, está absolutamente negada a todos; no hay documento posible para averiguarlo, queda entregado a nuestra fantasía. Y los fragmentitos de verdad que nos llegan están expuestos a las transformaciones que cada quien hace.

Esta conferencia de Rulfo es una muestra de las transformaciones en la fantasía de un hombre atormentado y preocupado por el pasado. Desde el punto de vista del historiador, yo diría que este libro de Rulfo puede ser hasta grotesco. Desde el punto de vista del amante de la literatura y del amante de Rulfo, del amante de la fantasía, es una muestra muy amable de la extraña fantasía de Rulfo. Pondré un ejemplo. Dice: “Cierta historiador ha sacado la idea de que hubo una Confederación Chimalhuacana”, Como ustedes saben, el núcleo primero de Hernán Cortés y sus hombres, con la adiciones posteriores del siglo XVI –en ese siglo se amplía el grupo de españoles que se derraman por todo el país; y ahí entran además esas aventuras extraordinarias: Alvar Núñez Cabeza de Vaca por el norte, todas esas expediciones... fue un siglo extraordinario. Para mí, el siglo XVI en México, en Perú, en general en toda la América española, es un siglo, en

cuanto a descubrimientos, que no tiene paralelo en el mundo. La entrada de los europeos en África se queda chiquita en comparación con la enorme epopeya, porque además fue una epopeya intensa, puesto que en unos cuantos años ocuparon realmente todo el continente.

La Confederación Chimalhuacana, los historiadores –pobrecillos– tienen la obligación de contar lo que sucedió y se encuentran con unas cuantas astillas, con unos cuantos elementos que pueden facilitar, que pueden ayudar a la especulación. Cada quien, según su buena voluntad, especula de alguna manera. Y ahí está Rulfo lector que encuentra que eso de Chimalhuacán solamente se puede aplicar a dos lugares: Chimalhuacán Chalco y Chimalhuacán Atempam, cerca de la ciudad de México. Pero luego a la conversación que sigue a la conferencia dice: “Ahora que me acuerdo, conocí en Guadalajara a un hombre que le decían el Bizco, que trabajaba en el mercado Corona, el chilero, y ese chilero sabía que había un Chimalhuacán en Jalisco, pero no me quiso decir dónde estaba”. Lo cual no se puede realmente aducir como testimonio en ningún libro de historia. Eso es Rulfo típicamente. Y si estamos equivocados, y si la tradición de un Chimalhuacán jalisciense ha llegado de padres a hijos a este chilero, la obligación del investigador sería localizar al chilero y decirle: “Mire, señor, usted es el que tiene el secreto. Cuéntenos eso para la historia del futuro”. Por supuesto que todo es fantasía de Rulfo.

Otra idea es ésta. En el texto que leyeron al principio, “¿Qué es la historia?”, la última frase no tiene sentido si no les cuento lo que precede. Uno de los asistentes a la conferencia esa en Colima, está oyendo: “Los tarascos intervinieron o no”, se ve que está meditando verdaderamente en nuestro sentido del pasado y en las bases que tenemos para pensar que fue así o de otra manera. Por ejemplo, qué diferencia hay si yo pienso que hubo influencia tarasca en Colima o si pienso que, de ninguna manera, Colima no tolera influencias extranjeras; hay ahí dos posibilidades, y este hombre realmente torturado por esa idea dice lo siguiente: “Mi pregunta puede sonarle un poco simple ante tantos historiadores. Pero creo que el grueso de la población no tiene esa filosofía de la historia que ustedes comparten. El grueso de la filosofía se refiere a esas discusiones, por ejemplo, de si hubo o no tarascos en Colima”.

Rulfo declaró que hubo conflictos entre los tarascos y el resto. A lo largo de la conferencia de Rulfo se diluyó mucho, y Rulfo dijo: “¿Cómo pueden negar que hubo conflictos entre los tarascos y los nahuas?” Él dijo que hubo una guerra por la sal, por el salitre, por el tequexquite. Y el hecho es el lago de Zacoalco –y de esos otros lagos pequeños– que están llenos de sal, que se pueden aprovechar como sal. Yo me pregunto ¿pero cómo es posible hacer una guerra por eso cuando son extensiones enormes? Ahí hay para uso durante mucho tiempo. ¿Por qué hubo guerras? Rulfo dice que los que niegan que hubo “guerra del salitre” no tienen más que ir allí a Zacoalco por esos

montículos, y hasta la fecha se ven flechas y hachas. Yo pienso –dentro de mí hablo con Rulfo– y digo: “Oye, Juan ¿estás diciendo la verdad o estás imaginando? ¿Cómo es posible que de batallas prehistóricas del siglo XIII, todavía se vean allí las flechas y las hachas de unos encuentros fenomenales, de unas batallas peleando por el salitre del lago de Zacoalco?” ¡Inventos de Rulfo! Son inventos de Rulfo.

Así pues, cuando pregunta este señor (que se siente medio mareado por esas especulaciones), dice: “La discusión sobre la verdad o la falsedad de la historia que se ha hecho sobre Colima, y sobre muchos otros lugares –sobre Autlán, por ejemplo–, cuando estamos con tantas incógnitas, puede sonar o parecer un poco bizantino. Si hubo tarascos o no, puede sonar o parece un poco bizantino. Mi pregunta concreta es ¿por qué es importante estudiar historia?”

Y allí viene la respuesta que oyeron ustedes al principio, Rulfo dice: “Bueno, conocer historia porque nos arraiga”, etcétera, etcétera. Entre paréntesis, yo creo que puede darse el caso de un mexicano que, por las condiciones del campo en México, aún sabedor de la historia de su patria y de las grandezas y todo lo demás, se vea obligado a irse de bracero. Rulfo dice que el conocimiento de la historia impide que se vayan los braceros. Yo pienso que allí Rulfo es muy optimista; las necesidades económicas son muchísimo más fuertes. Alguien cargado de historia puede ir perfectamente a Estados Unidos por el imperativo de ganarse la vida. Pero, Rulfo, después de contestar eso –que la historia, conocer el lugar en que hemos nacido– dice: “Ésa es la importancia de la historia. Señor, no me venga usted con cuentos. No estamos hablando de bizantinismos. Queremos llegar a una cosa concreta”. Se pone terriblemente agresivo con el señor que preguntó algo muy inocente: “A ver, ¿por qué estudiamos historia?”. Y lo regaña Rulfo y le dice: “¡No me venga usted con cuentos! ¡No estamos hablando de bizantinismos!” A mí me parece una maravilla que hayan conservado en el texto la intervención de este señor, porque yo estoy con él. No estoy con Rulfo, si Rulfo se pretende historiador. Estoy íntimamente con Rulfo, si está especulando. Yo diría que esta conferencia sobre historia de Colima es el último cuento de Rulfo. Y dignísimo de ser leído.

Mientras hacía yo eso de ninguna diferencia entre los de Colima y los de Jalisco, de pronto dije: “No, sí hay diferencias”. Una de las diferencias sería esto: ¿Por qué no puede haber surgido de Colima un corrido que a Rulfo le encantaba: “Camino Real de Colima / no te quisiera olvidar”. Ese es jalisciense, naturalmente. Espero que en Colima esa canción tenga cierta consideración. Por la lógica misma de la canción, es un jalisciense que va a Colima como a ese lugar lejano. Una etapa más primitiva en que Colima es una especie de frontera, es la zona fronteriza que siempre tiene un encanto novelesco.

Rulfo es un hombre del sur

Emmanuel Carballo*

Antes de empezar a platicar mis ideas sobre este libro *¿Dónde quedó nuestra historia?*, me gustaría añadir algo a lo que decía Antonio.

Entre la vida y la obra de Rulfo no hay límites precisos; y pasa lo mismo entre Jalisco y Colima, entre Jalisco y Colima no hay límites precisos, los jaliscienses del sur somos colimotes y los colimotes –en cierta manera– son jaliscienses. Y yo diría, para empezar, que Rulfo anímica, espiritual, desde el punto de vista de la intimidad, del yo que se va formando pacientemente desde la más tierna infancia hasta la primera adolescencia, Rulfo es colimense.

Y Rulfo es colimense como puede serlo una persona nacida en Pihuamo, en Tonila, en Zapotiltic, en Tamazula, en Ciudad Guzmán; lo que fue antes la Provincia de Ávalos.

En cierto sentido se puede decir que así como en el siglo XVI había conquistas heroicas, militares, para agrandar los dominios primero del dominio español, la Nueva España, en el siglo XX hay cierto revanchismo jalisciense frente a Colima, mandando a los Pedro de Alvarado –sin malicia ni maldad ninguna– abrir ciertas fuentes de cultura en Colima. Así Gonzalo creó la Facultad de Arquitectura, así hay otras personas trabajando en todas las áreas del conocimiento, de la ciencia, del arte, de las letras.

Somos como Estados Unidos con México, los jaliscienses con Colima. Somos imperialistas. Somos simplemente hermanos.

Ahora, acuérdense de algo importante: Colima es independiente. Ya no formó parte, ya no era cantón de Jalisco a mediados del siglo pasado, cuando el federalismo triunfa frente al centralismo.

¿Quién conquista a Colima para Jalisco? Otro escritor del siglo XX que nació catorce años antes que Juan Rulfo. Me refiero a Agustín Yáñez. Cuando Agustín Yáñez fue gobernador de Jalisco, se hizo esa carretera que logró que Colima no fuera una ciudad lejana en el tiempo, aunque cercana en el corazón. A partir de ese momento, Colima empezó a estar más a la mano. Y ahora, con la nueva vía, Colima podría ser una colonia residencial de Guadalajara; como Manzanillo, que en cierto sentido es más el mar jalisciense que el mar colimote.

* Libro *Homenaje a Juan Rulfo*, Dante Medina (Recopilación, revisión de textos y notas), Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, Segunda edición 2002, pp. 259-261 (Primera edición 1989), ISBN: 970-27-0138-4.

Yo me acuerdo que la gente de Colima venía a estudiar a Guadalajara y mucha gente de Jalisco iba a prestar sus servicios como médicos, como abogados, como notarios, incluso como personajes que –en algún sentido– iban a sacar adelante ciertos aspectos de Colima.

Otra cosa curiosa de esta ambivalencia, de estos límites flexibles que se extienden, que son un tanto chiclosos, es el caso de la primera mujer gobernadora de México. No ocurrió esto en Jalisco. Aunque pudimos tener a Margarita López Portillo, y afortunadamente no fue nuestra gobernanta preferimos lo que nos tocó en ese tiempo que a ella. Hubiera sido el desastre. Pero a los pobres colimenses les tocó tener a una Griselda Álvarez, que para deshonra nuestra nació en Guadalajara. Es una colimense nacida fuera de su estado natal. Casi como aquella cosa que decía Alfonso Reyes: “Yo soy el jalisciense más ilustre nacido en Monterrey”. Así pasa.

Rulfo, por eso, en cierto sentido, es un hombre del sur. Y al ser un verdadero hombre del sur, es un hombre cuya capital mental y emotiva estaba más en Colima que en Jalisco. Sería interesante que los estudiosos, del Centro de Investigaciones Literarias de Colima, empezaran a trabajar estas hipótesis.

Porque además ¿qué importa qué es verdad y qué es mentira? Creo que Rulfo tiene razón en esto. La única verdad es lo que queda. Y lo único que queda es lo que está bien escrito.

Ahora, sobre este libro es importante decir que Rulfo hizo unos apuntes de un misterioso cuaderno que Clara, su viuda y su esposa –su querida esposa, porque la quería mucho–, puede tener y que podría prestárselo a Gonzalo para hacer una edición facsimilar, y la edición quedaría ya parada en los nuevos linotipos que ya no tienen plomo sino pura imaginación.

Este libro tiene partes que Rulfo fue inventando sobre la marcha. Así está la pregunta de este señor que le pide un poco más de precisión en cuestiones históricas. Y al mismo tiempo, hay cuestiones que tienen más el tono del lenguaje oral que del lenguaje escrito.

Desde el punto de vista en estilo, les podría decir que, más que ser un cuento de Juan Rulfo, es *outline* de un texto que nunca escribió Rulfo.

El estilo de Rulfo solamente está en dos libros. Rulfo nos dejó, con una sabiduría literaria extraordinaria, dos libros. Y todo lo demás que de Rulfo salga, no se le puede imputar a Juan. Juan dijo: “Yo les dejo estas dos cosas porque no quiero repetirme. Yo enmudezco porque ya di dos obras maestras a la literatura jalisciense, a la literatura nacional y a la literatura de la lengua española”.

Los apuntes, las cartas, los fragmentos, pues son de segunda, de tercera categoría. Rulfo lo sabía y por eso no los publicó. Y por eso yo invito a las personas aquí presentes que se hagan ediciones para estudiantes, para estudiosos, pero no confundir al público lector, ese público que no sabe leer ni escribir, pero agota ediciones, y es el que hace famosos a los escritores.

Que no se entienda que ese Juan Rulfo escrito es el Juan Rulfo oral. Las preocupaciones de Rulfo, sus entusiasmos, su preocupación por la historia y su gran amor por Colima. ¿Por qué Rulfo dio ese texto en Colima? Porque él, en cierto sentido, tenía grandes amigos en Colima como Gonzalo, como Alejandro Rangel Hidalgo, que fue quien hizo el logotipo de la revista *Pan*, la revista que hicieron Alatorre, Arreola y Rulfo como ustedes –que son tan sabios– lo saben.

Yo quisiera, simplemente, hacer una parodia de la frase de Alfonso Reyes que les dije hace un momento, y terminar diciendo que “Juan Rulfo –o Juan Pérez– es el colimote más ilustre nacido en Jalisco”.

CAPÍTULO CUARTO

OBRAS DE RULFO A TRAVÉS DEL TIEMPO

“El Llano en llamas”, cincuenta años después

José J. Fajardo Villalvazo*

Digan si hay aire y nube.

Si hay esperanza.

Si contra nuestras penas

Hay esperanza

Juan Rulfo

No hay memoria en los espacios infinitos, –escribió un pensador contemporáneo– por eso penetramos en ellos con satisfacción, pues no hay saber o tiempo alguno que pueda ser nombrado.

Quizá por todo esto, el cincuentenario de una de las obras de Juan Rulfo: *El Llano en llamas* (1953), no sea más que un punto de referencia. Y una ocasión propicia para que autor y obra vuelvan a ser mencionados.

Escuelas Preparatorias y “espacios culturales” del sur de Jalisco así lo hicieron en fechas recientes.

En una de las veladas “rulfianas” se hizo mención (y se leyeron fragmentos) del artículo “Traducir a Juan Rulfo de John Upton, publicado en una Revista especializada en Poesía, Narrativa, Ensayo, Artes Plásticas, Libros, de nombre ESTACIONES del Verano de 1989:

“Millones de palabras se han escrito sobre la obra y vida del escritor jalisciense Juan Rulfo.

Al parecer entre 1953 y 1955, su novela *Pedro Páramo* y su colección de cuentos cortos *El Llano en llamas*, los dos publicados por el Fondo de Cultura Económica, hicieron amplia e inmediata escuela en el mundo de habla española.

Por los años siguientes fueron traducidos al alemán, al inglés, al noruego, al italiano, al polaco, al francés, al portugués, al ruso, y tengo entendido que se prepara una edición en chino.

...Los cuentos consisten en fragmentos, a veces meros monólogos, en un mundo primitivo, ajeno, lleno de desesperación, soledad y muerte.

* Periódico *El Informador*, Guadalajara, Jal., suplemento Tapatío Cultural, 6 de julio de 2003, pp. 8-9.

Sus personajes, entregados al asesinato, al incesto, al adulterio, avanzan por un paisaje desprovisto del amor y de la comunicación, siempre en silueta, manejados por su autor con una fuerza y una sencillez casi bíblicas.

Después de estos dos tomos delgados (un poco más de 300 páginas en conjunto), el pozo se secó. Se murió Rulfo en 1986 sin haber publicado ni una palabra más, y su silencio se fue haciendo leyenda.

La vida y obra de Rulfo nos presentan una paradoja curiosa: Si hubiera escrito más, si hubiera seguido con su carrera literaria como cualquier otro escritor, sacando a luz otro libro cada dos años, siempre en espera de un *best seller*, creo que no tendría ni la fama ni el culto de los que goza póstumamente hoy.

En primer lugar, no existiría ese misterio de que “¿Por qué dejó usted de escribir?” no habría sufrido Rulfo el suplicio de incontables entrevistas donde este personaje tan huraño se veía obligado a contestar: “Se me secó el manantial... Hay que darle paso a los jóvenes... yo sufro mucho cuando escribo...”

En una ocasión dijo: “He llegado a la conclusión de que existen demasiadas lecturas. El éxito de mis libros en el extranjero puede tener resonancia para los lectores de otras lenguas: a mí ya no me importa... No soy un escritor profesional. El escritor no debe desvelarse por tener un oficio. El oficio es para los carpinteros.”

En un encuentro en la Universidad Interamericana de Puerto Rico, se le preguntó por qué, después de las dos obras maestras de su juventud, no había escrito nada más. Rulfo miró a la audiencia, alrededor de mil personas desplegadas en un anfiteatro universitario, y contestó: “Porque el escritor no es una fábrica”.

En segundo lugar, si hubiera escrito más tal vez no miraríamos cada frase, cada párrafo rulfiano como si fuera una joya, o en la expresión de Pablo Neruda,

*Palabras
directamente
del Sinaí bramante.*

... A principios de los cincuenta –según narra John Upton–, cuando todavía no habían descubierto los turistas a Jalisco, y la tranquila ciudad de Guadalajara tenía sólo medio millón de habitantes, yo vivía en Ajijic en compañía de una docena de otros americanos.

La carretera a Guadalajara aún no existía; el antiguo “Camino Real” consistía en una senda empedrada de un solo carril, a veces intransitable durante las lluvias. Cuando queríamos ir a Guadalajara, agarrábamos “El Venado”, camión de segunda clase manejado por Nacho Pantoja, que salía de nuestro pueblo a las seis de la mañana y llegaba a la ciudad (con un poco de suerte) a eso de las diez.

A veces entre nuestros compañeros de viaje iban gallinas patas arriba y alguno que otro puerco.

En la temporada de las lluvias no era raro que tuviéramos que bajarnos para sacar el camión de un atascadero. A veces no llegábamos nunca.

Era emocionante estar en la ciudad. Íbamos de compras a la Casa Moragrega, en la Avenida Juárez, donde era posible conseguir delectaciones exóticas como *Kleenex* y *Juarez Straight American Whiskey* y Chocolate Carlos V, y visitábamos el antiguo mercado de San Juan de Dios para comprar jamón y mantequilla.

Terminado el mandado, era hora del lujo máximo: un helado. En aquellos días el pueblo de Ajijic tenía servicio de luz sólo tres horas diarias, y por consiguiente no había refrigeración.

En Guadalajara acudíamos siempre a la nevería Nápoles por un “Tres Marías” o una malteada.

Años después supimos que el Nápoles era uno de los sitios preferidos de Juan Rulfo, Juan José Arreola, y sus amigos.

La parada siguiente era siempre, para mí, La Joyita, pequeña librería en la misma acera.

A pesar de su existencia reducida, yo siempre encontraba algo interesante. Nunca olvidaré el día cuando descubrí un tomo recién publicado por el Fondo de Cultura Económica; *El Llano en llamas*, 15 cuentos de Juan Rulfo. Leí unas páginas y quedé atónito.

Ya había leído algunos autores mexicanos –Agustín Yáñez, Mariano Azuela, Gregorio López y Fuentes– y había hecho unas traducciones de autores españoles: dos obras de Miguel de Unamuno (la novela *Niebla* y la colección de ensayos llamada *Soledad*) y una novela de Gloria de Gaspar. Esta última era terrible, pésima, pero la autora me había pagado 500 dólares, suma que en aquella época era una fortuna para mí. Hoy ni me acuerdo del título.

Pero estos cuentos de Rulfo eran algo totalmente nuevo: sucintos, dramáticos, poderosos, atrevidos. Casi no había paisaje ni descripción. Muchos de ellos elaboraron un

solo acontecimiento con tanta fuerza que iluminaron toda la desesperación de la vida del hombre. El narrador, por lo general en primera persona, empleaba un español coloquial y a la vez poético.

Empecé a traducir el libro casi antes de llegar a casa. No me era muy difícil verter esos monólogos y diálogos al inglés, pues consistían en locuciones que yo solía oír a diario en las pláticas de mis vecinos, los campesinos y pescadores del pueblo.

Cuando fui a Nueva York un par de años después, me llevé con mucho orgullo el manuscrito de *The Flaming Plain*, en inglés.

Durante casi un año iba de una casa editora a otra, insistiendo en que el libro delgado que traía en la mano era una obra maestra. Muchos de los directores eran de mi parecer; pero aunque quedaban entusiasmados por distintos motivos, todos estaban de acuerdo en que el libro era invendible: "Las traducciones de obras latinoamericanas no tienen venta".

Hay que recordar que esto fue antes del ¡boom! Que llegó en 1970 con la traducción al inglés de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez.

...Rulfo mismo nos ha dicho que admiraba, casi más que a nadie, a William Faulkner, el gran novelista sureño norteamericano muerto en 1962.

Entre los dos había muchos puntos de semejanza, entre los cuales destaca la renuencia a explicarse.

Una vez terminado un libro, Faulkner no se interesaba por la manera de presentarlo al público, y había veces en que ni guardaba un ejemplar para su propio uso.

Puede pensarse que no componía sus cuentos para el público, sino para sí mismo, como un niño solitario en un mundo imaginario. Su crónica era de toda una tierra en miniatura, a manera de un reino mítico, eterno y viviente. Como Rulfo, Faulkner era autodidacta; no pasó de la secundaria. Pero los dos eran prodigiosos lectores.

Faulkner leyó a Balzac, Thackeray, Fielding, Defoe, Dickens, Conrad y Joyce. Rulfo leía a Jean Giono, Marcel Aymé, Mariano Azuela, Agustín Yáñez, Jorge Luis Borges, Irwin Shay, Bjornson, Gerhart, Hauptmann, Knut Hamsun, Balzac, Tolstoi, Henry Miller, Sinclair Lewis, Erskine, Caldwell, William Styron, Martín Luis Guzmán, Gregorio López y Fuentes y desde luego, Faulkner. Además a José Revueltas y Carlos Fuentes.

Según su amigo Juan José Arreola: “Cuando se encuentra a Faulkner, piensen que una de las fuerzas grandes de lo que tiene Rulfo de telúrico viene de un nombre del sur estadounidense... Hay que decirlo con toda sinceridad: sin “Mientras yo agonizo”. Sin “Luz de Agosto”, sin “Santuario”, y sobre todo sin el cuento que nos revaluó a Faulkner en Guadalajara, “Todos los aviadores muertos”, ahorita Rulfo y yo seríamos los aviadores muertos...”

Tal vez pensaba Rulfo en Faulkner cuando en cierta ocasión hablaba con un grupo de estudiantes en Stanford. Sobre el cuento “¿No oyes ladrar los perros?” un muchacho le preguntó:

–“¿Qué significa, señor Rulfo, la imagen del perro en este cuento?” Y Rulfo contestó: “Un perro”.

Porque un rasgo faulkneriano es la retención casi deliberada del significado, una manera de escribir al sesgo...”

Por los caminos de Juan

El cincuentenario de la obra mencionada incluyó un “peregrinaje” casi mítico por los parajes rulfianos.

“Los habitantes del Llano reseco –escribiera Hugo Gutiérrez Vega–, se la pasan malviviendo, con los ojos pendientes de la primera nube que parece en lo alto de los cerros lejanos, y que muy pronto el viento enemigo destrozará con sus minuciosas ráfagas.

Esta ocupación, junto a los deberes de la memoria, el olvido, el rencor, la desesperanza, la suspicacia y la desesperada fe en el dios de los mayores, roban todo el tiempo de los personajes que encontraron a su autor en Juan Rulfo y de las personas que, dentro del mismo juego pirandelliano, siguen buscando al autor capaz de confirmar su existencia borrando su carácter de entres de ficción...”

Más allá de San Gabriel existen parajes ásperos y solitarios.

Cuando es verano, el sol ciega con sus reverberaciones el paisaje.

Hay casas con paredes tostadas por el sol; hay pueblos entre llanos secos y laderas pardas.

Esta es la tierra que Juan Rulfo escogió como suya:

“¿Quién haría este llano tan grande? ¿Para qué sirve este llano tan grande?”

*No hay conejos,
no hay pájaros,
no hay nada.*

Tanta y tamaña tierra para nada.

Unos cuantos huizaches, una que otra manchita de zacate con hojas enroscadas.
Nos dieron esta costra de tepetate para que la sembráramos.

Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer buchecitos tenemos agua.

Tierra como cantera que rechaza el arado. Un blanco terregal endurecido donde nada se mueve...”

A cincuenta años de *Pedro Páramo*

Federico Munguía Cárdenas*

Juan Rulfo, amaba la síntesis, buscaba llegar al fondo, en la menor cantidad de palabras, quizá algo tuvo que ver, el que de su nombre completo, Juan Nepomuceno Carlos Pérez Vizcaíno Rulfo, haya restado la retahíla de nombres y apellidos que, como decía, le habían “arracimado” al nacer, quedando reducido al primero y último, con sólo cuatro sílabas, Juan Rulfo.

La novela que venimos festejando en su cincuentenario, fue una brillante confirmación de esa regla: el primer título que pensó darle, “Los desiertos de la tierra”, cambió a “Una estrella junto a la luna”; luego, reduciendo sílabas, a “Los temporales”, “Los murmullos”, hasta lograr la esencia que deseaba “Pedro Páramo”, una piedra que al final se había de desmoronar y un páramo o lugar inhóspito y desierto, nombre final, corto y significativo... Asimismo, el protagonista que inicialmente se llamó Maurilio Gutiérrez, cambió y recortó su nombre a Pedro Páramo.

Por otra parte, la versión original de la novela, decía “*Fui a Tuxcacuesco porque me dijeron que allí vivía mi padre...*”, en el último texto, cambia a una palabra menor de tamaño y mayor de significado, que denota por sí sola, un clima tórrido, como el de un comal situado “*en la boca del infierno*”: “*Vine a Comala porque me dijeron...*”⁹⁴

Sobre el mismo espíritu de síntesis, el libro en preparación había llegado a contar con trescientas páginas, sobre lo cual afirmó: “*Llegué a hacer otras tres versiones que consistieron en reducir a la mitad aquellas trescientas páginas. Eliminé toda divagación y borré completamente las intromisiones del autor*”, o sea que dejó solos a los personajes.

Ahondando el tema de la sobriedad y minimicismo, un servidor debió a interés e influencia de Juan Rulfo, la publicación de un libro de historia regional al cual yo había titulado “*Datos Históricos de Sayula, antigua capital de la Provincia de Ávalos*”, Rulfo me dijo, ese título es muy largo, no vende, cámbielo por otro más corto y sugirió el de *La Provincia de Ávalos*, que finalmente llevó y la edición de mil ejemplares se agotó en poco más de tres meses, el título había funcionado, Rulfo sabía lo que decía.

* Periódico *El Informador*, Guadalajara, Jal., suplemento Tapatío Cultural, 4 de diciembre de 2005, pp. 8-10.

⁹⁴ ASCENCIO, Juan (2005). *Un extraño en la tierra*. México: Random House Mondadori. p. 205.

¿Quién fue Pedro Páramo?

Muchos ensayos ha habido buscando esclarecer quiénes fueron en la vida real los personajes de la novela, ello a pesar de que Rulfo afirmaba, que no se había basado en nadie en particular.

Sin embargo, un elemental análisis de sus obras, demuestra lo contrario, podríamos señalar las múltiples concordancias entre sujetos de los cuentos y la novela con habitantes de la región del Llano Grande, en nombres, patronímicos y hechos.

Conociendo, como aficionado a la historia, a personajes de la región sureña de Jalisco, podría aportar que el hacendado zapotlense José María Manzano, dueño de la extensa hacienda de “El Jazmín”, en las faldas del Nevado de Colima, era de los llamados “de horca y cuchillo”, que amplió sus posesiones de manera arbitraria, cambiando de lugar cercas, adueñándose, por el terror y el soborno a funcionarios, de terrenos vecinos y restando a los indios las tierras de sus comunidades. Al igual que Pedro Páramo, él hacía las leyes.

Existió también el hacendado de Telcampana y Totolimispa, cercanas a San Gabriel, Jacinto Cortina Rivera que, buscando defender sus tierras, se lanzó a la revolución, aportando dinero y gente. Al respecto vale recordar lo que Páramo dijo al *Tilcuate*: “*Júntate trescientos muchachos de tu confianza y enrólate con esos alzados. Diles que les llevas la gente que les prometí... procura no alejarte mucho de mis terrenos, por eso de que si vienen otros que vean el campo ya ocupado*”. En la realidad el hacendado Jacinto Cortina, según la versión popular, para defender sus tierras, integró una guerrilla que luchó contra Victoriano Huerta, buscando tener ocupado aquel campo. Entre las familias Pérez Rulfo y Cortina, existió siempre gran amistad y conocimiento, Rulfo tuvo manera de observar esa actitud de don Jacinto.

Otro, José María Bobadilla, de Sayula, latifundista, dueño de las haciendas de Tamaliagua, Las Puentes, El Reparó y otros extensos terrenos. El hombre más rico y poderoso de la región, fue asesinado en 1893, en medio de la expectación nacional, por haber ocurrido el crimen durante la llamada Pax Porfiriana, cuando, coincidiendo con Pedro Páramo, sentado en un equipal, en la acera de su casa, un asesino después de pedirle trabajo, le clavó un puñal en el corazón. Bobadilla era compadre del abuelo paterno de Rulfo y el hecho causó una gran expectación.

Los anteriores datos, hacen pensar fundadamente que el personaje central de la novela fue creado tomando caracteres de estas y quizá otras personalidades, todas clasificadas como “caciques” o hacendados y en la pluma de Rulfo llegó a ser la quintaesencia de los mismos.

¿Y Susana San Juan?

Susana San Juan, según los críticos, es el personaje predilecto de Rulfo y el mejor caracterizado de la novela.

El escritor afirma: *“En lo más íntimo, Pedro Páramo nació de una imagen y fue la búsqueda de un ideal que llamé Susana San Juan. Susana San Juan no existió nunca: fue pensada a partir de una muchachita a la que conocí brevemente cuando yo tenía trece años. Ella nunca lo supo y no hemos vuelto a encontrarnos en lo que llevo de vida...”*⁹⁵

Ella, de acuerdo a un pequeño reportaje aparecido hará dos o tres meses en un periódico de Guadalajara, parece haber sido la adolescente Aurora Arámbula, de conocida familia de San Gabriel, a quien Rulfo pretendió, aunque no sabemos si a la edad de trece años como él lo dice. La información la da Jorge Arámbula, sangabrielense, hermano menor de Aurora, al cual se acercaba Juan y le daba alguna moneda para que le dijera a su hermana que él la esperaba afuera.

La relación, como lo dice el escritor, no se pudo lograr y más adelante Aurora, convertida en una hermosa mujer, contrajo matrimonio con Juan Michel Victoria de Sayula, radicando en Guadalajara hasta su muerte acaecida hace pocos años.

Ella fue la que despertó la ilusión que Rulfo conservó a través de los años, para, en su momento, convertirla en la heroína de la novela, la mítica Susana San Juan.

¿Y el escenario?

Aunque, como ya se anotó, en *“Los murmullos”*, antecedente de *Pedro Páramo*, menciona a Tuxcacuesco como el pueblo que, después, en su novela, pasó a ser el legendario Comala y así lo confirma a su amigo el novelista chiapaneco Heraclio Zepeda, a quien dijo confidencialmente *“Comala es Tuxcacuesco, ahí nació Pedro Páramo”*⁹⁶, sin embargo el periodista sangabrielense Virginio Villalvazo Blas trata de demostrar que varias de las características comalianas se encuentran puntualizadamente en San Gabriel, por su parte don Antonio Alatorre, amigo personal de Rulfo, tercia salomónicamente: *“Bien podemos decir que Comala es San Gabriel, contaminado con Tuxcacuesco”*, yo cambiaría la palabra contaminado por mezclado o entreverado. Existe una tercera opinión que puede ser valedera, que la Hacienda de la Media Luna, es Apulco, la hacienda familiar tan amada de Rulfo. La Comala de Colima no tiene ninguna relación con la de *Pedro Páramo*⁹⁷.

⁹⁵ ASCENCIO, *Op cit.* p. 218.

⁹⁶ La Redacción (14 de mayo de 1988). "Rulfo, el escritor universal, homenajeado anoche en el ICC". *El Informador*.

⁹⁷ MUNGUÍA Cárdenas, Federico (2003). *Juan Rulfo antecedentes y datos biográficos*. Guadalajara: Ágata.

¿Cómo se hizo *Pedro Páramo*?

Continúa expresándose Juan Rulfo: *“La idea me vino del supuesto de que a un hombre, antes de morir, se le presenta la visión de su vida. Pedro Páramo ya lo traía dentro de la cabeza cuando me dieron el segundo año de beca (en el Centro Mexicano de Escritores) dizque para escribirlo, pero ya estaba todo escrito, porque yo, cuando tengo las cosas en la cabeza, es que ya están escritas”* (A Elena Poniatowska. Entrevista), y continúa: *“Tenía los personajes completos... sabía que iba a ubicarlos en un pueblo abandonado, desértico; tenía totalmente elaborada la novela, lo que me faltaba eran ciertas formas para poder decirla. Y para eso escribí los cuentos: ejercicios sobre diversos temas, a veces poco desarrollados, buscando soltar la mano, encontrar la forma de la novela, de los cuales, primordialmente Luvina, fue la clave para escribir Pedro Páramo...”*⁹⁸.

*“Originalmente sólo Susana San Juan estaba muerta. Desde la tumba repasaba su vida. Allí, entre las tumbas, entre los sepulcros, estableció sus relaciones con los demás personajes, que también estaban muertos”*⁹⁹.

“Armando Orfila (del Centro Mexicano de Escritores), me urgía a entregarle el libro. Yo estaba confuso e indeciso. En las sesiones del Centro, Arreola, Chumacero, la señora Shedd y Xirau me decían: vas muy bien. Miguel Guardia encontraba en el manuscrito sólo un montón de escenas deshilvanadas. Ricardo Garibay, siempre vehemente, golpeaba la mesa para insistir en que mi libro era una porquería”.

“Coincidieron con él algunos jóvenes invitados a nuestras sesiones... otros encontraban mis páginas muy faulkerianas, pero en aquel entonces yo aún no leía a Faulkner” (Ascencio, p. 207), cosa que hay que poner en duda, como tantas cosas que dijo Rulfo, ya que sus amigos y él mismo en otra ocasión, afirmaron que sí había leído al novelista norteamericano.

Juan José Arreola, después de la muerte de Rulfo, aseveró que, ante la indecisión de éste para presentarla fragmentariamente o en forma continuada, él le dijo que no lo pensara más y la entregara así, en fragmentos, como finalmente fue. Sin embargo la afirmación del escritor zapotlense ha sido desmentida, primero por el propio Rulfo que manifestó que desde un principio la novela la había hecho en fragmentos y después por su viuda y los escritores que han hecho dos magníficas biografías, Alberto Vital y Juan Ascencio, en sus libros *Noticias de Juan Rulfo* y *Un extraño en la tierra*, respectivamente, de reciente aparición.

⁹⁸ GONZÁLEZ Bermejo, Ernesto (1979). "La literatura es una mentira que dice la verdad" en *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*. p. 4.

⁹⁹ ASCENCIO, Juan (2005). *Un extraño en la tierra*. México: Debate. p. 2001.

En 1955 es editada la novela, pero, dijo Rulfo: *“No se vendía..., unos mil ejemplares tardaron en venderse cuatro años. El resto se agotó regalándolos a quien me los pedía”*.

El gremio de los escritores es uno de los más susceptibles a despertar entre ellos el celo, la envidia, la rivalidad. Rulfo fue objeto de esa envidia, no faltó incluso colega suyo que afirmara que se habían erigido “monumentos colosales” a sus libros, porque eran de ideología izquierdista, Juan se quejó después: *“los escritores de mi tiempo no me comprendieron”*.

En el suplemento “México en la Cultura” de la revista *Siempre*, su responsable, Fernando Benítez, boicotea a Rulfo y nada comenta acerca de la novela, no siendo hasta que las escritoras Margarita Michelena y Rosario Castellanos, comenzaron a hacer elogios de ella y de Buenos Aires llegaban reportes donde la colocaban a la altura de la obra de Jorge Luis Borges.

Rulfo se desconcertaba ante las críticas y decía: *“No tengo nada que reprocharles a mis críticos. Es difícil aceptar una novela que se presentaba con apariencia realista, como la historia de un cacique y en verdad es el relato de un pueblo: una aldea muerta donde todos están muertos, incluso el narrador y sus calles y campos son recorridos únicamente por las ánimas y los ecos capaces de fluir sin límites en el tiempo y en el espacio”* (Ascencio, cit. p. 210).

Finalmente, el literato chileno Luis Harss, manifiesta que *“La breve y brillante carrera de Rulfo ha sido uno de los milagros de nuestra literatura. No es propiamente un renovador, sino al contrario, el más sutil de los tradicionalistas. Pero justamente en eso está su fuerza. Escribe sobre lo que conoce y siente, con la sencilla pasión del hombre de la tierra en contacto inmediato y profundo con las cosas elementales: el amor, la muerte, la esperanza, el hambre, la violencia. Con él la literatura regional pierde su militancia panfletaria, su folklor. Rulfo no filtra la realidad a través de un lente de los prejuicios civilizados. La muestra directamente, al desnudo. Es un hombre oscuro en concierto con la poesía cruel y primitiva de los yermos, las polvaredas aldeanas, las plagas y las insolaciones, las humildes alegrías de la cosecha, la ardua labor de vidas menesterosas enteramente al borde de la peste, la fatiga y la desesperación. Su lenguaje es tan parco y severo como su mundo. No es un moralizador, y no catequiza nunca. Lloro sencillamente el gangrenamiento de las viejas regiones agostadas donde la miseria ha abierto llagas que arden como llamaradas bajo un eterno sol de medio día, donde un destino pestilente ha convertido zonas que eran en un tiempo vegas y praderas en tumbas fétidas. Es un estoico que no vitupera la traición y la injusticia, sino que las sufre en silencio como parte de la*

*epidemia de la vida misma. Es un neurólogo de pluma afilada que talla en la piedra y el mármol. Por eso su obra brilla con un fulgor lapidario. Está escrita con sangre*¹⁰⁰.

Las opiniones elogiosas aumentaron en número e intensidad, calificándosele como “*técnicamente intrigante y temáticamente profunda*” un cacique y el relato de su rencor y tiranía sobre el pueblo de Comala y aún sobre él mismo, resultado de su poder y amor obsesivo por Susana San Juan. No existe en el relato tiempo definido y sus personajes actúan en una confusa línea entre la vida y la muerte. Al morir el nunca logrado amor, su egocentrismo y afán vengativo lo hacen desentenderse del pueblo de Comala y conscientemente lo deja morir. Luego perece ante el puñal de Abundio el arriero, cayendo su cuerpo al suelo dando un golpe seco “*y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras*”. Así termina esta novela calificada como la más importante de la literatura mexicana, la mejor del siglo XX en idioma castellano y elegida por el Instituto Nobel de Noruega, como una de las cien mejores en la historia de la humanidad.

En visita que hizo a la región rulfiana el ex presidente de Colombia Dr. Belisario Betancourt con motivo de la Segunda Feria Internacional del Libro dedicada a Rulfo, manifestó que en aquella nación, después de la muerte de éste, se reunieron los más destacados literatos para analizar su obra, seleccionando al azar varias páginas. La conclusión fue que no sobraba, ni faltaba una sola palabra, cada una estaba donde debía estar y ni un punto, ni una coma, aparecían de más, de menos o fuera de su lugar, determinando que era una literatura perfecta.

Jorge Luis Borges aseveró que “*el mundo que imagina es tan real, que también abarca lo inverosímil*” y lo inverosímil en Rulfo termina por convertirse en realismo. Valadés aporta que “*inserta pasajes humanos e intemporales... con tal originalidad, belleza y maestría que se vuelven como los clásicos, una novedad permanente*”.

Su obra fue traducida a 70 lenguas extranjeras, más el náhuatl, purépecha, mixteco, tarahumara, chontal, triqui, maya o tepehuán; a su fallecimiento se habían realizado más de 400 estudios en diversos países y sólo en los Estados Unidos más de 46 tesis doctorales, los cuales, después, han aumentado en forma desproporcionada.

El Llano en llamas y *Pedro Páramo* han sido objeto de gran número de ediciones en México, Latinoamérica, España, Alemania, Italia, Francia, Japón, China y muchas otras naciones, tocando a Rulfo la satisfacción de conocer que sus tirajes habían rebasado el millón de ejemplares y era objeto de reconocimientos y elogios, platicando con su amigo Alfredo Leal Cortés, le preguntaba:

—Oye, Alfredo, ¿tú crees que sea cierto todo eso que están publicando sobre mí?

¹⁰⁰ HARSS, Luis (2003). “Juan Rulfo o la pena sin nombre” en Campbell, Federico. *La Ficción de la Memoria*. México: Era- UNAM. p. 7.

–Claro.

–*¿Soy merecedor de eso?*

–Claro, Juan. De eso y más.

Lo preguntaba, dice Leal Cortés, desde una enorme inseguridad.

–*Oye, Alfredo, pero en Jalisco nunca me han dado un reconocimiento.*

–No te preocupes, Juan, tú estás más allá del bien y del mal.

–*Pero un reconocimiento en mi tierra...*

–El que sea, no te lo van a dar. Olvídalo, tú ya no tienes problema. Tu problema es otra cosa.

–*Pero en Jalisco no me han reconocido.*

¿Y qué carajos? En otros países te traducen, te publican, te leen, te admiran, eres apreciado. (*Id.* p. 210).

Finalmente, le dieron el Premio Jalisco, lo cual debió llenar aquel vacío que él sentía.

Continúa Rulfo conversando con su biógrafo Ascencio: *“No me imaginaba que treinta años después el producto de mis obsesiones sería leído incluso en turco, en griego, en chino y en ucraniano. El mérito no es mío. Cuando escribí Pedro Páramo sólo pensé en salir de una gran ansiedad. Porque para escribir se sufre en serio”* (*Id.* p. 223).

Para finalizar, pienso que el ánimo de Rulfo podría estarse lamentando que en este su estado de Jalisco, después de su muerte, no se le ha rendido el honor que merece como el mejor escritor mexicano de todos los tiempos y uno de los más sobresalientes de la literatura universal, no existe en Guadalajara una avenida, un jardín, una estatua en la Rotonda, que signifique el homenaje de Jalisco a este gran hombre, más bien se han dispensado honores a personajes políticos, algunos de dudoso mérito y Juan Rulfo continuará esperando que ese reconocimiento, en su tierra, se haga realidad algún día.

Obstáculos en la escritura de Juan Rulfo

Servando Ortoll*

Resumen: Después de publicar *El Llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), Juan Rulfo abandonó su producción literaria. Las respuestas de los críticos literarios que se han preguntado por qué Rulfo dejó de escribir han sido tan variadas como sus ideologías. En este estudio añado otra faceta a este debate y describo lo que le ocurrió cuando pudo vivir como becario durante un año y dedicarse exclusivamente a escribir. Baso esta explicación en cartas y reportes archivados en el Rockefeller Archive Center. Escribo en mi papel de historiador, no de crítico literario, con la perspectiva de que mis hallazgos ayudarán a los estudiosos a conocer mejor a Rulfo y permitirán a otros acercarse a su vida y obra de maneras novedosas. Sólo al apartar a Rulfo de la niebla de cinismo con que ciertos críticos lo han envuelto, podremos entender mejor al hombre y al escritor.

Juan Rulfo [...] se convirtió [...] en el único autor que cada vez se volvía más famoso con cada obra que no publicaba.
JOSÉ AGUSTÍN

[...] lo que pasó con Juan Rulfo es que estaba deprimido. Tenía una enfermedad mental que se llamaba depresión, punto.
FEDERICO CAMPBELL

No he dejado de escribir, sólo dejé de publicar.
JUAN RULFO

La cordillera: una novela envuelta en el misterio

A mediados de la década de 1960, *La cordillera*, supuesta novela de Juan Rulfo, cobró gran popularidad. En abril de 1963, en el periódico *Excélsior*, apareció un artículo que anunciaba “*La cordillera*, nuevo libro de Juan Rulfo”. La autora, Cecilia Treviño de Gironella –quien firmaba con el seudónimo de “Bambi”–,¹⁰¹ había escuchado de Rulfo, en

* Revista *Signos Literarios*, México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Vol. XI, núm. 22, julio-diciembre, 2015, pp. 104-148.

¹⁰¹ En su artículo “Juan Rulfo’s Elusive Novel: La cordillera”, publicado en 1973 en *Hispania*, Donald K. Gordon menciona, con gran descuido, que el artículo de Bambi apareció en mayo de 1963 en *Excélsior*. Aunque revisé todos los ejemplares de ese mes, me fue imposible dar con el reportaje. Fue gracias a la lectura del artículo de Jorge Ruffinelli, que supe que la entrevista de Bambi apareció un mes antes: específicamente, el 16 de abril de 1963. Véase Jorge Ruffinelli. “La leyenda de Rulfo: cómo se construye el escritor desde el momento en que deja de serlo”. *La ficción de la memoria: Juan Rulfo ante la crítica*. Federico Campbell, coord. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 2010. Aunque Ruffinelli discute en su escrito varios de los ensayos que aquí examino, mi lectura lleva a conclusiones ligeramente distintas. Para constatar que “Bambi” era el nombre de pluma de Cecilia Treviño de Gironella, véase North

una entrevista que sostuvo con él, que “la cordillera” era como se nombraba originalmente “a la recua de mulas usada como medio de comunicación entre varias poblaciones rurales”, y que, posteriormente, a la cadena de poblaciones que quedaba así conectada se le conocía con el mismo nombre.

En esa misma entrevista, Rulfo agregó, que la novela trataba sobre Ejutla, “un poblado una vez próspero gracias a ‘la cordillera’, pero que [había] caído en días tristes”. Según el profesor de la Universidad de Manitoba, Donald K. Gordon, quien rescató la historia anterior de *Excélsior* y la resumió en una breve carta al editor de la revista *Hispania*, en *La cordillera* “la historia del poblado [de Ejutla] es seguida a través de las experiencias de una familia” (1040-1041).¹⁰²

Gordon narró cómo Antonio Acevedo Escobedo, el director del Instituto Nacional de Bellas Artes, organizó en 1965 una serie de 20 pláticas, en las cuales los escritores mexicanos más destacados hablarían en público acerca de su obra. El jueves 17 de junio tocaba el turno a Rulfo.

Casi no se presentó [relató Gordon] pero por último fue persuadido por Antonio Acevedo Escobedo [...] porque lo esperaba un público numeroso. Motivado por su buen amigo Juan José Arreola, Rulfo pronunció unas cuantas palabras. El reporte sobre la aparición [en público] de Rulfo incluye la siguiente cita: “No soy escritor profesional [...] simple aficionado [...] escribo cuando me viene la afición, si no, no [...] a esto se debe que no termine *La cordillera* [...] pura afición, y no al éxito, al miedo, a todas esas cosas que se dicen. (1040-1041)

Gordon acudió luego a la obra de Luis Harss y Barbara Dohmann, *Into the Mainstream*. En esa obra –publicada por Harper & Row en 1967–, Harss y Dohmann aseguraron que, en su “novela eternamente en prensa [, Rulfo] le sigue la pista a las vidas y fortunas de una familia de ‘encomenderos’ desde sus orígenes, a través de generaciones de guerras y migraciones, hasta el presente”. Como era usual en el trabajo de Rulfo, según ambos autores, “el viaje [era] mental, una memoria evocada en trozos y hebras por los descendientes de la difunta. ‘Realmente es la historia de una mujer que es la última

Tarrytown, Nueva York. Rockefeller Archive Center (en adelante RAC), Rockefeller Foundation (en adelante RF), Record Group (en adelante RG), 1.2 series 323 R, caja 59, carpeta 460. Francisco Monterde, “Breve informe sobre las actividades del Centro Mexicano de Escritores durante el año agosto 1964 agosto 1965”, Ciudad de México, recibido en Nueva York el 14 de diciembre de 1965. Véase también Elena Poniatowska. “La súbita muerte de Bambi, Ana Cecilia Treviño”. *La Jornada* (5 de junio de 2002) [<http://www.jornada.unam.mx/2002/06/05/11aa1cul.php?origen=index.html>].

¹⁰² En su nota al editor de *Hispania*, Gordon utiliza una cronología diferente a la que yo he seguido. Me baso, donde así lo marco, en sus palabras.

descendiente de la familia'. [...] lo que [Rulfo] ha tratado de hacer en esta obra es 'mostrar una realidad que yo conozco y que quiero que otros conozcan'".¹⁰³

No todo terminó allí: continuaba lentamente la novela de la novela. Para 1971, es decir, cuatro años más tarde, *La cordillera* se encontraba todavía en prensa. En mayo de ese mismo año Rulfo recibió el Premio Nacional de Letras. Según la noticia que Gordon leyó en *Hispania*, "dos libros breves [habían] bastado para dar a Juan Rulfo y a México, mediante la obra del genial escritor [... una] dimensión universal". La referencia a "dos libros breves", para Gordon, "necesariamente" descartaba *La cordillera*, "la novela huidiza [de Rulfo] que ha sido tema de intriga durante muchos años" (1040-1041). El autor de *Pedro Páramo* parecía no tener remedio: hacía al menos dos décadas que los lectores esperaban "ansiosamente otra obra de Rulfo y [había] habido mucho cotilleo en los círculos literarios sobre *La cordillera*". Para 1973, algunos afirmaban que la obra ya había aparecido. La pregunta para Gordon se resumía en siete palabras: ¿se había publicado o no *La cordillera*? Todo sugería que éste no era el caso. Habla Gordon:

La novela, aparentemente, todavía está "en prensa". Muchas razones se han expresado para la no publicación de la obra tan ansiosamente esperada (sobre la cual, a propósito, el enigmático Rulfo ha dicho: "no es una novela, es un relato", véase el artículo de *Excelsior* [de abril de 1963]). En su reportaje [de 1963], Bambi afirma que Rulfo no publicaría la obra antes de dos años (es decir, 1965). Cuando Bambi le preguntó el porqué de tan largo retraso, Rulfo respondió: "Es que yo he vivido tan a gusto en el anonimato, tan feliz, tan tranquilo que lo dejan a uno, que me volví alérgico a la gente. Y eso de sacar la cabeza, no falta quien le dé a uno un garrotazo". Rulfo, quizá, hablaba medio en broma. Su reticencia es bien conocida. (1040)

John D. Bruce Novoa se une a la conversación

A la confusión anterior que bosquejó Gordon, alguien más habría de abonar: en su *Historia crítica de la literatura hispanoamericana* (publicada por Holt, Rinehart and Winston en 1968), el crítico literario Orlando Gómez-Gil –sin proveer el origen de la información que tenía a mano– afirmó: el "último libro de Rulfo lleva por título *La cordillera* (1965)". Para confirmar sus aseveraciones, el propio Gómez-Gil agregó en la sección de bibliografía esta obra, supuestamente publicada por el Fondo de Cultura

¹⁰³ Las citas anteriores provienen efectivamente del trabajo de Luis Harss y Barbara Dohmann, pero ellos son más benévolos con Juan Rulfo, su entrevistado: "Conforme la gente se pregunta si escuchará de él de nuevo, 'él trata de hacerse a la idea de lanzar una novela eternamente en prensa que ha terminado y hecho trizas mil veces, llamada *La cordillera*. 'Estoy en cierto modo trabajando en ella', dice. Recientemente pensó que la había terminado, luego decidió repasarla una vez más. Tenía que ser reconsiderada completamente. 'Pensé que era un poquito demasiado densa'. Le gustaría hablar de esto pero era 'un tanto difícil de explicar'" (274).

Económica. La novela siguió su curso. En el segundo tomo de su *Literatura hispanoamericana: antología crítica* –publicado también por Holt, Rinehart and Winston en 1971– Gordon asegura que Orlando Gómez-Gil aseveró: “después de un largo silencio [Rulfo] ha publicado *La cordillera* (1966)’, y enseguida discutió la obra en términos de su estilo y contenido [...] La publicación de *La cordillera* [concluye Gordon] es tratada como un *fait accompli*” (1041).¹⁰⁴

Gordon continuó su pesquisa. El viernes 6 de agosto de 1971, escribió directamente al Fondo de Cultura Económica solicitando un ejemplar de *La cordillera*. La respuesta fue: “les notificamos que lamentablemente esa edición no es nuestra” (1041). Cerró Gordon preguntándose si algún lector de la revista *Hispania* tendría noticias que compartir en torno a esa “huidiza” novela de Rulfo. Casi un año después, en septiembre de 1974, John D. Bruce Novoa, de la Universidad de Colorado en Denver, tiró del hilo de la conversación que Gordon había enredado o desenredado en *Hispania*. Según Novoa, Gordon revisó las preguntas surgidas alrededor de *La cordillera*, “la misteriosa novela que Juan Rulfo anunció hace unos años como [la obra] subsiguiente a su ahora clásico *Pedro Páramo* [...] Después de discutir la evidencia contradictoria que cuestiona el estatus de la novela respecto a su publicación [...] Gordon concluyó su artículo expresando el deseo de que otros lectores arrojaran alguna luz sobre el misterio”. Novoa tomó la oportunidad para contribuir con cierto material para aclarar el misterio, al tiempo de proveer a sus lectores con “breves selecciones de *La cordillera* misma, publicada, creo, por primera vez en Estados Unidos” (“Juan Rulfo’s Elusive Novel: *La cordillera*” 1041).

En el verano de 1969, con una subvención que recibió de la Universidad de Colorado, Novoa viajó a México para encontrarse con escritores mexicanos. Después de entrevistar varias veces a Salvador Elizondo, él lo invitó a las reuniones semanales del Centro Mexicano de Escritores: “el taller de escritores a través del cual la gran mayoría de autores mexicanos ha pasado y del cual Elizondo es uno de los directores” (“Some Answers About...” 474). Novoa aceptó la invitación, en particular porque Elizondo prometió presentarle a Rulfo, el codirector del taller que se reunía semanalmente. El siguiente miércoles, en el Centro, Novoa conoció al escritor jalisciense, “con quien, según todo el mundo, es difícil hablar e imposible de entrevistar”. Pero contrario a lo que esperaba, Rulfo estaba de humor para charlar y discutió a fondo el boom de la novela

¹⁰⁴ Las palabras en cursivas son de Gordon. El libro de Orlando Gómez-Gil al que tuve acceso lleva un título distinto y apareció publicado tres años antes, por la misma casa editorial. Cito lo que Gómez-Gil escribió en esa versión de su obra, las palabras y las omisiones entre corchetes son mías: “Tres libros han bastado para darle [a Juan Rulfo] consagración nacional e internacional, pues sus obras han sido traducidas a varios idiomas modernos. Estos volúmenes son: *El llano en llamas* (1953), colección de quince cuentos llenos de intensidad y del dramatismo de la vida campesina. [...] Después Rulfo publicó *Pedro Páramo*, uno de los relatos más complejos dentro de la nueva novelística. [...] Su último libro lleva por título *La cordillera* (1965)” (723 y 736). Aunque en la versión del libro de Gómez-Gil que consulté no “discute la obra en términos de su estilo y contenido”, como asegura Gordon, sí cita *La cordillera* en la sección bibliográfica que corresponde a Rulfo.

latinoamericana, que “en ese momento llamó una creación absurda de los medios y de los críticos, agregando que las mejores novelas se escribían en Brasil en portugués y en absoluto en español”.

Rulfo se extendió más: “él dudó sobre la valía de los jóvenes escritores, con las excepciones de Elizondo y Fernando del Paso, aunque elogió la expansión de la industria editorial, [pese a que producía] mucho material de poco valor”. Después de todas las historias que había escuchado acerca del escritor jalisciense, a Novoa le parecía fuera de lugar su locuacidad. Era difícil de creer que conversara con tanta desenvoltura. Todo siguió así hasta que le preguntó cuándo podría entrevistarle de manera formal. Rulfo se tensó e insistió que sería ésa una pérdida de tiempo y que era mejor que entrevistara a Salvador Elizondo. Justo en ese momento, el propio Elizondo se unió a la conversación para aclarar que Novoa ya tenía conversaciones grabadas sobre sus obras. Rulfo estaba por leer ante el público, pero después de la lectura, Novoa –auxiliado por Elizondo–, logró que le diera una fecha y una hora para entrevistarle.

Se encontraron una semana después en la oficina de Rulfo en el Instituto Nacional Indigenista. El escritor no se sentía bien, pero insistió en continuar con la entrevista. Habló libremente, “a veces casi como si yo no me encontrara presente, planteándose preguntas y contestándolas él mismo” (475). Después de que discutiera *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*, Novoa le preguntó por qué había dejado de escribir: “Su respuesta es altamente significativa con respecto a las preguntas planteadas por Gordon. [Rulfo] dijo: ‘No he dejado de escribir, sólo dejé de publicar’”. Luego explicó que él escribía por placer personal y que poca gente tenía la oportunidad de leer lo que escribía. Agregó que él respetaba “la opinión de tan sólo un número limitado de amigos”, y que lamentaba “la falta de críticos literarios competentes en América Latina, especialmente en México”; deploraba igualmente que hubiera autores dispuestos a hacer “lo necesario para recibir buenas reseñas”; que los críticos descargaran “una crítica despiadada basada en personalidades en vez [de juzgar] el valor de la obra, y la idiotez de los editores” (475).

Mientras conversaban, Rulfo abrió el ejemplar que había autografiado a Novoa de *Pedro Páramo*, apuntó al número de ediciones y de ejemplares publicados y “comentó que en todo el mundo no podía existir tanta gente que pudiera leer su libro y mucho menos entenderlo”. La conclusión era llana: “bajo todas esas condiciones [resumió Rulfo] él no publicaría nada más”. A cinco años de su entrevista, Novoa no dudaba las palabras de Rulfo ni que las condiciones en México desde su encuentro con él hubieran cambiado. Pero, puesto que su nota iba dirigida a responder las dudas de Gordon, explicó que Rulfo había obtenido el Premio Nacional de Letras en 1970 no por haber publicado algo ese mismo año; más bien “en reconocimiento a la alta estima en que se tiene *Pedro Páramo* nacional e internacionalmente, en particular por el hecho de que es la novela mexicana contemporánea más traducida”. Además, el hecho de que críticos como Bambi y Luis Harss comentaran “el contenido general de *La cordillera* no [constituía] una sorpresa: la

mayoría de los novelistas que he entrevistado han discutido en gran detalle sus obras futuras, incluso aquellas que ellos no han siquiera comenzado a escribir” (475). Rulfo no era excepcional en este sentido.

Otra cosa era que Orlando Gómez-Gil diera la fecha de publicación y el nombre de la casa editora de la obra inédita de Rulfo: ni el Fondo de Cultura Económica ni ninguna otra casa editorial había publicado el libro, pues para Novoa “un evento literario tal nunca pasaría desapercibido por ningún periódico o revista importante”. La conclusión era obvia: el crítico estaba errado y no había investigado los “hechos”: “Gómez-Gil ha asumido un evento negado por la editorial, por el autor y por la evidencia”. ¿Cómo era posible que tanto Gómez-Gil como otros comentaran a detalle el estilo y contenido de *La cordillera* sin que ésta hubiera sido publicada? “Desconozco si es el caso respecto a Gómez-Gil [escribió Novoa] pero a ciertos críticos se les ha permitido leer el manuscrito, o secciones de éste”. Algunos incluso habían incluido trozos de ese manuscrito en sus artículos. Uno de ellos era María Teresa Gómez Gleason. En su artículo “Juan Rulfo y el mundo de su próxima novela *La cordillera*”, que apareció el 29 de junio de 1966 en *Siempre* y en la *Recopilación de textos sobre Juan Rulfo*,¹⁰⁵ Gómez Gleason publicó los siguientes cuatro fragmentos de la elusiva novela:

Me llamo Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. Me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos, como si fuera el vástago de un racimo de plátanos, y aunque siento preferencia por el verbo arracimar, me hubiera gustado un nombre más sencillo. Mi padre se llamó Juan Nepomuceno, mi abuelo paterno [sic] era Carlos Vizcaíno, lo de Rulfo lo tengo por Juan del Rulfo, un aventurero “caribe”, o sea de los que estuvieron al servicio de José María Calleja, alias “El Caribe”, que tuvo una hija llamada María Rulfo Navarro que se casó con mi abuelo paterno [sic]: José María Jiménez. Este Juan del Rulfo llegó a México a fines del siglo XVIII, y parte de su vida la dedicó a combatir a Gordiano Guzmán en los rumbos de Tamazula de Guzmán y Zapotlán el Grande, hoy Ciudad Guzmán. Más tarde junto con [el] general Brizuela combatió a los franceses...

El segundo párrafo que transcribió Novoa, comienza así:

Dionisio Tizcareño fue novio de la Tránsito Pinzón. Lo mataron en el Hotel Manzanillo aquella vez que estuvo peleando contra la policía y el ejército, y no se rendía, hasta que pidieron ayuda a la marina y entre 15 soldados y 20 policías hicieron pedazos el hotel. Allí terminó la ilusión de Tránsito de casarse con él, pero al saber que Dionisio había muerto, ella sacó su propia acta de defunción. Así vivió soltera y dueña de muchas escrituras que obtuvo cuando les quitaron la propiedad a los comuneros y cuando “la federal” quería aplicarle la ley, ella demostraba que Tránsito Arias Pinzón había muerto.

¹⁰⁵ La información bibliográfica que proporciona Novoa es: María Teresa Gómez Gleason. *Recopilación de textos sobre Juan Rulfo*. La Habana: Casa de las Américas, 1969.

El tercero y cuarto de los fragmentos transcritos son los que siguen:

En la familia Pérez Rulfo, nunca hubo mucha paz; todos morían temprano, a la edad de 33 años y todos eran asesinados por la [espalda]. Sólo a David, el último, víctima de su afición, lo mató un caballo.

Los curas de la costa siempre traen pistola, son curas “bragados”. El cura Sedano de Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán) raptaba muchachas y se aprovechó de la cristiada para alzarse en armas, lo mismo que el de San Gabriel y Jiquilpan. A Sedano lo colgaron en un poste del telégrafo. Tendría yo como 8 años cuando el cura de San Gabriel dejó su biblioteca a guardar en la casa de mi abuela, antes de que expropiaran el curato y lo convirtieran en cuartel. (475-476)

Para Novoa, estos trozos del manuscrito seguían el estilo de las obras anteriores de Rulfo, junto con “el bosquejo de la trama contado oralmente por el propio autor, podría llevar a algunos a llegar a conclusiones acerca de la novela, pero ir tan lejos como citar fechas de publicación es un tanto demasiado”. Una cosa quedaba clara, de acuerdo con Novoa:

La publicación de *La cordillera* no es todavía una realidad, pero la existencia del manuscrito lo es; es decir, si no ha sido destruido por el autor desde mediados de los sesenta. Su publicación final permanece aún como una pregunta que nadie puede contestar, salvo Rulfo o sus futuros herederos. Pero, por el presente, todavía puedo recordar claramente a Rulfo en una de las pocas veces que me miró directamente sin permitir que sus ojos escaparan hacia sus manos o al humo de su cigarrillo y corrigiendo mi propia conjetura errónea de que él ya no escribía con un explícito “No he dejado de escribir, sólo dejé de publicar”. (476)

Juan Rulfo y la fábula del zorro

Después de los comentarios de los autores anteriores, tocó a Ray Verzasconi, de la Universidad Estatal de Oregon, entrar a la conversación: quien sugirió que la “última palabra” en torno a *La cordillera* de Rulfo se encontraba en la fábula del autor guatemalteco Augusto Monterroso, “El zorro es más sabio”:

Un día que el zorro estaba muy aburrido y hasta cierto punto melancólico y sin dinero, decidió convertirse en escritor, cosa a la cual se dedicó inmediatamente, pues odiaba ese tipo de personas que dicen voy a hacer esto o lo otro y nunca lo hacen.

Su primer libro resultó muy bueno, un éxito; todo el mundo lo aplaudió, y pronto fue traducido (a veces no muy bien) a los más diversos idiomas.

El segundo fue todavía mejor que el primero, y varios profesores norteamericanos de lo más granado del mundo académico de aquellos remotos días lo comentaron con entusiasmo y aun escribieron libros sobre los libros que hablaban de los libros del zorro.

Desde ese momento el zorro se dio con razón por satisfecho, y pasaron los años y no publicaba otra cosa.

Pero los demás empezaron a murmurar y a repetir “¿Qué pasa con el zorro?”, y cuando lo encontraban en los cocteles puntualmente se le acercaban a decirle tiene usted que publicar más.

–Pero si ya he publicado dos libros– respondía él con cansancio.

–Y muy buenos–le contestaban–; por eso mismo tiene usted que publicar otro.

El zorro no lo decía, pero pensaba: “En realidad lo que éstos quieren es que yo publique un libro malo; pero como soy el zorro, no lo voy a hacer”.

Y no lo hizo. (cit. 312-313)¹⁰⁶

La “renuncia a la escritura” de Juan Rulfo

Buena parte de su vida intelectual, Federico Campbell la pasó estudiando lo que él llamó “el problema de la renuncia a la escritura”. Como tema de investigación, le interesaba y preocupaba Juan Rulfo, pues a mediados de la década de 1950, luego de haber escrito *El Llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), el escritor jalisciense suspendió su producción literaria. En una entrevista que le hizo Víctor Manuel Pazarín, Campbell explicó que le llamaba “la atención que Rulfo no pudiera escribir”: “Cuando [...] murió hacía treinta años que no publicaba nada” (Pazarín, *Arreola, un taller continuo* 24-25). ¿Abandonó las letras Juan Rulfo porque alcanzó la cúspide de la fama y temía que sus nuevos libros no fueran tan bien recibidos como los anteriores? ¿Fue el alcohol el responsable de su bloqueo literario? ¿No escribió más porque se le buscaba mucho y se encontraba demasiado ocupado sosteniendo simultáneamente diferentes trabajos y asistiendo a congresos todo el tiempo? Al respecto Campbell tiene una opinión muy clara:

Para mí lo [...] que pasaba con Rulfo es que estaba deprimido. Juan estaba deprimido. Padecía una fuerte depresión, tremenda, que se agudizó después de una cura anti-alcohólica, que tuvo a principios de los sesenta. En el hospital Florestas, estuvo un tiempo. Y a partir de ahí Juan nunca salió de la depresión. Y por tanto, no logró escribir nada. Yo sé que hacía notas y que escribía en unos rollos de

¹⁰⁶ Respecto a la asistencia a congresos de Rulfo, Federico Campbell recordó: “Juan se pasaba la vida en congresos literarios. En todos los congresos de literatura que había, tú llegabas y al primero que [te] encontrabas era a Juan Rulfo. En Canarias, en Madrid, en Budapest, en Buenos Aires, en São Paulo, en Lima, en Caracas, o en China. Si había un congreso literario, ahí estaba Juan Rulfo. Se pasaba la vida en ellos. Los últimos diez o quince años de su vida, iba a Europa dos o tres veces al año. Iba a Sudamérica dos o tres veces al año. Yo alguna vez le hacía la broma. Le decía: ‘Oye Juan, tú no escribes no porque no tengas tiempo, ni dinero o porque te falten ideas, sino porque te pasas la vida yendo a los congresos’” (Pazarín, 25-26).

calculadora, de esos largos, y los colgaba como corbatas en los roperos de su casa. Eran cosas muy personales, ideas, frases. Y Juan quería escribir y creía que iba a hacerlo. A lo mejor hubiera [escrito] otro Pedro Páramo. (25)¹⁰⁷

Sin contradecir ni desestimar lo dicho por Campbell, me parece que lo que Rulfo sufrió fue un bloqueo literario, tras acordar la entrega de segmentos de sus escritos en plazos perentorios debido a una beca que le otorgó la Fundación Rockefeller. Para sustentarlo me apoyo en cartas y reportes archivados en el Rockefeller Archive Center, los cuales incluyen materiales delicados que comprenden la personalidad y salud mental de Rulfo. Al igual que Juan José Arreola –otro joven de Jalisco–, Rulfo se dio a conocer en el Centro Mexicano de Escritores. Fundado a inicios de la década de 1950, el Centro lo capitaneaba entonces la escritora estadounidense Margaret Shedd y lo auspiciaba la Fundación Rockefeller.¹⁰⁸ Esta última había recibido reportes de sus “*field officers*” respecto a que existía un “considerable talento literario” en México, pero que una de “las mayores dificultades en el desarrollo de la escritura contemporánea [era] la carencia de oportunidades para que jóvenes escritores trabajaran durante un periodo de meses relativamente libres de otras obligaciones en un medio ambiente que [proveyera] discusiones constructivas y crítica a su trabajo”.¹⁰⁹

El “Mexico City Writing Center”, bajo la dirección de Margaret Shedd y asociado entonces con el Mexico City College, parecía ser “el centro más prometedor para estímulos de este tipo para jóvenes escritores”. Margaret Shedd era una creadora con experiencia en la enseñanza de la escritura en Estados Unidos que “durante los últimos años [había] conducido un exitoso programa de escritura en la ciudad de México en el que [habían] participado tanto jóvenes estadounidenses como mexicanos”.¹¹⁰ El proyecto que apoyaba la Rockefeller no estaba exento de intereses. Como lo sugiere Patrick Iber, “Fahs esperaba que el Centro llevaría, como el intercambio de estudiantes, a una mayor comprensión de –y consecuentemente a una reducida antipatía hacia– Estados Unidos”

¹⁰⁷ En nota al calce justo después de que Campbell mencionara el hospital Florestas, Víctor Manuel Pazarín añadió: “Un libro que Rulfo llegó a anunciar pero no a publicar se hubiera llamado *Días de floresta*” (25).

¹⁰⁸ Desde un inicio y pese a mostrar su interés en el desarrollo de un centro de escritores en México, Charles B. Fahs explicó a Margaret Shedd su inclinación por que este centro fuera “un proyecto mexicano con cooperación estadounidense”. Véase RAC. RF RG 1.2 series 323 Mexico City College, caja 57, carpeta 446, “Carta de Charles B. Fahs a Margaret Shedd”, Nueva York, 19 de abril de 1951. Según Fahs la Fundación no buscaba encargarse del “funcionamiento general del Centro”; más bien proveería las becas y los instrumentos “para seleccionar un grupo pequeño de becarios mexicanos a quienes de este modo se les posibilitaría tener tiempo libre para escribir, pero en asociación con el Centro que, nosotros esperamos, proveerá motivación y estímulo”. RAC. RF RG 1.2 series 323 Mexico City College, caja 57, carpeta 446, “Carta de Charles B. Fahs a Herschel Brickell”, Nueva York, 24 de abril de 1951.

¹⁰⁹ RAC. RF RG 1.2 series 323 R, caja 57, carpeta 446, “Grant in Aid to Mexico City College in support of a program of fellowships for Mexican writers”, Nueva York, 9 de mayo de 1951.

¹¹⁰ RAC. RF RG 1.2 series 323 R, caja 57, carpeta 446, “Grant in Aid to Mexico City College in support of a program of fellowships for Mexican writers”, Nueva York, 9 de mayo de 1951.

(15).¹¹¹ Como parte de esta agenda y para inicios de 1954, los funcionarios de la Rockefeller consideraban como básicos tres aspectos fundamentales que habían evolucionado del propio Centro:

Primero, se proveen becas para permitir a jóvenes escritores mexicanos de cuentos, novelas, poesía, drama y crítica y jóvenes escritores norteamericanos residentes en México para que tengan un año libre para escribir. Segundo, bajo la guía de miss Shedd y mister Xirau los becarios se reúnen semanalmente para leer, discutir y criticar mutuamente su obra. Exbecarios y otros destacados jóvenes escritores mexicanos se unen frecuentemente a estas discusiones. Tercero, el Centro ha animado una serie de estudios sobre los problemas del escritor en México; las relaciones entre la escritura y otros aspectos de la vida mexicana, y posibles salidas para publicar en el extranjero. Estos estudios pretenden ayudar al escritor a entender mejor sus problemas y construir para él una sólida base económica.¹¹²

Entre los jóvenes escritores a quienes iban dirigidos los resultados de estos estudios y que se beneficiaron (como exbecarios) de las reuniones semanales en el Centro, se encontraba Juan Rulfo. A continuación hablaré de cómo el jalisciense descolló entre sus compañeros escritores dedicados a la poesía, al teatro y, en general, a la literatura; cómo llegó a obtener, aparte de la primera beca que ganó, una segunda “beca especial” de la Fundación Rockefeller, y a qué dedicó su tiempo libre cuando la obtuvo.

Los “amigos” y amigos de Rulfo en el Centro Mexicano de Escritores y el Colegio de México

En distintas ocasiones y de diversas maneras, Rulfo llamó la atención del entonces director de la División de Humanidades de la Fundación Rockefeller, Charles B. Fahs (o CBF, como firmaba sus reportes). Visitante frecuente del Centro Mexicano de Escritores, Fahs se informó sobre la persona y hábitos personales de Rulfo. Por ejemplo, de acuerdo con una de sus compañeras –identificada simplemente como “Ms. Hernández”, pero a quien es posible reconocer como la galardonada dramaturga Luisa Josefina Hernández, autora, entre otras, de la obra *Botica modelo*–: “Juan Rulfo, a quien reconozco como probablemente el más talentoso de los jóvenes escritores, ella definitivamente no lo

¹¹¹ Es evidente que la Rockefeller buscaba, como política cultural de la Guerra Fría, apoyar a jóvenes talentosos que se inclinaban políticamente por Estados Unidos y no en su contra. Para un ejemplo sobre lo ocurrido con el grupo de historiadores que dirigía Daniel Cosío Villegas, véase Servando Ortoll y Pablo Piccato. “A Brief History of the Historia Moderna de México”. A Companion to Mexican History and Culture. Coord. William H. Beezley. Malden: Wiley-Blackwell, 2011. 339-360.

¹¹² RAC. RF RG 1.2 series 323, caja 57, carpeta 444, “Subvención para el Centro Mexicano de Escritores”, Nueva York, 7 de abril de 1954.

recomendaría para una ayuda [económica]. Ella dice que él necesita un psiquiatra y que bajo las circunstancias actuales Rulfo realmente es peligroso para su familia y otros”.¹¹³

La respuesta de Hernández perturbó a Charles B. Fahs, por lo que dejó pasar un tiempo antes de preguntar por Rulfo a otros conocidos suyos. En una conversación que sostuvo con Alfonso Reyes en El Colegio de México, el funcionario de la Rockefeller curioseó respecto a su interés por la escritura contemporánea. Reyes fue espontáneo. Sin que Fahs se lo preguntara, habló directamente de Rulfo: “Reyes dice que ha estado proveyendo un apoyo a través de El Colegio (alrededor de 600 pesos al mes) a Juan Rulfo, brillante pero alcohólico exbecario del Centro [Mexicano] de Escritores”. La noticia del apoyo a Rulfo extrañó tanto a Fahs que al reflexionar acerca del asunto, escribió: “Dado que para el conocimiento de CBF El Colegio no ha ayudado antes a escritores creativos contemporáneos, quizá esta acción por Reyes sea una consecuencia del tiempo que pasó en la junta de directores del Centro [Mexicano] de Escritores”.¹¹⁴ Nada mencionó Fahs en su reporte, acerca del supuesto alcoholismo de Rulfo.

A la Rockefeller le interesaba el talento de Rulfo y buscaba la forma de apoyarlo. Su hipotético alcoholismo no era algo que preocupara a sus representantes en México: lo que buscaban era justificar una subvención para el joven escritor y su método era sumar opiniones respecto a su persona, de preferencia positivas, por parte de otros escritores. Encontraron a uno de esos escritores en el entonces también joven Octavio Paz. En una entrevista que John P. Harrison –el nuevo representante de la Rockefeller en México– sostuvo con Paz el 15 de enero de 1957, se dijo lo siguiente:

Él [Octavio Paz] señaló que Juan Rulfo y Adolfo Bioy Cáceres en Argentina, dos jóvenes talentos creativos de primera clase, están absolutamente sin conexiones institucionales. Él dijo que la mente académica parecía totalmente incapaz de entender a una persona como Rulfo quien, ciertamente era un poco alcohólico, porque él era una personalidad neurótica, pero que esto no significaba que él no fuera un buen marido y un buen padre: OP observó que la forma en que Rulfo

¹¹³ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta de las entrevistas de CBF en México. Asunto: Juan Rulfo. Ciudad de México”, 20 de enero de 1956. Las palabras que cito en cursivas estaban subrayadas con la máquina de escribir en negro, y en rojo a mano. En las citas de documentos inéditos de la Fundación Rockefeller, corregiré silenciosamente errores minúsculos de ortografía y del deletreo de los nombres de las personas mencionadas; también, en lo sucesivo, convertiré en cursivas las palabras subrayadas a máquina o a mano.

¹¹⁴ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta del diario México de CBF. El Colegio de México”, 11 de diciembre de 1956. El nombre inicial que utilizó Margaret Shedd cuando el Centro se encontraba dentro de las instalaciones del Mexico City College fue el de Mexico City Writing Center para ser congruente con el nombre del Mexico City College. Por su parte los funcionarios de la Rockefeller llamaban al Centro Mexicano de Escritores simplemente el “Writing Center” o Centro de Escritores. Sólo en los contados casos en que no inserto entre corchetes “Mexicano”, es porque el “*field officer*” John P. Harrison –quien reemplazó a Fahs en el puesto– utilizó el nombre de la institución como se le conocía en México.

proveía –o no proveía– a su familia era una preocupación agobiante para él. OP dijo que escritores como Rulfo claramente se beneficiaban de becas, como se podía ilustrar por su producción durante el periodo en que fue becario del Centro [Mexicano] de Escritores, la única vez en su vida que él ha estado relativamente libre de preocupaciones financieras, y tuvo tiempo para escribir.¹¹⁵

En esa misma entrevista, Octavio Paz añadió que otros autores –uno de ellos Julio Jiménez Rueda– criticaban a Rulfo por “estar esencialmente más interesado en la literatura que en México”.¹¹⁶ A Harrison, seguramente influenciado por Margaret Shedd, debió resultarle más importante que Rulfo se inclinara por la literatura que por México. El siguiente paso para el representante fue entrevistarse con Antonio Alatorre y su mujer, Margit Alatorre.¹¹⁷ El 19 de agosto de 1957, Harrison se encontró con los Alatorre, a quienes identificó en su reporte como “los A”: quería preguntarles sobre la situación de Rulfo y Juan José Arreola, a quien erróneamente llamó “Gustavo Arreola” en la excerpta de su entrevista:

JPH preguntó a los A cuál era la situación actual de Juan Rulfo y Gustavo [sic] Arreola. Ellos dijeron que ambos están luchando muy duro simplemente para alimentarse y en el caso de Rulfo, a su familia; que ninguno de los dos ha escrito nada en el último año y medio. Como a todos aquellos que preocupa la literatura mexicana moderna, ellos [los Alatorre] pensaban que ésta era una tragedia mayor pero no veían esperanza alguna de avance alguno dentro del negocio mexicano de las publicaciones, que proveería a uno de estos hombres con una forma de ganarse la vida.¹¹⁸

Las palabras de los Alatorre –eco de las de Octavio Paz– llamaron la atención de Harrison, quien buscó informarse, por medio de la pareja, más a fondo acerca de la situación de ambos autores.

JPH preguntó si posibles fuentes de apoyo externas que les proveyera con tiempo libre para escribir servirían para cualquier propósito útil. Ambos se mostraron extremadamente entusiasmados acerca de esta posibilidad, pero no creían que la situación cambiaría lo suficiente en México durante los próximos dos años para

¹¹⁵ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Entrevista de JPH con Octavio Paz”, Ciudad de México, 15 de enero de 1957.

¹¹⁶ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Entrevista de JPH con Octavio Paz”, Ciudad de México, 15 de enero de 1957.

¹¹⁷ Su nombre oficial era, según *Wikipedia*, Margarita Ana María Frenk y Freund. La misma fuente asegura que ella fue también conocida como Margit Frenk Alatorre. Para ser consistente, en estas páginas he dejado su nombre como Harrison la llamaba: Margit Alatorre. Nació en Hamburgo, Alemania, y a los cinco años vino a vivir a México junto con sus padres.

¹¹⁸ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta de entrevista de JPH con Antonio y Margit Alatorre”, Ciudad de México, 19 de agosto de 1957.

proveerles con una forma de ganarse la vida a través de la escritura, sin importar qué tan productivos fueran durante el periodo de cualquier beca. Ambos creían que un apoyo de ese tipo estaría justificado en términos de lo que se contribuiría a la literatura mexicana durante el tiempo de la beca. Señalaron que ambos hombres habían escrito sus obras más importantes mientras eran becarios del Centro [Mexicano] de Escritores.¹¹⁹

Margit Alatorre enfatizó que “cualquier apoyo posible a estos dos hombres debía ser administrado a través de una institución más que dárselo directamente a ellos”. Continuaba el problema de qué tan deseable era que recibieran directamente una beca sin que una institución los supervisara. “Ella [Margit Alatorre] sintió que para este propósito el Centro [Mexicano] de Escritores era superior a El Colegio de México por su énfasis completo en la escritura creativa y el hecho de que la presión que podría ejercer sobre ambos hombres sería más constante”.¹²⁰ Los Alatorre adivinaron que la pregunta vaga de Harrison sobre un “apoyo externo” se refería a uno proveniente de la Rockefeller. Al mismo tiempo, sin embargo, temían que cualquiera de los dos jóvenes escritores, de recibir la beca de forma directa, la invirtieran de manera indebida.

Harrison –seguramente por sugerencia de Fahs, quien ahora era su superior en la Fundación– decidió apoyar a Rulfo. Después de todo, él había descollado por encima de otros escritores igualmente talentosos, como Arreola. De hecho, en las excerptas y otros documentos de Harrison que mencionan a Arreola y a Rulfo, el segundo aparece en la sección de “asunto”, en ocasiones con letras rojas. Además, Arreola interesaba tan poco a Harrison que lo llamó en al menos una ocasión “Gustavo”. Los planes abiertos o encubiertos del representante tomaban forma. En su excerpta de un viaje a la Ciudad de México a inicios de diciembre de 1957, Harrison reportó una cena que tuvo con dos jóvenes mexicanos: el entonces “caprichoso” funcionario público Arturo Arnáiz y Freg y Juan Rulfo. Ricardo Garibay, quien lo conoció en persona, afirmó que Arnáiz “se cepillaba los dientes diez veces al día”.¹²¹ Así lo describió Garibay en lo físico: “Ojos brillantes, frente alta y libre, cabellos negros y ondulados, bigote recortado con perfección. Vestía con extrema pulcritud. Su voz era metálica y de buen timbre. Su dicción era impecable. Jamás dijo una palabra tabernaria” (131). Cuando Arnáiz, Rulfo y Harrison llegaron al lugar donde cenarían, se encontraron con un conocido. Eran aquellos los días en que la gente de ciertos círculos se topaba fácilmente en los sitios de moda a los que asistían:

JPH cenó con *Arturo Arnáiz y Freg, y Juan Rulfo*. Cuando estábamos por entrar al restorán nos topamos con *Gustavo* el hijo de [Daniel] Cosío [Villegas], quien se

¹¹⁹ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta de entrevista de JPH con Antonio y Margit Alatorre”, Ciudad de México, 19 de agosto de 1957.

¹²⁰ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta de entrevista de JPH con Antonio y Margit Alatorre”, Ciudad de México, 19 de agosto de 1957.

¹²¹ Garibay calificó a Arnáiz de “caprichoso” en la página 131, y de “odioso” en la 134.

encontraba un poquito alegre y abandonó a sus colegas diplomáticos para unirse a nuestra mesa para una larga y cáustica conversación acerca de ciertas intimidades de la política mexicana actual. Arnáiz, quien visiblemente se había mostrado molesto por la intrusión, pronto quedó extasiado con lo que claramente eran noticias para él, y ordenó otro martini para Gustavo. *Rulfo* se veía más descompuesto que sorprendido ante los eventos, aunque no tan extrañado como los colegas de Gustavo, cuando lo hallaron bebiendo martinis después de una dieta vespertina de güisqui escocés.¹²²

Ésta es una rara y más bien divertida descripción de lo que ocurría en esos tiempos, aunque bastante inusual para Harrison, quien acostumbraba reunirse con gente de la talla de Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes o Margaret Shedd. Por lo que cuenta (y cómo lo cuenta) pasó una noche divertida con la compañía. Cito ahora la sección en la que se refiere a Rulfo:

La discusión con *Rulfo* acerca de escritores mexicanos más jóvenes, con referencia particular al Centro [Mexicano] de Escritores, fue placentera. El único momento en que Rulfo mostró señal alguna de los problemas personales que le atribuyen sus amigos mexicanos fue su trastornada y un tanto alterada declaración de que ni él ni *Arreola* habían producido cosa alguna desde que abandonaron el Centro. Aparentemente esto él lo atribuye tanto a una carencia de ser forzado a escribir, como al apoyo económico que les proporcionó tiempo libre para [producir]. Fue claro por la conversación que Rulfo, como otros mexicanos con quienes JPH ha conversado, consideraba el Centro una organización americana. Al hablar sobre las razones de esto, salió a relucir que sólo las organizaciones extranjeras tenían la palabra “Mexicana” en sus nombres. *Rulfo* pareció asumir que si [el Centro] fuera mexicano, el nombre sería simplemente “Centro de Escritores”. Se pidió en este punto el directorio telefónico y se demostró que, con una excepción menor, las corporaciones con el “Mexicana” en sus nombres estaban controladas por extranjeros. Por cierta razón no entendida completamente por JPH, este hecho curioso no se aplica a corporaciones que tienen el “de México” agregado al final de sus títulos.¹²³

Esa noche Harrison llegó a su habitación del hotel a las 2 de la mañana y todavía “dejó a Arnáiz tratando, sin alcanzar éxito alguno, de explicarle a Rulfo que 80 pesos no

¹²² RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta del viaje a México de JPH. Plática con Juan Rulfo”, Ciudad de México, 7 de diciembre de 1957

¹²³ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta del viaje a México de JPH. Plática con Juan Rulfo”, Ciudad de México, 7 de diciembre de 1957. Harrison, quien nunca había escuchado esta observación consultó al día siguiente con otros conocidos y concluyó que “lo que parece ser un hecho no era tan bien comprendido por todos los mexicanos como lo concebían *Arnáiz* y *Rulfo*”.

era caro para una botella de vino servida en los entornos apropiados”.¹²⁴ Antes de despedirse, acordó tener una segunda entrevista con Rulfo, unos días más tarde. El resultado fue positivo para el escritor jalisciense, como puede verse por una carta que Harrison escribió desde Nueva York a Ramón Xirau, el 16 de diciembre de 1957.¹²⁵ Exbecario de la Rockefeller, Xirau¹²⁶ fungía como director interino del Centro Mexicano de Escritores. Por lo tanto, y además de Shedd (o pese a ella), era un contacto clave para Harrison en el Centro. Este último lo consideraba el posible sucesor de Shedd, y Xirau se aseguraba de mantener una buena imagen ante este importante funcionario de la Rockefeller: le importaba su amistad.¹²⁷ Prueba de ello fue que Xirau y su esposa lo invitaron a pasar en su casa otra velada, no tan memorable como la que tuvo con Juan Rulfo y Arturo Arnáiz y Freg.

Una beca para Rulfo

Tras hablar con sus colegas y conocidos y con Rulfo mismo, Harrison concluyó que sus amigos (Paz y los Alatorre, entre otros) esperaban que se le proporcionara tiempo libre para escribir; con dicho tiempo, proveniente de una beca Rockefeller, produciría una obra comparable a las que lo llevaron a la fama. Pero el acuerdo al que Rulfo y Harrison llegaron era severo: a cambio de la beca, el escritor debía producir. Y, tal como Margit Alatorre había sugerido, en un principio la beca la administraría el Centro Mexicano de

¹²⁴ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Excerpta del viaje a México de JPH. Plática con Juan Rulfo”, Ciudad de México, 7 de diciembre de 1957.

¹²⁵ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 16 de diciembre de 1957.

¹²⁶ Nacido en Barcelona el 20 de enero de 1924, Ramón Xirau recibió en septiembre de 1951 una beca para estudiar literatura por un año, “bajo la supervisión de miss Margaret Shedd”, fue de los estudiosos más becados, incluso antes de residir en México o de pertenecer al Centro Mexicano de Escritores. Véase, por ejemplo, RAC. RF RG 10.2 Fellowship recorder cards, series 323 (Mexico), Xirau, Ramón. El que Xirau recibiera la beca no estuvo exento de problemas, pues, pese a que estaba naturalizado mexicano y casado con una mujer mexicana, los miembros del comité binacional que decidieron a quién otorgar las becas lo dejaron fuera de la primera “ronda” por haber nacido en el extranjero. Xirau se convirtió en el “sexto” becario ese año, gracias a la recomendación de Margaret Shedd, y del periodista, ensayista y columnista dedicado a la crítica literaria, Herschel Brickell. Véase por ejemplo RAC. RF RG 101. series 323 Mexico City College, caja 57, carpeta 44, “Margaret Shedd a John Marshall, director asociado de la Fundación Rockefeller”, Ciudad de México, 6 de agosto de 1951. Véase también RAC. RF RG 101. series 323 Mexico City College, caja 57, carpeta 44, “Herschel Brickell a John ¿Marshall? Ridgefield”, Connecticut, 24 de julio de 1951. Brickell reportó a varios miembros de la Rockefeller respecto al funcionamiento inicial del Centro Mexicano de Escritores, aprovechando que participó en el comité de selección de becarios. El mismo año de su visita a México, Brickell recorrió varios países de Sudamérica gracias a una beca copatrocinada por el Departamento de Estado de su país y el American Council on Education (Consejo Americano sobre Educación). Véase Melvin S. Arrington, “Herschel Brickell: The Making of a Latin Americanist”. *Chasqui* 23.2 (noviembre de 1994): 3-11, en esp. 10.

¹²⁷ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 16 de diciembre de 1957.

Escritores. Si no escribía, se le retiraría la beca. Fue así como recayó sobre Xirau la responsabilidad de cuidar a su colega.¹²⁸ Cito la carta de Harrison a Ramón Xirau:

El único punto de escribirte en este momento es para decirte que será posible para la Fundación [Rockefeller] considerar una solicitud de beca para Juan Rulfo. Le he escrito sugiriéndole que tú puedes ayudarle a llenar las formas de su solicitud, por si él tuviera cualquier dificultad. ¿Puedo pedirte que te pongas en contacto con Rulfo para asegurar que nosotros recibimos sus formularios [completos] si esto es posible a vuelta de correo? Ciertamente deberemos tenerlos en nuestras manos la mañana del jueves 26 de diciembre, pues es esencial que esta posible beca sea considerada bajo el presupuesto de 1957. De ser posible, ¿podrías también averiguar qué médico lo examinó y hacer hincapié a este doctor sobre la necesidad de que recibamos el formato del examen médico para el 26 de diciembre?¹²⁹

Todo parecía resuelto de antemano. Faltaba deletrear los detalles de la beca y asegurar, mediante mecanismos administrativos, que Rulfo cumpliera con su parte del trato. Lo siguiente lo aclaró Harrison a Xirau:

Te escribiré en más detalle acerca de los términos exactos de la beca después, pero Rulfo tiene entendido al igual que yo que tendrá que reportarse bimestralmente al Centro [Mexicano] de Escritores para mostrar lo que ha escrito en los dos meses anteriores, con el claro conocimiento de que si no produce algo del tipo de uno o dos cuentos o dos capítulos de una novela cada dos meses, la beca se suspendería. Rulfo muy claramente dijo que la necesidad de producir a términos fijos fue una de las razones de su éxito durante su beca en el Centro [Mexicano] de Escritores.¹³⁰

Harrison anticipaba que el caso de Rulfo sería difícil, pero estaba dispuesto a arriesgarse bajo los términos que había desarrollado en su mente pero que aún no ponía del todo en papel:

¹²⁸ Con todos los estudios y escritos que se han acumulado y que he leído respecto a Rulfo y su obra, no he encontrado a nadie que haya conversado a profundidad con los Alatorre o con Ramón Xirau en torno al escritor jalisciense. Como no localizo a alguien que los haya entrevistado, con este artículo pretendo colmar ese vacío.

¹²⁹ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, "Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau", Nueva York, 16 de diciembre de 1957.

¹³⁰ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, "Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau", Nueva York, 16 de diciembre de 1957. Ricardo Garibay, otro exbecario del Centro Mexicano de Escritores, seguramente tuvo en mente casos como el de Rulfo cuando escribió, años más tarde: "Una beca para escritor debe tener como supuesto principal la libertad absoluta del becario, la total ausencia de exigencias y disciplinas. La literatura no es cosa de cánones, y menos aún en los años de formación. Y parece que esto no pueden entenderlo quienes deciden las becas" (130). Es evidente que en esos momentos Rulfo no concordaba con su compañero de generación y que Harrison, dados los antecedentes de salud del futuro becario especial de la Rockefeller, no quería que fracasaran sus planes para que Rulfo produjera una obra literaria de valía.

Me percato que al inicio esto podría avanzar un poco lentamente, y también que es imposible declarar en términos de palabras una cantidad fija cualquiera que él debe escribir, así que en realidad se dejará a ti y a tus colegas en el Centro [Mexicano] de Escritores el determinar si Rulfo está realmente haciendo buen uso del tiempo que se le haga disponible bajo cualquier beca posible.¹³¹

En una posdata a la “carta apresurada” que le escribió a Xirau, Harrison añadió:

De conseguirse la beca de Rulfo, espero que puedas considerar, personalmente y no como director interino del Centro, responsabilizarte por revisar mensual o bimestralmente si lo consideras mejor, la productividad literaria de Rulfo. Por este servicio, la Fundación Rockefeller podría pagarte un pequeño honorario de \$25 (dólares, por supuesto) al mes por la duración de la beca. Los pagos a Rulfo serían hechos directamente a él por parte de la Fundación, y el honorario sería pagado directamente a ti. En breve, no habría responsabilidad financiera, sólo literaria, y ésta más como un control para ver que se le está pagando [a Rulfo] a partir de una base productiva más que como crítico literario.¹³²

Por razones desconocidas, quizá relacionadas con principios administrativos, la Rockefeller decidió dotar directamente a Rulfo de su estipendio, en el entendido de que tendría el tiempo suficiente para producir, ya fueran cuentos o una novela. Persistía, sin embargo, el temor de que no cumpliera con su parte del trato. Harrison escribió a Xirau: “Como te dije ayer, Rulfo mismo siente la necesidad 1) de una responsabilidad de producir dentro de un tiempo especificado o que se le suspendan los pagos y 2) de la relativa tranquilidad que vendría con el verse liberado de manipular cuatro diferentes trabajos simultáneamente para alimentar a su familia”.¹³³

Rulfo estaba a prueba por un plazo perentorio y, de tener éxito en su empresa, su beca podría renovarse:

La beca sería por un año, pero si resultara particularmente exitosa, podría considerarse una prórroga. El producto final esperado serían añadidos importantes a la literatura mexicana y la un tanto descabellada esperanza de que Rulfo sea puesto con los pies sobre la tierra de nuevo y encuentre apoyo futuro dentro de [la] sociedad mexicana: por parte de casas editoriales, del cine, la televisión o lo que sea.¹³⁴

¹³¹ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 16 de diciembre de 1957.

¹³² RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 18 de diciembre de 1957.

¹³³ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 18 de diciembre de 1957.

¹³⁴ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 18 de diciembre de 1957.

Rulfo debía tomar ahora la iniciativa. El 20 de diciembre envió una carta al funcionario de la Rockefeller que tanto lo había ayudado o pretendía ayudarlo. Abrió con un “muy querido Dr. Harrison”:

Anexa a ésta me permito enviarle una solicitud de beca de acuerdo con las conversaciones que tuvimos en México durante su visita. Puesto que aún no han llegado a mis manos las “formas” reglamentarias para solicitarla y puesto que usted necesita esta información antes del 20 de Diciembre, me pareció necesario mandar esta solicitud. En cuando [sic] reciba el formulario que usted me manda lo devolveré a vuelta de correo.

También he visto al doctor que espero le mande a tiempo el certificado médico.

Quedo a Ud. muy agradecido por todas sus atenciones que tiene y ha tenido para mí, este su servidor y amigo. Aprovecho la oportunidad para desearle una feliz navidad y un próspero Año Nuevo.

Su afectísimo amigo, J. Rulfo¹³⁵

En su “Solicitud para una beca de creación literaria”, fechada ese mismo 20 de diciembre, Rulfo afirmó ser originario de Sayula, Jalisco y haber nacido el 6 de mayo de 1918. Agregó haber recibido dos becas de creación por parte del Centro Mexicano de Escritores para los años 1953-1955. “Durante estas becas [declaró Rulfo] se escribieron *El Llano en llamas* (cuentos) y *Pedro Páramo* (novela)”. En cuanto a sus publicaciones, ambos libros habían aparecido en el Fondo de Cultura Económica, en la colección Letras Mexicanas: los cuentos en 1953, y la novela en 1955.

Respecto a la aparición de su obra en órganos periódicos, aseguró haber publicado en las revistas *Pan* (de Guadalajara); *América*; *Universidad de México*; *Letras Patrias*; en el suplemento dominical de *Novedades* (estos últimos cuatro de la Ciudad de México); *Marcha* (de Montevideo); *Mito* (de Bogotá), y *El Nacional* (de Caracas). Enumeró luego las traducciones de sus cuentos y novelas que se habían publicado y las que estaban en proceso. Entre las primeras se encontraban “Anacleto Morones”, publicada por la revista londinense *Encounter* en 1956; “Luvina”, por la revista *Prairie Schooner*, en Nebraska, en

¹³⁵ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Juan Rulfo al señor John P. Harrison”, Ciudad de México, 20 de diciembre de 1957. En todas las citas de la correspondencia en español de Rulfo, mantendré íntegra su ortografía y puntuación. Sólo en casos extremos colocaré un sic entre corchetes, para señalar que el error tipográfico fue de Rulfo.

1957, y “Anacleto Morones” por la *Nouvelle Revue Française*, cuya aparición estaba anunciada para 1957.¹³⁶

Por publicarse al alemán estaba *Pedro Páramo*. La traductora sería Mariana Frenk, madre de Margit Alatorre, y lo editaría Karl Hanser de Múnich.¹³⁷ “Además [escribió Rulfo] hay varias traducciones al inglés de mis cuentos y de mi novela que están en manos de los agentes. Roger Lescaut ha traducido *Pedro Páramo* al francés. Lo editará Gallimard. Mi novela está también siendo traducida al sueco, y al checo”.¹³⁸ Quedaba la gran pregunta: ¿qué razones asistían a Rulfo para pedir la beca de la Rockefeller? “Las razones principales son de carácter económico. La situación de un escritor en México es precaria. Estoy obligado a tener hasta cinco trabajos. No cuento con tiempo suficiente para escribir. Por otra parte cuando tuve las becas arriba mencionadas el resultado fueron los libros *Pedro Páramo* y *El Llano en llamas*”.¹³⁹ En el apartado “Proyectos de trabajo”, Rulfo se comprometió a:

Escribir una novela y una nueva serie de cuentos. La novela versará sobre la desintegración de la familia mexicana, causada por [sic] la Revolución y sus consecuencias. El desarrollo de este trabajo requiere una dedicación constante por la amplitud de su tema y su extensión. Si al otorgárseme la beca ésta queda

¹³⁶ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Juan Rulfo al señor John P. Harrison”, Ciudad de México, 20 de diciembre de 1957.

¹³⁷ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Juan Rulfo al señor John P. Harrison”, Ciudad de México, 20 de diciembre de 1957. Su ficha biográfica según aparece en *Wikipedia*, afirma: “Marianne Helen Freund Frenk-Westheim (Hamburgo, Alemania, 4 de junio de 1898-Ciudad de México, 24 de junio de 2004) fue una escritora, hispanista, curadora de museos y traductora alemana, nacionalizada mexicana. Fue autora de cuentos y aforismos, y se le recuerda principalmente por haber vertido al alemán la obra de Juan Rulfo”. Véase [http://es.wikipedia.org/wiki/Mariana_Frenk-Westheim]. En noviembre de 1958, en el suplemento del diario *Novedades* y al poco de haberse publicado su traducción al alemán de *Pedro Páramo*, Mariana Frenk-Westheim escribió respecto a su traducción: “Procuré traicionar lo menos posible”. Pero al leer la primera línea en alemán, el lector nota de inmediato que la traducción –seguramente no por sus propios deseos, como lo explica en otro sitio– fue una especie de *Pedro Páramo* para principiantes: su “Juan Preciado erzählt:” (174) o “Juan Preciado narra:” le roba todo el misterio a la obra, que debió comenzar con la segunda línea, como la escribió Rulfo: “Ich kam nach Comala, weil man mir gesagt hatte daß mein Vater hier lebe, ein gewisser Pedro Páramo”. Frenk-Westheim explica lo que sigue respecto a los editores y cómo pensaron que era mejor traducir (o traicionar) a Rulfo: “Los editores alemanes creyeron necesario agregar al libro una lista de los personajes, marcar –con páginas vacías– los saltos de la acción a una época posterior o anterior, nombrar antes de cada cambio de escena a las personas que figuran en el ‘capítulo’ siguiente y sustituir algunos nombres ante los cuales el lector de habla no española podría dudar a primera vista si se trata de un hombre o de una mujer. Pequeñas ayudas, [sic] que facilitarán la comprensión de un libro de por sí difícil al lector alemán” (172). Consúltese Mariana Frenk-Westheim. “*Pedro Páramo* inicia en Alemania su viaje por el mundo”. *Juan Rulfo: otras miradas*. Coords. Víctor Jiménez, Julio Moguel y Jorge Zepeda. México: Juan Pablos Editor, 2010. 171-174.

¹³⁸ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Juan Rulfo al señor John P. Harrison”, Ciudad de México, 20 de diciembre de 1957.

¹³⁹ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Juan Rulfo al señor John P. Harrison”, Ciudad de México, 20 de diciembre de 1957.

supervisada por el Centro Mexicano de Escritores, teniendo yo la obligación de informar regularmente del desarrollo de mi trabajo a esa institución estoy seguro de llevar a cabo la obra a que me comprometo.¹⁴⁰

Los detalles de la beca

Al llenar el formulario de la Rockefeller el 4 de enero de 1958, Rulfo aseguró, contradiciendo su carta del 20 de diciembre de 1957, haber nacido en Sayula el 16 de mayo de 1918; dijo también estar casado desde abril de 1948 con Clara Aparicio de Rulfo y tener tres hijos: una niña y dos varones. Como “puesto actual” colocó tres: la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de donde era director de la biblioteca (escribió, quizá por las prisas o la emoción “*Shief*” en vez de “*Chief*” of Library); la Secretaría de Educación Pública, donde investigaba, y Radio Universidad de la Universidad Nacional Autónoma de México. De dársele la beca, Rulfo afirmó que le dedicaría 80 por ciento de su tiempo. Aseguró conocer, además del español, el inglés (que leía “bien” y hablaba “razonablemente”) y el francés (lo leía “bien”).

Declaró, asimismo, haber estudiado en la escuela preparatoria de la Universidad de Guadalajara, entre 1930 y 1935, de donde egresó con el bachillerato y, entre 1936 y 1939, haber estudiado para contador en el Instituto Comercial “Lauro Rocha”, en Guadalajara. Entre 1944 y 1950, según el propio Rulfo, asistió a diferentes cursos en la Universidad Nacional, en la Ciudad de México. Como empleos anteriores mencionó uno en la Compañía Hulera Euzkadi, donde trabajó entre 1946 y 1954 como empleado y publicista, en la Ciudad de México; la Comisión de Papaloapan, en Veracruz, donde fungió como publicista de 1955 a 1956, y en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, también en la Ciudad de México. Desde 1957 laboraba allí como director de la biblioteca.¹⁴¹

En el formulario declaró haber tenido una beca (“*a Fellowship*”) en el Centro Mexicano de Escritores entre 1953 y 1955.¹⁴² En caso de recibir la beca Rockefeller, cuando ésta finalizara regresaría a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y a la

¹⁴⁰ RAC. RF RG 101. Fellowships, series 323E., caja 74, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Juan Rulfo al señor John P. Harrison”, Ciudad de México, 20 de diciembre de 1957.

¹⁴¹ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Formulario de beca de la Fundación Rockefeller, llenado a máquina por Juan Rulfo”, Ciudad de México, 4 de enero de 1958. En el formulario, Rulfo se refiere a la universidad como Universidad Nacional o Universidad Nacional de México. En una entrevista con Luis Harss y Barbara Dohmann, Rulfo explicó que la Comisión de Papaloapan había sido formada para “implementar un programa de irrigación cerca de Veracruz, [el cual era un] proyecto favorito del presidente Miguel Alemán” (253). Véase Luis Harss y Barbara Dohmann, *Into the Mainstream: Conversations with Latin American Writers*.

¹⁴² La aparente contradicción entre el anexo a la carta de Rulfo del 20 de diciembre de 1957 (escrita en español) y el formulario que llenó, puede explicarse porque este último lo escribió en inglés; también porque Ramón Xirau intervino en su llenado. Los años en que Rulfo resultó beneficiado de la(s) beca(s) coinciden en ambos casos.

Universidad Nacional Autónoma de México. Como planes tenía los de “continuar a escribir”. A la pregunta “¿Qué relación tendrá tu beca de estudios para tus planes de largo plazo?”, contestó: “Permitirme tener una libertad económica mayor y poder escribir y, espero, ser traducido a otros idiomas”. Al apartado “Tema de estudio o investigación que desea conducir”, respondió: “Escribir una novela y una serie de cuentos [...]”.¹⁴³

En respuesta a su solicitud, Juan Rulfo recibió de la Fundación Rockefeller una beca especial (“*Special Fellowship*”). Los siguientes datos (que seguramente escribió el propio John P. Harrison, sintetizando y cambiando ligeramente la información que aparecía en el formulario y que escribió Rulfo, ayudado por Xirau) forman parte de la carátula del formato que reúne la información del becario: Rulfo estaba casado y tenía cuatro dependientes. Había egresado de la escuela secundaria en México. Su experiencia era la de “novelista y autor de cuentos”. Había publicado en México y América Latina; su obra se había traducido al inglés y al francés, y aparecido en revistas francesas y estadounidenses. Era autor independiente y, después de la beca, seguiría como tal. La beca era para literatura y para la escritura creativa en México.

La siguiente es la justificación de la beca, redactada, a buen seguro, por Harrison, aunque la firmó Charles B. Fahs:

Los escritores mexicanos y críticos casi de manera unánime consideran a míster Rulfo como el talento literario más importante en emerger en México durante la última década. Este juicio, compartido por los críticos en la América española, Francia y Estados Unidos, se basa en un volumen de cuentos y una novela escrita los dos años que míster Rulfo fue apoyado por una beca para escribir en el Centro Mexicano de Escritores. Más recientemente, una muy pesada carga horaria ha hecho imposible a míster Rulfo continuar con su escritura. La presente beca está diseñada para liberarlo de una responsabilidad financiera importante durante un periodo de 12 meses para que él pueda regresar a su trabajo literario. La magnitud de la promesa de míster Rulfo, junto con su capacidad probada de producir cuando se le ha dado la oportunidad, conduce a la probabilidad [*sic*] de que bajo esta beca él recupere su productividad.¹⁴⁴

Harrison ayudaba a Rulfo a recobrar el tiempo perdido y a producir de manera tal que lograra sostenerse, así como a su familia. “Se espera [continuó Harrison] que con la publicación de una nueva novela o conjunto de cuentos con posibles traducciones al inglés, francés, y alemán, míster Rulfo obtendrá el necesario reconocimiento adicional

¹⁴³ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Formulario de beca de la Fundación Rockefeller, llenado a máquina por Juan Rulfo”, Ciudad de México, 4 de enero de 1958.

¹⁴⁴ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan. Charles B. Fahs, “Special Fellowship for Juan Rulfo”, Nueva York, 31 de diciembre de 1957. Según lo atestigua la fecha de este documento, antes de que Rulfo llenara la solicitud formal de beca, la Fundación ya se la había otorgado.

para establecerlo de forma permanente como escritor. De faltarle la oportunidad que provee esta beca, es posible que un potencialmente gran talento se desintegre”. Como parte de los términos de la beca “consultaría periódicamente con Ramón Xirau, un crítico literario mexicano y exbecario de la Fundación, para discutir sus avances”.

Harrison recomendó una “beca especial” para que Rulfo recibiera “un ingreso igual al salario anual de un profesor en una universidad mexicana: 3,500 pesos al mes”. La subvención estaba dividida en 2,500 pesos para Rulfo y 1,000 como “subsidio familiar”. Se consideraba igualmente un “pequeño honorario mensual de pesos”, que debería disponerse para míster Xirau. Fue así como se aprobó la “beca especial” para Juan Rulfo por un periodo que no excediera 12 meses y que comenzara aproximadamente el 1 de enero de 1958, junto con honorarios autorizados y gastos de viaje.¹⁴⁵

Tocó a Janet M. Paine, secretaria adjunta, el papel de notificar a Rulfo que había recibido una beca de la Fundación Rockefeller para narrativa.¹⁴⁶ John P. Harrison escribió dos días más tarde para felicitarlo y para enviarle una carta formal de notificación de su nombramiento como un “*Rockefeller Foundation fellow*”. Aunque la carta de la secretaria adjunta describía ya las cláusulas principales de la beca, explicó Harrison, a él le gustaría “agregar uno o dos comentarios adicionales en cuanto a las características singulares de [la] beca”. Harrison había apostado por Rulfo y le preocupaba que éste incumpliera con lo previamente estipulado. Decidió recordárselo por escrito y dejar un testimonio para el caso de que su becario rompiera con los arreglos previos:

Como sabes por nuestras conversaciones en México, la tuya es una beca excepcional para esta Fundación. Sabes también que creemos que las oportunidades son tan grandes como extraordinaria es la situación.

La beca está basada en el entendimiento al que llegamos en México. Recibirás 3,500 pesos mexicanos por mes durante un periodo de 12 meses. La vida de la beca depende de que te ajustes a las siguientes condiciones, todas las cuales tú aceptaste como necesarias para el éxito de esta beca. (1) Dedicarás tiempo completo a la escritura narrativa y no mantendrás ningún puesto remunerativo durante la vida de la beca. Tienes, por supuesto, la libertad de aceptar cualquier pago o regalía por lo que escribas durante la vida de la beca. (2) Te reunirás al menos una vez al mes con Ramón Xirau en su capacidad como individuo y no como el director adjunto del Centro Mexicano de Escritores para revisar lo que hayas escrito durante el mes precedente.¹⁴⁷

¹⁴⁵ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan. Charles B. Fahs, “Special Fellowship for Juan Rulfo”. Nueva York, 31 de diciembre de 1957.

¹⁴⁶ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Janet M. Paine a Juan Rulfo”, Nueva York, 7 de enero de 1958.

¹⁴⁷ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Juan Rulfo”. Nueva York, 9 de enero de 1958. En un artículo reciente sobre Max Weber en Iberoamérica,

Xirau, comprometido con Harrison a informar acerca del progreso narrativo de Rulfo, se encontraba en una situación delicada. Tenía una gran cercanía con el nuevo becario de la Rockefeller, pero aceptó la responsabilidad, y Rulfo, a su vez, se comprometió a reportarse con Xirau para mostrarle sus avances. Continúa la carta de Harrison a Rulfo, en la que le explicó cómo la situación de tener a Xirau como su lector era de por sí inusual, pero que formaba parte de arreglos previos:

Míster Xirau, para los propósitos de esta beca, no actuará en ninguna capacidad como consejero literario; simplemente nos reportará objetivamente del uso que has hecho de tu tiempo. Si en su opinión esta beca no cumple con la función de permitirte escribir de la misma manera que lo hiciste durante tu periodo de becario en el Centro Mexicano de Escritores, él te lo notificará y se terminará esta beca.

Este arreglo contigo y míster Xirau no se dará a conocer a nadie más y en lo que concierne a la Fundación Rockefeller, no hay razón para darle publicidad alguna.¹⁴⁸

La beca de Rulfo era tan extraordinaria como estrictas sus estipulaciones. Harrison debió sentir que lo severo de sus palabras podría afectar la susceptibilidad de Rulfo. Pensando en esto, agregó:

Dado que las condiciones de esta beca pueden sonar un poquito severas para el apoyo de un escritor de narrativa, quiero enfatizar que las condiciones son todas el resultado de nuestras conversaciones en México, mismas que tú y yo en ese momento dijimos que se necesitaban para permitirte hacer las contribuciones a la literatura mexicana contemporánea que todos tus compatriotas esperan de ti.

Harrison cerró su carta de la siguiente manera: “con todos los mejores deseos para el año entrante y en espera de que tú no experimentes demasiados problemas al comenzar de nuevo con tu escritura”. Rulfo dejó pasar casi tres semanas antes de

Álvaro Morcillo afirma que la Fundación Rockefeller, “al conceder subvenciones que ponían a disposición medios de trabajo que no podían obtenerse por otras vías, establecía con sus beneficiarios una relación de dominación racional; esto es, controlaba, dentro de ciertos límites, que los subsidios se usasen para los fines estipulados en sus estatutos o políticas. La obediencia se refleja en la selección de temas de investigación, de los profesores visitantes, de los responsables de los proyectos, de los estudiantes que son becados, de los libros que se leen e incluso que se traducen”. Al limitar “las actividades de los beneficiarios, [la Rockefeller tenía un] veto sobre cualquier decisión de importancia”. Pero: ¿qué sucede en casos como el de Rulfo, en el que él fue personalmente quien pidió se le impusieran condiciones para así producir literatura? ¿Puede de todas maneras hablarse, con Morcillo, de una “dominación filantrópica racional”? Véanse Álvaro Morcillo Laiz. “La dominación filantrópica: La Rockefeller Foundation, El Colegio de México, el Instituto di Tella, y las ciencias sociales en español (1938-1973)”. Max Weber: una mirada iberoamericana. Eds. Álvaro Morcillo Laiz y Eduardo Weisz. México: Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2014. Véase también [http://www.morcillolaiz.com/pdf/5-Alvaro_Morcillo_La_dominacion_filantrópica-libre.pdf].

¹⁴⁸ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, caperta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Juan Rulfo”, Nueva York, 9 de enero de 1958.

contestar. El suspenso de la espera debió preocupar a Harrison. El 25 de enero por fin respondió Rulfo a la carta del funcionario de la Rockefeller, dirigiéndose a él como “Muy querido señor Harrison”. Utilizando el papel membretado de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Rulfo inició así su carta: “Aunque demorada, por haber estado fuera de [la Ciudad de] México, reciba esta carta con el profundo agradecimiento que le merezco”. Cito en extenso a Rulfo:

Recibí el aviso de que se me había concedido la Beca de la Fundación y realmente no tengo palabras con qué agradecerle las gestiones que hizo por este su muy humilde amigo.

Espero cumplir con las condiciones y dedicaré a usted; [sic] ya que considero que a usted, y solamente a usted, debo este favor.

Ya hablé con el señor Xirau a quien tengo que dar cuenta cada dos meses [sic] de mis actividades, en lo cual estoy de acuerdo.

Perdone lo breve de esta carta; pero me era urgente repetirle mi más grande y cumplido agradecimiento.¹⁴⁹

Aliviado con la respuesta, Harrison aseguró que no había nada que agradecerle a él en lo personal: “Quiero enfatizar una vez más que no estás endeudado con nadie más que contigo por esta beca, a menos que sea simplemente con la existencia de esta Fundación pero, definitivamente, no conmigo como individuo”.¹⁵⁰ Enseguida aclaró algo mucho más general y que tenía que ver con el avance de la literatura contemporánea en México. Recalcó que lo suyo no era nada personal; se trataba más bien de una cuestión altruista, resultado del trabajo en equipo de los miembros de la Fundación: “Ésta nos pareció una oportunidad para estimular la literatura contemporánea mexicana y, junto con muchos más, esperamos que resulte en el enriquecimiento de nuestras vidas con la aparición de las nuevas novelas y cuentos que ahora podemos esperar”.¹⁵¹ Harrison aprovechó para notificar a Rulfo que su primer pago llegaría “poco después del primero de febrero y a partir de entonces ya sea el primero de cada mes o un poco antes, hasta enero de 1959”: el representante no había ordenado que se pagara a Rulfo antes de recibir noticias suyas.

Lo que importaba a Harrison era estar informado acerca del avance de Rulfo. En un resumen de una carta que le envió a Xirau, dijo que no veía razón para que él o Rulfo escribieran un reporte, “tan sólo una nota breve cada par de meses, que diga cómo [Rulfo]

¹⁴⁹ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Juan Rulfo a John P. Harrison”, Ciudad de México, 25 de enero de 1958.

¹⁵⁰ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Juan Rulfo”, Nueva York, 31 de enero de 1958.

¹⁵¹ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Juan Rulfo”, Nueva York, 31 de enero de 1958.

va prosperando”.¹⁵² Aunque trataba de mantener todo relativamente informal, restaba el problema de si se daba o no publicidad a la beca de Rulfo. Si otros escritores se enteraban, ¿usarían este caso como antecedente para solicitar una subvención? El problema surgió cuando, en una de las reuniones en el Centro Mexicano de Escritores, Xirau mencionó la beca de Rulfo. Aunque sabía de cierta aura de secreto en torno al tema, asumió que, una vez otorgada, podía hablar libremente de ello en público.

Arnáiz y Freg, enterado de la beca y de la discreción con que debía tratarse el asunto, confrontó a Xirau diciéndole que los términos eran secretos. De inmediato y preocupado por haber sido imprudente, Xirau se comunicó con Harrison.¹⁵³ Éste le respondió citando una carta que ya había escrito a Arnáiz y Freg explicándole que todavía no merecía dársele publicidad a la beca, pero que no era ningún secreto. Harrison agregó: “Las condiciones particulares que me parecieron que justifican esta beca fue la situación personal de Rulfo y su muy considerable talento”. De esta manera sería “extremadamente difícil” para cualquier otro escritor mexicano arrogarse un derecho similar que interesara a la Fundación Rockefeller y, finalizó, “no anticipo en este momento otras becas literarias de este tipo”.¹⁵⁴

Pero una cosa era que Xirau se disculpara por anunciar la beca de Rulfo y otra que no reportara sobre sus avances como había quedado estipulado. El 17 de abril de 1958, es decir, a más de 10 semanas de que el jalisciense recibiera el primer pago, Harrison no había escuchado de su progreso en la escritura. “No hemos escuchado de ti [escribió Harrison a Xirau] respecto a las actividades de Juan Rulfo bajo su beca”. El representante trató de mantener el tono informal de sus solicitudes:

Apreciaría recibir una nota de ti que describa de manera general lo que piensas que él ha logrado y si crees que ha comenzado a trabajar más efectivamente bajo las condiciones de la beca [continuó en el mismo tono]: Para que quede constancia aquí, sería mejor si pudiéramos recibir noticias tuyas con bastante regularidad, digamos aproximadamente cada seis semanas.¹⁵⁵

Harrison estaba por salir al Caribe y Latinoamérica en un viaje de siete semanas. Pese a ello, pidió a Xirau que informara a la Fundación sobre los avances de Rulfo. En carta manuscrita, Xirau respondió a vuelta de correo:

¹⁵² RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Resumen de carta en tercera persona de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 4 y 10 de febrero de 1958.

¹⁵³ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta personal y manuscrita de Ramón Xirau a John P. Harrison”, Ciudad de México, 8 de marzo de 1958

¹⁵⁴ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 11 de marzo de 1958.

¹⁵⁵ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 17 de abril de 1958.

Me parece que Juan está –ahora con menos trabajos– mejor de salud y más en forma. Lo he visto tres veces este mes y el pasado. He visto poco de lo que escribe. Pero creo y espero que sus planes van tomando forma. Tiene un esbozo de su novela y partes escritas. No quiero comprometerme aún a decir cuánto hará. Para eso tengo que ver material más estructurado. Pero pienso que logrará llevar a cabo su novela. Antes de decir nada preciso, quisiera que pasara algo más de un mes. Para entonces sabré ya como va progresando el trabajo.¹⁵⁶

La respuesta de Xirau era vaga y distaba de lo que Harrison quería leer. También mencionó algo que podría romper con lo estipulado por la beca: que Rulfo dejara de trabajar en puestos remunerados. ¿Mantenía uno o varios de sus trabajos pese al acuerdo con Harrison? Xirau parecía implicarlo, aunque no profundizó en el tema. En la traducción al inglés de su carta, aparece un *“Juan is now with less work”*: a su regreso del viaje, Harrison debió entender que seguía trabajando en lugares con paga. Pero Xirau en vez de ahondar en el tema, se desvió para hablar de algo que preocupaba a Rulfo: ¿podía o no cambiar “el plan de su novela”? “Rulfo estaba algo asustado porque no sabía si cambiar el tema de su novela afectaría a su beca [escribió Xirau]. Le aseguré que no, puesto que una novela es un todo orgánico que solo va adquiriendo sentido preciso a medida que se escribe”.

Había algo más: Carlos Fuentes había publicado una de sus obras con gran éxito: “Creo que la aparición y el éxito público de la novela de C. Fuentes, ha afectado benéficamente a Rulfo. Es un reto que se sentirá obligado a afrontar”. Seguía Xirau oscuro en su reporte. Cerró el tema con un “Siento no poder dar idea más precisa. Pero es que yo mismo –en el estado actual de cosas– no la tengo todavía clara”.¹⁵⁷ El 5 de mayo, por fin, Xirau escribió con noticias frescas. Esta vez redactó su carta en inglés y, dado que Harrison se encontraba ausente, la dirigió a un mister July: “Como le dije al doctor Harrison, escribo ahora para decir que he *visto* la novela de Rulfo. De hecho tiene 60 páginas escritas. Por supuesto 60 páginas que él puede todavía modificar. Pero puedo decir ahora que él está trabajando bajo su beca”.¹⁵⁸

Cinco semanas más tarde, Xirau mandó una carta mecanoscrita que marcó de “confidencial”. Tenía noticias que transmitir sobre Rulfo y no eran necesariamente buenas. He aquí el trasfondo, seguido del desenlace en torno a las condiciones de salud mental en que se encontraba Rulfo:

¹⁵⁶ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta manuscrita de Ramón Xirau a John P. Harrison”, Ciudad de México, 21 de abril de 1958. He agregado acentos y una coma a la carta de Xirau.

¹⁵⁷ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta manuscrita de Ramón Xirau a John P. Harrison”, Ciudad de México, 21 de abril de 1958.

¹⁵⁸ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta manuscrita de Ramón Xirau a mister July”, Ciudad de México, 5 de mayo de 1958.

Desde hace algún tiempo –un par de semanas– me venían llegando rumores de que Juan Rulfo estaba enfermo. Como yo le veía todas las semanas tengo que decir que no notaba nada muy especial salvo un adelgazamiento constante. Como, por otra parte, me constaba que estaba escribiendo estaba bastante seguro de que no bebía, [sic] no le había dado mayor importancia.

De pronto, a principios de esta semana, se precipitaron las cosas. Vino Juan a verme diciéndome que sufría de una neuritis aguda. Le pregunté qué médicos estaba viendo. En realidad estaba viendo a tres médicos al mismo tiempo y con poca constancia: un psiquiatra joven, un estudiante de psiquiatría y un médico general.

Es posible que, contrario a lo que afirmara, Xirau no veía con tanta periodicidad a Rulfo y de pronto se enteró de su estado de salud. En ese momento se vio forzado a escribir a Harrison e informar sobre lo que ocurría al becario:

Anteayer supe que iban a internar a Juan en un hospital especializado. Él mismo vino a decírmelo rogándome que no dijera nada, ni a ustedes. ¡Por fin! Parece que está Juan en buenas manos. En manos del doctor [Alfonso] Millán que es uno de los mejores psiquiatras de México. Según me dijo su médico particular (un médico poco simpático y que no quería revelarme nada aun cuando yo le dije que no quería saber secretos sino que se trataba de *ayudar* a Juan) será cuestión de que esté internado unas dos o tres semanas. El doctor en cuestión se llama Castorena. Aún no he podido localizar al doctor Millán pero en cuanto lo haga le comunicaré a usted su impresión. Se trata, en conjunto, de un proceso de desintoxicación y de revigorización física de Rulfo que estaba pesando ¡53 kilos!¹⁵⁹

Antes de que se internara, Xirau acompañó a Rulfo a su casa, desde donde iba a dirigirse al hospital. Después escribió a Harrison: “Juan me dijo que esperaba escribir allí”. Sin consultarlo con el representante de la Rockefeller, pues lo urgente de la situación lo ameritaba, se adelantó: “Yo le recomendé –me permití hacerlo ya que no tenía posibilidad de entrar en contacto inmediato con usted– que en estos días se dedicara *exclusivamente* a curarse y a seguir rigurosamente las instrucciones del doctor. Me prometió hacerlo”.¹⁶⁰

¹⁵⁹ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta confidencial de Ramón Xirau a John P. Harrison”, Ciudad de México, 14 de junio de 1958. Para una nota biográfica del médico y psiquiatra Alfonso Millán –a quien evidentemente se refirió Xirau en su carta– véase Ramón de la Fuente, “Al doctor Alfonso Millán: in memoriam”. *Gaceta Médica de México* 112.6 (diciembre de 1976): 475-477.

¹⁶⁰ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta confidencial de Ramón Xirau a John P. Harrison”, Ciudad de México, 14 de junio de 1958. Si el hospital al que asistió ese día Rulfo fue el Floresta, con los nombres del psiquiatra Fernández Villanueva y del médico Casterona, otro historiador podría buscar en sus archivos, si es que existen, o entrevistarlos, si es que aún viven. El médico Ramón de la Fuente, quien conoció en persona al psiquiatra Alfonso Millán, recordó: “Desde el año 1935, cuando el Estado no proporcionaba atención psiquiátrica a los enfermos de la clase media, el doctor Millán fundó un sanatorio privado, el Floresta, donde siempre se asistió a los enfermos con respeto y generosidad”.

La noticia habría de tomar por sorpresa a Harrison, una vez de regreso de su viaje de siete semanas. Sigue el recuento de Xirau:

La situación de Juan, económicamente hablando, es la siguiente. Juan renunció a sus trabajos para dedicarse a la beca que le otorgó la Fundación. Ha escrito. Siempre supimos que debía cuidarse. Yo recuerdo que, cuando hablamos de esto, le dije a usted que necesitaría dos o tres meses de curación antes de escribir. No se cuidó bien en un principio –aunque hasta donde yo sé parece que no bebió. Según el último psiquiatra que lo vio algún tiempo–el doctor Fernández Villanueva–, la condición de Juan es seria pero no es grave. Él cree –y Millán podrá hacerlo muy bien– que un análisis bien llevado puede sacarlo de sus actuales dificultades, resultado de muchos años de problemas que crearon en él una neurosis de angustia.¹⁶¹

Es posible –aunque es difícil constatarlo– que Xirau tomara el término de “neurosis de angustia” del psiquiatra Fernández Villanueva. Lo que sí es cierto es que Xirau se encontraba en una situación de lo más incómoda y preocupante: ¿le retirarían a Rulfo la beca en estos momentos apremiantes?

Como creo que éste es el papel que usted me encomendó pienso que sería catastrófico económicamente y, sobre todo, moralmente, cortarle ahora su beca. Yo iría ahora hasta decir –y esta es también la opinión del doctor Fernández Villanueva a quien, es verdad, Juan dejó de ver hace algún tiempo– que lo único que parece mantener a Juan vivo y esperanzado es la urgencia de escribir.

Y esto es todo. En cuanto tenga noticias del doctor Millán se las comunicaré a usted. Por otra parte espero, con cierta ansiedad, la contestación de usted a esta carta.¹⁶²

Al regreso de su viaje, Harrison se encontró con las dos comunicaciones que le había enviado Xirau: la primera implicaba que Rulfo mantenía sus trabajos remunerados al menos en parte, lo cual rompía el acuerdo al que habían llegado; la segunda, que llegó justo cuando Harrison estaba a punto de enviar la respuesta a la primera, le dio apenas tiempo de garabatear algo antes de mandar su carta:

La presente es para agradecerle por las cartas que escribiste acerca de Rulfo mientras me encontraba en Sudamérica. Le escribiré una nota en breve. Claramente la beca no tiene nada que ver con la forma de la novela como escritura; el propósito era simplemente el otorgarle tiempo completo para escribir, con la esperanza de que el tiempo y la tranquilidad le posibilitarían trabajar una vez más de manera

¹⁶¹ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de Ramón Xirau a John P. Harrison”, Ciudad de México, 14 de junio de 1958.

¹⁶² RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta confidencial de Ramón Xirau a John P. Harrison”, Ciudad de México, 14 de junio de 1958.

creativa. La beca fue otorgada con el entendimiento de que él dedicaría tiempo completo a su escritura, de manera tal que yo confío en que él esté gradualmente abandonando el gran número de trabajos de oficina que está manteniendo.¹⁶³

A Harrison de nuevo le preocupó que Rulfo no cumpliera con lo pactado. Luego leyó la segunda carta de Xirau y respondió a mano una posdata que dice: “Tu carta del 14 de junio ha sido recibida en este momento. No hay discusión, en este instante, de que la beca sea suspendida. ¿Podría escuchar de ti de nuevo en alrededor de un mes? Por favor saluda de mi parte a Rulfo. Mis agradecimientos más cálidos por tu carta. (Jack)”.

En este punto, el archivo –o al menos la sección que consulté– calla. Ignoro si Rulfo terminó por perder la beca de 12 meses que le otorgó la Rockefeller, o si Harrison logró que se la mantuvieran en esos momentos tan difíciles. La urgencia de escribir, de la que habló Xirau en relación con Rulfo, seguramente fue lo que lo mantuvo vivo; pudo haber ayudado el que la Fundación siguiera subvencionándolo por los siguientes ocho o nueve meses.¹⁶⁴

Harrison sigue los avances de Rulfo

Durante su viaje a México en enero de 1959 y tras una larga comida con un señor Alcalá, John P. Harrison se entrevistó con *Juan Rulfo*. Esto es lo que escribió en su excerpta:

[A] las 4 p.m. [...] JPH regresó al hotel para [sostener] una placentera si bien breve conversación con el exbecario Juan Rulfo, quien parece estar en un estado físico y mental razonablemente bueno y está de nuevo escribiendo eficazmente. Él ha tenido un éxito razonable con traducciones de Pedro Páramo en Europa, y espera su publicación en Estados Unidos por Grove Press. JPH tiene sus dudas sobre si él ha alcanzado totalmente la importancia y fuentes de ingreso provenientes de sus escritos anteriores para permitirle continuar como una figura puramente literaria. Su trabajo en el cine se paga mal y le toma horas extra. Rulfo no proporcionó indicación alguna de buscar más apoyo de la FR [Fundación Rockefeller] pero JPH tiene todavía la impresión que poner para siempre a esta verdaderamente importante figura con los pies sobre la tierra, y convertirlo posiblemente en la

¹⁶³ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan, “Carta de John P. Harrison a Ramón Xirau”, Nueva York, 16 de junio de 1958. En su carta, Harrison habla de “beca” en español, en vez de “*fellowship*”.

¹⁶⁴ Al mencionar este caso al archivista Tom Rosenbaum, gran conocedor de los materiales en el Rockefeller Archive Center, éste me dijo que, en casos extremos como el de Rulfo, la fundación no retiraba la subvención a sus becarios. Entrevista informal del autor con Tom Rosenbaum, archivista del Rockefeller Archive Center. North Tarrytown, Nueva York, lunes 4 de agosto de 2014.

primera figura literaria importante de su generación capaz de autofinanciarse únicamente con sus escritos, puede tomar un poco más de tiempo. Desafortunadamente, bajo los actuales intereses del programa de la FR, JPH no puede anticipar posibilidades futuras de apoyo adicional.¹⁶⁵

Aunque es complicado concluir qué sucedió con el apoyo que debió recibir Rulfo por el remanente del año, es probable que la Fundación lo haya mantenido aunque después no le brindara otra oportunidad con 12 meses más de financiamiento.

Esto debió entristecer a Harrison, quien veía a Rulfo como una figura única en su generación, llena de promesas que no habrían de cumplirse. De todas maneras siguió de cerca su recuperación y continuó sus reportes en sus excerptas sobre el jalisciense o “R” como simplemente lo llamaba. Tras una visita al Centro Mexicano de Escritores, Harrison escribió:

R tomó parte activa en la discusión crítica que siguió a la lectura de un capítulo de una novela que Tomás Mojarro está escribiendo. JPH se divirtió al escuchar a R, generalmente considerado como el genio impráctico por sus colegas mexicanos, hacer unas 30 correcciones de gramática –las únicas que se hicieron– y luego ocupar como media hora analizando minuciosamente imágenes y figuras retóricas. R parece estar sólidamente con sus pies sobre la tierra, lo cual los mexicanos consideran un milagro, aunque ellos no pueden creer que a la larga él no vuelva a su antiguo estado trastornado y frecuentemente ebrio. Está escribiendo regularmente de nuevo, y gozando tanto de su reputación como de ingresos por sus traducciones extranjeras. En la actualidad se está financiando él mismo y a su familia únicamente gracias a su escritura, y JPH, así como Octavio Paz, creen que si puede sostenerse así durante los siguientes dos años, la causa de todas sus otras dificultades desvanecerá. Será una ganancia importante para la literatura mexicana, y una muestra de gran trascendencia para la generación actual de serios escritores jóvenes que no tienen ni familia ni conexiones políticas que los apoyen.¹⁶⁶

Pero Margaret Shedd no se rendiría fácilmente. Había otras fundaciones a las que podía apelar, como la Farfield, “miembro importante de un conjunto de fundaciones ficticias cuyo propósito principal era actuar como frentes para que la CIA [Agencia Central de Inteligencia] financiara a organizaciones culturales y políticas consideradas potencialmente útiles en la Guerra Fría de las ideas”. Sin que haya evidencia de que lo supiera, Shedd se acercó a la Farfield para solicitar apoyo financiero para el Centro. Según

¹⁶⁵ RAC. RF. RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan. “Excerpta del viaje a México de JPH”. “Juan Rulfo former H fellow”, Ciudad de México, 27 de enero de 1959. Es posible que el “former H fellow” se refiera a “exbecario de Harrison”.

¹⁶⁶ RAC. RF RG 10.1 Fellowship Files, series 323 E-Mexico, carpeta Rulfo, Juan. “Excerpta de visita a México de JPH”. ¿Ciudad de México?, 19 de junio de 1959.

Iber, “la conexión más importante de la Farfield era el Congress for Cultural Freedom (CCF), la principal organización-fachada cultural durante la Guerra Fría” (“The cold war...” 25). El Congreso por la Libertad de la Cultura tenía motivaciones políticas. Sus directores “estaban convencidos” de que el Centro Mexicano de Escritores había logrado “mantener el movimiento literario alejado de las manos de escritores comunistas” (28). En diciembre de 1963, Shedd escribió al representante en México del Congreso, para pedirle que “financiara un salario para Juan Rulfo, quien sufría regularmente de depresión y alcoholismo, para traerlo al Centro a que trabajara como parte del personal con escritores más jóvenes”. Al representante le gustó la idea y “como gesto de apoyo, el Congreso pagó a Rulfo 14,000 pesos en 1964, y [otra suma] para que permaneciera como parte del personal en 1965” (29).

En 1967, cuando el Congreso perdió su credibilidad porque quedó al descubierto “como beneficiario de fondos de la CIA desde la década de los cincuenta” (Bloch, “La guerra de Vietnam” 32), “Margaret Shedd continuó sus relaciones con la Fundación Farfield, el frente de la CIA”. Para 1967, como lo afirma Iber:

[Shedd] persuadió a la Farfield a que cooperara para comprar a Juan Rulfo un terreno en el campo [Chimalhuacán], que le ayudara a encontrar la tranquilidad que necesitaba para escribir. En 1969 convenció a la Farfield que “proveerlo con un lugar de paz en el cual escribir, podría ser la contribución individual más importante que podría hacerse a las letras mexicanas”. (32)

Reflexiones finales

Estoy consciente de que al hablar de Juan Rulfo también he hablado de Margaret Shedd y del desconocido John P. Harrison así como de la manera en que él veía el avance de las artes en México: él decidía a quién apoyar y en qué momento, por medio de la Fundación Rockefeller. Harrison desempeñó un papel crucial en la profesionalización de la historia mexicana y, en menor medida, de las ciencias sociales. Sin embargo, siempre permaneció a la sombra de figuras como Daniel Cosío Villegas, quien obtuvo todo tipo de subvenciones para El Colegio de México, así como para su programa de posgrado, para que se publicaran revistas como *Historia Mexicana* y para pagar los gastos de estudiantes de El Colegio que viajaban al extranjero a congresos o para becarlos en universidades de prestigio. Margaret Shedd de igual manera opacó el papel de Harrison, quien, desde la penumbra, apoyó muchos proyectos: algunos medianamente fructíferos.

El sostén que brindó a Rulfo, por pequeño o de corta duración que nos parezca, fue significativo. Hasta ahora, la opinión de muchos autores sobre la prácticamente nula producción original del escritor jalisciense después de *Pedro Páramo* es que ésta se debió a su alcoholismo. Pero ¿dejó de producir Juan Rulfo por su alcoholismo o se refugió en éste porque se percató de que nunca más escribiría un segundo *Pedro Páramo*? Sus

explicaciones de cómo publicó porque estaba bajo la presión del Centro Mexicano de Escritores suenan –después del experimento de Harrison– como excusas de una verdad oculta mucho más profunda: Rulfo no escribió más por temor a escribir tan mal como anticipaba. Los trozos que aparecieron publicados en diferentes medios no eran más que fragmentos inconexos que –lo sabemos ahora– no lo llevaron a sitio alguno.

La fábula del zorro de Monterroso viene aquí al cuento: “En realidad lo que [los críticos] quieren es que yo publique un libro malo; pero como soy el zorro, no lo voy a hacer”. Si le creemos a Juan José Arreola, hubo algo más que Rulfo ocultó a Harrison: que el propio Arreola le ayudó a rescatar la obra que estaba rompiendo en pedazos y tirando al cesto de basura porque no lograba darle forma. Antonio Alatorre, lingüista y traductor jalisciense,¹⁶⁷ así como amigo personal de Rulfo y Arreola, recogió el siguiente testimonio:

Un día, pocos meses antes de que saliera *Pedro Páramo* a la luz, me contó Arreola, en esencia, lo siguiente: “El otro día estuve en casa de Rulfo porque me pidió ayuda. Estaba en un atolladero, realmente angustiado por el plazo de entrega de su novela, y quería que le ayudara a hilvanar los pasajes que [tenía] escritos. Yo le dije: ‘Mira, tu novela es como es, hecha de fragmentos, y así funciona muy bien. El orden es lo de menos’. Entonces puse en la mesa del comedor los distintos montoncitos de cuartillas, y comenzamos a acomodarlos mientras yo le decía: esto quizá después, esto mejor hacia el comienzo. Tardamos varias horas, pero al final Juan estaba ya tranquilizado”.

En el invierno de 1988, es decir 33 años más tarde, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en un “diálogo público” con Alatorre, Arreola agregó a la anécdota: “Mira, en realidad no nomás estaba hecho todo *Pedro Páramo*, sino que hubo *Pedro Páramo* de más, que no conocimos nunca. Cuando yo llegué, esa tarde, ya había un cesto con muchas cuartillas rotas y él estaba en trance de seguir rompiendo”. Es posible que un tipo de mitigada angustia motivara a Rulfo a escribir y a entregar una obra que él mismo consideraba inconclusa. Pero también lo es que después ya no tuvo a Arreola a la mano; o a alguien más con su autoridad que le indicara qué hacer con su trabajo. Xirau no era esa persona.

El plan de escribir y recibir la beca lo diseñó Harrison de acuerdo con lo que Rulfo había dicho respecto a que sería un acicate. Si Xirau hubiese tenido la potestad de actuar como Arreola, “rediseñando” y reorganizando secciones de lo escrito y asegurándose de que Rulfo no las descartaría, el desenlace de esta historia hubiese sido distinto. La posición de Xirau era difícil e insostenible. La Fundación Rockefeller cumplió con su parte del trato; el acuerdo era por sólo 12 meses. La supuesta neurosis de angustia y el bloqueo literario pudieron estar íntimamente relacionados o ambos estar atados a un tercer factor

¹⁶⁷ Para una semblanza biográfica de Alatorre, véase Beatriz Garza Cuarón. “Antonio Alatorre o el placer de hacer las cosas bien”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 1 (1992): 3-9.

como el alcoholismo. Visto todo desde esta perspectiva, el verdadero misterio no es que Rulfo haya dejado de escribir,¹⁶⁸ más bien que antes haya producido dos de las obras más significativas de su generación.

Inserto aquí la historia que narró el escritor Carlos Montemayor respecto a cómo Juan Rulfo, ante un público en la Universidad Nacional de Venezuela, en Caracas, atribuyó su creación literaria a su tío Celerino: “Yo tenía un tío que se llamaba Celerino, un borracho; y siempre que íbamos del pueblo a su casa, o de su casa al rancho que tenía él, me iba platicando historias. Yo no sólo iba a titular los cuentos de *El Llano en llamas* como *Los cuentos del tío Celerino*, sino que dejé de escribir el día que se murió. Por eso me preguntan mucho por qué dejé de escribir, pues porque se me murió el tío Celerino” (Güemes, “Rulfo definía la literatura...” s/p). Es posible que, una vez agotada su fuente – metafórica o real– una persona tan complicada y misteriosa como Rulfo no tuviera mucho más que decir.¹⁶⁹ Así entiendo que, muy a su pesar, desaprovechó esa oportunidad ideal de producir alejado de preocupaciones económicas.¹⁷⁰ Es cierto que gracias a Margaret Shedd el Congreso por la Libertad de la Cultura le proporcionó un salario por dos años para ayudar a jóvenes escritores; también que la Fundación Farfield –como lo descubrió Patrick Iber– adquirió un terreno en Chimalhuacán para que el escritor encontrara la tranquilidad perdida. Nada de esto ayudó: una gama de problemas serios –para los cuales Juan Rulfo no recibió a tiempo la ayuda que requería– obstaculizó, para siempre, su urgencia de escribir.

¹⁶⁸ El “¿Qué sucedió después?” de Jaime García Terrés debería remplazarse, según lo que propongo, por un “¿qué sucedió antes?” Véase Jaime García Terrés. “Proemio a las Obras de Rulfo”. *La ficción de la memoria: Juan Rulfo ante la crítica*. Coord. Federico Campbell. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 2010. 490-493.

¹⁶⁹ “En cuatro meses escribí Pedro Páramo y tuve que quitarle cien páginas [aseguró Rulfo concordando con Arreola.] En una noche escribía un cuento. Traía un gran vuelo pero me cortaron las alas” (Fernando Benítez, “Conversaciones con Juan Rulfo” 550).

¹⁷⁰ Como lo señala acertadamente Patrick Iber, la tendencia de la Rockefeller y de otras fundaciones estadounidenses, era apoyar a jóvenes intelectuales quienes, al recibir una beca, aceptaban implícitamente mantenerse alejados de los estudiosos de extrema izquierda o “comunistas”. La postura oficial de la Rockefeller respecto a académicos “comunistas”, durante la Guerra Fría, puede leerse en las declaraciones privadas del presidente de la Fundación, Dean Rusk a mediados de los cincuenta: “No deseamos contribuir con fondos para apoyar a comunistas o al comunismo. [...] no estamos preparados para arriesgarnos a que el comunista pueda también ser un buen científico o académico cuyo trabajo, de ser compartido, redundaría en beneficio general de la ciencia o la academia. Nuestra decisión descansa en dos factores: (1) no existe la más leve duda de que la política pública de Estados Unidos dicta que las fundaciones norteamericanas tomen esa postura y nosotros nos hemos comprometido en este sentido ante el Congreso. (2) el comunismo ha invadido de manera consecutiva prácticamente todos los campos de la ciencia y la academia y debemos concluir, a partir de la evidencia disponible, que no se puede confiar en que un comunista use la información con integridad o que acepte las responsabilidades de la academia independiente”. RAC. RF RG 3, caja 25, carpeta 200. Dean Rusk a Robert B. Watson, Nueva York, 1 de marzo de 1954.

Bibliografía

- Alatorre, Antonio. "La persona de Juan Rulfo." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 22.2 (invierno de 1998): 165-177.
- Arrington, Melvin S. "Herschel Brickell: The Making of a Latin Americanist." *Chasqui* 23.2 (noviembre de 1994): 3-11.
- Benítez, Fernando. "Conversaciones con Juan Rulfo." *La ficción de la memoria: Juan Rulfo ante la crítica*. Coord. Federico Campbell. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 2010. 541-550.
- Bloch, Avital. "La guerra de Vietnam: las transformaciones ideológicas de los liberales en Estados Unidos." *La Guerra Fría y las Américas*. Coord. Avital Bloch y María del Rosario Rodríguez. Morelia: Universidad de Colima/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2013. 435-458.
- Frenk-Westheim, Mariana. "Pedro Páramo inicia en Alemania su viaje por el mundo." *Juan Rulfo: otras miradas*. Coords. Víctor Jiménez, Julio Moguel y Jorge Zepeda. México: Juan Pablos Editor, 2010. 171-174.
- Fuente, Ramón de la. "Alfonso Millán: in memoriam." *Gaceta Médica de México* 112.6 (diciembre de 1976): 475-477. . Consultado: 31 de octubre de 2015.
- Garibay, Ricardo. *De vida en vida*. México: Océano, 1999.
- García Terrés, Jaime. "Proemio a las Obras de Rulfo." *La ficción de la memoria: Juan Rulfo ante la crítica*. Coord. Federico Campbell. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 2010. 490-493.
- Garza Cuarón, Beatriz. "Antonio Alatorre o el placer de hacer las cosas bien." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 40.1 (1992): 3-9.
- Gómez-Gil, Orlando. *Historia crítica de la literatura hispanoamericana: desde los orígenes hasta el momento actual*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1968.
- Gómez Gleason, María Teresa. *Recopilación de textos sobre Juan Rulfo*. La Habana: Casa de las Américas, 1969.
- Gordon, Donald K. "Juan Rulfo's Elusive Novel: 'La cordillera.'" *Hispania* 56.4 (1973): 1040-1041.
- Güemes, César. "Rulfo definía la literatura como una mentira que dice la verdad, rememora Montemayor." *La Jornada* (11 de octubre de 2003). . Consultado: 25 de agosto de 2014.
- Harss, Luis y Barbara Dohmann. *Into the Mainstream: Conversations with Latin American Writers*. New York: Harper & Row, 1967.
- Iber, Patrick. "The Cold War Politics of Literature and the Centro Mexicano de Escritores." *Journal of Latin American Studies*. En edición.
- Morcillo Laiz, Álvaro. "La dominación filantrópica: La Rockefeller Foundation, El Colegio de México, Instituto de Tella, y las ciencias sociales en español (1938- 1973)". Consultado: 24 de agosto de 2014.
- Novoa, John D. Bruce. "Some Answers about Rulfo's La cordillera." *Hispania* 57.3 (septiembre de 1974): 474-476.

- Ortoll, Servando y Pablo Piccato. "A Brief History of the Historia Moderna de México". A Companion to Mexican History and Culture. Coord. William H. Beezley. Malden MA: Wiley-Blackwell, 2011. 339-360.
- Pazarín, Víctor Manuel. Arreola, un taller continuo. Guadalajara: Editorial Ágata, 1995.
- Poniatowska, Elena. "La súbita muerte de Bambi, Ana Cecilia Treviño." La Jornada (5 de junio de 2002). Consultado: 24 de agosto de 2014.
- Ruffinelli, Jorge. "La leyenda de Rulfo: cómo se construye el escritor desde el momento en que deja de serlo." La ficción de la memoria: Juan Rulfo ante la crítica. Coord. Federico Campbell. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 2010. 300-336.
- Verzasconi, Ray. "Juan Rulfo and La cordillera: The Fox is Wiser!" Hispania 58.2 (mayo de 1975): 312-315.

CAPÍTULO QUINTO

ÚLTIMA CONFERENCIA DE RULFO

Dónde quedó nuestra historia Hipótesis sobre historia regional

Juan Rulfo

Esta es la transcripción del documento histórico de la conferencia dictada por Juan Rulfo al público en general, el 22 de diciembre de 1983, en el Foro Pablo Silva García de Colima, Col.

Con el documento impreso en una primera edición en 1984, el arquitecto Gonzalo Villa Chávez intentó a fines de agosto de 1985 que Juan Rulfo lo revisara (ver texto “Como queriendo explicar algo” en pp. 110-111 de este libro), pero él se negó rotundamente, se mostró desinteresado de lo expuesto y fue imposible contar con alguna autorización por escrito por parte del autor, quien falleció el 7 de enero de 1986. Aún así, la Universidad de Colima/Escuela de Arquitectura, la publicó ampliada y en su honor en la Colección *Rajuela* No. 2 en 1986.

Hemos transcrito el contenido de esa edición porque, en este libro, varios autores aluden de manera directa a lo expuesto por Juan Rulfo. La transcripción aparece en esta edición referida apropiadamente como un documento histórico valioso para los historiadores y para el público al cual Juan Rulfo regaló sus reflexiones.

Los Coordinadores

Dónde quedó nuestra historia

Juan Rulfo*

Acababa yo de regresar de un viaje y estoy por salir fuera nuevamente. Entonces, aquí hice algunas anotaciones, algunos apuntes que no quiero que ustedes los tomen al pie de la letra, son simplemente algunas observaciones que hice respecto a los textos que están utilizando en las escuelas de Jalisco, de Guadalajara, escuelas particulares, sobre la historia y la geografía de Jalisco, y que están bastante relacionadas con la historia de Colima.

Más bien, no voy hablar de cuál es la historia, cómo es la historia de este estado, del estado de Colima, porque creo yo que aún no se hace esa historia. Más bien, lo que intenté, fue extractar los errores que hay en esos textos que les están entregando a los niños para aprender la historia de su región y que considero que están falseando la verdad.

Tampoco lo que yo juzgo verdadero, no lo tomen al pie de la letra; simplemente son divagaciones, más bien, hipótesis, porque en realidad eso fue lo que me encontré. Todo es hipotético, todo es un supuesto... nada nos acerca a la verdadera realidad.

Entre los textos que tomé como fuentes, fueron esos, los textos que se enseñan en las escuelas primarias y que desde entonces empiezan a llenar la mente de estos jóvenes con datos falsos. Tomé en cuenta todo lo mal que se decía en esos textos, todo lo mal hecho, pero tampoco encontré la solución.

La solución, creo yo, la van a hacer, a encontrar ustedes, y que ustedes son capaces de lograr hacer la historia de Colima. No digo que la de Jalisco, pero sí, basándome yo en los datos que teníamos en la provincia de Ávalos, vecina aquí de Colima, y donde hay tantas cosas en común.

La historia de la provincia de Ávalos es en realidad la historia de Colima.

Entonces, como les decía antes, no quiero que tomen esto como un absoluto, como una verdad, sino como simples observaciones sobre varias cosas que me parece que son injustificadas. Ruego perdonarme si en algunas partes hay contradicciones y hay cosas que salgan fuera de la razón o del sentido común.

* Libro *Donde quedó nuestra historia. Hipótesis sobre historia regional*. Colima, Col., Universidad de Colima/Escuela de Arquitectura, Colección Rajuela No. 2, segunda edición ampliada 1986, pp. 26-51 (Primera edición 1984).

Como es natural, el origen de todos los pueblos es desconocido y hasta los más venerables historiadores tienen que recurrir a hipótesis o suposiciones, a veces mitológicas. Y si aún en el siglo XX se ignora lógicamente el origen indígena de Roma, pongamos por caso, ¿qué podemos esperar de la procedencia correcta de los pueblos mesoamericanos?

Concretándonos a la región occidental de nuestro país, es decir, al área que abarca a los estados actuales de Jalisco, Colima y Nayarit, sólo están unidos por su proximidad geográfica. La llamada cultura de occidente, debida generalmente a la similitud en el arte prehispánico, desarrollado sobre todo en trabajos de una cerámica incomparable. Obras admirables, pero de las cuales nadie sabe en qué momento, en qué siglo desaparecieron los artífices que realizaron esos trabajos.

Así pues, existió una gran cultura; su desaparición se pierde en la sombra del pasado. No existen ya los artesanos de tales joyas arqueológicas. Y si no existen esas muestras culturales, debemos dar por hecho que los pueblos creadores del arte de occidente no son los mismos, ni siquiera descendientes de aquellos cultivadores del arte. Existieron, por lo tanto, mucho antes que llegaran los españoles. Fueron, por lo tanto, habitados mucho antes que llegaran los españoles, por tribus nómadas procedentes del norte.

Los Teules chichimecas, que según el Caltzontzin de Michoacán informó a Cortés de su existencia. No obstante, anterior a esta afirmación hubo, a no dudarlo, una característica común entre toda una extensa región, la que desde Ixtlán, Nayarit, siguió una sola senda bien definida culturalmente y que abarcó la faja occidental, así como la tierra caliente de Jalisco y Colima. De esta manera, pues, la zona arqueológica tuvo, tiene todavía, una continuidad.

La pregunta queda, sin embargo, pendiente: ¿Quiénes poblaron hace, quizá, miles de años ese territorio? Simplemente se ignora.

Sabemos por el Padre Fray Antonio Tello, primer cronista de Occidente, que quizá mucho antes del arribo de los conquistadores, ya existía el reino de Colima, cuyo señor se llamaba Tzome y que el vocablo Colimotl significa: conjunto de pueblos cercanos al viejo abuelo, así era la denominación que daban al volcán de Colima.

También sabemos, y esto lo confirman Clavijero, Acosta y Torquemada, que el reino de Colima siempre conservó su independencia de sus vecinos los tarascos o purépechas, a pesar de que éstos tenían sometidos a varios pueblos del hoy estado de Jalisco, tales como Zapotlán, Tamazula, Sayula, Zacoalco, Teocuitatlán, San Marcos hasta Cocula; sitios donde, a pesar de que lo niegue el Padre Bravo Ugarte, se libraron guerras por la posesión del salitre o la sal de tequesquite en las riberas de las lagunas, donde todavía hay vestigios

de esas luchas por los numerosos montículos, abundantes en restos de flechas y otros elementos bélicos.

Y aquí viene otra vez el sentido hipotético. El Padre Ugarte niega que existiera la guerra del salitre. Pero, ¿qué nos dice la historia? ¿Por qué razón combatieron y ocuparon esas regiones lacustres los tarascos? La única respuesta es de que no tenían acceso a las salinas de Colima. Y aquí surgen otras preguntas. La primera es lógica. ¿Los tarascos nunca fundaron pueblos junto a la costa porque eran gente de tierra adentro o porque a pesar de que libraron guerras contra los mexicanos en su frontera oriental, la provincia de Zacatula conquistada por aquéllos, estaba todavía conectada con Colima, y era su paso hacia occidente? Quizá por esto se comprueba que los nombres sean de origen náhuatl, si, los nombres de Colima y Jalisco, y ninguno tenga nombre tarasco, a pesar de su vecindad. Además de la provincia de Zacatula que estaba en poder de los mexicanos, tenían dos enclaves. Uno en las fronteras de Colima, que aún existe con el estado de Michoacán, el otro en Tuxpan, Jalisco. Y en aquellos tiempos estos sitios estaban destinados a cobrar tributos y servir de guarnición a los aztecas.

Así volvemos de nuevo a otra hipótesis: Zacatula, provincia conquistada por los mexicanos en tiempos de Axayácatl, poco después de la derrota de los Matlazincas y Otomíes del actual estado de México, les facilitaron el camino hacia el sur, esto es, hacia Morelos y Guerrero.

La cabecera de la provincia de Zacatula, se hallaba cerca de la desembocadura del río Balsas. Ahora bien, se supone, digo que se supone, pues ningún historiador registra el tránsito de los aztecas por la costa michoacana, que éstos si tuvieron contacto con el reino de Colima, al menos comercialmente, si no, en forma de tributarios. Lo mismo que hacia el sur del estado de Jalisco.

Lo sabemos únicamente por los nombres de los pueblos de la región. No sólo en el mapa de Hortellus, alrededor de 1600, aparece una población al sur de Colima, de la ciudad de Colima, con el nombre de Petatlán, sitio que también se encuentra en la costa grande de Guerrero, hacia donde se extendía la mencionada provincia de Zacatula.

El resto de los nombres, tanto de Colima como de la antigua provincia de Ávalos, y en general los de Jalisco, Nayarit, con excepción de la tierra del Nayar, hasta parte de Sinaloa, por ejemplo Mazatlán, son todos toponímicos nahuas aunque existe la posibilidad que los nombres originales, es decir, prehispánicos, hayan sido diferentes, esto es de dudarse, pues sabemos que después de la conquista desapareció la provincia de Espuchimilco, entre Autlán y Cihuatlán. Aunque sobrevino la de los Tecasquines, al sur de Tomatlán y que actualmente está despoblada.

En 1524, Francisco Cortés de San Buenaventura, recibió órdenes de su tío Hernán Cortés, y por sugerencia del rey de Michoacán, de ir a la conquista de Colima, la cual hace pacíficamente, según los historiadores. Llega con sus tropas hasta la bahía de Banderas. No fundaron pueblos ni establecieron guarniciones. El itinerario que registra esa expedición fue a través de Michacán, Zacatula y Motines.

El mismo Francisco Cortés hizo una segunda expedición llegando hasta Acaponeta, Nayarit, y Francisco de Icaza Castro, en su Diccionario Conquistadores y Pobladores, al citar a Francisco Cortés, une a este personaje con Hernando de Saavedra y Alonso de Ávalos. El último como expedicionario y conquistador de la provincia de Amula, posteriormente de Ávalos, fronteriza con Colima.

En realidad, Ávalos había participado en la conquista desde 1523, fecha en que se inició por Cristóbal de Olid, la conquista del estado de Colima, acompañado por tropas tarascas, en la primera entrada que hizo a este estado.

Sabemos que Olid fue derrotado por los colimenses en su intento en Teutlán. A Olid, degradado como fue por Hernán Cortés, le siguió Juan Rodríguez de Villafuerte. También tomando como base a Michoacán, al cual le tocó el mismo destino que al capitán Cristóbal de Olid, fue derrotado en el mismo sitio que su antecesor. Lo sustituyó Gonzalo de Sandoval, quien llevó no sólo tarascos sino chalcas, texcocanos, mexicanos, con lo cual logró finalmente ocupar Colima.

Mientras tanto, Alonso de Ávalos exploró por la región de Tuxpan, Tamazula, Zapotlán, Sayula, Zapotitlán hasta Tuxcacuesco, con lo que se formó la provincia de Ávalos. Conquista pacífica por cierto, acrecentándola un año después con Chapala y los pueblos de Tuxcueca, Teocuitatlán, Amacueca, Atoyac y otros más.

Así, cuando acompañó a Francisco Cortés, Ávalos era ya dueño de las antiguas provincias de Amula, de Espuchimilco y Autlán, estableciendo la capital de este gran territorio y que abarcaba todo el sur de Jalisco hasta la costa, en Sayula.

Ya conquistado Colima por Sandoval, éste regresó a Coyoacán donde residía Hernán Cortés, mientras se reconstruía México-Tenochtitlan, quien anexó ambas provincias a la Nueva España. Es decir, Colima y la provincia de Ávalos.

No fue sino hasta 1530 cuando el gobernador de Pánuco y jefe de la primera audiencia, Nuño de Guzmán, ante el temor del regreso de Hernán Cortés, el cual había conseguido amplios poderes del rey de España, emprendió su sanguinaria conquista de occidente o de Nueva Galicia, lo que le valió un largo pleito con Hernán Cortés, y más tarde un cúmulo de juicios de residencia hasta su final destierro y muerte en el Torrejón de Velasco, allá en España.

El fundador de Compostela y Guadalajara no tocó los territorios de Colima ni de Ávalos.

Los infundios o suposiciones es indudable que se han cometido, y aún se aferran a estos infundios, tanto los historiadores de Jalisco como los de Colima. Ciertamente sabemos que el reino de Colima permaneció independiente hasta la conquista de Gonzalo de Sandoval en 1523. En cambio, muchos pueblos de la provincia de Ávalos fueron ocupados por los tarascos, años antes de la llegada de los españoles. Que ambos, Colima y el actual sur de Jalisco, estaban compuestos políticamente por Hueitlatoanazgos y Tlatoanazgos, independientes.

Es falsa la teoría inventada por el profesor Ignacio Navarrete, catedrático de historia en el Liceo de Niños y Niñas del Estado de Jalisco, de que la antigua Nueva Galicia estaba compuesta por una dizque Confederación Chimalhuacana.

Aún historiadores recientes como el Dr. Jesús Figueroa Torres ubican al milenario Chimalhuacán-Atenco, entre Tepic y Acaponeta. Y no sólo eso. Da tristeza comprobar que hasta en los actuales textos escolares aparece dicha mistificación.

En los textos escolares que tiene Jalisco, siempre aparece la Confederación Chimalhuacana.

No sólo estos historiadores sino hasta Pérez Verdía cayó en la trampa. Que los habitantes no sólo de Chimalhuacán Atenco como los de Chimalhuacán Chalco, hayan estado en Jalisco es lo más probable. Pero esto aconteció, tal vez, o sin el tal vez, durante la guerra de Mixtlán en 1541. Cuando el cacique de Tlalmanalco contribuyó con más de 20,000 guerreros chalcos a dicha guerra, de los cuales, por cierto, regresaron muy pocos a su lugar de origen y su lugar de origen todavía está donde siempre ha estado: en Chimalhuacán Atenco, en las cercanías de Texcoco, en la ribera del vaso de la laguna, y Chimalhuacán Chalco junto a Ozumba, en el estado de México.

Los dos Chimalhuacanes, únicos en todo el país, pertenecieron en el pasado a la provincia de Chalco, Amecameca. En el occidente, jamás existió un sitio, lugar, pueblo, confederación con ese nombre. Ojalá que esto quede bien claro de una vez por todas.

Que los pobladores de esta región, Jalisco y Colima, son de origen Tolteca o Zapoteca y hasta Tlapaneca, es otro infundio que necesita aclaración.

Los toltecas, igual que los aztecas, formaron parte de las siete tribus originarias de Aztlán, que salieron de las cuevas legendarias de Chicomostoc hacia el sur, hace miles de años. De esas siete tribus no todas llegaron al valle del Anáhuac. Algunas se quedaron en la franja occidental del país; otras en la parte lacustre de Michoacán o sea los tarascos. Los

toltecas llegaron a la región otomí del estado de Hidalgo donde fundaron Tula y tuvieron como gran deidad a Quetzalcóatl, a quien levantaron un centro ceremonial de enormes proporciones.

Otra de esas tribus chichimecas, pues así se reconocían casi todas, arrasaron Tula, y después fueron a establecerse a Texcoco. Es decir, una de estas tribus chichimecas fue la que destruyó Tula. Los actuales Texcocanos fueron los destructores de Tula.

Los Toltecas, o los sobrevivientes pasaron primero a Cholula donde también erigieron un templo a Quetzalcóatl. Más tarde se trasladaron a la zona donde hoy se encuentra Tepeaca-Tecalli, en el estado de Puebla, y ahí fundaron otro templo en Tochimilco, así como Totimehuacán, según la historia Tolteca-Chichimeca. No obstante, muchos de ellos se quedaron en las zonas lacustres del valle de México, y otros en Huejotzingo.

Un cisma habido entre los de Tepeaca, Tochimilco y Totimehuacán, causó y obligó a emigrar hacia la costa del Golfo y de ahí, a varios grupos que se establecieron entre los mayas de Yucatán, entre los que impusieron sus deidades y su arte, al igual que lo hicieron en el valle cuando los aztecas fundaron México- Tenochtitlan, guiados por Xólotl.

Los aztecas al llegar al Valle de México tuvieron que luchar entre ellos mismos, habiéndose separado Malinali del grupo guiado por Xólotl. Los malinali fundaron Malinalco en zona de los Tlahuicas. Mientras los mexicas, después de haber sido esclavos de los Tepanecas de Azcapotzalco, lograron fundar, por fin, su centro ceremonial en un islote de la laguna en 1325.

Ninguna otra tribu llegó después de ellos. Así que pueden considerarse los últimos en salir de Aztlán, y de ahí parten sus conquistas.

De todo esto se concluye o se colige que las migraciones fueron sucesivas, todas de norte a sur-centro. Ninguna crónica o fuente historiográfica registra emigraciones del centro hacia el norte o del sur hacia occidente.

Faltó añadir a los tlaxcaltecas, los cuales llegaron también del norte, quizá 100 ó 200 años antes de los aztecas. Encontraron ocupado ya el Valle de México por otros grupos y se dirigieron a la cañada de Chalmontongo, cruzando el hoy llamado paso de Cortés entre el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, hacia Huejotzingo, y de ahí al actual estado de Tlaxcala, al pie de la Malinche.

No pudieron ser Toltecas, pues, los pobladores occidentales, ni tlapanecas, los cuales, habitantes de la montaña de Tlapa, al oriente de Chilpancingo, Guerrero, ni siquiera formaron parte de Zacatula. Estos, los de Tlapa, fueron conquistados por los

aztecas, y debido a sus rebeldías frecuentes y a negarse a pagar el tributo, los mexicanos ocuparon la región llamada ahora náhuatl-tlapaneca, por estar ambas comunidades ocupando las montañas de Tlapa.

En cuanto a los zapotecas que pueblan las montañas de Oaxaca y parte de la sierra de Juárez, desde hace miles de años, no existe la posibilidad migratoria hacia el norte. Para tal proceder, tenían que haber dominado a los mixtecos, a los cuicatecos, a los cholos, a los mazatecos.

Los mexicanos de Tizoc, para dividir esos territorios, establecieron una guarnición armada en Teotitlán, llamada actualmente Teotitlán del Camino, lo que impidió cualquier alianza de esos grupos contra el imperio mexicano. Por lo tanto, los zapotecas no pudieron haber llegado a Colima, ni hay posibilidad de que se hubieran establecido en Colima. Tal vez tuvieron en épocas posteriores o anteriores algún comercio con Colima. Eso se deduce por la cerámica negra que hay en algunos de los vestigios arqueológicos de aquí del estado, y la cerámica negra sólo la usan los zapotecas, y quizá por eso los historiadores han pensado que los zapotecas habitaron esta región. Tal vez sólo comerciaron con ellos, en esa época en que todo el comercio se hacía con trueque, con base en el trueque, no sólo en Mesoamérica sino en Colombia, y posiblemente hasta el Perú.

Se dice también que los mayas habitaron por aquí. De ello ni hablar. Su tendencia fue el dominio de la frontera mesoamericana. Se supone que sí fueron conquistados espiritualmente por los toltecas, pues les impusieron a Tláloc-Chac para ellos ya Quetzalcóatl. Se ha encontrado últimamente en Quintana Roo, por el antropólogo Alfonso Villarrojas, dentro de una enorme gruta, un adoratorio con figuras aztecas, de lo cual se deduce que los toltecas hablaban el idioma náhuatl y llevaron, además, dioses aztecas.

Por otra parte, la corriente natural de este pueblo, es decir de los mayas, fue hacia el sur, quizá no sólo entre cachiquestes y quichés de Guatemala y Honduras, sino hasta Costa Rica, donde precisamente la zona arqueológica más rica de aquel país se encuentra en la provincia de Huanacastle; y esta palabra, como ustedes pueden reconocer, es de origen náhuatl.

¿Quiénes fueron los pobladores del occidente de México? Los tecos, dicen algunos. Esto no nos conduce a ninguna parte.

Ahora bien, otros afirman que en Colima está latente la influencia tarasca, lo que no debe aceptarse por ningún motivo. A los historiadores michoacanos o arqueólogos o etnólogos o como quiera llamárseles, los Corona Núñez, al mentiroso Nicolás León y aún a Bravo Ugarte, habrá que ignorarlos y buscar fuentes más precisas y consistentes.

El arte de occidente, es decir, el de Colima, Nayarit, Jalisco, es mucho más rico en manifestaciones culturales que el tarasco. Ellos, fuera de unos montículos situados en Tzintzuntzan, llamados como ellos quieran llamarlos, carecen de la portentosa sabiduría de los artífices de Colima. Su cerámica es infinitamente pobre, inferior a la imaginería de Colima, Jalisco y Nayarit. Ésta, solo comparable a la azteca, tolteca o teotihuacana o a la de algunas culturas del Golfo. No por eso se llegue al grado de definirla influenciada por aquellas culturas. Su formación es original y única. Habrá que esperar al historiador auténtico que nos proporcione la clave de esta anomalía persistente.

Como ven ustedes, estos son los registros que he obtenido en los libros de texto que se utilizan, pero que no se basan en fuentes auténticamente históricas, en fuentes serias, y por lo tanto, habrá que volver a lo que se discutió aquí hace más de un año, cuando se reunieron en la casa aquí de Villa de Álvarez, algunos universitarios de Colima, para escribir la historia regional y geográfica de esta región.

Las fuentes hay que buscarlas en el Archivo General de la Nación, y no en la capital de Jalisco, en Guadalajara, porque ni Colima ni la provincia de Ávalos pertenecían a la Nueva Galicia, sino a la Nueva España. Y todo lo relacionado a la Nueva España se encuentra en el Archivo General de la Nación.

Si nos basamos, por ejemplo, en Nicolás León, habría que empezar por decir que él señala, en su Historia sobre los tarascos, que Michoacán abarcaba 12 actuales estados de la República, es decir, Michoacán, Colima, Jalisco, Nayarit, Zacatecas, Durango, Guanajuato, Aguascalientes y yo creo que casi todo el país. Ahí empieza, pues, la falsedad del señor Nicolás León.

Después, el señor Bravo Ugarte nos dice que nunca existieron las guerras del salitre. Cualquiera de ustedes puede comprobar, al pasar por Teocuitatlán, Corona o Zacoalco, cómo está lleno de flechas y de hachas. Lógicamente no las pusieron ahí para adornar la laguna, sino que tuvieron un origen muy remoto, que es natural que haya habido esas guerras del salitre.

Se sabe que los tarascos llegaron hasta Ahualulco, hasta Cocula. Pero, ¿por qué nunca conquistaron Colima? Ése es el problema ¿no?

Si eran tan valientes, que los aztecas no pudieron con ellos, ¿por qué los colimotes o colimenses, que eran más débiles, no pudieron ser conquistados? Y la prueba de que no lo lograron es que ellos necesitaban de la sal. Como los tlaxcaltecas también necesitaron de la sal y lucharon contra los aztecas, quienes les impedían el acceso a las zonas marítimas, eso igualmente les pudo pasar a los tarascos. Ellos no podían entrar a Colima porque se los impedía la provincia de Zacatula. Y los mismos colimenses los rechazaron cuantas veces intentaron entrar a su territorio.

Entonces, sí pelearon por las salinas, por el salitre de las lagunas de Zacoalco y Teocuitatlán, pero la prueba de que si los aztecas nunca pudieron con los tarascos, es que ellos tenían un sistema mítico, sacralizado, de ciertas tribus que no eran dignas de ser ofrendadas a sus dioses. Caltzontzin y todos ellos dicen que los aztecas nunca pudieron con los tarascos, en las cruentas guerras que libraron fueron derrotados, ¿fue derrotado Axayácatl? Cuando Axayácatl conquistó toda Mesoamérica. Cuando derrotó cinco veces a los Totonacas y desapareció la provincia que hoy se encuentra en Veracruz, en Papaloapan, en la provincia de Tuxtepec, ¿cómo no iban a poder con los tarascos? En cambio los tarascos nunca pudieron contra los de Colima.

Hemos visto que en realidad esos textos están basados en la historia de Bravo Ugarte. Y el señor Bravo Ugarte –que en paz descansa– quiso simplemente hacer del tarasco, pues un gran imperio. Pero si nosotros observamos actualmente, por ejemplo el arte de Colima, el arte que se encuentra en la región de Colima, vemos que los doce pueblos que forman la zona tarasca, del primitivismo simplemente en que viven actualmente, es decir, ahora, la forma primitiva en que viven. Si no fueron influenciados o sometidos por otros pueblos, quiere decir que debió haber subsistido su arte, si lo hubieran tenido. Que las yácatas esas famosas, pues debían haber sido unas pirámides de Teotihuacán, si hubieran sido tan excelentes y poderosos como nos los quiere presentar Nicolás León. Pero en fin, de lo que se trata es de situar la verdad y la realidad de Colima, y Colima merece que se le haga una buena historia. Se le estudie tanto geográfica como históricamente, porque la riqueza arqueológica de Colima lo merece. Y que siempre fue un estado independiente, con excepción de cuando fue anexado a Michoacán, después cuando fue anexado a Jalisco, y después, cuando ya se independizó por Brizuela, quiere decir que Colima debió haber sido muy poderoso. Y lo prueba su arqueología, su cerámica y aún sus actuales habitantes, que no los tiene la región tarasca.

Otra cosa fundamental en ese aspecto. Los indígenas de la provincia de Espuchimilco, que hacía frontera con Colima, en comparación con los indígenas de la zona tarasca no tienen ellos ni siquiera el recuerdo de sus antepasados. Si nunca fueron conquistados, como decía antes, ni influenciados por ninguna otra cultura, debían haber conservado, al menos, aunque sea la cultura primitiva que tenían, pero lo prueba su actual situación, que jamás alcanzaron a ser una cultura importante en nuestro país.

Esto no quiere decir que estemos contra los tarascos, pero sí contra los historiadores estos que quieren disminuir la valiosa riqueza arqueológica de occidente, diciendo que estos pueblos no podían haber creado esas obras, cuando sabemos que el actual estado de Colima es uno donde la actividad de sus hombres y la iniciativa de sus gentes es muy superior a la que encontramos en Michoacán. Michoacán es un estado muy rico y muy grande, sin embargo la gente vive en la más miserable pobreza, sobre todo en la región de los once pueblos, la región de la Huacana. De ahí que tengamos que sacar por conclusión de que Colima se formó muchos miles de años antes de lo que registran los historiadores y

que si sus ascendientes son zapotecos, tlapanecos, son toltecas... todo eso hay que olvidarlo ¿no? Era una parte de las siete tribus que vinieron de Aztlán y se quedaron aquí. Y la prueba está que, posiblemente, hayan hablado náhuatl; su idioma original haya sido el náhuatl y lo prueba el hecho que todos los pueblos tengan nombres nahuas.

Entonces, tenemos que regresar otra vez al principio. La base del estado de Colima era una de las tribus que salieron del norte y que se quedaron, como se quedaban en muchas partes del país, por cansancio o porque pensaran que era el lugar elegido por sus dioses para prevalecer y vivir permanentemente allí.

No sé si ustedes quisieran hacer unas preguntas, pero éste es, más o menos, el resumen que he hecho, más bien de las falsedades, ni digo... Yo también estoy pensando cuál es la verdadera historia, sin todo lo falso que se ha hecho acerca de la historia regional de Colima y que no es justo que aún persistan estas ideas sino que hay que aclararlas ¿no? Y aclararlas lo más pronto posible.

FOTOGRAFÍAS DE JUAN RULFO EN COLIMA



Genaro Hernández Corona, José Trinidad Lepe Preciado, Juan Rulfo, Alfonso Santos Ramírez e Ismael Aguayo Figueroa en visita del escritor a Colima alrededor de 1965. Fototeca Genaro Hernández Corona.



Juan Rulfo, Rigoberto López Rivera y Gregorio Macedo López en visita de Rulfo a Colima en 1967. Reportaje de Gregorio Macedo López, *Ecos de la Costa*, 15 de abril de 1987, pp. 17, 19 y 20.



Juan Rulfo, Gregorio Macedo López y Justino Lepe Galindo (amigo de Rulfo, originario de Tonaya, Jal., y quien lo invitó a Colima en 1967). Reportaje de Gregorio Macedo López, *Ecos de la Costa*, 15 de abril de 1987, pp. 17, 19 y 20.



Atrás: José Trinidad Lepe Preciado y su padre Justino Lepe Galindo. Al frente: Juan Rulfo y Gregorio Macedo López durante la visita del escritor a Colima en 1967. Reportaje de Gregorio Macedo López, *Ecos de la Costa*, 15 de abril de 1987, pp. 17, 19 y 20.



Ramón Ventura Esqueda, Alfredo Montaña Hurtado y Juan Rulfo cuando vino a Colima, en diciembre de 1983, a dar una charla sobre historia regional, invitado por la Universidad de Colima. Fotografía de Esteban Marcos, *Diario de Colima*, 24 de marzo de 1985, p. 2.



Fotografía tomada por Carlos Velo a Juan Rulfo en una banca del jardín de Comala, Colima en 1961. Réplica donada al H. Ayuntamiento de Comala (2007-2009).

Editorial Cuadernos de Sofía

HISTORIANDO A **JUAN RULFO**



**RAYMUNDO PADILLA LOZOYA
ENRIQUE CEBALLOS RAMOS
COORDINADORES**

COLECCIÓN LAS LECTURAS DE AMANDAMARÍA